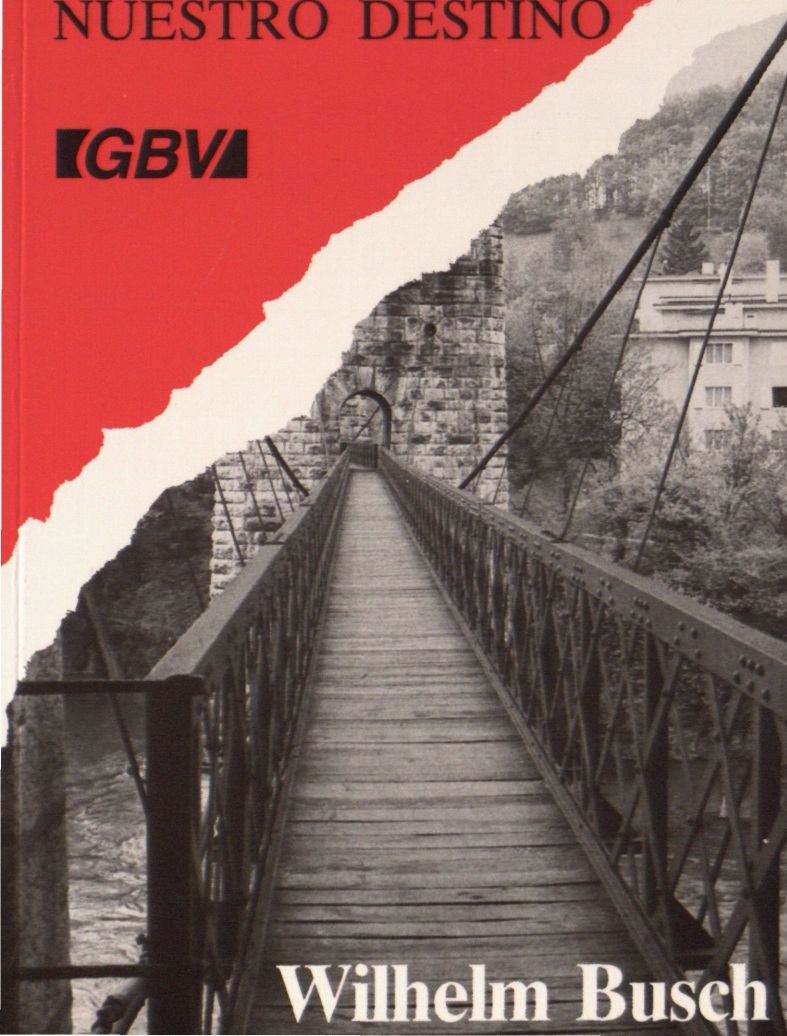


Jesús

NUESTRO DESTINO

GBV



Wilhelm Busch

Wilhelm Busch

Jesús

NUESTRO DESTINO

Mensajes grabados en cassette

Reprint edition 2004 by permission:

GBV

GBV-DILLENBURG

Eiershäuser Str. 54

35713 Eschenburg

GERMANY

CONTENIDO

¿Por qué necesito a Jesús?	3
¿Por qué vivo?	20
No tengo tiempo	34
¡Cuidado! ¡Peligro de muerte!	50
¿Qué haremos?	66
¿Por qué calla Dios?	81
¡Nuestro derecho al amor!	98
¿Es posible hablar con Dios?	114
¿Cómo encarar la vida si ya no podemos creer?	126
¿Cómo vivir si nuestra culpa nos acompaña constantemente?	142
¿Cómo enfrentar la vida, si los otros nos hacen perder la calma?	157
Todo debe cambiar, ¿pero cómo?	170
¡No cuentes conmigo!	185
¿Hay certeza en las cosas religiosas?	197
El cristianismo ¿es un asunto particular?	213
¿Cuándo será el fin del mundo?	230
¿Qué provecho sacamos de una vida con Dios?	249

GBV Cuarta edición

Tercera edición española 1999

Ediciones anteriores 1991, 1994. Traducido y publicado de conformidad con acuerdos hechos con: Aussaat- und Schriftenmissions-Verlag GmbH, Neukirchen-Vluyn. Título del original alemán: Jesus unser Schicksal. © del original: Aussaat- und Schriftenmissions-Verlag GmbH. © de la versión española 1991: Bernd Hochmuth, Löhrenstr. 31, D-35683 Dillenburg, Alemania Federal. Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial sin el permiso escrito del editor. Toda la correspondencia y pedidos deben dirigirse a: EDICIONES ARRIBA GmbH, Amriswilerstr. 128, CH-8590 Romanshorn, Suiza. Impreso en: BasseDruck, Hagen, Germany
Número de pedido: 477.0291

¿POR QUE NECESITO A JESUS?

A un viejo pastor como yo, que ha trabajado durante toda su vida en una gran ciudad, se le hacen siempre las mismas preguntas. Una de ellas: »¿Cómo es posible que Dios permite tales cosas?« Y otra: »Caín y Abel eran hermanos. Caín mató a Abel. ¿Dónde encontró Caín su esposa?« Y una de las preguntas más populares: »Señor pastor, usted habla siempre de Jesús. ¡Esto es fanatismo! Pues no importa cuál sea la religión que uno tiene. Lo más importante es que se respete a algo superior e invisible.«

Esto es muy claro, ¿verdad? Goethe -proveniente de Francfort igual que yo- ya lo había dicho: »Los sentimientos lo son todo; el nombre no es más que ruido y sonido, humo...« No importa si decimos Alá, o Buda, Destino o »Ser Supremo«. Lo principal es creer en *algo*. Y sería fanatismo el querer especificarla. El cincuenta por ciento de vosotros lo piensan así, ¿verdad? Todavía recuerdo a la anciana que me dijo, en cierta oportunidad: »Pastor, me aburre el escuchar siempre lo mismo: Jesús. ¿No dijo el mismo Jesús: *En la casa de mi Padre muchas moradas hay?* ¡Allí hay sitio para todos!« ¡Amigos, ésto es puro engaño!

Estuve una vez en el aeropuerto de Berlín. Antes de poder subir al avión tuvimos que pasar el control de pasaportes. Delante de mí en la fila estaba un señor extremadamente alto, con una manta de viaje bajo su brazo. Presurosamente le presentó su pasaporte al oficial. Pero aquél dijo: »Un momento, por favor. ¡Su pasaporte ha expirado!« El hombre respondió: »¡No sea tan pedante. Lo que importa es que tengo pasaporte!« »¡Ni hablar!« -declaró el oficial. »¡Lo que importa es que usted tenga un pasaporte *válido!*«

Y otro tanto ocurre con la fe: Lo importante no es tener *alguna creencia*. Todos la tienen. No hace mucho tiempo alguien me dijo: »Creo que de un kilo de carne de vaca se puede hacer una buena sopa«. Esto es también una creencia, pero ¿de qué clase! ¿Me comprendes? Lo que importa no es tener fe en algo o alguien, sino tener la fe correcta, una fe, con la cual puedes vivir, aun cuando se presenten problemas, una fe que te dará fuerzas en medio de grandes pruebas, una fe que es una base segura cuando seas confrontado con la muerte. Pues la muerte es la gran prueba de la autenticidad de nuestra fe.

Hay una sola fe correcta, con la cual uno puede vivir y morir: es la fe en el Señor Jesucristo, el Hijo de Dios. Jesús mismo dijo: »*En la casa de mi Padre muchas moradas hay.*« Pero hay una sola puerta a las moradas de Dios: »*Yo soy la puerta; el que por mí entrare, será salvo.*«

¡La puerta es Jesús! Yo sé que la gente no quiere escuchar acerca de esto. Se puede discutir horas y horas sobre Dios. Uno se imagina a Dios de esta manera, el otro de otra. Pero sobre *Jesús* nadie quiere discutir. Repito: Solamente la fe en Jesús, el Hijo de Dios, es una fe salvadora, la base, sobre la cual uno puede vivir y morir.

Me acuerdo de un pequeño episodio que me sucedió un día en la ciudad de Essen. Estaba dando un paseo. Dos hombres, evidentemente mineros, se encontraban en la calle, charlando. Al pasar yo, uno de ellos me saludó: - ¡Buenos días, pastor! Me dirigí a él: -¿Usted me conoce? -pregunté. El se ríe y explica al otro: -Este señor es el pastor Busch. ¡Una buena persona! -¡Gracias! -digo. Y luego sigue: -Sí, una buena persona, pero, ¡desgraciadamente está un poco loco! Yo quedé indignado: -¿Qué dice? ¿loco? ¿Cómo puede decir tal cosa? Y otra vez repite: -

Realmente, es una buena persona, sólo que siempre está hablando de Jesús... -¡Hombre! -digo- ¡esto me alegra! No es nada de raro. ¡Dentro de cien años estarás en la eternidad! Entonces todo habrá dependido de si habías conocido o no a Jesús. Porque de ello depende si estarás en el cielo o en el infierno. Díme: ¿Conoces a Jesús? -¿No te lo dije? -se dirigió con una sonrisa a su compañero- ¡ya empieza otra vez!

Y eso es exactamente lo que quiero hacer ahora. En la Biblia hay un versículo que quiero escoger como tema. Escucha: *El que tiene al Hijo de Dios, tiene la vida.* Tú has oído una vez acerca de El, ¡pero no lo tienes! *El que tiene al Hijo* - escucha: ¡tiene! - *tiene la vida* - aquí y por toda la eternidad. Y: *el que no tiene al Hijo de Dios, no tiene la vida.* ¡La Palabra de Dios lo dice! Tal vez conoces el refrán: »No pidas peras al olmo«. Y la Biblia quiere decir exactamente lo mismo. Quisiera persuadirte, por decirlo así, a que aceptes a Jesús, y que le entregues tu vida. Pues, sin él la vida es miserable.

Y ahora quiero decirte por qué Jesús lo es todo , y por qué la fe en él es la única correcta. Por decirlo más personalmente: Ahora quiero decirte por qué necesito a Jesús y creo en él.

1. Jesús es la revelación de Dios

Cuando alguien me dice: »Creo en Dios, ¿pero para qué necesito a Jesús?«, entonces contesto: »¡Tontería! Dios es un Dios escondido. ¡Y sin Jesús no sabemos nada de Dios!«

Por cierto, los hombres pueden hacerse un dios, por ejemplo el »buen Dios«, que no abandona a ninguna »buena persona«, si esta no bebe más de

cinco cervezas por día. ¡Pero ésto no es Dios! Alá, Buda - son proyecciones de nuestros deseos, nada más. ¿Pero Dios? Sin Jesús no sabemos nada de Dios. Jesús es la revelación de Dios. En Jesús Dios vino a nosotros.

Quisiera explicártelo con una ilustración. Imagínate una densa cortina de niebla. Detrás de la cortina de niebla se encuentra Dios. Y como los hombres no pueden vivir sin él, se ponen a buscarle. Tratan de penetrar en la cortina de niebla. Es lo que hacen todas las religiones. Tratan de hallar a Dios. Pero todas ellas tienen una cosa en común: Todas ellas se perdieron en la niebla sin poder encontrar a Dios.

Dios es un Dios escondido. Un hombre, que se llamaba Isaías, lo había comprendido, cuando gritó: »Señor, no podemos llegar a ti. ¡Oh, si rompieras los cielos, y descendieras!« Y lo más maravilloso fue que Dios oyó ese grito. Rompió la niebla y vino a nosotros - en Jesús. Cuando los ángeles cantaron en los campos de Belén: »*Os ha nacido hoy el Salvador. ¡Gloria a Dios en las alturas!*« - era porque Dios había venido a nosotros. Y ahora dice Jesús: »*El que me vé a mí, ha visto al Padre*«.

Sin Jesús no sabríamos nada de Dios. El es el único que puede darme seguridad acerca de Dios. ¿Cómo es posible que alguien diga: »¡Yo puedo pasarme sin Jesús!«

Puedo explicarlo todo en pocas palabras, aunque tengo que dejar mucho de lado. Podría contaros mucho acerca de Jesús. Pero tengo que limitarme a mencionar sólo los puntos más importantes en cuanto a la cuestión: »¿Para qué Jesús?«

2. Jesús es el amor salvador de Dios

Tengo que explicártelo. Hace poco tuve una conversación con un periodista que me entrevistó y preguntó: -Dígame, por favor, ¿por qué usted da tales conferencias? Mi respuesta: -Las doy porque tengo miedo de que la gente vaya al infierno. El periodista respondió con una sonrisa: -¿Infierno? ¡No existe tal lugar! Pero yo le dije: -¡Ya veremos! Dentro de cien años usted sabrá si es usted el que tenía razón o la Palabra de Dios. Dígame, -le pregunté- ¿ha tenido alguna vez miedo de Dios? A lo que él respondió: -No, ¿por qué tener miedo de un buen Dios? -Amigo -le dije- ¡usted va por mal camino! Quien tiene una vaga idea de Dios, debe comprender que no hay nada más terrible que él, el Dios santo y justo, el Juez de todos nuestros pecados. ¿Acaso cree usted que Dios pasa por alto sus pecados? Usted habla siempre del »buen Dios«. La Biblia no habla así. Más bien dice: *¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!*«

¿Has tenido alguna vez miedo de Dios? Si no es así, no has empezado de ver toda la realidad del Dios santo y de tu vida pecaminosa. Sin embargo, cuando empieces a temer a Dios, entonces preguntarás: »¿Cómo puedo mantenerme de pie ante Dios?« Creo que la tontería más grande de nuestro tiempo es el hecho de que la gente no tiene miedo a la ira de Dios. Es un indicio de terrible embotamiento cuando una nación ya no toma en serio al Dios vivo ni su ira sobre el pecado.

El profesor Karl Heim contó en cierta ocasión acerca de su viaje a China. Cuando llegó a Pekín, le llevaron a una montaña sobre la cual se encontraba un altar, llamado el »altar del cielo«. Le explicaron que en la »noche de la reconciliación« miles de personas llenan la montaña llevando faroles de

papel. Luego sube el Emperador (esto aconteció antes de la revolución) para ofrecer la ofrenda de reconciliación por su pueblo. Cuando el profesor nos lo contó, añadió: »Aquellos gentiles sabían algo de la ira de Dios, y que el hombre necesita la salvación«.

Pero el europeo tan culto vive con la ilusión de poder hablar del »buen Dios«, el cual está contento en la medida que los hombres sean fieles en sus donativos. Todos nosotros hemos pecado. ¿Acaso tú no?

Una vez que aprendamos de nuevo a tener temor de Dios, preguntaremos: »¿Quién me salvará de la ira de Dios? ¿Dónde está la salvación?« Y entonces comprenderemos: ¡Jesús es el amor de Dios que salva! »*Dios quiere que todos los hombres sean salvos*«. Pero Dios no puede ser injusto. No puede pasar por alto el pecado. Y por eso dio a su Hijo - para salvación, para reconciliación.

Acompáñame a Jerusalén. Fuera de la ciudad hay una elevación. Vemos multitudes de personas. Y encima de sus cabezas tres cruces. El hombre colgado en la cruz a la izquierda es como nosotros - un pecador. El otro, a la derecha, también. ¡Pero aquél que está en medio! Mira a aquel varón con la corona de espinas, ¡el Hijo del Dios viviente! ¿Por qué está colgado allí? Aquella cruz es el altar de Dios. Y Jesús es el Cordero de Dios que quita el pecado de mundo, que reconcilia con Dios.

Escucha: Mientras que no hayas hallado a Jesús, estás bajo la ira de Dios, aun cuando no te des cuenta de ello, aun cuando lo niegues. Sólo el que viene a Jesús goza de la paz de Dios. »*El castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados*«.

Permíteme usar una ilustración: En la Primera Guerra Mundial yo servía como artillero. Nuestros cañones estaban provistos de escudos protectores por

ambos lados. Un día nos encontramos en la línea del frente sin ningún apoyo de infantería. Y justamente en aquel día nos atacaron los carros de combate -los llamábamos tanques-. Las balas hacían impacto en nuestros escudos protectores como granizo. Pero eran tan fuertes que estábamos completamente seguros detrás de ellos. Pensé dentro de mí: »Con sólo sacar una mano fuera del escudo, y estaría perdido, pues las heridas de bala me harían desangrarme hasta morir. Pero detrás del escudo protector estoy a salvo«.

Exactamente ésto es Jesús para mí. Yo sé que sin Jesús tengo que perecer en el juicio de Dios. Sin Jesús no puedo tener paz en el corazón, a pesar de todos mis esfuerzos. Sin Jesús no podría morir sin tener angustia terrible. Sin Jesús voy a la perdición eterna. ¡Existe una perdición eterna, sin lugar a dudas! Espera un poco, y lo comprobarás. Pero estando detrás de la cruz de Jesús, estoy al abrigo, al igual que detrás del escudo. Puedo saber con certeza que: ¡El es mi Reconciliador! ¡Es mi Salvador! ¡Jesús es el amor de Dios que salva!

Escucha: »*Dios quiere que todos los hombres sean salvos*«. Es por eso que dio a su Hijo, para la salvación, la reconciliación. ¡También por ti!

No descanses hasta que tengas esa paz, hasta que seas salvo.

Jesús ¿para qué?

3. Jesús es el único que puede resolver el problema más grande de nuestras vidas.

¿Sabes cuál es el problema más grande de nuestra vida? Las personas mayores piensan en seguida en su vesícula o en su riñón que les molestan. ¡Una montaña de problemas! Para los jóvenes es el amigo

o la amiga. Cada uno tiene sus problemas. Pero creedme: ¡El problema más grave de nuestra vida es nuestra culpa ante Dios!

Durante muchos años he trabajado entre los jóvenes. Y continuamente he estado buscando nuevos ejemplos para explicárselo. Quisiera usar ahora uno de esos ejemplos: Imaginaos que yo tuviese desde mi nacimiento un anillo de hierro alrededor de mi cuello. Y cada vez que cometo un pecado, un eslabón nuevo es añadido. Tengo un pensamiento sucio: un eslabón. Una respuesta impertinente dada a mi madre: un eslabón. Un día sin oración, como si Dios no existiese: un eslabón. Falta de sinceridad, mentira: otro eslabón».

Vale la pena pensar en la longitud de aquella cadena que tendríamos que arrastrar detrás de nosotros - ¡la cadena de nuestros pecados! Y tan real es nuestra culpa delante de Dios, aunque no se vea esta cadena. Tiene una longitud enorme. Muchas veces me pregunto por qué la gente no puede ser verdaderamente alegre y feliz. Las cosas les van bien. ¿Pero son felices? ¿No pueden ser felices! No lo pueden, porque van cargados con la cadena de su culpa. ¡Y ningún pastor, ni sacerdote, ni ángel, puede librarles de ella! Y ni aún Dios puede quitarla, porque es justo, pues *»todo lo que el hombre sembrare, eso también segará«*.

Pero Jesús es el único que puede resolver el mayor problema de nuestra vida: El murió por mi deuda, la pagó al morir. Y por eso El puede quitarme la cadena de culpa. ¡El es el único que puede hacerlo!

Por experiencia puedo decir: He sido librado, y sé que tengo el perdón de mis pecados. Es la liberación más grande que se pueda experimentar en la vida - y mucho más al morir. Pensad en ello: ¡Morir sin tener el perdón de los pecados! ¡Pasar a la

eternidad acompañado por la culpa! ¡Horrible!

Yo conozco a personas que durante toda su vida decían: »Soy justo y bueno«. Y luego, al morir, sueltan la última mano amiga, descubren: »El barco de nuestra vida flota sobre la corriente de eternidad hacia el encuentro con Dios«. No pueden llevar nada consigo: ni casa, ni cuenta bancaria, ni libreta de ahorro - sólo su deuda. Y así van al encuentro con Dios. ¡Horrible! Pero es la suerte de todo hombre. Tal vez dirás: »¡Pues todos deben morir así!« - pues sí, todos morirán así. Pero no es necesario morir así. Jesús ofrece el perdón de los pecados. Y esta es la liberación más grande jamás ofrecida.

Cuando recibí el perdón de mis pecados, era un joven de 18 años: se cayó la cadena. Como el himno cristiano, dije: »¡Qué maravilla! perdón recibí, Cristo por gracia salvóme a mí; mis culpas todas él las llevó, y sólo por gracia salvo soy«. Te lo deseo también a ti. ¡Dirígete al Señor Jesús, hoy mismo! El te espera. Y díle: »Señor, toda mi vida es estropeada y llena de culpa. No he querido aceptarlo. Siempre lo he ocultado, me consideré bueno. Ahora te entrego mi vida. Quiero creer que tu sangre borra mis pecados«. ¡Es una cosa maravillosa, el perdón de los pecados!

En el siglo 17 vivía, en Inglaterra, un hombre llamado Bunyan. Por causa de su fe fue encarcelado durante muchos años. Esto no es nada nuevo. Pues, aparte de la Palabra de Dios, son las cárceles la cosa más estable que hay en la humanidad. Y allí en la cárcel Bunyan escribió un libro maravilloso con una actualidad increíble, aun en nuestros días. En aquel libro él describe la vida de un cristiano como una caminata peligrosa y arriesgada. Comienza así: Un hombre vive en la ciudad Mundo. Un día se pone inquieto y dice: »Algo no está bien aquí. No tengo

paz. Soy infeliz. Tendría que marcharme de aquí«. Habla con su mujer: Ella le dice: »Son tus nervios. Necesitas un tiempo de descanso«. Pero eso no le ayuda. La inquietud permanece. Y un día se da cuenta: »¡Es inútil, ya no puedo quedarme aquí!« Y entonces huye. Cuando empieza a caminar, se da cuenta de que lleva una carga sobre su espalda. Quiere deshacerse de ella, pero no puede. Cuanto más progresa en su camino, tanto más pesada le parece la carga. Hasta ahora nunca la había sentido de esta manera. Era una cosa muy natural. Pero cuanto más se aleja de la ciudad Mundo, tanto más pesada es la carga. Finalmente, completamente agotado, casi ya no puede andar. Luego el camino asciende la montaña, paso a paso se esfuerza por progresar. De pronto, en una vuelta del camino, aparece una cruz ante el caminante. Casi desmayado, se cae ante la cruz, se agarra de ella y mira hacia arriba. Y en el mismo momento se da cuenta de que su carga se cae de su espalda y desaparece con mucho ruido en el abismo.

Es una ilustración maravillosa de lo que el hombre puede experimentar junto a la cruz de Jesucristo: »La mirada de fe al que ha muerto en la cruz infalible la vida te da; mira, pues, pecador, mira pronto a Jesús, y tu alma la vida hallará.« Perdón de los pecados, esto es: El Salvador pagó por mí. La cadena de mis pecados me es quitada. Soy librado de mi carga. Sólo Jesús nos puede ofrecer tal cosa: ¡el perdón de nuestros pecados!

Jesús ¿para qué? Tengo que decirte otro motivo de porque creo en Jesús:

4. Jesús es el Buen Pastor

De vez en cuando todo hombre tiene momentos

cuando se siente sólo, abandonado, y experimenta lo vacía que puede ser la vida. Entonces descubres que te falta algo. ¿Pero qué es? Te lo diré: ¡Te falta el Salvador viviente!

Acabo de contar que Jesús murió en la cruz para pagar nuestra deuda. Fíjate en la frase: *»El castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados«*. Y luego le pusieron en una tumba cavada en una peña. La tumba fue cerrada con una piedra enorme. Y para estar completamente seguro, el gobernador romano puso un sello e hizo vigilar el sepulcro por una guardia de legionarios romanos. Me imagino que eran hombres de pelo en pecho, que habían peleado en todos los países del mundo conocido en aquel tiempo: en la Galia (Francia de hoy), en Germania (es decir, en Alemania), en Asia y en Africa. Hombres cuyos cuerpos estaban cubiertos de cicatrices. Al amanecer el tercer día allí estaban vigilando, con su escudo en el brazo, su lanza en la mano derecha y el yelmo sobre la cabeza. Cuando un legionario romano estaba de guardia, se podía tener confianza. De repente una luz brillante. La Biblia dice: *»Un ángel del cielo removió la piedra«*. ¡Y Jesús sale de la tumba! Fue tan tremendo que hasta los soldados caen desmayados. Pocas horas después, Jesús encuentra a una pobre muchacha. La Biblia dice que Jesús había echado de ella siete demonios. Esa muchacha estaba llorando. Y en ese mismo momento Jesús se acerca a ella. La muchacha no se desmaya. Todo lo contrario. Con gozo reconoce al Señor Jesús resucitado, diciendo: *»¡Maestro!«* Ella es consolada, porque sabe que: *»¡Jesús, el Buen Pastor, vive y está conmigo!«*

Y mira, por eso quiero tener también a Jesús: Necesito a uno de cuya mano pueda asirme. La vida me ha atribulado mucho. Estuve en cárceles nazi por causa de mi fe. Y allí había horas en las cuales

pensaba: »Ahora falta sólo un paso, y caeré en las tinieblas de la enajenación donde no hay vuelta«. Y luego vino Jesús. Y El lo cambió todo; de ello doy testimonio.

Me acuerdo de una tarde en la cárcel, y aquello era realmente un infierno. Llegó un transporte de presos en tránsito que debían ser llevados a un campo de concentración, gente sin esperanza alguna, algunos de ellos criminales, otros personas inocentes, judíos. Aquel día era un sábado. De pronto enloquecieron. Y luego todos comenzaron a gritar. Todo un edificio lleno de celdas de gente desesperada que gritan y golpean las paredes y las puertas. Los guardias se pusieron nerviosos y comenzaron a disparar sus revólveres contra el techo, corrían de una celda a otra, golpean en las costillas a uno de los presos. Y yo estoy sentado en mi celda, pensando: »Así será el infierno«. Es casi imposible describir la escena. En ese mismo momento pienso: »¡Jesús! ¡El está presente!« Te cuento sólo lo que fue mi experiencia, nada más. Con baja, muy baja voz, dije en mi celda: »¡Jesús! ¡Jesús! ¡¡¡Jesús!!!« Y dentro de tres minutos se hizo el silencio. ¿Me comprendes? Invoqué a Jesús, ningún hombre podía oírlo, sólo él, ¡y los demonios tuvieron que ceder! Y luego me puse a cantar en voz alta -esto era estrictamente prohibido-:

*»Nuestra fortaleza, nuestra protección,
nuestro fiel socorro, nuestro paladín,
nuestro gran refugio, nuestra salvación
es el Dios que adora nuestro corazón«.*

Ni una palabra de parte de los guardias, de modo que seguí cantando en voz alta: »Que la tierra toda cambie de lugar, y los montes rueden por el ancho mar, nuestra fortaleza firme habrá de estar, porque

lo inmutable no podrá cambiar«. Amigos, en aquellos momentos he sentido algo de lo que significa el tener un Salvador vivo.

Todos nosotros tendremos que pasar algún día - ya lo he mencionado- por una prueba tremenda, la prueba de morir. Alguien me echó una vez en cara: -Vosotros los pastores siempre tratáis de asustar a la gente con la muerte. Le contesté: -No hace falta asustar a la gente con la muerte, porque ¡todos nosotros tenemos miedo a ella! ¿Es verdad? ¡Y en aquellos momentos ¡qué confortante es poder aferrarnos a la mano del Buen Pastor! Pero me dicen -y esto es verdad-: »El hombre de hoy teme más la vida que la muerte. ¡La vida es terrible, peor que la muerte!« Pero también en la vida podemos contar con el Salvador.

Os contaré otra historia que ya he usado muchas veces como ilustración. Parece increíble, pero es verdad. Llegué a conocer en Essen a un industrial de buen carácter. El solía decirme: -Señor pastor, me alegro de que usted trata de exhortar a nuestros hijos a hacer el bien. Tome estos cien marcos por su trabajo. -¿Y usted mismo? -pregunté. -No, déjeme tranquilo. Tengo mi propio concepto del mundo... Me comprendes, ¿verdad? Un buen hombre, pero tan lejos de Dios como está el oriente del occidente. Un día tuve que celebrar una boda. Muchas veces es un poco triste en una iglesia grande y casi vacía. Y luego vienen los desposados y tal vez otras diez personas. Parece que se sienten un poco confusos en un edificio tan grande. Mi amigo industrial iba a ser padrino de boda. El pobrecito me dio lástima: Bien vestido, el sombrero de copa en la mano, no sabía cómo comportarse en una iglesia. Me dí cuenta que se preguntaba: »¿Hay que arrodillarse ahora, debo hacer la señal de la cruz? ¿O que es lo correcto?«

Bueno, intenté ayudarle un poco, poniendo a un lado su sombrero de copa. Luego fue cantado un himno. Naturalmente no tenía la menor idea de lo que estaba pasando, pero al menos hizo como que comprendía. ¿Puedes imaginarte a aquel hombre? Un verdadero caballero. Y luego pasó algo interesante: La novia había sido maestra en la escuela dominical. Y por eso durante la ceremonia unas 30 niñas pequeñas cantaron un himno desde la galería. Con sus dulces voces cantaron el sencillo cántico sencillo: »¡Cuán precioso es el nombre de Jesús! Con su sangre me limpió, de su gozo me llenó, de su vida me dotó mi Jesús«. De pronto veo que algo le sucede a mi amigo. »¿Qué le pasa a este hombre? ¿Acaso cae enfermo?« Veo que se dobla sobre sí mismo, esconde el rostro entre sus manos y tiembla. Mi primer pensamiento es que hay que llamar a un médico. Pero entonces me doy cuenta: El hombre llora, solloza. ¡El gran industrial, el caballero, llora! Y repentinamente comprendí lo que le sucedió en la gran catedral. El hombre se decía a sí mismo: »Esas niñas poseen algo que yo no tengo. Ellas tienen un Salvador, ¡pero yo soy un hombre solitario y perdido!«

Y vosotros también, quienquiera que seáis: No hay nada más grande en este mundo que podáis alcanzar que esta verdad, tal como aquellas niñas: El saber que pertenezco al Señor Jesús, y que tengo un Buen Pastor. ¿Queréis saber por qué creo en Jesús? Porque el es el Buen Pastor, el mejor Amigo, mi Salvador que vive.

Jesús ¿para qué? Una cosa quiero todavía deciros:

5. Jesús es el Príncipe de la vida

Años atrás tuve un encuentro con un grupo de

jóvenes en Bohemia. Luego que los jóvenes habían partido, tuve que esperar todavía un día hasta que vinieran a buscarme con el coche.

Aquella noche dormí en un viejo castillo de caza que había pertenecido a un pasado rey. Ahora vivía allí sólo el guardia forestal. El edificio estaba casi en ruinas. No había luz eléctrica. Pero había un salón enorme con una chimenea en la cual habían encendido un pequeño fuego. Me pusieron una lámpara de petróleo en la mesa y me desearon »¡Buenas Noches!«... y luego quedé a solas. Afuera se desató una furiosa tormenta, la lluvia bajó en torrentes. Sabes, era una escena ideal como para un cuento de ladrones. Y, en aquella noche en particular, no tuve nada conmigo para leer. Descubrí un folleto sobre la repisa de la chimenea. Y me puse a leerlo a la luz de la lámpara de petróleo. ¡Nunca había leído algo tan terrible como aquello! En el librito, un médico había expresado toda su ira contra la muerte. Página tras página siempre lo mismo: »¡Oh muerte, enemigo de la humanidad! He luchado durante una semana entera por una vida humana, pensando que el hombre está ahora fuera de peligro, y entonces tú te levantas con una risa maliciosa y lo llevas contigo - ¡y todo ha sido en vano! Puedo curar a los hombres, pero sé que es inútil - pues tú vienes con tu mano esquelética. ¡Oh, engañador, muerte, enemigo!« Página tras página nada más que odio contra la muerte. Y luego vino lo más terrible: »Oh muerte, oh punto final, oh signo de admiración!« Y literalmente siguió: »¡Maldito, ojalá fueses un signo de admiración! Pero cuando te contemplo, te conviertes en un signo de interrogación. Y me pregunto: Las muerte ¿es un fin o no es un fin? ¿Qué viene? ¡Oh muerte, tú signo de interrogación brutal!«

¡Tú también puedes llegar a esta conclusión! Pero

yo puedo deciros que no se termina todo con la muerte. Jesús, que sabe todas las cosas, dijo: *»Espacioso es el camino que lleva a la perdición, y angosto es el camino que lleva a la vida«*. ¡Y es exactamente *aquí* donde se echa la suerte! Me alegro de que tengo un Salvador que da la vida aquí y ahora, el cual es la vida, y el que lleva a la vida. Es por eso que le predico con tanto gozo.

Fue en la Primera Guerra Mundial que estuve durante varias semanas cerca de Verdún, donde se libró una de las batallas más terribles. Entre las dos líneas enemigas habían montones de cadáveres. Durante toda mi vida no pude deshacerme de aquel olor cadavérico. Y siempre que veo un monumento conmemorativo, en el que se puede leer *»Cayeron por la Patria«*, olfateo el olor de Verdún, el olor cadavérico. Y cuando pienso: *»Dentro de cien años ninguno de nosotros estará aquí«*, entonces sopla ese olor de muerte alrededor de mí. ¿Tú no lo sientes?

¡Y en este mundo de muerte hay uno que resucitó de entre los muertos! Y aquél dice -¡fíjate!-: *»Yo vivo, y vosotros viviréis. Creed en mí. Venid a mí. Convertíos a mí. Os llevaré a la vida«*. ¿No es maravilloso? ¿Cómo es posible vivir en este mundo de muerte sin aquel Salvador, el que es la vida y el que lleva a la vida?

Hace unos días leí una vieja carta publicada por el profesor Karl Heim. Era la carta de un soldado caído durante la Segunda Guerra Mundial en Rusia, un creyente. La carta dice así: *»¡Es espantoso lo que pasa alrededor de nosotros! Cuando los rusos disparan su órgano de Stalin, entonces el pánico se apodera de todos nosotros. ¡Y el frío! ¡Y la nieve! ¡Es horroroso! Pero no tengo nada de miedo. Si cayese muerto, sería maravilloso: En un momento estaré en la gloria. Entonces callará la tempestad - y veré a mi Señor cara a cara, y me rodeará su*

resplandor. Para mí no hay ningún inconveniente en morir aquí«. El soldado cayó poco después. Cuando leí la carta, pensé: »¡No es maravilloso que un joven no tema la muerte, porque conoce a Jesús!«

Sí, Jesús es el Príncipe de la vida. Y él da a los suyos la certidumbre de la vida eterna.

En el Congreso Evangélico de Leipzig hubo una gran recepción en la casa consistorial. Todos los personajes importantes, tanto de las autoridades como de la iglesia, estaban reunidos. Y luego los discursos inevitables, no obligatorios, para no ofender a nadie. Heinrich Giesen, en aquel tiempo secretario general del Congreso Evangélico, tuvo que terminar la reunión. No olvidaré nunca como Giesen se levantó y dijo: »Señores, Uds. nos preguntan quiénes somos. Se lo diré con una sola frase: Somos personas que oran: Señor, hazme santo para poder entrar en el cielo«. Y luego se sentó. Fue sorprendente, como la gente quedó impresionada por esta declaración tan simple.

Años atrás, un poeta cristiano escribió:

*Sus propósitos perfectos a su tiempo cumplirá,
y lo que es ahora amargo, dulce fruto llevará;
la incredulidad es ciega, pues no mira más allá,
a la fe Dios se revela, todo nos aclarará«.*

Os deseo que podáis atravesar el mundo de esta manera.

¿Por qué necesitas a Jesús? Todo, absolutamente todo depende de ello, que llegues a conocer a Jesús.

¿POR QUE VIVO?

¡Este es el problema! ¿Por qué vivo? O ¿por qué estoy en el mundo? O: ¿cuál es el sentido de mi vida?

Un día me llamó, por teléfono, un industrial. Estaba muy agitado: -¡Señor pastor, venga! Fui a toda prisa. Me recibió con las palabras: -¡Mi hijo se ha suicidado! Yo conocía al muchacho. Era estudiante. Poseía todo lo que se puede desear en la vida. Tenía buena salud, era un muchacho guapo, joven y rico. Tenía su propio coche, y nunca se había mezclado en cosas sucias. ¡Y aquel muchacho simpático se pega un tiro! En una carta dejada por él leí: »No veo ningún sentido en mi vida. Por eso la termino. ¡Mi vida es inútil!« ¡Horrible!

Mira: La cuestión del sentido de nuestra vida tiene una importancia inmensa. Y tiene tanta importancia por la sencilla razón que tenemos una sola vida. ¿Has reflexionado alguna vez sobre el hecho de que tienes una sola vida?

Cuando asistía todavía al colegio, no era uno de los mejores en matemáticas. Al contrario. Mi profesor no mostraba ninguna comprensión de la manera que yo encontraba la solución a los problemas. Y cuando había hecho mis ejercicios, muchas veces emborronó mi cuaderno con muchísima tinta roja, subestimando totalmente mi talento para encontrar soluciones extravagantes. ¡Qué cosa más fea! Cuando un cuaderno estaba lleno de correcciones rojas, aunque había todavía bastantes páginas vacías, a veces lo tiré, y me compré otro nuevo, bonito y limpio. De esta manera pude empezar de nuevo. ¡Ojalá pudiésemos empezar también la vida de nuevo! Creeme: Millones de personas piensan en el momento de morir: »¡Oh! ¡Ojalá pudiese empezar mi vida de nuevo! Sería completamente diferente«.

Un cuaderno puede comprarse de nuevo, empezando otra vez desde el principio - ¡con la vida es imposible! Tenemos una sola vida. ¡Cosa terrible, el haber malgastado la única vida que tenemos! ¡Tenemos una sola vida! Cuando la hayamos perdido, será perdida para siempre. ¡Eternamente! Por eso es tan serio lo que debo decirte.

Esta mañana pasó en frente de mi hotel un gran hato de vacas. Como estaba ocupado con la preparación de mi conferencia, pensé: »¡Vacas felices! Ellas no deben reflexionar sobre la cuestión del por qué están en el mundo. El asunto está bien claro: Dar leche, y al final suministrar carne de vaca«. Me comprendes: El animal no necesita reflexionar sobre el sentido de la vida. Esta es la gran diferencia entre el animal y el hombre. Y ésto es lo terrible, el que hay tantas personas que viven, y finalmente mueren, sin haberse preguntado una sola vez: »¿Para qué vivo?« Son como los animales. Esto es lo que le eleva al hombre sobre el animal. Pregunta: »¿Para qué vivo? ¿Por qué soy hombre?«

1. Contestaciones superficiales e inconsideradas

Amigos, hay un sinfín de contestaciones superficiales e inconsideradas a la pregunta: »¿Para qué vivo?« Hace muchos años fui confrontado con todas esas respuestas superficiales e inconsideradas a la vez. Fue en el año 1936 durante el Tercer Reich. Algunos estudiantes de la ciudad de Münster me habían pedido que discutiera con ellos sobre el tema »¿Cuál es el sentido de mi vida?« Y en seguida me dijeron que no estaban dispuestos de escuchar un sermón, sino que querían discutir sobre el tema. -De acuerdo, -dije- permitiré que comencéis. ¿Cuál es el sentido de mi vida? ¿Para qué vivo?

Como en aquel tiempo los nazis estaban en el poder, fue normal que un joven se pusiera de pie, declarando: -Yo vivo para mi nación. Es algo como la hoja y el árbol. La hoja no tiene importancia, el árbol lo es todo. ¡Vivo para mi nación! -Bien, -respondí- ¿y qué del árbol? ¿Para qué existe la nación? Silencio. El muchacho tampoco lo sabía. Me comprendes: La pregunta no fue contestada; sólo aplazada. Dije a los jóvenes: -¡Amigos, les ruego que no me den contestaciones que no responden al problema, sino que sólo lo aplazan!«

-Bueno. ¿Cuál es el sentido de la vida? ¿Para qué vivo? -insistí preguntando. Otro declaró: -Estoy en el mundo para cumplir con mi deber. -¡Hombre! -repuse- ¿ese es el quid del asunto! Pues: ¿Qué es mi deber? Yo, por ejemplo, considero que es mi deber decir la Palabra de Dios. Matilde Ludendorf cree que es su deber negar la existencia de Dios. Deber ¿qué es, en el fondo? Un alto funcionario me dijo una vez: -Pastor, entre nosotros le diré que todo el día estoy firmando documentos, pero yo sé que si todos ellos se quemasen, el mundo seguiría existiendo. Estoy aburrido de un trabajo tan inútil. En el Tercer Reich, miles de soldados de la SS asesinaron a miles de personas inocentes. Y cuando comparecieron ante el tribunal, afirmaron: »No hemos sino cumplido con nuestro deber. ¡Lo hicimos por orden superior!« ¿Crees que es el deber de un hombre el asesinar a otros? Yo no puedo creerlo. Por eso dije a los estudiantes: »¡Ahí está la raíz del problema! ¿Qué es mi deber? ¿Quién de vosotros puede decírmelo? ¡Otra vez hemos llegado a un punto muerto!«

Los jóvenes se mostraban pensativos. Luego uno se levantó y declaró orgullosamente: -Pertenezco a la nobleza más antigua. Puedo nombrar mis antepasados de 16 generaciones. ¡Una larga genealogía! ¡No

es una tarea de toda una vida el continuar esta línea genealógica debidamente? A lo que sólo pude responder: -¡Hombre! Si no se sabe para qué las 16 generaciones han vivido, es cierto que no merece la pena añadir otra más. ¡Estamos dando vueltas!

Comprendedme: Hay tantas contestaciones superficiales e inconsideradas. A veces se puede leer en las esquelas mortuorias de los diarios un aformismo terrible: *»Siempre trabajaste, en ti mismo no pensaste, por los tuyos cuidaste, a ti mismo te olvidaste«*. Esto me saca de quicio, cuando lo leo, y entonces pienso, que es una esquela que sería justa para un caballo. Un caballo tiene que trabajar. Pero no creo que el hombre está en la tierra sólo para trabajar como un esclavo. ¡Sería una vida miserable! En tal caso más valdría suicidarse a la edad de 10 años, si éste fuese el único sentido de nuestra vida: *»¡Siempre trabajaste...!«* ¡Qué cosa más tremenda! No, esto no es el sentido de nuestra vida.

Otro de los estudiantes me dijo: -Mire, me estoy preparando para ser médico. Y cuando luego pueda salvar vidas humanas, ¿acaso no merece la pena? Respondí: -¡De acuerdo! Pero si no sabes para qué vive el hombre, entonces el salvar vidas humanas tampoco tiene sentido. ¡Más valdría entonces ponerles una inyección para escapar de la realidad. Lo que quiero decir con eso es: Tampoco es la última contestación a nuestro problema en cuanto al sentido de nuestra vida.

Con espanto descubrí en aquel día (pues se trataba sólo de estudiantes) que hasta personas cultas en nuestro tiempo viven al día sin darse cuenta del por qué están en el mundo.

De paso una observación: Tal vez uno u otro de vosotros se ofenda por mi manera de hablar. Naturalmente podría usar también frases muy complicadas con muchos extranjerismos, pero estoy conven-

cido de que, en tal caso, al cabo de media hora todos vosotros os quedaríais dormidos. Y como es eso lo que temo, prefiero hablar como el hombre en la calle.

Cuando uno ha pasado por tantas cosas terribles, entonces surge también la conclusión expresada en aquel tiempo por los estudiantes de Münster: »La vida no tiene sentido en absoluto. Nací por pura casualidad. Nada tiene sentido. Por eso conviene disfrutar la vida.« Esta es, quizás, la tentación más grande para el hombre, el darse cuenta: »Mi vida no tiene sentido y es inútil. Si mis padres no se hubieran casado, no habría sido engendrado ni venido al mundo. Es mera casualidad que existo. ¡En el fondo mi vida no tiene ningún sentido!« Y quien tiene problemas, se encuentra confrontado con la tentación de suicidarse: »¿Para qué seguir con tal vida? Si todo es casualidad y un absurdo, ¡entonces más vale ponerle fin!« ¿Sabes que el número de los suicidas en la República Federal de Alemania excede el número de los muertos en accidentes de circulación? ¿Sabes que el 50 % de los suicidos son jóvenes de menos de 30 años? ¿Por qué? Porque nuestra generación ya no encuentra sentido alguno en su vida.

Muchas veces he hablado con personas que prorrumpieron en lamentaciones: -¡La vida no tiene sentido! La voy a tirar - o por las diversiones, o por suicidio. A lo que pregunté: -¿Y si, a pesar de todo, tuviese sentido? Si tuviese sentido - y si usted hubiese vivido como si no lo tuviese - ¿entonces que pasaría con usted?

En la Biblia hay una palabra estremecedora: »*Está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio*«. Mira: Es necesario conocer esta palabra para llegar seriamente a la pregunta: »¿Para qué vivo?« ¡Pues no podemos morir y

comparecer ante el tribunal de Dios si hemos perdido el sentido de nuestra vida! ¿Has comprendido la pregunta? Entonces puedo seguir un paso más adelante:

2. ¿Quién puede darnos una contestación?

¿Para qué vivo? ¿Quién puede darme una respuesta definitiva, quién? ¿Acaso la iglesia? ¡Claro que no! ¿El pastor? ¡Tampoco! Pues él se encuentra en la misma situación como tú. ¿Los científicos? ¿Los filósofos? ¡Ninguno de ellos puede darnos una contestación a la pregunta: »¿Para qué vivo?« Hay uno solo que puede informarnos sobre el por qué estamos viviendo: pues Aquel que nos llamó a la vida, nos creó - ¡Dios mismo!

Permíteme un ejemplo un poco torpe. Un día hice una visita. El muchacho estaba ocupado trabajando con alambres y lámparas. Le pregunté: -¿Qué máquina estás constuyendo? ¿Qué será al final? Bueno, el chico me lo explicó, pero debo confesar que no entendí absolutamente nada. Pero pensé: -Ningún otro puede saber lo que será - ¡salvo el que lo hace!

Otro tanto ocurre con nuestra vida: Sólo el que nos creó puede decir para qué nos ha creado: Dios mismo. El puede revelarnos la respuesta a nuestra pregunta »¿Para qué vivo?«. Y si yo no fuese ya lector de la Biblia, entonces ésta sería para mí la razón para ponerme a leerla. Sería una cosa insoponible para mí el no saber por qué estoy en este »mundo maldito«. ¿Te parece demasiado dura la palabra »maldito«? ¡La Biblia lo dice! Si acompañases a un pastor que trabaja en una de nuestras capitales durante varios meses, entonces entenderías lo que quiero decir: ¡que el mundo se encuentra bajo

una maldición terrible! Y yo no podría aguantarlo, vivir en este mundo, si no conociese la contestación dada por Dios.

Dios nos da' la respuesta a la pregunta sobre el sentido de nuestra vida - en la Biblia. Y este es uno de los motivos de la inmensa importancia de la Biblia. Yo conozco a personas que, arrogantemente, dicen: »¿La Biblia? ¿Quién lee todavía este libro anticuado!« A lo que puedo contestar sólo: »Os lo puedo dar por escrito que hasta la fecha no habéis reflexionado seriamente sobre la pregunta '¿Para qué vivo?'«. La necedad es una enfermedad muy extendida - y si causase dolor, ¡entonces todo el mundo estaría lleno de gritos de dolor! Te diré la respuesta de la Biblia con una sola frase: Dios nos creó para que seamos sus hijos.

Como un padre es reflejado en su hijo, así también creó Dios al hombre »a su imagen«. Dios quiere que seamos sus hijos, los que hablan con El - y con los cuales El puede hablar - hijos que le aman - y a los que El ama. Una pregunta: ¿Sueles orar? ¿Acaso no sería muy triste para un padre si su hijo no hablase con él - y eso durante años y años? ¡Y un hombre que no ora, no habla con su Padre celestial! Mira: Dios quiere que seamos hijos suyos, que hablan con El, que El ama, y que le aman a El. Para eso están en el mundo.

Compréndeme bien: No estoy hablando de la iglesia, ni de dogmas, de religión o de cosa semejante, sino que estoy hablando del Dios viviente. El te ha creado para que seas su Hijo. ¿Lo eres?

Ahora tengo que dar otro paso más: Hemos de ser hijos de Dios, ¡pero por nuestra naturaleza no somos hijos de Dios! En las primeras páginas de la Biblia leemos: »Y creó Dios al hombre a su imagen«. Y luego la Biblia nos relata de un desastre enorme. El hombre había sido creado en libertad total - ¡y

aquel hombre se rebela contra Dios! Toma del fruto prohibido, lo que significa: »¡Quiero ser autónomo. Puedo vivir sin Dios!« Compréndeme bien: Adán no puso en duda de que Dios existía, pero se emancipó de El: »¡Quiero vivir según lo que me da la gana!«

El otro día en la calle me preguntó un hombre: - Pastor, usted siempre habla de Dios, pero no lo veo. Dígame: ¿Cómo puedo encontrar a Dios? A lo que le contesté: -Imagínase que existiese una máquina de tiempo que podría trasladarme a un tiempo miles de años atrás. Pues con tal máquina de tiempo volvería al principio de la humanidad. Alguna tarde estaría paseándome en el paraíso. Usted conoce la historia de la caída del hombre ¿verdad? Pues bien, detrás de un arbusto me encuentro con Adán, el primer hombre. Le saludo: -¡Buenas tardes, Adán! -Buenas tardes, pastor! replica. -Seguramente estás asombrado de verme aquí, le digo. -He llegado aquí por un milagro de la técnica moderna. -Pero, dice Adán -¿qué te pasa? Me pareces muy pensativo. -Mira, -contesto- tengo un problema, estoy reflexionando sobre una pregunta que me hizo un hombre: ¿Cómo puedo encontrar a Dios? Adán suelta una carcajada: -¿Cómo encontrar a Dios? Esta no es la cuestión, porque Dios está aquí. Seamos sinceros, pastor, el problema verdadero de vosotros es cómo deshacerse de Dios. Y éste es el problema; ¡no es posible deshacerse de El!

¿Acaso no tiene razón? ¡Dios existe! ¡Dios puede ser hallado! Pero es difícilísimo deshacerse de El. Cuando considero la historia cultural de los últimos 300 años pasados: ¡Cuántos esfuerzos se han hecho para deshacerse de Dios! Pero Dios sigue existiendo. Amigos, en el fondo todos vosotros creéis que Dios existe - ¡pero no le pertenecéis! ¡Estáis bailando al son que os tocan! La cuestión de Dios es aplazada para más tarde. Por supuesto, no se niega a Dios,

pero tampoco se le acepta. No sois enemigos de Dios - pero tampoco amigos de El. Y así el problema más importante de la vida queda sin respuesta.

Un médico suizo afirmó en un libro: Si el hombre no soluciona los grandes problemas de la vida, llegará a tener problemas mentales y emocionales. Y luego sigue: No le negamos, pero tampoco le pertenecemos, ni le queremos. Es por eso que sufrimos la falta de Dios. - Yo estoy completamente de acuerdo con eso.

Cuando oigo gritar por todas partes: »El hombre moderno no se interesa por Dios«, sólo puedo responder: -¡Entonces el hombre moderno está en una situación fatal! Pues bien, me considero ser un hombre moderno, y me intereso por Dios. Pero cuando el hombre moderno ya no se interesa seriamente por su redención, entonces está en una mala situación. Permíteme usar un ejemplo: Imagínate un aprendiz de cocinero. Un día el jefe dice acerca de él: -El muchacho no tiene el menor interés por aprender a cocinar. Pregunto: -Y ¿qué es lo que le interesa? El jefe dice: -¡Lo que le interesa son las muchachas y la discoteca! -Pues -digo- entonces debe hablar desde ahora en adelante con él sólo sobre muchachas y discotecas. -¡Vaya! -responde el jefe-, si no se interesa por la cocina, entonces nunca será un buen cocinero; ha elegido la profesión equivocada.

Compréndeme bien: Nuestra vocación es la de ser hijos de Dios. Y si el hombre moderno no se interesa por ello, fracasará en cuanto a su vocación como hombre. Es inútil discutir sobre esto y aquello que, tal vez, le interesa. Más vale insistir: En el momento que seas el hijo del Dios viviente, empezarás a ser hombre verdadero.

3. Dios contesta

Repito: Por nuestra naturaleza no somos hijos de Dios - pero estamos en el mundo para ser hijos de Dios. Por esta razón debe acontecer algo en nuestra vida. Y es por eso que estoy dando esta conferencia. No estoy aquí para distraeros un poco, sino que es mi deseo ayudar a algunos a encontrar la vida verdadera.

Otra vez: No somos hijos de Dios, ni amamos a Dios, ni cumplimos sus mandamientos, ni nos preocupamos de El, ni oramos - a lo sumo en un momento crítico, entonces accionamos el freno de alarma. Por eso la cuestión es: »¿Cómo llego a ser un hijo del Dios viviente?« Ahora me gustaría repartir hojas de papel y lápices, y decir: -Escriban su opinión sobre el mejor camino para hacerse un hijo de Dios. Unos dirían: -Tengo que ser una buena persona. Otros: -Pues tengo que creer en el Señor. Pero todo ello no es suficiente. La cuestión queda pendiente: »¿Qué haré para ser un hijo del Dios viviente?«

La contestación a esta cuestión vital puede ser obtenida sólo por revelación. Dios mismo puede decirme de qué manera puedo hacerme hijo suyo. Ningún otro, ni aún un pastor, puede inventar tal cosa. Y la Biblia nos da una contestación muy clara. Dice: ¡Sólo por medio de Jesús! Amigos, cuando llego a este punto, cuando puedo hablar de Jesús, entonces llego a extasiarme; mi pulso late más rápidamente; he llegado al climax, al tema de mi vida: ¡JESUS! Si uno quiere hacerse hijo de Dios, entonces esto es posible sólo por medio de Jesús.

Hay una palabra en la Biblia cuya traducción literal es: »*Jesús vino desde el mundo de Dios a este mundo*«. Hoy en día muchos quieren hacernos creer que la Biblia tiene un concepto anticuado del mun-

do: El cielo está arriba, la tierra abajo. Son tonterías. La Biblia no conoce tal concepto del mundo. Más bien dice acerca de Dios: *»Detrás y delante me rodeaste«*. Esta es otra cosa. Me comprendes: Aun cuando huyese debajo de la tierra, Dios ya estaría allí. La Biblia enseña lo que hoy en día caracterizaríamos en nuestro lenguaje moderno como el *»concepto del mundo de las dimensiones«*. Vivimos en un mundo tridimensional: longitud, anchura, altura. Pero hay más dimensiones. Y Dios se encuentra en otra dimensión. El está muy cerca de nosotros. El te acompaña. ¡Te ha visto en tus caminos impíos! Pero nosotros no podemos romper la pared a la otra dimensión. Sólo Dios puede hacerlo. Y Dios abrió una brecha en la pared y vino a nosotros - en Jesús.

El Nuevo Testamento dice acerca de Jesús: *»A lo suyo vino«* - escucha: el mundo es propiedad de El - *»y los suyos no le recibieron«*. He aquí toda la historia del Evangelio hasta el día de hoy: Jesús viene - ¡y el hombre cierra la puerta! *»A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron«*. Normalmente el tema debería acabar aquí. Pero es curioso que sigue así: *»Mas a todos los que le recibieron, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios«*. ¡He aquí el camino cómo uno se hace un hijo de Dios: recibiendo a Jesús! ¿Ya abriste las puertas de tu vida para Jesús? *»Mas a todos los que le recibieron, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios«*.

Durante la Primera Guerra Mundial, yo era un joven oficial. Vivía lejos de Dios, pero cuando lo descubrí y abrí las puertas de mi vida a Jesús, le recibí como Salvador. Toda mi vida fue cambiada. Pero no me arrepentí nunca de haberlo hecho. Por causa de Jesús tuve que pasar por muchas situaciones difíciles. Por causa de Jesús fui echado en la cárcel. Por causa de Jesús tuve que sufrir mucho.

No obstante, si tuviese cien vidas, siempre me aferraría a esta palabra: *»Mas a todos los que le recibieron, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios«*. ¿Por qué? ¿Porque desde el momento cuando fui hecho hijo de Dios, mi vida llegó a tener un sentido! No importa si soy pastor o barrendero, director o cerrajero, ama de casa o profesora. En el momento que soy hijo de Dios, mi vida tiene un nuevo sentido. Por eso es tan importante que recibas a Jesús en tu vida. Entonces habrás hallado el sentido de tu vida; ¡sólo entonces!

Es muy interesante estudiar una vez los personajes del Nuevo Testamento. Tenemos, por ejemplo, una mujer cuya vida estaba tremendamente destruída: María Magdalena. Acerca de ella se dice solamente a grandes rasgos: *»de la cual habían salido siete demonios«*. ¡Y yo conozco a muchos que son dominados por doce demonios! Estoy seguro que era una vida terrible: encadenada por sus instintos, presa. ¡Cómo sufrió ella! Y entonces viene Jesús a su vida, el Salvador, el Hijo de Dios, y echa a los demonios fuera. ¡Lo puede, y lo hace! Desde aquel momento aquella mujer pertenecía al Señor Jesús. Su vida ya no es sin sentido como antes. Y luego puede ver como El es clavado en la cruz, y luego muere. Se espanta: *»¡Ahora va a empezar esta vida terrible de nuevo!«* Por la mañana del tercer día después de la crucifixión, ella se arrodilla junto a la tumba de Jesús y llora. Cuando vino a la tumba, vio que estaba vacía, la piedra había sido quitada. Su cuerpo no estaba allí. Por eso llora. Yo puedo comprender bien a aquella mujer. Si yo hoy perdiese a Jesús, esto significaría para mí que caería en un abismo de falta de sentido. Le comprendo: *»El Salvador ya no está allí. Ahora mi vida vuelve a ser sin sentido«*. Pero de repente oye una voz detrás de sí: -¡María! Ella se asusta - y ve a Jesús, al Resucitado.

¡Lágrimas de felicidad y de gozo cubrieron su rostro, y con el grito »¡Raboni!« se echa a sus pies.

La historia de esa mujer muestra claramente que no se necesita gran filosofía para obtener la contestación al problema del sentido de la vida. El hombre más sencillo sabe: »Mi vida carece de sentido. ¿Para qué vivo, en el fondo?« En el momento que esa María Magdalena ha recibido a Jesús, la cuestión por el sentido de su vida ha sido solucionada. Ella ha sido hecha hija de Dios, su vida ahora se desarrolla a la luz de un sentido muy profundo y grande.

Por eso te ruego: ¡Recibe a Jesús! ¡El te espera! Habla con El. El está muy cerca de ti. Sería una cosa maravillosa si invocases por primera vez a Jesús: -¡Señor Jesús! Mi vida no tiene sentido. Ven a mí, tal como viniste a María Magdalena.

Si acepto a Jesús, comenzará una revolución enorme en mi vida: Me hará participar de su muerte, de modo que el viejo hombre muere. Puedo resucitar con El a una vida totalmente nueva como hijo de Dios. Me da su Espíritu, de modo que ahora mi manera de pensar es totalmente distinta; tendré nuevos deseos. Acepta a Jesús, y lo vas a experimentar.

Una cosa quiero decirte: Si aceptas a Jesús, comenzarás una vida nueva. El ser hecho un hijo de Dios no significa simplemente un cambio del modo de pensar, sino una existencia completamente nueva.

En el siglo pasado vivía en Westfalia un zapatero llamado Rahlenbeck. La gente le había puesto el mote de »pastor de los pietistas« por causa de su fidelidad a su Señor. Era todo un hombre. Un día tuvo la visita de un joven pastor. Rahlenbeck le dijo: -Pastor, sus estudios de la teología no le garantizan que usted es un hijo de Dios. Usted debe recibir al Salvador. A lo que respondió el pastor:

-Sí, tengo al Salvador, hastatengo una imagen de El en mi estudio. Dijo el viejo Rahlenbeck: -Sí, sí, si el Salvador se encuentra colgado en la pared, entonces queda pacíficamente. Pero si abre una su corazón a El, habrá mucho ruido.

Os deseo que experimentéis este ruido maravilloso, cuando muere lo viejo y podéis bendecir, como hijos de Dios, al Padre en el cielo, sabiendo el porqué estamos en el mundo. Podremos honrar al Padre en el cielo en obras, palabras y pensamientos.

Me vas a comprender: Lo que digo no es un hobby religioso, no es la idea de un pastor, sino que depende de ello la vida y la muerte, la vida eterna o la muerte eterna.

El Señor Jesús dice: *»He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él«*. Y a nosotros el Señor Jesús dice lo mismo: *»Estoy a la puerta de tu vida. Abre la puerta. Yo daré a tu vida un nuevo sentido«*.

El otro día vino a mí un viejo minero, diciendo: -Pastor, tengo que hablar con usted. Tenía 70 años de edad, y me contó: -Cuando tuve 17 años, asistí una vez a una campaña evangelística como esta. Y me di cuenta que Jesús estaba llamando a la puerta de mi vida. Pero entonces me dije: Si ahora abro la puerta y le recibo, mis compañeros van a burlarse de mí. No puedo hacerlo. Y me marché. Luego siguió diciendo: -Ahora mi vida ha llegado a su fin. Soy viejo. Y ahora sé que toda mi vida fue una equivocación, porque en aquella hora no abrí la puerta a Jesús.

Amigos, tenemos una sola vida, y por esta sencilla razón la cuestión *»¿Para qué vivo?«* es de vital importancia. Dios contestó la pregunta en Jesús, el Crucificado y Resucitado. Y ahora este Jesús está delante de tu puerta y llama. Abre la

puerta de tu vida - y no te arrepentirás jamás de tu decisión.

NO TENGO TIEMPO

Cuando se reparten las invitaciones a escuchar mis conferencias: »Venga a escuchar al pastor Busch«, en la mayoría de los casos la respuesta es: »No tengo tiempo«.

Aconteció en un sanatorio. Durante las comidas estuve sentado frente a un hombre, con el cual me entendí muy bien. »Es realmente un hombre que sabe vivir« -pensé a veces al ver como disfrutaba la comida, o cuando le ví tomando el sol. Pero poco a poco me dí cuenta que nuestras conversaciones eran muy superficiales. Tal vez preguntas como: »¿Qué hay de malo en ello?« Estoy convencido de que Dios es la gran realidad. Cuando me dí cuenta que Dios hizo una obra grandiosa, eso cambió toda mi vida: *»Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna«.* Es una cosa terrible cuando uno no hace caso de esta salvación que Dios ofrece. Y evidentemente era el caso de mi compañero de mesa. ¿Cómo se sentirá, cuando Dios le llame algún día a su presencia? Un buen día le entregué un folleto que yo había escrito. »Por favor, léalo una vez. Trata de experiencias con Dios. Le dará mucho para pensar«. ¿Y qué pasó? Mi compañero me dio las gracias. Y luego dijo: »Ahora tengo que descansar... pero quizás encontraré en casa algún rato libre para leerlo«. Y con eso puso el librito de lado. Me puse triste. En ningún sitio tendría más tiempo libre como aquí en el sanatorio. El caso era que no quiso tener tiempo para Dios. Es muy peligroso tratar a Dios de esta

manera. Y por eso es preciso hablar una vez sobre este tema.

1. Una situación muy curiosa

¿Cuál es la razón verdadera por la cual no tenemos tiempo? En primer lugar quiero llamar vuestra atención sobre un hecho que no puedo comprender, que ningún hombre puede explicar.

Mira: Hace cien años atrás, cuando un comerciante de Stuttgart quería concertar un negocio con otro en Essen, entonces eso significaba para él un viaje de ida 5 días en diligencia, y otros 5 días para el viaje de regreso, en total 10 días de viaje y, quizás, 2 días para las negociaciones. Tenía que gastar casi medio mes para ese negocio. Hoy, el comerciante lo hace por medio de una sola conferencia telefónica directa, y así ha ahorrado 12 días. Pero cuando considero a los comerciantes de hoy, entonces no hay ni uno que tenga 12 días sobrantes. Al contrario, todos dicen: »¡No tengo tiempo!« ¿Cómo es eso posible?

Cuando era niño y quería visitar a mis abuelos que vivían en el sur de Alemania, aquello era para mí como una vuelta al mundo, empezando en Wuppertal a Urach. Hoy en día el Expreso Transeuropeo hace el viaje en unas 5 horas. ¡Entonces sería muy natural que le sobre el tiempo a la gente! - Antes la gente trabajaba 60 horas y más por semana. Hoy trabajan unas 40 horas o menos por semana. Y nadie tiene tiempo. ¿Cómo es posible?

Otro aspecto: En nuestros días el trabajo ha sido simplificado muchísimo. Hay máquinas para todo. Mi madre leía cada día cuatro capítulos de la Biblia, y además le quedaba tiempo para orar por todos sus

seres amados. Pero en aquel tiempo no existían lavadoras eléctricas, ni electrodomésticos. Tuvo ocho hijos. Y sus vestidos no eran de fácil lavado. Tuvo que repasar los calcetines de todos ellos. ¡Y tuvo tiempo suficiente para leer cada día cuatro capítulos de la Biblia! ¿Tienes tú el tiempo para hacerlo? ¡Claro que no! ¿Pero cómo es posible?

Me comprenderás: Se hace todo lo posible para ahorrar tiempo - y el hombre no tiene tiempo. ¿Puedes explicártelo? Es una cosa incomprensible. En el fondo queda una sola contestación, que a la gente no les gusta escuchar, pero no conozco otra: ¡Detrás de la escena hay uno que nos da prisa! Hay uno que hace todo lo posible para mantener ocupado al hombre, tal como el domador en el circo, el cual no deja respirar a los hombres. Es precisamente lo que dice la Biblia: Este existe, y es el diablo. Y ahora nos vemos confrontados con la cuestión: ¿Acaso existe un diablo? Le doy la respuesta: Sí, el diablo es una realidad. Existe un »Príncipe de las Tinieblas«.

El otro día un hombre me declaró que había »roto con el cristianismo«. A lo que le contesté: »¡Qué engaño! ¡El diablo es el que le domina y le controla!« Sonriente, dijo: »¡Diablo! ¿Acaso usted cree que hay un diablo?«

La Biblia nos cuenta que Jesús fue llevado por el diablo a un monte muy alto con una vista magnífica. El diablo abrió el telón - y Jesús vio, en espíritu, todos los reinos del mundo y su gloria. Le dijo el diablo: *»A ti te daré toda esta potestad, y la gloria de ellos; porque a mí me ha sido entregada, y a quien quiero la doy. Si tú postrado me adorares, todos serán tuyos«*. Es una de las porciones de la Biblia que más me cautivan, pues, el Señor Jesús no contradice al diablo. El admitió que el diablo tiene poder sobre el mundo.

Y yo os digo: Quien no entiende que existe una potencia de las tinieblas, es ciego y tonto. De no ser así, ¿cómo te explicarías el mundo? Quiero mencionar sólo dos o tres cosas:

Pienso en la multitud de personas esclavizadas por sus vicios. Una noche vino a mí el director de una fábrica luego de haber bebido mucho alcohol, aunque todavía podía pensar. Me dijo: -¡Ayúdeme, no puedo dejarlo, tengo que beber! Mi padre era un borracho. Y yo igual. Soy un preso. ¡Cuántas personas hay que, en el fondo de su corazón, lamentan: »¡Soy un preso!« Pero ¿preso de quién? Mira toda la miseria de nuestro tiempo. ¡Entonces verás que existe una potestad de las tinieblas, como la Biblia lo dice!

O considera todo el desorden sexual de nuestros días. Conozco a un hombre que tiene una hermosa familia y una adorable esposa. Un día cayó en la trampa que le puso su secretaria! Fui a verle, y le dije: »¡Amigo! ¡Usted está arruinando su familia! ¡Usted ha perdido el respeto de sus hijos!« Aun puedo ver a este gran industrial sentado ante mí. - Señor pastor, -dice- no logro librarme de la chica, ¡no puedo! ¿Acaso no sentimos, en situaciones como esta, el poder de las tinieblas?

El conocido escritor inglés Sommerset Maugham escribió un importante libro titulado »De la esclavitud humana«. ¡Cuán pronto los hombres se vuelven esclavos de otros! ¡Cómo los mayores entre nosotros eran esclavos de Hitler! »Creí que dos más dos daba veinte. ¡Lo creí porque el Führer lo dijo!« ¿Acaso no se nota en ello el poder de las tinieblas, la existencia del diablo?

Goethe, el gran poeta alemán, escribió el tremendo drama »Fausto«. Como todos vosotros sois personas inteligentes, supongo que conocéis *Fausto*. En el drama, aparece una muchacha llamada

»Gretchen«, una virgen - ¡y luego ella es seducida! Su hermano, en su deseo de vengar el honor de su hermanita, muere en una pelea con el seductor de ella. Luego Gretchen da a su madre un somnífero para que su galán pueda venir adonde está ella. Pero la bebida produce la muerte de la madre. Y cuando el niño, que Gretchen espera, viene al mundo, ella lo mata - tal como la gente hoy en día mata a los niños en el seno materno. ¡Cuánta culpa! Al final la muchacha se ve confrontada con una enorme culpabilidad: ¡tres personas muertas: el hermano, la madre y el niño! Y luego exclama la estremecedora palabra: »¡Oh Dios! - lo que me impulsó a hacerlo, ¡era tan maravilloso, tan puro!« Realmente, ¡Goethe no era tonto! En *Fausto* cuenta que el diablo era el que manipulaba todo aquel lío amoroso.

Siendo pastor en una capital, soy confrontado permanentemente con tales problemas. Cuando, pues, viene alguien y me declara: »¡No hay diablo!«, entonces suelo preguntarle: »Díme, ¿de qué aldea apartada vienes?«, aunque también allí se siente la actividad del diablo.

Amigos, la existencia del diablo puede verse también en el hecho que hasta creyentes verdaderos son muy ciegos en cuanto a sus propias faltas. Me acuerdo de una señora religiosa pero muy egoísta. Maltrataba a su nuera de manera increíble. Y no se daba cuenta de ello. ¡Una mujer piadosa! Vosotros los piadosos, ¡orad a Dios que El os libre de la potestad de las tinieblas!

No es posible explicar el estado del mundo sin comprender que existe un diablo, una potestad de las tinieblas, un poder que trabaja para alcanzar un propósito determinado, el de mantenernos siempre corriendo. Es por eso que no tenemos tiempo. El diablo hace todo lo posible para no dejarnos tiempo - tiempo para reflexionar sobre el hecho maravilloso

que existe una posibilidad de librarnos de la esclavitud de las tinieblas. Y ahora tengo que dar el segundo paso: hablaré sobre la redención.

2. Un hecho maravilloso

Es un hecho maravilloso: ¡Existe una redención! Amigos, estoy contento de que tengo un mensaje tan magnífico. Durante las fiestas de carnaval, se presentan humoristas. A veces, me pregunto cómo se sentirá tal humorista cuando, acabada su actuación, está a solas en su habitación. Si es sincero, pensará: »Yo gano mi vida hablando tonterías y cosas ambiguas y sucias«. ¡Es un asco! Realmente, soy feliz de que puedo hablar del hecho inmenso de que ¡hay una redención de la potestad de las tinieblas!

El apóstol Pablo describió al creyente de esta manera: *»Dios nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo, en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados«*. El ser cristiano, pues, no es en primer lugar el ser bautizado y confirmado o el haber pagado el impuesto eclesiástico. Cristiano es uno que ha sido transformado totalmente, que ha sido librado de la potestad de las tinieblas e introducido en una nueva existencia bajo un nuevo Señor.

En este punto quiero contaros una historia que me contó un obrero de la Misión Urbana de Berlín: Durante cierto tiempo, estuvo tratando de ayudar a un borracho. Tales ataduras son terribles. Un día le dijeron que el hombre se había emborrachado de manera increíble. Había destruido los muebles y apaleado a su esposa. Así que fue a verle. Eran las cinco de la tarde. El hombre está sentado en la cocina, tomando un café. Al lado de él su hijito de

5 años. El misionero le saluda amablemente y pregunta: -Dígame, ¿ha fracasado otra vez? Rechinando los dientes, el hombre se levanta sorprendentemente. Sin decir ni una palabra, va a la próxima habitación y vuelve con una cuerda. Y luego se pone a atar a su hijito sobre la silla. El misionero piensa dentro de sí: -¿Qué pretende con eso? ¿Acaso está todavía borracho? Pero le deja hacer. El hombre ata al niño y al final anuda la cuerda. -¡Levántate!, grita. Pero el niño se pone a llorar y solloza: »¡No puedo levantarme!« Y entonces, gimió: -¿Lo ha visto? ¡No puede! ¡Otro tanto me ocurre a mí! ¡Terrible! »¡No puedo!« El misionero saca una navaja de su bolsillo, y corta la hermosa y nueva cuerda para tender ropa. Y luego dice al niño: -¡Levántate! El chico se levanta, y el misionero dice al borracho: -¿Has visto? -Claro - contesta aquél- ¡si corta la cuerda! Y el misionero le responde: -Escuche: Vino uno que rompe las cadenas: ¡Jesús! Miles y miles de personas de todo el mundo pueden testificarlo: »¡Jesús me quitó las cadenas; soy libre!»

Es un hecho maravilloso: ¡Hay una redención de la potestad de las tinieblas!

3. El punto clave

¿Cuál es mi tema? ¡La redención se hace por Jesús! Y cuando puedo hablar acerca de Jesús, entonces he llegado al punto clave.

Me acuerdo cuando me invitaron, en Nueva York, a un club de negros. Todos nosotros conocemos el problema del racismo. Bueno, en el vestíbulo de ese club se veía, sobre un zócalo, la estatua de un hombre blanco. Me pareció extraño que los negros hubieran puesto un monumento a un

blanco. Así que pregunté a uno de los caballeros negros: -Amigo, -dije- ¿a quién representa esta estatua? El hombre se detuvo delante de la figura, y dijo solemnemente: -¡Es Abraham Lincoln, mi libertador! Y luego ví en mi espíritu como, mucho antes que naciera el muchacho, el presidente Lincoln consiguió luchando la libertad para los esclavos negros en una terrible guerra civil. El muchacho en aquel tiempo ni aun había nacido. Pero el hecho de que ahora estaba en libertad lo debía a la sangrienta guerra. Cuando subí por la escalera le ví todavía en posición respetuosa delante de la estatua, diciendo en voz baja: »¡Abraham Lincoln, mi libertador!«

De la misma manera también yo estoy postrado delante de la cruz de Jesús, diciendo: »¡Jesús, mi libertador!«

En la Biblia hay una frase que habla de una cosa extraña: *»La ley del Espíritu de vida me ha librado de la ley del pecado y de la muerte«*. Sabemos que hay leyes naturales. Si tengo en mi mano un pañuelo de bolsillo y lo suelto, entonces caerá, de acuerdo con la ley de la gravitación, al suelo. Esto es inevitable. Sin embargo, si lo cojo al vuelo, entonces no caerá hasta el suelo. Es decir: La ley de la gravitación es interrumpida cuando otra fuerza mayor es aplicada. Por nuestra naturaleza somos sujetos a la ley del pecado y de la muerte. Todos nosotros estamos cayendo - hacia la perdición eterna. Lo sabemos. Y ahora todo depende de una fuerza mayor que interviene y detiene nuestra caída. Pues es el único camino para no caer más. Y esta fuerza más potente nos ha sido dada por Dios: en Jesús, para nuestra redención, para nuestra liberación. Me comprendes: ¡Jesús ha triunfado sobre la muerte! Y en el poder del Espíritu Santo, que Jesús nos da, podemos vivir una vida nueva, redimida.

Es curioso: El mundo no puede deshacerse de este Jesús. ¿Lo comprendes? Alguien dijo una vez que Jesús es como un cuerpo extraño en este mundo. Realmente, así es: ¡es un cuerpo extraño del cielo! ¿Quién es este Jesús? Aquí tengo que detenerme un poco, pues todo depende de ello, que llegues a conocer a Jesús. No saques tus informaciones sobre Jesús de alguna revista. No te dejes engañar por personas que ni aun le conocen. Sólo el Nuevo Testamento nos da informaciones exactas sobre Jesús. Martín Lutero lo ha formulado una vez así: »Dios verdadero, engendrado por el Padre eterno, y también Hombre verdadero, nacido por la virgen María«. ¡Dios y Hombre! ¡En El se juntan el cielo y la tierra!

Jesús es »Hombre verdadero«. El pudo llorar junto a la tumba de Lázaro. Y me imagino: También pudo reír, cuando dijo a los discípulos: *»Mirad las aves del cielo, que no siembran, si siegan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta«*. ¡Veo como mi Salvador se ríe!: *»¡Mirad los gorriones! No trabajan, no se esfuerzan, ¡y a pesar de ello crecen y engordan!«* ¿No es maravilloso, mi Salvador?

La Biblia cuenta que Jesús, en alguna ocasión, predicó y alimentó como a cinco mil hombres, sin contar las mujeres y los niños. Si saliesen las mujeres de nuestras reuniones cristianas, ¿cuántas personas quedarían entonces todavía allí? ¡Qué multitud se reunió alrededor del Señor Jesús! 5000 hombres - sin las mujeres y los niños. Y no tuvo micrófono. ¿No debe haber tenido una voz extraordinariamente poderosa? Lo repito: ¡Jesús era un hombre extraordinario!

Una de las escenas más impresionantes del Nuevo Testamento es esta: El gobernador romano, Poncio Pilato, hizo azotar a Jesús. Le pusieron una corona

de espinas sobre su cabeza. Su rostro estaba bañado en sangre. Su espalda hecha pedazos. ¡Le escupieron en el rostro! ¡Una ruina humana! Y así sale ante la multitud. Pilato mira primero a El, luego a la multitud. Y señalando a Jesús exclama con voz temblorosa: »*¡He aquí el hombre!*« ¿Qué quiso decir con eso?: »He visto muchos seres de dos pies, pero eran lobos hambrientos, tigres peligrosos, zorros astutos, pavos reales fatuos, y hasta monos. ¡Pero Jesús es un *hombre!*« - un hombre, como deberíamos ser nosotros. El otro día me dijo alguien: »Jesús era un hombre como nosotros«. A lo que respondí: »De acuerdo, Jesús era un hombre, pero no tal como somos nosotros, ¡sino como deberíamos ser!« Jesús era un hombre tal como Dios había planeado al hombre. Si te dice alguien: »Jesús era un hombre como nosotros«, entonces pregúntale: »¿Acaso tú eres como Jesús?«

Y Jesús es Dios verdadero, engendrado por el Padre eterno. Esta sola verdad podría ser tema de discusión durante horas. Por ejemplo aquella escena, cuando los discípulos estuvieron en una barca sobre el Mar de Galilea, y se levantó una tempestad. En un momento la barca se llena de agua. El mástil se rompe. Ellos eran pescadores, que conocían el mar y la tempestad. ¡Cuántas veces habrían pasado por tales situaciones! Pero se espantan y, presos de pánico, gritan: »¿Dónde está Jesús?« »¡Está durmiendo en el camarote!« De prisa van a buscarle, mientras el agua penetra detrás de ellos. Desesperados, le despiertan: »*¡Señor, sálvanos, que perecemos!*« Y luego veo a Jesús como sube sobre la cubierta, directamente a la tempestad. Nosotros siempre tenemos la tendencia de encerrar a Jesús en el interior de iglesias tranquilas. Pero ¡El va directamente al centro de la tempestad! ¿Lo sabes? Es como si la tempestad quisiese llevárselo. Pero El

extiende la mano y clama con voz majestuosa: *»¡Calla, enmudece!«* Y al instante se hace grande bonanza, las nubes se disipan. Cuando conté esta historia a mis hijos, dijo uno de los niños: -Y luego el estruendo estaba roto. -Sí, -confirmé- el estruendo estaba roto. *¡Brilla el sol!* Y los discípulos se arrodillan: *»¡Qué hombre es éste. No es un hombre como nosotros!«* Finalmente descubrieron la respuesta: *¡El es Dios hecho hombre!*

Pero creo que no lo entendieron completamente sino en el momento cuando Jesús salió, victorioso, de la tumba. Amigos, no son solamente historias. Si no supiese que lo que digo es la verdad, o sea que el Dios viviente vino a nosotros en la persona de Jesús, el Resucitado, entonces no osaría presentarme aquí.

Pero lo que más me gusta es contemplarle colgado en la cruz. Pues allí es realmente *»Dios y Hombre«*. Me gustaría presentarlo como el que fue coronado, aunque con una corona de espinas. Las manos fuertes están clavadas. Inclinando su cabeza, expiró.

*¡Oh Jesús! morir quisiste
en la cruz y con dolor.
Tu precioso cuerpo entregaste,
por salvar al pecador.*

Mira ese Jesús, deténte ante El y pregunta: *»¿Por qué está clavado allí?«* Pregunta hasta que hayas hallado la respuesta: *»¡Está allí para rescatarme de la potestad de las tinieblas! ¡Está allí para librarme del imperio del diablo!«* Lo diré en pocas palabras: Tú puedes identificarte con aquella cruz, puedes mirarla y saber, creer y entender: *»Aquí soy rescatado de la potestad de las tinieblas, aquí soy librado, para ser un hijo de Dios«*. Mirando hacia la

cruz, puedes saber: »¡Se acabó con el poder del diablo! ¡Jesús es más fuerte! El Crucificado me compró para ser un hijo de Dios«.

¡Acaba con las tonterías de nuestro tiempo! ¡Afronta las realidades! Dios quiere que seamos libres hijos de Dios. El nos preparó el camino en Jesús, crucificado y resucitado.

Yo sé que cuando uno habla de »Dios«, entonces el hombre se siente molesto. ¿Por qué? Mira: Todos nosotros nos encontramos en la situación del hijo pródigo, acerca del cual nos relata la Biblia. Se había marchado de casa, del padre. Pero apartado de la casa de su padre fracasó. ¡Cuánto anhelaba regresar a casa, a su padre, pero no se atrevía a hacerlo. ¿Por qué? ¡Porque había una separación entre él y su padre!

Así hay muchas personas que no tienen un encuentro con Dios, porque piensan en el fondo de su corazón: »¡Hay tanto que me separa de Dios!« ¡Y tienen razón! Se encuentran bajo la potestad de las tinieblas y no pueden tener comunión con Dios. Pero escucha: Si Jesús quiere salvarnos de la potestad de las tinieblas, y si quiere hacernos hijos de Dios, entonces quitará también todo lo que nos separa de Dios. Y en efecto ¡lo ha hecho en la cruz! Ahora podemos recibir de El el perdón de nuestros pecados. Por cierto: Este Salvador crucificado da el perdón de los pecados. Pablo lo había entendido cuando escribió: *»Dios nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo«*. Por nuestra naturaleza, estamos a la merced del diablo. Sin embargo Jesús, el Hijo de Dios, nos salva, dándonos el perdón de nuestra deuda.

Y amigos, Dios nos dio nuestro tiempo, para poder aceptar la redención en Jesús.

4. Alguien que tampoco tuvo tiempo

Aún no he llegado al fin. Te voy a contar de un hombre que tampoco tuvo tiempo. El Nuevo Testamento relata de él. Era una persona importante, gobernador romano. Su nombre era Félix, un nombre maravilloso. Pues significa: »Feliz«. Su esposa se llamaba Drusila. Y tuvo un preso llamado Pablo. Un buen día dice a su mujer, aparentemente para divertirse: -¡Vamos a interrogar a aquel Pablo! Con gran pompa van a la sala de audiencia y toman asiento. A la derecha y a la izquierda los legionarios. Luego Pablo es llevado ante el gobernador. -Díme, Pablo, ¿por qué estás encarcelado? -le pregunta. Y entonces Pablo habla poderosamente. ¡Cómo me gustaría poder hablar así también! A medida que hablaba, las palabras de Pablo eran más serias y comprometedoras. ¡Se podía sentir la presencia del Dios viviente en la sala! Pablo habla de la justicia que un juez debe tener. Félix se siente herido en carne viva. Piensa en los numerosos casos en los que había aceptado cohecho. Pablo habla del dominio propio, de la continencia. Drusila se queda de piedra: -Me parece que él es de una época que ha pasado de moda, -piensa. Y cuando Pablo prosigue, diciendo: -¡Dios quiere que seamos de esta manera!, entonces sus palabras les sacan los colores a la cara. Pablo habla del juicio de Dios y de la perdición eterna. De repente Félix salta de su asiento, y dice: -Un momento, Pablo. De acuerdo, todo lo que dices me parece bueno y comprensible. Y por cierto, es también importante. Cuando tenga oportunidad, te llamaré otra vez. Pero ahora no tengo tiempo. Y le hizo volver a su celda. Nunca más tuvo tiempo...

Y me temo que, si no tenemos tiempo para oír lo que Dios nos dice sobre la justicia, sobre el dominio

propio y sobre su juicio, que también nos pasará lo mismo. Cuando sentimos la realidad de Dios, entonces nos sentimos inquietos, ¿verdad? Y para escapar, preferimos ir al cine o mirar la tele. Pues de esta manera nos quedamos en el ambiente que no nos pone nervioso. Y todo sigue como antes.

¿Acaso no es terrible el tener que decir de una vida: »Todo siguió como antes - ¡para siempre!«? Aunque el hijo de Dios haya venido, diciendo: -He aquí, yo hago nuevas todas las cosas. Os perdonaré vuestros pecados. Por mi muerte os redimiré, para que podáis entrar en el reino de Dios. Os doy el Espíritu Santo, para que seáis personas nuevas - y nosotros contestamos: -¡Muchas gracias, te lo regalo! - y todo sigue como antes. Amigos, os deseo que no sea el caso vuestro. Os deseo lo más maravilloso posible: el que no todo siga como antes en vuestra vida, sino que todo se haga nuevo - ¡por Jesús!

5. Uno que tiene tiempo

Para terminar algo muy importante: Mientras estamos bajo el dominio de Satanás, seremos gente muy ocupada. Pero yo conozco a uno que tiene tiempo para ti: Jesús, el Salvador, el Resucitado. Quizás hay mujeres que se quejan: »Mi marido no tiene tiempo para para mí«. Y hombres: »Mi esposa no tiene tiempo para para mí«. Padres se quejan: »Los hijos no tienen tiempo para nosotros«, e hijos: »Los padres no tienen tiempo para nosotros«. Escucha: ¡Jesús tiene tiempo! ¡Jesús tiene tiempo para nosotros!

Hace poco que descubrí esta verdad como algo nuevo para mí. La semana pasada tuve que pasar por algunos problemas que no quiero detallar. Pero ya sabrás: ¡A veces nos pesan tanto los conflictos de nuestro tiempo! Estaba tan deprimido que mi esposa

me dijo: -¡Estás insoportable! Pero puedo comprenderte. Me sentí avergonzado ¿me entiendes? - y escapé al bosque. Y allí, en el silencio del bosque, hablé con mi Salvador: -Señor Jesús, debo explicarte toda la miseria... y entonces le dije todo. Y El se tomó el tiempo para escucharme. En un abrir y cerrar de ojos dos horas habían pasado. Luego abrí mi Nuevo Testamento - y cada palabra que leí era como una contestación personal para mí. ¡En seguida desapareció toda mi tristeza! Había descubierto algo completamente nuevo: ¡Jesús tiene tiempo para mí!

En el Nuevo Testamento hay historias maravillosas. Por ejemplo, aquel ciego que está sentado junto al camino mendigando. En su mano tenía un tazón de madera. Y cada vez que pasaba alguien, extendía la mano con el tazón y clamaba: -¡Dadme una limosna, por favor! Un día oyó acercarse una multitud. »¿Qué es eso?« -piensa el ciego. «¿Acaso una procesión, o son soldados?» Finalmente pregunta: -¿Qué pasa? Y uno grita: - ¡Jesús está pasando! Y en el mismo momento tiene un rayo de esperanza, pues ya ha oído hablar de Jesús. El cree que Jesús es el Hijo de Dios. Y en seguida se pone a gritar: -*¡Jesús, Hijo de Dios, ayúdame!* ¡*Jesús, Hijo de Dios, ten misericordia de mí!* La gente se pone nerviosa y le riñe: -¡No grites tanto! ¡Queremos escuchar lo que dice Jesús! Pero el ciego sigue gritando: -*¡Jesús, Hijo de Dios, ten misericordia de mí!* La gente le amenaza: -¡Si ahora no te callas, te daremos una paliza! Una multitud enemiga es una cosa peligrosa. Pero no pueden frenar al ciego. Grita otra vez: -*¡Jesús, Hijo de Dios, ten misericordia de mí!* Si el ciego me hubiera preguntado a mí, le habría explicado: -Mira, debes comprenderlo. Jesús está en camino para Gólgota. El quiere morir por el mundo. Pues el mundo está

pereciendo por causa de su culpabilidad. Jesús quiere solucionar la cuestión del pecado, tomando la deuda de todo el mundo sobre sí, para facilitar al mundo la paz para con Dios. Y luego quiere resucitar, vencer la muerte. Son cosas de importancia global. ¡Debes comprender que tú ahora no puedes estorbarle! Pero el ciego grita a voz en cuello: -¡Jesús, Hijo de Dios, ten misericordia de mí! Y luego sigue una de las palabras más hermosas de todo el Nuevo Testamento: *»Jesús, deteniéndose...«* -¡Oh! Señor Jesús, -hubiese dicho yo- cuando tengo una reunión importante, entonces no puedo dejarme molestar por cualquier persona! *»Jesús entonces, deteniéndose, mandó traerle a su presencia«*, dice la Biblia. ¡Jesús, el que soluciona los problemas del mundo, tiene tiempo para aquel ciego mendigo! ¡Tanto valor tiene un hombre a sus ojos!

Tanto valor tienes también tú para El. ¿Crees que en el mundo entero hay otra persona más que te tiene en tan gran aprecio? ¿Y para tal persona no tienes tiempo? ¡Parece que el diablo ya te ha obcecado bastante!

Me relataron una vez algo increíble: Un barco estaba hundiéndose. Un camarero recorre los pasillos, gritando: -¡Todos sobre cubierta! ¡El barco se va a pique! También pasa por la cocina. El cocinero, tranquilamente asando pollos, dice: - ¡Primero tengo que cumplir con mi deber! - ¡y sigue asando pollos! Y luego se hunde ¡con sus pollos! Me parece que muchas personas de hoy en día actúan de la misma manera. *»¿Jesús? ¡Ha pasado de moda! ¡No me interesa! ¡No tengo tiempo!«* Y así el mundo sin Jesús va al infierno.

Creo que debemos hacer en primer lugar lo más importante. Y si Dios ofrece una salvación tan grande, lo más importante es eso: ¡aceptar la

salvación! ¡Ojalá te postrases ahora ante la cruz de Jesús, exclamando:

*Cordero santo, vengo a Ti,
por Salvador te aclamo;
tu dulce nombre es para mí
la joya que más amo.*

¡CUIDADO! ¡PELIGRO DE MUERTE!

Acabo de venir por la autopista. Como tenía el discurso en la mente, pensé todo el tiempo en el tema: »¡Atención! ¡Peligro de muerte!« Me comprendes: Hoy en día se suele morir ya no, como antes, viejo y cansado de vivir, en la cama. No, hoy en día uno es víctima de un accidente. O se sufre un infarto cardíaco. Antes la gente alcanzaba la edad de 90 años y luego se acostaba a morir. Hoy el asunto es muy distinto. Hoy un avión estalla sobre el océano: 80 muertos. Un autocar se despista de la carretera y cae en un barranco: 60 muertos. Sucede una explosión en una fábrica: muertos. En las minas de la Cuenca del Ruhr hombres pierden su vida. ¡Y las guerras! En la Primera Guerra Mundial mueren dos millones, en la Segunda Guerra cinco millones. Estamos rodeados de peligros. A veces pienso: »Realmente no es muy probable que muramos tranquilamente en la cama«. Imagínate que tuvieras esta noche a las diez un accidente. ¿Es posible o no? ¿Dónde estarías entonces a las once? ¿Qué de ti? ¿Ya has reflexionado alguna vez sobre ello?

1. La situación es grave

Voy a contaros un relato interesante, que me contó

mi abuelo. El conocía historias muy interesantes. Un buen día viene un muchacho a visitar a su anciano tío, y le dice: -¡Tío! ¡Puedes felicitar-me! ¡He conseguido el bachillerato! -¡Maravilloso! -exclama el tío. -Toma este dinero y cómprate algo que te guste. Pero, díme, ¿qué piensas hacer ahora? -Ahora comenzaré mis estudios. Quiero hacerme jurista. Bien, -sigue el tío- ¿y después? -Después espero obtener un buen puesto como licenciado en el juzgado municipal. -¿Y después? -Después, aspirante a la judicatura en la audiencia provincial. -Bien, -insiste el tío- ¿y después? -Después me buscaré una esposa y formaré una familia. El anciano no da su brazo a torcer: -¿Y después? -Pues entonces espero ser alguna vez un personaje importante, Presidente de la Audiencia Provincial o Primer Fiscal. -Y ¿qué después? -insiste el tío. Se nota que el sobrino se pone nervioso. Contesta lentamente: -Entonces viene la jubilación. -¿Y luego? -Luego me trasladaré a un sitio bonito, me edificaré un chalet y plantaré fresones. -Y después ¿qué sigue? El muchacho se enfada. -Pues entonces todos nosotros tenemos que morir - algún día. -De acuerdo, -prosigue el tío- ahora díme: ¿Qué pasará después contigo? El muchacho ya no se ríe. -¿¿Y después?? -insiste el anciano. -Tío, sobre este asunto todavía no he reflexionado nunca. -¡Cómo! ¡Has pasado los exámenes del bachillerato y eres tan insensato de pensar sólo sobre el día de hoy! Tú eres un chico culto. Dios te ha dado inteligencia: ¿No sería conveniente pensar un poco más adelante, pensar en el futuro? ¿Entonces qué? El muchacho contesta de inmediato: -Pero tío, ¡nadie lo sabe! -Estás equivocado, pues hay uno que está enterado de lo que sigue después de la muerte: Jesús. El ha dicho: *»Espacioso es el camino que lleva a la perdición, y angosto es el camino que lleva a la vida«*. Después de la muerte sigue el

juicio de Dios. O uno perece, o es salvo.

Tengo el deber de despertaros y deciros: No es suficiente hacer proyectos para la vida hasta la tumba. Hay que preguntar: ¿Qué pasará después?

En mi trabajo entre la juventud lo expliqué a mis jóvenes amigos muchas veces de esta manera: Si mis zapatos necesitan una reparación, entonces no voy a un mecánico. Los mecánicos son muy buenas personas, pero no saben nada de zapatos. ¡Con mis zapatos voy al zapatero! Pero si mi coche tiene una avería, entonces no voy al zapatero, sino al mecánico. Si quiero comprar pan, no voy al carnicero. Son buena gente, pero no saben nada de la panadería. Si quiero comprar pan, voy al panadero. Y si tengo problemas con la tubería de agua, llamo al fontanero. Es decir: Siempre voy al especialista. Pero cuando queremos saber lo que sigue después de la muerte, entonces consultamos a fulano y zutano, o que confiamos en nuestras propias vagas ideas. ¿No deberíamos dirigirnos con esta cuestión »¿qué sigue después de la muerte?« al especialista? ¿Y quién es el especialista? ¡Es el Hijo de Dios, el que descendió de los cielos, y que ha pasado por la muerte! El murió en la cruz - y volvió. ¡El conoce el asunto! Y El dice: -Tú puedes perecer, pero puedes también ir al cielo. Y si 25 catedráticos hoy me demostrasen: -Se acaba todo con la muerte, entonces contestaría: -Caballeros, con todos los respetos debido a sus numerosos títulos, ¡pero en este asunto no sois especialistas! ¡Pues Uds. no estuvieron en la otra parte! Pero yo conozco a uno que estuvo allí: Jesús. Y El habla de otra manera.

Hoy en día la gente vive por su cuenta y riesgo. Hacen como si se acabase todo con la muerte, como si llegasen por sí al cielo si son bautizados de niño, y si un pastor les haya enterrado según el rito religioso. ¡El infierno estará lleno de gente bautizada

y enterrada por pastores! Me comprendes: ¡Estás entre la vida y la muerte! peligro de muerte! ¡Tarde o temprano todos nosotros compareceremos ante el tribunal de Dios!

Debo confesar francamente que este pensamiento es la causa por la cual ahora estoy aquí. Nunca hubiera creído, cuando era un muchacho, que subiría algún día a un púlpito. Yo era un joven oficial en la Primera Guerra Mundial. Tuvimos muchas pérdidas en nuestro regimiento. Yo era un oficial como otros también, ni mejor ni peor: Pero si alguien me hubiese dicho: -Tú predicarás algún día en las iglesias, entonces habría soltado una carcajada. Debo decirlo como testimonio: Me encontré lejos de Dios. Una vez me preguntó mi padre: -¿Acaso no crees en Dios? A lo que respondí: -No soy tan tonto para negar la existencia de Dios. Pues para ser ateo, uno debe ser realmente un necio. Pero -así dije- no he encontrado a Dios, ¡por eso no me interesa!

Muy poco tiempo después de esa conversación (estuvimos avanzando, cerca de Verdún en Francia) estaba sentado, juntamente con otro joven subteniente, en una cuneta. Esperábamos la orden para avanzar. Para matar el tiempo, nos divertíamos contando chistes obscenos. Los que eran soldados me comprenderán. Yo cuento un chiste sucio, ¡pero mi compañero no se ríe! -¿Por qué no te ríes?, le tomé el pelo. Pero aquél pierde el equilibrio, y veo que ha muerto. Un pequeño casco de metralla le había dado directamente en el corazón. En el primer momento me viene una reacción frívola: -¡No lo encuentro bien, compañero, que te marches así sin escuchar el resto de mi chiste! Pero en el mismo momento me coge miedo: -¿Dónde está aquél ahora? Tengo la escena terrible todavía presente, junto al cadáver de mi camarada, cuando me sobrevino una luz deslumbrante, más clara que un relámpago nuclear: -¡Mi

compañero se encuentra ahora en la presencia de Dios! Y luego descubrí: -Si yo hubiese estado sentado en el lugar de él, ¡entonces yo habría comparecido delante de Dios! No delante de cualquier Dios, sino ante el Dios que manifestó su voluntad, que dio mandamientos contra los cuales he pecado ¡y contra los cuales tú pecaste también! Hay gente cuyos pecados claman al cielo, y a pesar de ello se atreven a declarar: -Yo hago el bien y no temo a nadie. ¡Mentira! - En aquel momento me enteré: -¡He pecado contra todos los mandamientos de Dios! ¡Y si ahora me alcanzase un tiro, tendría que comparecer ante Dios! Y ví con claridad: -¡Entonces iría al infierno! Luego vinieron corriendo nuestros asistentes con los caballos: -¡Adelante! Subí al caballo. Allí quedó mi amigo muerto. Después de largos años por primera vez junté las manos y oré: -Oh Dios, haz que no caiga muerto hasta que sepa que no iré al infierno. Os confieso que más tarde consulté a nuestro asistente religioso y le pregunté: Pastor, dígame, por favor, ¿qué es lo que debo hacer para no ir al infierno? A lo que él respondió: -Señor subteniente, ¡lo más importante es de momento vencer, vencer, vencer...! Desilusionado, contesté: -¡Ah! ¡usted mismo no lo sabe! - ¿No es estremecedor, que miles y miles de jóvenes iban a morir, y no había nadie que les dijera cómo ser salvo? ¡Y ésto en una nación llamada »cristiana«! Es cierto que habría quedado bastante desesperado si no hubiese hallado en cierta ocasión un Nuevo Testamento. Me veo todavía en aquella casa de campo francesa. -¡Un Testamento! ¡Quizás puedo encontrar en él el camino para no perecer! No conocía mucho de la Biblia, por eso me puse a hojear el libro un poco. Y de repente mis ojos se clavaron en una sola frase: *»Jesucristo vino al mundo, para salvar a los pecadores«*. Era como si hubiese caído un relámpago. *»Pecador«* -

eso soy yo, lo sabía muy bien, y no hacía falta que me lo explicaran. ¿No quieres llegar también a este punto de admitir: »¡Pecador - eso soy yo!«? ¡Deja tus falsas justificaciones! En aquel momento no tuve necesidad de un asistente religioso. »Pecador - ¡eso soy yo!« La cosa quedó bien clara. Y »salvarme« - fue lo que quería. Aunque no sabía muy bien lo que era. Pero una cosa sabía: »Salvarse«, es salir del estado miserable en el cual estaba, significa hallar la paz para con Dios. »*Jesucristo vino al mundo para salvar a los pecadores*«. ¡Si Jesús podía salvar, era muy natural que yo tenía que hallar a Jesús! Seguí buscando durante varias semanas. Nadie podía enseñarme a Jesús. Y entonces hice algo que quiero recomendaros a todos vosotros: Otra vez estuvimos avanzando. Me encerré en una vieja casa de campo francesa. Estaba casi en ruinas y abandonada, pero una habitación estaba todavía intacta. La llave estaba en la puerta. Entré, cerré la puerta detrás de mí, y caí sobre mis rodillas, exclamando: -Señor Jesús, la Biblia dice que tú viniste de Dios para salvar a los pecadores. Yo soy un pecador. No puedo prometerte nada para el futuro, pues tengo un carácter malvado. Pero no quiero ir al infierno si la muerte me toca a mí. Y por eso, Señor Jesús, me entrego totalmente a ti. ¡Haz conmigo lo que quieras! No sentí ninguna detonación, ningún movimiento, pero cuando salí, sabía que había hallado un Señor, a *mí* Señor.

Y cada día iba comprendiendo más -tuve 18 años de edad- que los hombres se encuentran en peligro de muerte. ¡Viven sin el perdón de sus pecados! ¿Sabes tú que tus pecados son perdonados? ¿Cómo quieres salir del juicio de Dios? Vives sin paz para con Dios. Vives sin arrepentimiento. Tienes una fachada cristiana, pero por dentro hay un corazón miserable, pobre, sin paz. Escucha: ¡Dios no quiere

que vayas al infierno! ¡Dios no lo quiere! »*Dios quiere que todos los hombres sean salvos, y vengan al conocimiento de la verdad*«. Es por eso que envió a su Hijo. Pero, amigos, entonces es necesario que vayamos a Jesús. Es necesario que le pertenezcamos. Pues como la cristiandad trata a Dios y la salvación por Jesús, ¡esto va a acabar mal! ¡Es horrible! Me comprendes: ¡Estamos en peligro de muerte, porque vamos al juicio de Dios!

Entre mis jóvenes amigos tuve cierta vez un muchacho muy simpático. Al principio solía asistir con regularidad al estudio bíblico. Fue durante el Tercer Reich. Entonces tuvo que participar en un campo de entrenamiento nacionalsocialista - y nos abandonó. Ya no le ví más. Pero en cierta ocasión cruzó mi camino. -¡Buenos días, amigo! -dije. -¡Viva Hitler! -respondió. -Hace mucho que no te he visto, ¿qué te pasa? Orgullosamente contestó: -Mi divisa es: ¡Haz el bien y no teme a nadie! Y si acaso haya algo en mi vida que no esté bien, y si un Dios existe, entonces quiero y puedo justificarme ante Dios. ¡Pero no necesito un chivo expiatorio que muera por mí!

Detrás de él veo millones de hombres que piensan así: -Soy justo y hago el bien, y puedo justificar mi vida ante Dios. Amigos, no me atrevo a remitirme a mi derecho delante de Dios, pues sé que estoy en peligro de muerte, aún y justamente cuando me remita al derecho. ¡Tenlo por seguro!: Todos nosotros compareceremos ante Dios en el juicio. Te advierto. ¡Tengo escalofríos cuando pienso en los hombres que van al juicio de Dios!

Existen enormes esculturas creadas por el pintor y escultor Ernesto Barlach. Pero él escribió también una pieza teatral, titulada »Der blaue Boll« (el Boll Azul). El Boll Azul es un granjero que está siempre un poco borracho. Un buen día a mediodía ha

comido y bebido bien y pasa por la plaza del pueblecito. Se detiene delante de la iglesia, en las puertas de la cual se encuentran cuatro querubines, tocando las trompetas del juicio final. Y cuando contempla a los querubines, tiene la impresión de que viven y tocan realmente las trompetas para iniciar el juicio. -¡Ahora todos los seres humanos tienen que comparecer en el juicio de Dios! Barlach escribe literalmente: »¡Fuera, los muertos, a pesar de toda la corrupción! ¡Fuera!« Y entonces el Boll azul comprende: »No puedo escaparme de Dios. ¡Algún día estaré en su presencia, con toda mi pobreza!«

En el fondo sabemos todos nosotros muy bien que nuestra justicia no es cosa del otro mundo. ¡Vendrá el juicio de Dios! Y delante de El toda nuestra propia justicia desaparecerá como la cera en el fuego.

Yo sé muy bien que este mensaje hoy en día no es del agrado de la gente. Cuando digo: -Si no te conviertes, vas al infierno, entonces se me responde con una sonrisa: -¡Infierno! Es un término medieval. ¡Tal cosa no existe!

Voy a contarte un cuento que me ocurre. Fue durante la guerra. Estuve de camino para hacer una visita. Estando en la calle, estalló un ataque aéreo. Corriendo, llegué al próximo refugio antiaéreo y esperé hasta que se acababa la cosa. Después salí y proseguí mi camino al barrio donde quiero hacer la visita. Está todavía ileso. Pero todas las 20 casas de la colonia están abandonadas. Pienso: -Estás soñando. Las casas están en buenas condiciones, pero no hay nadie aquí. Entonces encuentro a un guardia, y le pregunto: -Dígame, por favor, ¿por qué se ha marchado la gente? No dice nada, pero me lleva a una de las casas, y de dentro me enseña algo por la ventana. En seguida lo ví: Las casas rodeaban una plaza redonda, y exactamente en el centro del círcu-

lo se vió una bomba enorme, tan grande como la caldera de una locomotora de vapor. Digo: -Una bomba sin estallar, pero él responde: -¡Ni hablar, es una bomba con espoleta retardada! Eran las bombas más peligrosas. No detonaban inmediatamente después del impacto, sino tal vez 5 o hasta 20 horas después.

Solían explotar después de regresar la gente de los refugios antiaéreos. -¡Aquí todos han huido! ¿Puede usted oír como hace tictac? Realmente, se podía oír el tictac del detonador. Y cada momento la bomba podía hacer explosión. -Venga, -dije al guardia-, aquí no me siento bien. Vamos un poco para atrás y busquemos cierto refugio para el caso de explosión. Y en aquel momento veo algo curioso. Se acerca una bandada de pájaros - y bajan exactamente sobre la bomba. Uno de ellos está sentado delante sobre la espoleta. Grito: -¡Pájaritos, esto es peligroso! Pero me parece que responden burlonamente: ¡Ja, ja! Nosotros somos libres de prejuicios. ¡Quién cree hoy en día todavía en bombas...! ¡No hay ningún peligro!

Me comprendes: De tal manera se burlan los hombres de nuestros días. Dios ya nos ha hablado muy en serio, por su Palabra y por medio de juicios, también a nuestra nación. Y el Hijo de Dios vino, fue crucificado, murió y resucitó de entre los muertos. Pues cada uno puede captar el que Dios existe, y que es un Dios santo. Y cuando uno viene y le dice a la gente: -¡Estáis en peligro de muerte, buscad vuestra salvación!, entonces la gente se burla y dice: -¡Ja, ja! ¿quién cree hoy en día en tales cosas?

Mira: La Biblia también puede ser muy irónica. Ella resume todo el ateísmo, toda la negación de Dios con una sola frase: *»Dice el necio en su corazón: No hay Dios«*. Así habla la Biblia sobre el

ateísmo. Parece que el asunto del ateísmo no tiene ninguna importancia para ella.

2. El salvamento

En los albores de la humanidad Dios trajo un juicio terrible sobre el mundo. Un hombre con su familia se salvó. El hombre se llamaba Noé. Dios le había ordenado construir un arca antes que comenzara el juicio. ¿Conoces la historia del diluvio? Si no la conoces, ¡entonces no lo digas a nadie! - Bueno, antes del juicio, Dios mandó a Noé: *»¡Entra tú y tu casa en el arca!«* Noé entró, y Dios cerró detrás de él.

Mira: el mundo está aproximándose al justo juicio de Dios. Y hay un arca: la gracia que se nos ofrece en Jesús. El viene de la gloria de Dios a nuestro mundo miserable. ¡Muere por nosotros en la cruz! Escucha: aun cuando no entiendas mucho, pero esto lo vas a entender: Si Dios hace morir a su Hijo de manera espantosa en la cruz, entonces la redención debe ser tan eficaz que puede salvar hasta el más vil pecador. - Y después se levanta de entre los muertos. Nos llama por el Espíritu Santo. ¡Jesús es el arca! Y de esta misma manera como en aquel tiempo Dios dijo a Noé: *»Entra en el arca«*, de igual manera te invita a través de estas palabras: *»Entra en la gracia de Dios. Da el paso que te dará la paz para con Dios. ¡Rompe con todo lo que te detiene! Dí a tu Salvador: -Señor, aquí viene un gran pecador. Deposita toda tu culpa al pie de la cruz. Cree que su sangre fue vertida por ti. Díle: -Señor, te entrego toda mi vida. Esto es lo que significa »entrar en el arca«.*

¡Cuidado! ¡Peligro de muerte! Cuántos de entre nosotros van acercándose al juicio de Dios sin ser convertidos, sin protección alguna. Pero la gracia

inmensa está a tu disposición. Y »creer« significa: dar el paso del juicio de Dios a la gracia de Jesús. No es fácil dar este paso. Pero tiene un efecto enorme: salva del peligro de muerte.

El conocido misionero en la Nueva Guinea, Hoffmann, me contó una vez una historia que no he olvidado jamás. Yo le había dicho: -Hermano Hoffmann, encuentro tan difícil ser cristiano. No es fácil, ni aún para un pastor, ser cristiano en un mundo que sirve al diablo y va al infierno. -Me gustaría compartir contigo una experiencia, -respondió-. En Nueva Guinea teníamos la costumbre de enseñar a los papús que querían ser cristianos, cómo conocer mejor a Jesús. Luego, más tarde, serían bautizados. Era siempre una gran fiesta, a la que también asistían muchos paganos. Pero lo más importante siempre sucedía la noche anterior. Encendíamos un gran fuego. Los candidatos a ser bautizados se acercaban, teniendo en sus brazos todos sus ídolos, amuletos, utensilios de magia etc. Se acercaban al fuego - y ¡echaban todos esos símbolos de su vida anterior en el fuego llameante. En cierta ocasión observé a una joven mujer. Cargada de ídolos y amuletos se acercó al fuego, pero en el momento de tirarlos en el fuego, no podía. Ella pensaba: -Con estas cosas han vivido mis antepasados. Todo mi pasado tiene sus raíces en ellas. ¡Es imposible que me separe de ellas! Se retira unos pasos, vacila, pensando: -¡Entonces no puedo pertenecer a Jesús! Vacila una y otra vez; no puede separarse de sus ídolos. Me acerqué a ella, y le dije: -Me parece que te cuesta demasiado. Déjalo de momento, y medita lo que estás haciendo. Si quieres, puedes ser bautizada la próxima vez. La joven reflexionó un momento, de pronto dio tres pasos hacia adelante, echó los ídolos en el fuego y - se desmayó. No olvidaré nunca lo que el viejo misionero me

dijo: -Creo que solo aquel, que ha experimentado una conversión real, puede comprender la conmoción de aquella mujer.

Amigo, un paso solamente te separa del arca. Escapa del peligro de muerte - ¡directamente a los brazos de Jesús! Pero éste paso no es fácil. Significa que tienes que romper con todo tu pasado. Pero escucha: ¡más barato no es posible!

¿Es suficientemente claro? Para mí siempre es una cosa estremecedora que tantas personas, a pesar de todas las advertencias, van a la perdición eterna. ¡Dios no lo quiere! ¡Dios quiere que tú seas salvo! Por eso envió a su Hijo. Por eso El pagó por tu deuda. Lo que te hace falta es que ahora reconozcas tu deuda y aceptes, por la fe, el pago realizado por Jesús .

Durante el Tercer Reich, tuve que comparecer muchas veces ante la Policía Secreta (Gestapo). En cierta ocasión tuve que esperar en una sala, en la cual había grandes estantes llenos de legajos. Cada acta llevaba un nombre sobre una etiqueta, nombres que no me decían nada: »Meier, Karl« o »Martin, Fritz«. Teniendo que esperar tanto tiempo entre los archivadores, dí gracias a Dios que no tenía que pasar toda mi vida en tal ambiente. Para matar el tiempo me puse a leer los nombres: »Meier, Karl«, »Martin, Fritz«. ¡De repente leo: »Busch, Wilhelm!« ¡Un acta acerca de mí! De pronto aquellos archivadores ya no eran aburridos para mí, puedes imaginártelo, ¿verdad? ¡Era un acta acerca de mí! Con mucho gusto la hubiera sacado del estante para ver lo que habían escrito acerca de mí. Pero no me atreví. Temblé al verla, por decirlo así.

Y mira: otro tanto me pasó con la cruz de Jesús. Hubo tiempos en mi vida en que no había nada más aburrido para mí que el cristianismo - hubiera preferido un buen coñac - hasta el momento cuando ví,

por vez primera, la cruz de Jesús en toda su realidad: »¡He aquí mi acta! ¡Se trata de mi culpa, y de la salvación de mi alma!« Y desde aquel momento es la cruz de Cristo lo más interesante para mí. Mira a aquel varón con la corona de espinas. El es el gran Salvador. Allí en la cruz se realiza la salvación tuya y la mía. Se trata de ti, aun cuando no te des cuenta de ello. Yo sé que estoy gritando demasiado, tendría que hablar con voz más baja, pero ¡quién puede quedar indiferente con tal mensaje!

3. De la muerte a la vida

»¡Cuidado! ¡Peligro de muerte!«. Quisiera mostrarte otro aspecto de esta advertencia. Al reflexionar sobre ella: »¡Cuidado! ¡Peligro de muerte! ¡Alto! ¡Da la vuelta! ¡Busca a tu Salvador!«, pensé: -¡Solo uno que está vivo puede encontrarse en peligro de muerte! Si un autocar se precipita en un barranco, y todos los pasajeros mueren, entonces no están en peligro de muerte. ¿Me entiendes? Y ahora voy a decirlo de otra manera: Tú estás en el peligro de pasar de este mundo y de ser tirado finalmente como basura. ¿Entendido? El peligro de muerte que veo en tu vida es el riesgo de que después de todo vas a dejar escapar la vida. La Biblia dice claramente: *»El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios, no tiene la vida«*.

El otro día encontré a una señorita de Berlín, profesora de idiomas. -Perdóneme -le dije-, a un pastor se le permite ser de vez en cuando un poco indiscreto. ¿Cuántos años tiene usted, señorita? ... Generalmente no es muy cortés preguntar a una señorita por su edad, pero un viejo pastor es una excepción. Ella me respondió, sin vacilar -¡Ocho años!

-Un momento, por favor -le dije-, ¿ocho años? Usted es profesora de idiomas y no tiene más de ocho años? La muchacha se rió y me explicó: -Hace ocho años que hallé a Jesús. Entonces empecé a vivir, antes estaba muerta.

Quedé muy asombrado: -¡Estupendo! Y luego ella me dijo: *»El que tiene al Hijo, tiene la vida; al que no tiene al Hijo de Dios, no tiene la vida«*. Y prosiguió: -Mire usted, antes no tenía al Salvador, ni la vida verdadera. Es verdad, que gané mucho dinero, que me divertí, pero esa no era la vida.

¿Acaso no es una afirmación arriesgada? Pero es así: El que no se entrega decididamente a Jesús, no tiene vida en absoluto. Sí, sin Jesús no sabemos realmente lo que es la vida. Sólo el que tiene al Hijo de Dios, tiene la vida.

Hace tiempo vino un jóven a verme. Le pregunté: -¿Qué quieres? A lo que él respondió: -¡No lo sé tampoco! -Pero una cosa sé: Lo que yo tengo, no es vida. Sorprendido le pregunté: -¡Cómo! ¡Tienes un buen empleo como mecánico, ganas mucho dinero! Pero él insistió: -¡Esa no es vida! El lunes, mecánico, el martes, mecánico, el miércoles, mecánico, el jueves, mecánico, el viernes, mecánico, el sábado, futbol y el domingo cine y muchachas. ¿Es ésta la vida? -¡Hombre! -le dije- tienes razón, ya has progresado, al saber que: tal vida no es vida. Voy a decirte lo que es la vida: En mi vida hubo un cambio radical, cuando Jesús me encontró, el que murió y resucitó por mí. El se hizo mi Salvador y Redentor, me reconcilió con Dios. Cuando comprendí esto, le entregué mi corazón. E imagínate: ¡desde aquel momento tengo la vida! El muchacho la encontró también. El otro día volví a verle. Le pregunté: -¿Cómo van las cosas ahora? ¿Es ésta la vida? A lo que él respondió, con cara radiante: -¡Sí, ahora es la vida!. El joven ahora disfruta la vida,

dirige un círculo de jóvenes y lleva a otros a Jesús. En Jesús encontró la vida.

¿Me entiendes? Estás en peligro de muerte, arriesgas al dejar escapar la vida verdadera. Sólo escuchando el mensaje de Jesús, ¡nunca llegarás a hallar al Salvador! Tengo un amigo, que es comerciante. El otro día fue invitado a casa de un fabricante. Ese fabricante tenía una casa muy hermosa en un pintoresco parque. Habían alrededor de cien invitados presentes. En plena fiesta, mi amigo encontró al dueño de la casa, y le dijo: -¡Hombre! Usted debe ser muy feliz. ¡Qué propiedad más hermosa! ¡Y una señora tan atractiva, e hijos tan simpáticos! A lo que el hombre responde: -Usted tiene razón. Las cosas me van bien. Pero entonces se pone muy serio, y añade: -Pero no me pregunte como van las cosas por aquí, y con su dedo apuntó a su corazón.

Cuando voy por las calles, muy a menudo pienso: -Si la gente fuese sincera, todos se detendrían y gritarían: '¡No me preguntéis cómo van las cosas por aquí dentro, en mi corazón!'. No hay paz. La conciencia les acusa. Hay culpa.

Y mira: Hay uno solo que puede sanarnos. Piensa: Dios ve nuestra miseria. Por nosotros mismos no podemos llegar a Dios. Pero Dios, en su gran amor, vino a nosotros en la persona de Jesús. Este es el mensaje palpitante que tengo el privilegio de anunciar. *»De tal manera amó Dios al mundo...«* Yo no lo habría amado. Lo habría hecho pedazos, ese mundo lleno de suciedad y maldad y estupidez. Pero Dios lo amó. Me cuesta entender esto. *»De tal manera amó Dios al mundo, que dio a su Hijo Jesús, para que todo aquel que acepte su amor, no perezca, sino que tenga la vida«*. Díme: ¿Qué más ha de hacer Dios por ti, el que hizo morir a su Hijo, para que tú tuvieses la vida?

Terminaré con una historia hermosa: Al gran predicador inglés, Charles Haddon Spurgeon, vino, después de una predicación, un muchacho y le dijo: -Reverendo, usted tiene razón; también yo tengo que encontrar al varón del Gólgota y hacerme un hijo de Dios. Algún día me convertiré. -¿Algún día? -preguntó Spurgeon. -Bueno, más tarde. -¿Más tarde? ¿Por qué no hoy? Un poco perplejo, el muchacho contesta: -Quiero ser salvo, y por eso también me convertiré algún día a Jesús, pero antes quiero gozar algo de la vida. Spurgeon soltó una carcajada, y dijo: -Amigo, me parece que eres muy poco exigente. El gozar *algo* de la vida, no me sería suficiente. No quiero *algo* de la vida, sino que quiero *la vida*. Mi Biblia dice (y entonces le mostró el pasaje bíblico): *»Jesús dice. Yo he venido para que tengan la vida, y para que la tengan en abundancia«*.

Mira: Después de un discurso como éste, muchas veces tengo una sensación extraña y pienso: -Tal vez no lo has dicho bien claramente a la gente. Por eso voy a repetirlo brevemente: Dios hizo morir a Jesús en la cruz por nosotros los pecadores perdidos y condenados, para que -¡ahora y hoy mismo! tuviésemos la vida. Cuando me despierto por la mañana, podría cantar de gozo, porque sé que soy un hijo de Dios, que en El tengo la vida. Escucha: Jesús ha venido para que tuviésemos ya aquí la vida, para guardarnos por toda la eternidad del juicio de Dios - y darnos la vida eterna. Entonces uno sigue gozoso su camino.

Permíteme usar un ejemplo: Era una noche de noviembre, una noche de lluvias y de nieve a la vez. Soplaban un viento fuerte, y hacía frío. Dos hombres están caminando en la calle. El uno camina sin abrigo. Pronto está calado hasta los huesos. Pero no le importa. No tiene hogar ni meta en su vida. La mayoría de la gente vive su vida así, sin rumbo fijo,

indiferentes. ¿Adónde van? Es realmente lamentable el no saber adónde dirigirse, el no tener hogar. ¿Tú tienes hogar? ¿Hacia dónde vas? Y luego viene otro caminante por el mismo camino, la misma suciedad, la misma lluvia, la misma nieve. Pero él anda cantando, con pasos firmes. ¿Por qué? ¡Ya puede ver las luces de su hogar! ¡Allí está en casa! ¡Allí hay calor! Por eso no le importa el camino. Así viven los que pertenecen a Jesús, los que tienen la vida en El para toda la eternidad.

Y ahora te ruego: Dios dijo a Noé: »*¡Entra en el arca!*« Busca el silencio. ¡Jesús está allí! Puedes hablar con El. Abrele tu corazón. Alguien me preguntó una vez: -¿Usted no tiene horas de consulta? A lo que respondí: - Horas de consulta, ¿para qué? Pues la gente no debe hablar conmigo. ¡Ellos tienen que hablar directamente con Jesús! Hazlo tú también.

¿QUE HAREMOS?

Amigos, constantemente recibo cantidades de cartas con toda clase de preguntas. El otro día recibí una carta la cual decía: »Quisiera saber si lo que predica usted es su propia opinión, o si se trata de la doctrina de su iglesia«. A lo que solo pude contestar: »Es la doctrina de la Biblia«. Y mira: En tanto que escuches la opinión del pastor Busch, quedarás desilusionado. ¿De qué sirve eso? ¡Debes escuchar la voz de Jesús! Jesús se llamó una vez el »Buen Pastor«. Y es necesario que escuches la voz de ese »Buen Pastor«. Yo no puedo hacer nada más que ayudar un poco a que la voz de Jesús, el »Buen Pastor« de nuestra alma, sea escuchada.

Cuando ahora hablamos sobre el tema »¿Qué haremos?«, es importantísimo que escuches como si fuera la voz del Señor Jesús, la voz del »Buen Pastor«.

1. Pon fin a tu incredulidad gratuita

Yo he trabajado durante muchos años como pastor en una gran ciudad, y he oído tantas objeciones contra el mensaje bíblico, tanta incredulidad, que ya al principio quisiera suplicarte -¿se trata de la salvación de tu alma!-: Pon fin a tu incredulidad gratuita.

Durante la guerra tuve que atender por un tiempo, aparte de mi ministerio entre la juventud, el pastorado en un gran hospital. Un día estaba por llamar a la puerta de una habitación en la sección privada, cuando se acercó corriendo una joven enfermera, que me dijo, jadeante: -¿Señor pastor, no entre en esta habitación, por favor! -¿Y por qué no? -pregunté. -Este señor ha prohibido toda visita de un pastor. El no quiere que usted venga a verle. Le echará a la calle. Diciendo esto, me señala la placa con su nombre en la puerta. Es el nombre de un comerciante muy conocido. -Enfermera, -digo- ¡poco a poco he recibido nervios de acero! ... y llamo a la puerta. -¡Adelante! -contesta una voz fuerte. Entro. En la cama un caballero anciano canoso. Le saludo: -¡Buenos días! ¡Soy el pastor Busch! -¡Oh!, ya he oído hablar mucho acerca de usted. ¡Encantado de verle! Me alegro: -Esto es maravilloso. Luego sigue: -Pero, por favor, ¡déjeme en paz con su cristianismo! -¡Qué lástima! ¡Es exactamente lo que quería hablar con usted! -¡Nada de eso! He acabado totalmente con el cristianismo. Cuando era niño, mis padres me obligaban a aprender los Salmos. Y si no los sabía de memoria, era severamente castigado. Después, ya hombre, me edifiqué mi propia ideología, cuya columnas son Darwín, Haeckel y Nietzsche. Me puse furioso. Debido a que soy muy impulsivo, inmediatamente fui al ataque: -Escúcheme, caballero. Cuando un

joven de 16 años, me dice, por ejemplo, que ha elegido a Nietzsche como su profeta, entonces pensaría con una sonrisa: 'Bueno, es un período transitorio. Ya vendrá el momento cuando verás que ni aún los filósofos modernos creen ya en sus profetas antiguos'. Pero cuando un anciano como usted con un pie en la tumba me dice tal cosa, entonces es algo horrible. Usted está enfermo de muerte. ¿Acaso quiere comparecer con tales tonterías ante Dios? Pero, ¡por Dios! ... Sorprendido, me mira. Evidentemente no está acostumbrado a tal cosa. Me digo a mí mismo: -¡Alto! Estás en un hospital. Aquí debes dominarte, y no explotar. Repentinamente siento una enorme compasión con aquel pobre hombre. Cambio el tono de mi voz y le cuento, a pesar de su reacción defensiva, acerca de Jesús, el que quiere ser también el buen Pastor de él. Gimiendo, dice: -Sí, esto sería maravilloso. Pero ¿qué haré con toda mi ideología? ¿Acaso debo tirar por la borda todo lo que he creído durante toda una vida? -¡Claro que sí! -grito con alegría- tire todo por la borda que -en vista de la eternidad- no le sirve de nada. Tire todo por la borda hoy; no espere para mañana. Su incredulidad gratuita no es una base sobre la cual se puede vivir, ¡ni mucho menos morir! Y luego échese en los brazos abiertos del Hijo de Dios, que murió por usted y le compró. ¡Este Salvador quiere ser también su Salvador! En ese momento entró la enfermera. Ella quedó perpleja cuando nos vio hablando como viejos amigos. Me hizo señas, y yo comprendí. Ya era tiempo para despedirme. Le estreché la mano al anciano y salí en silencio de la habitación. No sé si lo ha aceptado, ¡pues aquella misma noche murió!

En aquellos momentos comprendí con espanto como personas cultas permiten que sus vidas sean dirigidas por las filosofías de Darwin, Haeckel y

Nietzsche, y se engañan con tal incredulidad gratuita poniendo en peligro su salvación eterna. Y por eso te ruego ante todo: ¡Tira todos tus razonamientos por la borda, sobre los cuales quieres basar tu incredulidad! ¡Fuera con eso! Tu incredulidad gratuita no vale ni un céntimo. La Biblia dice: *»Hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre«*.

El otro día tuve una conversación con un hombre. Sabes: un hombre enorme, con fuerza hercúlea. Su nombre no importa. Había perdido a su esposa en un bombardeo, y sus dos hijos habían muerto en la guerra. ¡Pobre hombre! Y luego fui a verle. Apenas tomé asiento frente a él, comenzó a decir: -Pastor, déjeme en paz con el cristianismo! He sufrido tanto que ya no puedo creer en nada. ¡He sufrido demasiado! Cuénteme lo que quiera: ¡Ya no creo a nadie! A lo que me reí, y le dije: -No puedo imaginármelo. Dígame, señor, ¿viaja usted de vez en cuando en el tren? -Claro que sí. -Entonces usted, antes de subir al tren, va siempre al maquinista y le pide su licencia de conducir, ¿verdad? -No, -responde- supongo que se puede tener confianza en la Compañía de Ferrocarriles... -¡¿Cómo!? -dije sorprendido- ¿Usted acaso sube al tren sin saber si la persona en el puesto del maquinista sabe conducir? ¿Le confía su vida - y sin garantía alguna? ¡Pero oiga, señor! ¡Eso sí que es fe, confiar a alguien mi vida! Por favor, no diga nunca más: 'No creo en nada'; sino que diga: 'No creo en nada - ¡salvo en la Compañía de Ferrocarriles!. -Sí, pero... Sigo preguntando: -Señor, ¿usted va de vez en cuando a una farmacia? -Sí, -responde- pues muchas veces tengo dolores de cabeza, entonces compro algunas pastillas. -Pero ya ha sucedido que farmacéuticos vendieron, por descuido, en vez de medicina veneno. Estoy seguro que usted antes de comprar las pastillas pide

que hagan un análisis de ellas, ¿verdad? - No, pastor, un farmacéutico aprobado sabe lo que se trae entre manos. Estoy seguro que no me engañará. - ¡Hombre! ¿Usted toma la medicina sin analizarla, simplemente por confianza? ¡eso sí que es creer. Señor, no diga nunca más: 'Ya no creo en nada', sino que diga: 'Ya no creo a nadie - ¡salvo a la Compañía de Ferrocarriles y al farmacéutico! Y de esta manera seguí preguntando. Y cada vez se descubrieron más cosas. Luego le declaré: -Mire usted, un día encontré a Aquel que ha venido de Dios, el que resucitó de entre los muertos, el que tiene en sus manos las llagas de los clavos que dan testimonio de que El me amó hasta la muerte. No hay ningún otro en este mundo que haya hecho tanto por mí. Ningún otro es tan digno de confianza como Jesús. ¿Cree usted que Jesús haya mentido jamás? - ¡No! - ¡En fin! Tal testimonio no daría a ningún otro, solo a Jesús! Y cuando me dí cuenta de ello, dije: Entonces confiaré mi vida a Jesús. Estupefacto, pregunta: -¿Acaso el asunto es tan fácil? - ¡Tan fácil es, señor! Tan fácil. Usted cree por todas partes todas las cosas posibles e imposibles, ¡sólo al único realmente digno de confianza, a El usted no quiere creer! ¡Tire los razonamientos gratuitos de su incredulidad por la borda y entregue su vida al Señor Jesús! Dije una vez a un grupo de cientos de jóvenes: - ¡Entregaré un millón de marcos a aquél que me muestre alguna persona que se haya arrepentido de haber aceptado al Señor Jesús como Salvador! No poseo un millón de marcos, pero pude hacer la oferta tranquilamente, ¡porque tal persona no existe! Pero conozco una cantidad de personas que sienten no haberlo aceptado.

Por eso: ¡Pon fin a tu incredulidad gratuita! Cree en Aquel que lo hizo todo por ti. Es un asunto que debe ser arreglado entre ti y El. Busca un sitio

tranquilo, y dile: -Señor Jesús, a partir de hoy quiero pertenecerte a ti.

2. Pon fin a tu increíble propia justicia

Dice la Biblia: *«Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores»*. En este punto muchos se ponen furiosos, diciendo: -Pero yo no soy pecador, no soy un criminal. A ellos les contesto ahora: -¡Es mentira! ¿Acaso tú te atreves a decir tal cosa algún día ante el Dios santo?: '¡No soy pecador. He cumplido todos tus mandamientos!' ¿Realmente te atreves a decirlo? ¡Oh, pon fin a esta tu autojustificación increíble que vive en la ilusión de que todo está en regla! Nada está en regla, ¡absolutamente nada!

Hace muchos años cuando tuve una conversación con un joven de 20 años que no he podido olvidar jamás. Un buen día le encuentro y digo: -Paco, ya no te veo en nuestros estudios bíblicos ni en la reunión de jóvenes. A lo que él me respondió: -Sepa usted, pastor, que he cambiado de opinión. Usted habla continuamente acerca de Jesús, que murió por los pecadores. Pero yo no necesito un chivo expiatorio que interceda por mí. Si es que haya cometido un error, y si es que existe un Dios, entonces quiero responder de ello ante él. Pero es realmente ridículo, el que yo tuviese necesidad de un Salvador que murió por mí. Le dije: -Bien, amigo. Tú quieres presentarte ante Dios, el Santo, con tu justicia. ¡Lo puedes! Puedes rechazar a Jesús, diciendo: 'Ante Dios apelo al derecho'. Pero quiero que sepas una cosa: En Francia se juzga de acuerdo con el derecho francés, en Inglaterra con el derecho inglés y ante Dios de acuerdo con el derecho de Dios. Y te deseo,

amigo, que no hayas violado ni un solo mandamiento de Dios, ¡pues en ese caso estás perdido! ¡Hasta la vista! -¡Un momento! -replica- ¡tan pedante no será! -¡Ah! ¿Cómo te imaginas al Dios santo? Supongamos que yo haya vivido durante 50 años honradamente, y luego haya cometido, durante tres minutos, un robo. La cosa es descubierta, y tengo que comparecer ante el juez, y le declaro: 'Señor juez, no sea usted tan pedante. He vivido durante 50 años bien, y ahora un delito de tres minutos, ¡esto se neutraliza! Sea usted un poco más liberal'. ¿Puedes imaginártelo? El juez responderá: 'Un momentito, por favor. No estoy hablando de los honrados 50 años, sino exactamente de los tres minutos en los cuales usted ha robado. La ley le acusa por causa de este asunto'. Y si un juez terrestre ya actúa así, ¡cuánto más Dios!

¿No crees que eres acusado ante Dios? ¿No crees que necesitas el perdón de tus pecados? ¿No crees que eres un pecador? Oh, pon fin a tu increíble autojusticia, y busca al Señor, que murió en tu lugar en la cruz y pagó tu deuda. Acéptale, confiésale tus pecados y dí: -Señor, ¡me echo a tus pies con toda mi injusticia! Quiero recibir ahora tu gracia. ¡Lávame ahora con tu sangre!

3. Da el paso decisivo

Quiero contarte una historia que ilustra lo que quiero decir. Aconteció al principio del Tercer Reich, cuando tuve que ver una vez más a uno de aquellos »portadores de cabello de ángel«. »Cabello de ángel«, así llamaban los jóvenes esa chapa de plata u oro que los funcionarios nazís llevaban en sus uniformes - como los pavos reales. Temblando fui a verle, pues en aquel tiempo los pastores no valían

nada. Pero, cosa rara, el hombre no me echó sencillamente al aire libre, sino que me escuchó amablemente. Cuando hube terminado, dije: -Escúcheme. Casi nunca he sido tratado tan amablemente como usted lo hizo. Quisiera darle las gracias por ello. Y como usted ha sido tan amable para conmigo, quisiera hacerle un gran regalo. Quiero decirle mi mensaje: 'De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna'. El me miró, diciendo: -No es necesario decir más. Mis padres son creyentes. Conozco su mensaje desde mi juventud. pero... Cogió una grande hoja blanca, tomó un lápiz y trazó una línea por en medio de la hoja y prosiguió: -Mire usted, pastor, yo sé todo, y sé que, si quisiera poseerlo, entonces tendría que cruzar tal frontera como la he dibujado aquí, tendría que cruzar la línea. Estoy muy cerca de la línea, ... y señaló a un punto al lado de la línea. -pero tendría que arriesgar el paso decisivo y cruzar la frontera! Y luego añadió, un poco desconcertado: -¡Pero mi posición social no lo permite! Triste, me marché. Hace tiempo que murió. ¡Su posición social no le salvará nunca! Pero él había comprendido: -Si quiero entrar en el reino de Dios, entonces tengo que cruzar la frontera.

¿Te atreves a hacerlo? Oh, ciertamente merece la pena. Jesús te espera con los brazos abiertos. Da el paso decisivo sobre la línea - ¡a los brazos abiertos de Jesús!

4. ¡Rompe con todo pecado!

Conozco a un hombre, que vive en adulterio. Le advertí: -¡Usted es un adúltero! ¡Usted engaña a su esposa! ¡Usted va al infierno! El me contestó: -¡Ton-

terías! Voy a explicárselo: Mi esposa no me comprende... Y luego me contó una historia larga, pero en todo momento sabía: 'Lo que estoy haciendo, es pecado'. Hay gente que se pelean, y dicen: '¿Es el otro que empezó?' Pues es siempre el otro que ha comenzado. Ningún hombre ha buscado pendencia, ¿verdad? Siempre es el otro. Pero le diré una cosa: A los ojos de Dios cada contienda es como asesinato. ¿Por qué no lo pones fin? Me preguntas: - ¿Y qué haré? Te lo diré: ¡Rompe con los pecados reconocidos!

Haz un alto en tu vida y pregúntate: -¿Que hay en mi vida que no está en regla? ¿Cuáles son las cosas con las cuales tendría que romper? Lo sabrás exactamente. ¿Acaso crees que Jesús te dará su gracia si quieres pecar a sabiendas? La Biblia dice: »¡Volved!« El »hijo pródigo« dejó su vida anterior atrás. Puedes venir a Jesús tal como estás: cargado e incrédulo. Pero debes romper con las cosas que te llevan a la perdición, de las cuales sabes que son pecado. Entre las muchas cartas que suelo recibir diariamente hay quienes se oponen, diciendo: »Esto es demasiado duro. ¡Esto y aquello no es pecado!« Muchas veces se mencionan cosas que ni aún he dicho. Entonces me doy cuenta de cómo nuestras conciencias se rebelan contra la autoridad de Jesucristo en nuestra vida. Escúchame: No puedes llegar a la fe viva y ser mantenido en la fe viva si no te atravesas a entregar tu vida a Jesús tal como estás, rompiendo con todo lo que es digno de ser cortado. ¡Rompe con todo pecado reconocido!

5. Habla con Dios

¿Puedes orar? Tal vez puedes recitar un verso, ¿pero orar? Sabes, hay opiniones sobre la oración... Se me

pondrían los pelos de punta si los tuviese todavía. El otro día estaba en una casa. Dice la madre. -Sí, también somos cristianos. ¡Ven acá, Clara! La mamá pide a su hijita de 4 años: -Tú sabes orar muy bien. Hazlo ahora para el Señor pastor. Y entonces la niña empezó. Le interrumpí en seguida: -Déjalo. No quiero que ores para mí. ¡Para Dios! No para mí. Pues eso no es orar. Orar es: hablar con el Dios viviente por medio de Jesús, abrir el corazón a Dios. ¿Has orado alguna vez de esta manera?

Un obispo inglés llamado Robinson, escribió un libro terrible: »Dios es distinto«. En ese libro dice que el hombre moderno ya no puede orar. Eso lo creo también. Pero esto no es un argumento contra la oración, sino contra el hombre moderno. ¿No te parece? El obispo quiere volver lo de arriba abajo en el cristianismo, ya que el hombre moderno ya no sabe orar. Yo más bien diría: ¡Que los hombres modernos vuelvan a aprender orar!

Intenta una vez más una oración. Pueden ser solamente estas palabras: -Señor, ¡haz que te encuentre! o: -Señor, ¡sálvame también a mí! o: -Señor, ¡guíame a la fe verdadera!. O: -Señor, ¡perdóname mis pecados! Pero comienza una vez. Al principio no será una oración perfecta. Los pastores tal vez pronuncian oraciones perfectas - de un libro que tienen en la mano. Pero no es necesario que sea una oración perfecta. Lo que importa es que empezamos a hablar con el Dios viviente. Empieza, y lo aprenderás.

Sabes: Creer es una relación yo/tú entre mi Señor y yo Y en tal caso hay que hablar ¿verdad? Yo hablo con El, y El habla conmigo. Y con eso ya hemos llegado al próximo punto:

6. Lee la Biblia

¿Cómo habla Dios con los hombres? Habla por medio de la Biblia. Por eso es indispensable que empieces a leer la Biblia. Tal vez piensas: -Nadie lee hoy en día la Biblia ... y tienes razón. Los evangélicos hablan mucho de la Biblia, y la tienen en sus casas, en el estante, cubierta de polvo. Pero allí la dejan.

Muchas veces cuando hago mis visitas, dicen: -Sí, señor pastor, tenemos una Biblia muy antigua del año 1772, de nuestra tatarabuela. Y luego traen una pieza de antigüedad, que nunca fue leída. Con todo el respeto por Biblias antiguas, te recomiendo: Cómprate un pequeño Nuevo Testamento. Los hay más pequeños que mi mano. Hay ediciones maravillosas del Nuevo Testamento. Cómprate una de estas versiones modernas. Y luego fíjate cada día una hora determinada para leer la Biblia. Nada más que escuchar. Pues por medio de ella Jesús te habla.

Tal vez hay pasajes que no comprendes en seguida. Suelo explicarlo a mis jóvenes de esta manera: Un granjero del Brasil me contó una vez que, cuando llegó allí, le dieron un terreno. Cuando fue a verlo, descubrió que se trataba de un trozo de la selva. Se puso a cortar árboles y quitar piedras grandes y troncos. Llegó el momento en que pudo arar por primera vez. Cuando había arado los primeros tres metros, el arado quedó inmovilizado. ¿Ahora qué? ¿Acaso fue a casa para buscar dinamita para volar tanto la piedra enorme como también el arado y las vacas? Claro que no. Hizo algo mejor. Guió el arado alrededor de la piedra, y siguió arando. Cuando por fin hubo terminado, su trabajo no daba una impresión perfecta, pero al menos era posible sembrar y cosechar algo. Cuando, al año siguiente, volvió a arar, ya no fue tan difícil. Ya ha-

bía quitado más piedras y troncos, y finalmente salió mejor. Y en el tercer año mejor aún.

De esta manera debes leer la Biblia. ¡Ponte a leer! Y si haya alguna cosa que no comprendes en seguida, déjala para más tarde. ¡Pero sigue leyendo! Pronto vas a tropezar con una palabra, en el primer capítulo del Nuevo Testamento, que dice: *»Jesús salvará a su pueblo de sus pecados«*. Dirás: *»Esto sí lo comprendo, pues me viene muy bien«*. Y de esta manera permite que Dios te hable a ti. ¡Y que no leas la Biblia de prisa! Ruega al Señor: -Señor, ilumíname. Haz que entienda tu Palabra. Ilumina mi corazón, mi cerebro y mi alma.

Y otra cosa: No permitas nunca que alguien te quite las ganas a la Biblia. La Biblia es un libro grandioso. ¡No hay otro libro más actual y más excitante que la Biblia.

En la Primera Guerra Mundial, siendo un joven soldado, un día estaba de guardia, cerca de Verdún. Al oscurecer, estaba sentado al borde de un río. Antes de anochecer, veo como una cocina de campaña del enemigo se mueve lentamente por una vereda del bosque. Nunca hubiéramos pensado que fuera posible conducir un vehículo por aquella vereda. Pero esa cocina de campaña, que no había esperado la caída de la noche, nos reveló: Allí hay una ruta de avance a las líneas del enemigo. Pues si la cocina va por allí, entonces este camino es también la línea de abastecimiento para los transportes de munición para la infantería. ¡Esta es la ruta de avance del enemigo! ¿Qué hemos hecho? ¿Acaso hemos pensado: -¡Cuidado con esta línea, no hacer fuego sobre ella!? Al contrario: ¡Durante toda la noche disparamos sobre esa línea!

Escúchame: La Biblia es la ruta de avance, el camino para los transportes de aprovisionamiento y de municiones, la línea de abastecimiento de Dios

para los cristianos. Y es natural que el diablo dispare sobre este camino de Dios. Es por eso que hay tantos ataques contra la Biblia. El muchacho más estúpido dice: -¡Bah! ¡Tal libro! Y los profesores más perspicaces demuestran que la Biblia no es sino obra de hombres. ¿Me entiendes? ¡Sobre ésto todos están de acuerdo! ¡Fuego cerrado sobre la Biblia! Pero si quieres ser un hijo de Dios, si quieres ser salvo, entonces no debes hacer caso de ello. ¡No permitas que te quiten el deseo de leer la Biblia! La Biblia dice que ha sido escrita por varones llenos e iluminados por el Espíritu Santo. Y cuando lees la Biblia, muy pronto te darás cuenta que hay un espíritu divino en ella.

Alguien se quejó una vez, diciéndome: -Para mí la Palabra de Dios es algo muerto. Anhele ser salvo, pero la Biblia no me dice nada. A lo que respondí: -Ore a Dios que le dé su Espíritu Santo. Ruéguele, si fuera necesario, durante medio año: -Señor, dame el Espíritu Santo, para que entienda tu Palabra, para que me aviva en la fe. Créame, Dios le contestará, con toda seguridad.

Y por fin quisiera decirte una última cosa:

7. Escucha la Palabra de Dios

Asiste donde puedes oír la Palabra de Dios de una manera clara. No tengo reparos en decir: Hoy en día hay púlpitos donde se predica un Evangelio diluido. A tal sitio no iría. ¡No me interesa limonada, sino el vino de alegría del Evangelio! Ya lo vas a descubrir, si te anuncian las Buenas Nuevas o no. Por todas partes hay pastores, predicadores y otra gente que pueden decirte el Evangelio. Pero asiste a escuchar la Palabra de Dios. Busca la comunión con los que quieren escucharla a toda costa. El otro día

alguien me dijo: -¡Usted debe saber que soy individualista! A lo que repliqué: -¡Entonces nunca podrá mantenerse en la fe viva, si no busca la comunión con otros cristianos, si no asiste donde se anuncia la Palabra de Dios!

Para terminar voy a contaros una historia de una anciana que llegué a conocer en cierta ocasión. Un joven me dijo una vez: -¡Déjeme en paz con historias de ancianas, no me interesan! Era el sentimiento de un joven. Esa anciana ha desempeñado en mi vida un importante papel. Conocí a tres ingenieros que, a través de ella, habían llegado a conocer a Jesús. Un día fui a visitarla. Ella era la viuda de un minero. Se alegró mucho cuando fui, y me contó como había llegado a ser creyente. Ella vivía en un barrio periférico de Essen, que hoy ya pertenece a la misma ciudad. Se llamaba Stoppenberg. Un buen día ella leyó en el diario que en la Catedral de Pablo de Essen dos nuevos pastores serían presentados en su ministerio. Por eso dijo a sus amigas: -¡Vamos a Essen, pues estas cosas son siempre un gran acontecimiento! Bueno, ellas caminaron el largo camino por los campos de Stoppenberg a Essen, y cuando llegaron, la catedral estaba llena de gente. Se pusieron de pie junto al portal. Se estaba llevando a cabo la ordenación de un pastor, Julius Dammann. Cuenta la mujer: -Dammann subió al púlpito, por vez primera, y leyó: *'De tal manera amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna'*. Y luego se inclinó hacia adelante, diciendo: »De los centenares de miles de palabras que hay en la Biblia no temo ninguna como la palabra *perdida*. Uno puede perderse eternamente, de manera que Dios abandona uno. ¡Este es el infierno!« Allí estaba yo, una joven, en la parte trasera de la enorme catedral. Desde aquel momento ya no oí nada más.

Fue como un relámpago: 'Yo también estoy perdida. No tengo paz para con Dios. No tengo el perdón de mis pecados. No soy una hija de Dios. ¡Estoy perdida!' Regresé a casa, como soñando. Al cabo de tres días me preguntó mi padre: -¿Qué te pasa, estás enferma? Ella trata de explicarlo a sus padres. El padre grita: -¡Estás chiflada! ¡Son tus nervios! Ella no logra explicar a nadie su angustia mortal: -Perdida, ¡estoy perdida! - Te deseo toda clase de bien, y a pesar de ello te deseo que llegues a conocer esta realidad del Dios santo, y que sepas que estás perdido. Ella siguió contando: -Durante cuatro semanas seguía así, completamente inútil. Y luego leo: 'El pastor Dammann predicará otra vez'. Otra vez caminé de Stoppenberg a Essen, y en todo el camino seguí orando. Era una sola oración: -Señor, enséñame lo que es necesario para ser salva. Y luego llega a la Catedral de Pablo. Dammann predica. Todo está repleto. Tampoco esta vez encuentra un asiento y debe quedar en pie junto al portal. Y luego vuelve a orar las mismas palabras: -Señor, enséñame lo que es necesario para ser salva. Abre el himnario para buscar el himno indicado y, para su sorpresa, el himno comienza con las mismas palabras. Piensa: -Si todos los cantan como una oración, entonces debe pasar algo. Y luego el pastor Dammann sube al púlpito y lee un texto del evangelio según Juan: *»Jesús dice: Yo soy la puerta; el que por mí entrare, será salvo. Amén«*. Ella me dice: -Estuve por segunda vez en la iglesia, y otra vez he oído sólo esta palabra, pero en el mismo momento todo quedó bien claro: Jesús, el Resucitado, es la puerta a la vida. Entré por ella. Ya no oí nada más del sermón, pero lo que había oído fue completamente suficiente. ¡Entré a la vida!

Suelo contar esta historia cuando encuentro a gente que me dicen: -No voy a la iglesia. No

aguanto el aire. Prefiero salir al bosque con sus pájaros que cantan, con sus árboles verdes que susurran... Entonces suelo decir: -Aquella mujer nunca habría llegado a creer, si no hubiese asistido a escuchar la Palabra de Dios.

¿Qué, pues, haremos? ¡Pon fin a tu incredulidad gratuita! ¡Pon fin a tu increíble autojusticia! ¡Da el paso decisivo! ¡Rompe con el pecado! ¡Lee la Biblia! ¡Escucha la Palabra de Dios!

Yo debía contestaros la pregunta »¿Qué haremos?« - Y os he dado contestaciones importantes. Pero para mí es sumamente fundamental deciros, para terminar, lo más importante:

Lo que importa no es tanto lo que hacemos nosotros ¡por importante que sea! Lo que importa es lo que hizo Dios por nosotros - ¡en Jesús! Este es el buen mensaje que puedo anunciaros: »¡Jesús ha hecho todo lo necesario por todos! El vino a nosotros, resucitó por nosotros, está sentado por nosotros a la Diestra de Dios, El es el Buen Pastor que lo hace todo por sus ovejas. El Salmo 23 testimonia: *»El Señor es mi pastor; nada me faltará...«* Y luego detalla cuántas cosas hace el Buen Pastor por él. Desearía que todos vosotros pudiérais decir: *»El Señor es mi pastor«*.

¿POR QUE CALLA DIOS?

¡Cosas terribles suceden en el mundo! Creo que fue en el año 1937, mientras caminaba por la ciudad de Essen, que encontré a un muchacho de 16 años, muy alterado. Como le conocía de mi trabajo con la juventud, le pregunté: -¿Qué te ha pasado? Respondió: -Me llevaron a un hospital, y me esterilizaron, por la única razón de que mi madre es judía. Y

cuando regresé a casa, mis padres habían desaparecido... No los volvió a ver nunca más. ¡El padre fue detenido, la madre deportada a un campo de concentración! Me sentí apenado por no poder hacer nada por él. Lo único que hice fue ayudarle a escapar a Holanda. Y de allí fue a América. Pero nunca olvidaré la cara del consternado muchacho: - A mí me llevaron a un hospital, y me esterilizaron, porque mi madre es judía. Y cuando regresé a casa, mis padres habían desaparecido. ¡Y tales cosas acontecieron millones de veces! Es natural que surjan preguntas: -¿Y Dios? ¿Dónde está Dios? ¿Acaso Dios no dice nada de eso? ¿Por qué calla Dios?

En la ciudad Colonia entró en un colegio un loco con un lanzallamas: ¡asesinó a 12 niños! Uno se siente forzado a preguntar: -¿Y Dios? ¿Por qué calla Dios?

O me acuerdo de aquella joven mujer que sufre de cáncer. De manera lenta y terrible va muriendo, tendrá que dejar a sus hijos. Quien vé tales cosas, pregunta: -¿Y Dios? ¿Por qué calla Dios?

Hay muchas personas que ahora podrían contar su propia historia, preguntando por fin: -¿Y Dios? ¿Dónde estaba Dios? ¿Por qué calla Dios?

El poeta alemán, Friedrich Schiller, dijo en una de sus famosas obras: »Hermanos, encima del firmamento debe morar un padre bondadoso«. Pero al hombre de nuestros días mejor le saldría: »¡Hermanos, encima del firmamento *no puede morar un padre bondadoso!*«.

Quien experimenta tales terribles cosas, se siente instado a preguntar: -¿Dónde está Dios? ¿Por qué permite tales cosas? ¿Por qué calla Dios sobre todas esas cosas tan terribles? Tal vez llegará a un punto donde surge la peligrosa idea: ¿Acaso Dios ni aún existe? ¿¡Tal vez el cielo está vacío?! ¿Quizás es el

ateísmo la verdad? Amigos, si alguien da vueltas a tales ideas, tiene realmente razones para espantarse. Pues si fuese verdad, el que no vive ningún Dios, ¡sería horrible! Y nosotros -bestias humanas- seríamos desamparados. Seríamos como niños perdidos, que no saben el camino a casa. ¡Esto sería terrible! Cuando la gente me declara: -¡Soy ateísta!, entonces suelo decir: -¡Vosotros ni aún sabéis lo que estáis pronunciando con eso! Encima de nosotros ¡nada! ¡Abandonados! ¡Hombres contra hombres! No hay nada más terrible para el hombre que ¡el hombre! ¿verdad? Los romanos tenían un proverbio: »Homo homini lupus«, es decir: »¡Un hombre es el lobo del otro!« - ¡horrible!

No sé cuantas veces tuve que escuchar esta frase: -¿Cómo es posible que Dios permita todo eso? ¿Por qué calla Dios? Y como lo tuve que escuchar tantas veces, voy a dar ahora una contestación.

Pero ante todo debo decir, que no soy el secretario secreto de Dios. No me ha confiado o dictado sus propósitos. ¿Me entiendes? En sí ya es un poco fatuo el preguntar si podemos comprender a Dios. El Dios, al cual yo podría comprender, no sería más que un superindendente o un deán. A ellos podría comprender todavía. Pero uno, a quien podría comprender totalmente, no podría ser Dios. Dios dice una vez en la Biblia: »*Mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos*«. Esto es evidente ¿verdad?

Pero he aprendido algo de la Biblia y, por eso, voy a contestar, lo mejor que pueda a la pregunta: -¿Por qué calla Dios?

1. El planteamiento es absolutamente falso

Esto es lo primero que quisiera decir: La pregunta

»¿Por qué calla Dios?« está planteada de manera falsa, ya que ha sido planteada como si hubiese una sala de audiencia: Sobre el tribunal está sentado el señor Fulano o el pastor Busch. Y Dios está sentado sobre el banquillo. Y luego decimos: -Acusado Dios, ¿cómo puedes permitir tales cosas? ¿Por qué guardas silencio? Quisiera decirlo con toda claridad: Un Dios que nos permite sentarnos en el tribunal, y se sienta a sí mismo en el banquillo, tal Dios no existe.

Me acuerdo de una tremenda escena, cuando yo era un joven pastor. Tenía 27 años, y acababa de llegar a Essen, cuando estalló una gran huelga entre los mineros que, en aquel tiempo, despertaban muchos escándalos. Un buen día mientras pasaba por una plaza, veo a un hombre que, subido sobre una caja de jabón trata de convencer a los transeúntes. Habla de niños hambrientos, de la explotación de los obreros, del desempleo. De repente me ve a mí, me reconoce, y vocifera: -¡He aquí un predicador! ¡Ven acá! Bueno, normalmente suelo corresponder a una invitación amable. Por lo tanto voy, y los mineros me abren paso hasta que estuve cara a cara con el orador. Alrededor de mí habían unos cien mineros. Admito que me sentí un poco nervioso, pues en la universidad no nos habían preparado a enfrentar tales situaciones. Y entonces el orador se enardeció: -¡Escucha, predicador! Si existe un dios, lo cual dudo, pero es posible que exista uno, quiero, cuando haya muerto, presentarme ante él y decirle: »¿Por qué permitiste que hombres fueron despedazados en los campos de batalla? ¿Y por qué permitiste que niños murieron de hambre y, al mismo tiempo, otros tiraron la comida, porque les sobraba? ¿Por qué permitiste que hombres y mujeres murieran una muerte lenta por el cáncer? ¿Por qué? ¿Por qué? Y luego le diré: '¡Tú Dios, renuncia! ¡Fuera de aquí! ¡Lárgate!' Así gritó el

hombre. Entonces yo también grité: -¡Estoy completamente de acuerdo! ¡Fuera con tal dios! ¡Fuera de tal dios! Se hizo el silencio... El orador responde, confundido: -¡Un momento! ¡Usted es pastor! ¡Usted no debe gritar: ¡Fuera con tal dios! A lo que respondí: -Escúchame: Aquel dios ante el cual tú puedes presentarte de esta manera, ante el cual puedes fanfarronear tanto, el que permite que le pidas cuentas, de modo que tú eres el juez y él el acusado - ¡aquel dios no existe sino en tu fantasía! Y sobre tal dios también yo digo: '¡Fuera con tal dios!' ¡Fuera con ese dios tonto, que nuestro tiempo se ha hecho a sí mismo, al cual podemos acusar, empujar a un lado, o volverlo a buscar, según sea nuestro capricho: ¡tal dios no existe! Pero te diré una cosa: ¡Existe otro Dios real! Ante El comparecerás como acusado, y no podrás abrir tu boca, cuando te pregunte: '¿Por qué no me honraste? ¿Por qué no me invocaste? ¿Por qué viviste tu vida sucia como un cerdo? ¿Por qué has mentido? ¿Por qué has odiado? ¿Por qué eres tal buscarruidos? ¿Por qué? ¿Por qué?... Así te preguntará. Entonces tendrás un nudo en la garganta. Y no podrás dar ni una sola respuesta a mil preguntas. No hay un dios al cual podríamos decir '¡Fuera de aquí!' Pero sí existe un Dios santo, viviente y real, que podrá decir algún día a nosotros '¡Fuera de aquí!'

Y otra cosa quisiera decirlos también a vosotros: Si oigo a alguien acusar a Dios: -¿Cómo puede Dios permitir tales cosas? ¿Por qué guarda silencio? entonces le digo: -¡Sería un dios tonto, si es posible acusarle! ¡Hay solo un Dios que nos acusa a nosotros, a ti y a mí! ¿Acaso guardaste siempre los mandamientos de Dios? ¿Qué piensas? ¡Dios toma en serio sus mandamientos! ¡Los acusados somos nosotros, no Dios!

Esta es la cosa primera que tuve que decir: El

planteamiento es absolutamente erróneo. Y ahora la segunda:

2. El silencio de Dios es su juicio

»¿Por qué calla Dios?« Mira: Sí, muchas veces Dios guarda silencio. Y el silencio de Dios es el juicio más terrible sobre nosotros.

Estoy convencido de que existe un infierno. Sin embargo, también estoy convencido que el infierno no es como lo pintan, por ejemplo, que el diablo allí tuesta a las almas, o semejantes tonterías. Yo creo que el infierno consiste en el hecho de que Dios ya no le habla al hombre. Por mucho que le invoquen, por mucho que oren, por mucho que griten - ¡Dios ya no contesta!

El poeta ruso, Dostoyewski dijo una vez: -El infierno es el lugar adónde Dios ya no mira - donde nos habremos deshecho definitivamente de él, donde seremos verdaderamente desamparados por él. Sí, el silencio de Dios es su juicio. Y mira: El infierno ya comienza aquí, cuando Dios guarda silencio.

Voy a contarte una historia de la Biblia: Había dos ciudades, Sodoma y Gomorra, ciudades con una cultura muy alta, con una civilización refinada. No negaban la existencia de Dios. Y probablemente había también algunos pastores tenidos como personas raras. Pero de ninguna manera tomaron a Dios en serio. Tal vez le buscaban para bodas o entierros, pero por lo demás no hacían caso de Dios. Pisotearon todos sus mandamientos. En Sodoma vivía un hombre religioso, Lot. A veces decía: - ¡Cuidado! A Dios no se puede tratar de esta manera. No os engañéis; *Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará.* - ¡No me digas! -le respondieron- ¡no gastes bromas!

¡No eres pastor! ¡Deja de hablar tales tonterías: 'Todo lo que el hombre sembrare, eso también segará'! Y luego sucedió, un buen día al amanecer, - Dios había sacado antes a Lot de la ciudad- que Dios hizo llover fuego y azufre del cielo sobre las ciudades. Nosotros lo conocemos de la guerra, de los bombardeos. Pero Dios puede hacerlo también sin aviones. Me imagino como la gente saltó de la cama, gritando: -¡a las cuevas! Todos fueron corriendo abajo. Y luego la temperatura sube - también en la cueva, como un horno. Nueva orden: -¡¡Afuera!! Todos van saliendo. Pero fuera llueve fuego y azufre. Por todas partes gente desorientada: Afuera es imposible, y en las cuevas se están ahogando. Así lo cuenta la Biblia. Y luego me imagino -¡la Biblia no lo cuenta!- un grupo de personas: una señorita del gran mundo - hasta la fecha Dios no le interesaba; un hombre ya mayor - que sabía distinguir toda clase de vino por el sabor, tampoco tenía algo en contra del »buen Dios«, pero le dejó completamente indiferente. Tales personas se encontraban juntas en la cueva: personas simpáticas, ciudadanos honrados, buenos contribuyentes. Todos tenían sus secretos oscuros - ¡como todo el mundo hoy! La temperatura en la cueva sube más y más. Quieren salir, pero no pueden, pues fuera no hay nada más que fuego por todas partes. Y entonces les coge el horror. El caballero distinguido dice: - Señores, Lot tuvo razón: ¡Dios vive! Y la señorita dice: -¡Entonces no hay otro remedio que orar. ¿Quién sabe orar? Y luego se levantan las manos - en la antigüedad oraban con la manos levantadas- que hasta aquel momento nunca se habían levantado. Ahora pueden orar: -¡Señor, ten misericordia de nosotros! ¡Hemos pecado! ¡Te hemos despreciado! ¡Acaba ya! ¡Pues tú eres el buen Dios, eres misericordioso! ¡Ten misericordia! ... Silencio. Sola-

mente se oye la crepitación del fuego. Luego los brazos bajan, los puños se aprietan: -Dios, ¿por qué te callas? ... Silencio. Sólo el bramido del fuego. Dios ya no contesta - sea que ellos oren o maldigan.

Hay una frontera que un hombre o una ciudad o una nación pueden cruzar, una frontera de la indiferencia en cuanto al Dios viviente. A partir de aquel momento Dios ya no escucha ni contesta. Entonces puedes orar o maldecir - ¡Dios ya no contesta! ¿Me comprendes, que este silencio de Dios sobre Sodoma era el juicio más horrible? ¡Dios ya no les hablaba! Y cuando veo nuestra nación en su indiferencia total en cuanto a la verdad de Dios, los mandamientos de Dios y la salvación de Dios, entonces me coge el horror. Tal vez lo experimentarás todavía: sea que ores o maldigas: ¡Dios ya no te habla!.

La Biblia dice una vez: *»Por cuanto llamé, y no respondisteis«*. ¡Hombre! ¿Por qué callas, cuando Dios te llama?

Por fín: El silencio de Dios es el juicio más terrible de Dios.

Voy a pasar al tercer punto:

3. La distancia grande nos impide oír

Cuando tenemos la impresión que Dios calla, entonces es posible que estemos demasiado lejos de él.

El otro día vino un joven a verme, y me dijo: Pastor Busch, usted me pone nervioso. Continuamente está hablando de Dios. Una vez cruzando yo su camino, ya empieza hablando de nuevo de Dios. No oigo a Dios, tampoco le veo. ¿Dónde, pués, está hablando? ¡No oigo nada! A lo que respondí: -Amigo, ¿conoce usted la historia del hijo pródigo? -Más o menos, responde. -'Más o menos' no es nada. Voy

a contársela, una historia que Jesús mismo contó. Había un rico granjero, que tenía dos hijos. El uno era un poco a la ligera. La casa de su padre le parecía demasiado estrecha. Ya no le gustaba. Un buen día dice a su padre: '¡Dame mi herencia, házmela efectiva ahora, yo quiero ver el mundo!' El padre se lo da, y el hijo se puso a viajar. La Biblia dice acerca de él: *'Desperdió sus bienes viviendo perdidamente'*. Podrás imaginártelo. En las grandes capitales uno puede perder su dinero en un santiamén. Y justamente en aquel tiempo viene una gran hambre con desempleo. Iba degradándose más y más, hasta que acabó como pastor de cerdos. En Israel los cerdos eran considerados animales impuros. Lo peor que podía pasarle a un israelita era el ser pastor de cerdos. Pero como había hambre, estaba contento de poder alimentarse un poco de los comederos de los cerdos. Allí no podía escuchar la voz de su padre. Estaba demasiado lejos de él. El hijo pródigo podía decir: 'No oigo la voz del padre'. ¡Claro, que no la oía! Permittedme ahora dejar jugar un poco mi fantasía, imaginándome la historia un poco más detalladamente. Esto no está escrito en la Biblia. El hijo pródigo está sentado junto a sus cerdos. Pasa hambre. Y luego acusa a su padre: -¡Cómo puede él permitir que yo esté pasando hambre! Así me parece el mundo de hoy en día: Ha desamparado a Dios, luego cae en la miseria - y grita: -¿Cómo Dios puede permitir todo eso? ¿Por qué guarda silencio? Pero Jesús cuenta la historia del hijo pródigo de otra manera: Hay en su vida una hora cuando vuelve en sí: -¡Me vuelvo loco! *¡Mi padre tiene abundancia de pan - y yo perezco de hambre! Me levantaré e iré a mi padre, y le diré: 'Padre, he pecado'*. Y se levanta y da la vuelta. Su padre le ve de lejos y corre a su encuentro. Pero el hijo pródigo le dijo: -*¡Padre, he pecado!* El padre se echa sobre

su cuello, y grita: *-Sacad el mejor vestido, y vestidle; y poned un anillo en su mano, y calzado en sus pies.* Y ahora puede oír la voz del padre. *-Si no puedes oír la voz de Dios, entonces es que estás demasiado lejos de él. Debes regresar, amigo, y lo sabes muy bien. Así lo dije a aquel muchacho.*

Los hombres pueden apartarse mucho de Dios, hasta los cerdos, por decirlo así. Aún en el tiempo cuando era un oficial muy impío en la Primera Guerra Mundial, siempre sabía y pensaba: *-En el fondo tendría que volver. Y hasta la fecha no he encontrado a ningún hombre que no lo hubiese sabido: -En el fondo tendría que volver. La mujer más pecadora me dijo: -¡Mi conducta es correcta! Pero cuando sigo hablando con ella, entonces admite: -Sí, en el fondo tendría que dar la vuelta. Hay mucha culpa en mi vida. En el fondo, mi corazón está totalmente petrificado.*

Cada uno de nosotros sabe: *-En el fondo tendría que dar la vuelta. ¿Por qué no lo haces? ¡Da la vuelta! Entonces oirás también la voz del Padre.*

Tengo que añadir otro punto más en cuanto a la pregunta *»¿Por qué calla Dios?«:*

4. Tenemos que escuchar la última palabra de Dios

¿Podéis aún escuchar? ¿O ya estáis aburridos? Pues, si os estáis aburriendo, entonces la culpa es mía, no del evangelio. Realmente, los pastores a veces presentan el evangelio de manera aburrida. ¡Pero, leed la Biblia sin nosotros! El evangelio es impresionante - ¡creédmelo!

Lo que digo ahora, es lo más importante: Si tienes la impresión de que Dios está callando, entonces debes escuchar la última palabra de Dios. Voy a citar una frase de la Biblia que es tan larga que nor-

malmente tendría que ser leída dos veces. Está escrita en el primer capítulo de la epístola a los Hebreos: *»Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, (por Moisés o Jeremías, por ejemplo), en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo«.* ¿Sabéis quien es el Hijo de Dios? ¡Es Jesús!

¡Jesús! Ahora he vuelto al grano. El corazón me palpita con más fuerza cuando puedo hablar de Jesús. Este Jesús es -se le llama una vez así- la Palabra de Dios hecha hombre: *»El Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros«.* Me comprenderás: Cuando pronunciamos una palabra, ya ha desaparecido - como un soplo. Dios hizo a su Hijo carne - en Jesús. ¡Jesús es la última palabra de Dios!

¿Conoces el término *»mi última palabra«*? Supongamos que yo quisiera venderte una vaca. ¡No te asustes, no lo hago! No tengo la menor idea de la venta de vacas. ¿Cuánto vale una vaca? No lo sé. Digamos: Mil marcos. Tú dices: -Daría solamente 300 marcos. -Pero en realidad tendría que pedir 1.200 marcos, explico yo. Luego ofreces 400 marcos. A lo que contesto: -Estaría dispuesto a bajar el precio a 1100 marcos! Y entonces seguimos regateando, hasta que declaro firmemente: -Pues bien: 800 marcos, ¡es mi última palabra! Si ahora no quiero perder la cara, entonces me mantengo firme, y no sigue ninguna oferta más. ¡Jesús es la última palabra de Dios! Y si no le aceptas a El, entonces Dios ya no te habla, ¿entiendes? Si los hombres se quejan: -¡Dios no habla! ¿Por qué calla Dios? entonces contesto: -¡Dios ya no os habla, porque no queréis aceptar su última palabra! Tú debes y puedes aceptar a Jesús. No hay otra alternativa.

Muchas veces encuentro personas, que me dicen: -Yo creo también en el buen Dios. ¿Pero Jesús? Escúchame: Jesús es la última palabra de Dios a

nosotros, que se ha hecho carne. Lo que esto significa, se lo debo explicar un poco mejor. Y para ello tengo que contar un poco de Jesús. ¡No hay nada que me guste más!

Una multitud alrededor de Jesús. Y él habla. De repente un desorden. La gente se pone a gritar y a correr. Jesús interrumpe su predicación: -¿Qué pasa? Pasó algo terrible: Había venido un leproso. ¿Sabes lo que es la lepra? Es una enfermedad terrible. El hombre se descompone, vivo. Es horrible: la pus, que cubre las orejas, la nariz, los labios. Y esa lepra es tan contagiosa que uno puede infectarse por la misma respiración. Por eso los leprosos tenían que vivir en el desierto. No les permitían vivir entre los hombres. Y ahora aparece un leproso en medio de la multitud. El ha oído hablar de Jesús, y tiene un solo deseo: »¡Quiero ver al Salvador!« Así viene. Por todas las partes le abren paso. La gente huye, por decirlo así. Y luego gritan: -¡Fuera de aquí, lárgate! Cogen piedras y amenazan apedrearle. Pero él sigue su camino, a pesar de las amenazas. Puedo imaginármelo bien, como se le abre paso a través de la asustada multitud. Y ahora llega a Jesús. Se postra delante de él, y rompe a llorar, presentándole al Salvador toda su miseria: -¡Mi vida está arruinada! ¡Jesús, si quieres, puedes limpiarme. Ayúdame! ¡Ah! Sabes: el hombre arruinado debe venir al Salvador. Eso es necesario. ¡Tenemos que presentar toda nuestra miseria ante Jesús! Amigo, te deseo que tires lo que llamas »religión« por la borda y presentes toda tu miseria ante Jesús. Mira: allí está postrado el leproso, ante Jesús: »*Si quieres, puedes limpiarme*«. Y ahora sucede algo que encuentro maravilloso. Podría imaginarme que Jesús se hubiera retirado unos pasos al ver a aquel hombre destruido, diciendo: »¡Pues bien. Levántate, sé limpio!« Pero no, no lo hace, ¡sino que le impone sus manos sobre la cabeza

contaminada del enfermo! La gente grita de espanto: -¡No toques a un leproso! La Biblia relata: »Y Jesús le tocó«. No hay ninguna suciedad que le sea demasiado inmunda para el Salvador. ¡No hay ninguna miseria que le sea demasiado grande! El pone su mano sobre la cabeza. Si yo fuese un pintor, como el otro Wilhelm Busch, ésta sería una escena que me gustaría pintar: ¡las manos de Jesús sobre la cara destruida y casi podrida del leproso! Así es Jesús, el milagro de todos los tiempos. Y si ahora uno está aquí, del cual nadie quiere saber nada más, entonces Jesús le impone la mano, y le dice: »*Te he redimido, mío eres tú*«. Y si hay uno que sufre por la lepra del pecado y de la suciedad sobre él, entonces Jesús le impone la mano y dice: »*¡Sé limpio!*«.

Por medio de Jesús viene todo el amor de Dios a nosotros, a nuestra miseria, a nuestro pecado, a nuestra suciedad, a nuestra enfermedad. ¡Jesús es la palabra de Dios hecha carne! ¡Y aun hay quienes dicen: -Por qué calla Dios? ¿Acaso Dios no se ha manifestado de una manera clara y gloriosa? ¿Acaso eso no es hablar?

A aquel Jesús le echan sobre una cruz. Clavos traspasan sus manos y sus pies. Luego levantan la cruz. Alrededor de la cruz una multitud frenética. Soldados romanos hacen retroceder a la multitud. Ven, vamos a seguir a la multitud, ¡vamos al pie de la cruz! ¡Miradle, al varón del Calvario! *Cabeza ensangrentada, herida por mi bien, de espinas coronada, por fe mis ojos ven.* Miradle. Pregúntale: -¿Por qué estás colgado allí? Y él te responderá: -Es por tu deuda ante Dios. O tú la pagas en el infierno, o yo la pago aquí por ti. ¡Uno debe pagar! Lo haré por ti. ¡Cree en mí!

Cuando yo, siendo joven, comprendí que hay un cordero que quita el pecado del mundo - también el mío, Jesús llevó mi culpa, me redimió, pagó el

rescate por mí, para adquirirme para Dios, cuando comprendí esto, le entregué mi corazón, bajo la cruz.

Y luego le ponen en un sepulcro en una peña. Hacen rodar una gran piedra a la entrada del sepulcro. Soldados romanos vigilan. Y al tercer día, al amanecer, de repente les sobreviene una luz, como una explosión nuclear, una luz tan deslumbrante que los soldados se desmayan - ¡y ellos eran soldados valientes! ¡Y lo último que ven es que este Jesús sale gloriosamente de la tumba!

Amigos, ¡no son historias! Os hablo porque sé que este Jesús resucitó de entre los muertos. ¡Este Jesús, que murió por ti, vive! Y no hay nadie por quien Jesús no ha muerto. ¡Jesús vive! Y te llama - ¡como la última palabra de Dios! Ahora es la cuestión decisiva de tu vida, si le aceptas o no.

¿Por qué calla Dios? De ningún modo Dios calla, amigos. El habla. Su palabra se llama: »¡Jesús!« Y esto significa: amor, gracia, misericordia.

He pasado en mi vida por cosas terribles - en las cárceles de los nazis y durante los bombardeos en la guerra. Me acuerdo de una de las horas más horribles. La sangre se heló en mis venas cuando - era durante los bombardeos- me llevaron a un patio. Alrededor de mí habían unos 80 cadáveres, que habían desenterrado el día anterior de un refugio subterráneo. Ya había visto escenas semejantes en los campos de batalla de la Primera Guerra Mundial. ¡Pero esto fue mucho más terrible! Pues no se trataba de soldados, sino de ancianos, mujeres consumidas por el trabajo, niños, cuyos cuerpos escuálidos daban vivo testimonio de los años de guerra. ¡Niños! ¿qué tenían que ver con esa necia guerra loca? Y cuando me ví confrontado con aquellos cadáveres - solo en medio del horror, en el silencio sepulcral, entonces grité en mi corazón: - ¡Oh Dios,

¿dónde estás? ¿Por qué quedas callado? Y entonces, como un relámpago, se me presentó la palabra de la Biblia: *»De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito«*. Me parecía que era Dios mismo que clamó esta palabra en vista de mi desesperación. Y de repente ví la cruz de la Calavera, sobre la cual Dios hizo desangrarse a su Hijo - ¡por nosotros!

No entiendo a Dios. No entiendo por qué permite tantas cosas. Pero hay un fanal, un símbolo, un monumento, un faro de su amor. Es la cruz de Jesús. *»No escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?«* Así lo ha dicho el apóstol Pablo. Y así es: Cuando hallo la paz para con Dios bajo la cruz de Jesús, entonces todo está en regla.

Cuando mis hijos eran pequeños, no comprendieron todo lo que yo hice, pero confiaron. *»¡Nuestro padre lo hará bien!«* Cuando hallo la paz para con Dios bajo la cruz de Jesús, y llego a ser un hijo de Dios, entonces puedo confiar en mi Padre celestial: El lo hará todo bien. Entonces ya no tengo preguntas. Todo depende de ello: que aceptes esta última palabra de Dios - ¡Jesús!

¿Podéis seguir escuchando cinco minutos más? Pues tengo que decir todavía algo que es de suma importancia:

5. El silencio de Dios puede convertirse en llamamiento

Mira: Se puede discutir horas y horas sobre este punto, por qué Dios permite eso o aquello. Pero la pregunta se hace realmente actual y aguda cuando uno mismo es afectado. ¿No lo crees así? En las situaciones oscuras de mi vida encontré siempre la

salida sólo por la cruz de Jesús.

El otro día me dijo una muchacha muy desesperada: -¡Ya no puedo seguir viviendo! No conozco la situación en la cual tú te encuentras, pero quisiera decirte para las situaciones oscuras de tu vida: -No debemos preguntar: »Por qué, por qué, por qué?«, sino más bien: »¿Para qué?« Para terminar, quisiera contarte una historia.

Cuando, hace unos cuantos años atrás, fui nombrado pastor en una zona minera, la situación era terrible. Un buen día me informaron de un obrero que había tenido un accidente en la mina, bajo tierra. Una piedra enorme había caído sobre él, y como consecuencia quedó parapléjico por corte medular, sin ninguna esperanza de volver a una vida normal. ¡Terrible! Bueno, fui a verle, pero esa visita fue lo más horrible que haya vivido jamás. La casucha estaba llena de mineros. Sobre la mesa las botellas de aguardiente. El minero paralizado estaba sentado en un sillón de ruedas. Cuando entré, oí un grito desenfrenado: -¡Fuera de aquí, predicador! Díme, ¿dónde estaba tu Dios cuando la piedra me encontró? ¿Por qué calla Dios? Y luego las maldiciones. Era como el infierno. No pude decir ni una palabra y me marché. Entre los mineros de mi distrito tenía algunos amigos, a los cuales conté, al día siguiente, en la reunión de varones, de mi visita. Y una semana más tarde, cuando estaba a punto de empezar la reunión de varones, se abrió ruidosamente la puerta y ... trajeron a aquel paralizado, en su sillón de ruedas. Los amigos entre los mineros habían ido a buscarle, y le introdujeron sencillamente a nuestra reunión de varones. Creo que ni aún le habían preguntado si quería o no. Ahora estaba sentado delante de mí. Yo hablé sobre la palabra: »*De tal manera amó Dios al mundo*«, no para que nos vaya bien, »*sino que ha dado a su*

Hijo«. Hablé acerca de Jesús, la última palabra de Dios que hemos de escuchar, y proseguí: *»para que todo aquel que creyere en Jesús, no perezca*«. ¡Y el hombre escuchó! Pues era la primera vez que oyó hablar de esta manera acerca de Jesús. Y de repente vio la luz. Para ser breve: Pasado tres meses había aceptado al Señor Jesús. No puedo describiros el cambio que se realizó en su vida. Todo se hizo nuevo, por ejemplo, su casa. Donde antes se escuchaban solo maldiciones, ahora entonaron cánticos de Jesús. Los viejos amigos ya no venían, en cambio vinieron otros. Las botellas de aguardiente desaparecieron, ahora la Biblia estaba sobre la mesa. La familia era como nueva. Poco antes de su muerte fui a verle otra vez. Fue algo inolvidable para mí. Le pregunté: -¿Cómo estás? A lo que me respondió: -¡Oh! Desde que mi vida pertenece a Jesús, desde que tengo el perdón de mis pecados, desde que soy un hijo de Dios, ¡es cada día en mi casa como el día antes de Navidad!

Y luego vino lo que no olvidaré nunca. Me dijo: -Busch, pronto voy a morir, lo siento. Nos tratábamos de tú porque habíamos llegado a ser buenos amigos. -Y luego pasaré por la puerta y estaré delante de Dios. Lo sé perfectamente: ¡No se acaba nada con la muerte! Y cuando esté, en la eternidad, ante el trono de Dios, entonces me postraré ante El, ¡y le daré las gracias por haberme fracturado la columna vertebral! Le interrumpí: -Anselmo, -dije- ¡qué dices tú! Pero él responde: -Yo sé lo que estoy diciendo. Mira, si esto no hubiese acontecido, si hubiese seguido normal, en mi impiedad, entonces habría ido directamente al infierno, a la condenación eterna. En su amor salvador, Dios tuvo que intervenir de una manera tan dura, y romperme la columna vertebral, para que yo hallase a Jesús. Por Jesús llegué a ser un alegre hijo de Dios. ¡Y es por

ello que le daré las gracias! Y luego siguió una frase que se me ha grabado en mi memoria: -¡Mejor es pertenecer a Jesús y ser paralizado que saltar, con dos piernas sanas, en el infierno! A lo que respondí: -Querido Anselmo: Dios te ha mandado cosas terribles. Y al principio te rebelaste contra Dios: '¿Dónde está Dios? ¿Por qué guarda silencio?' Ahora has comprendido: ¡Dios quiso llevarte a Jesús, para que Jesús te lleve a El!

Mirad: No debemos preguntar »¿por qué?«, sino más bien »¿para qué?« Y os diré: Todo lo que sucede en nuestras vida tiene el propósito de atraernos más a Dios ¡por Jesús!

¡NUESTRO DERECHO AL AMOR!

He formulado este tema de esta manera: »¿Acaso el amor puede ser pecado?« Se trata de la cuestión de lo sexual, que nos ocupa tanto. Vamos en seguida al grano del tema »Nuestro derecho al amor«. Tengo que deciros cosas importantes y serias.

1. La miseria sin par

Es algo muy curioso que los hombres nunca han estado tan solitarios como en el día de hoy, aunque nunca antes los hombres han tenido tantas posibilidades de tener contacto con otros. Aunque vivimos hoy como sardinas en la lata, a pesar de todo: Nunca antes nos hemos sentido tan solitarios.

Un muchacho de 16 años me dijo el otro día: -¡No tengo a nadie!. Le contesté: -¡No me vengas con pamplinas! Pues tienes a tu padre! -¡Oh, el viejo!

Sale a las cinco del trabajo, come en contados minutos, y luego se marcha. -¿Y tu madre? -Ella tiene un montón de trabajo y no puede preocuparse de mí. -¿Y los compañeros de trabajo? -Son compañeros, nada más. No tengo ninguno a quien podría abrir mi corazón. ¡Me lo dijo un joven de 16 años! Pero esta soledad existe no sólo en los niños y adolescentes. Hay mujeres que viven muchas veces solitarias al lado de su marido, y viceversa. El hombre no sabe nada de lo que siente su esposa. Y la esposa no tiene la menor idea de lo que siente su marido. ¡Y tal cosa se llama matrimonio! Todos nosotros somos gente solitaria.

Cuando los filósofos de nuestros días hablan acerca de la soledad del hombre del día de hoy, todos se interesan. Pues, por decirlo así, el hombre pide a gritos la liberación de su soledad. Y mira: Este anhelo de liberación de la soledad se une con el poder más fuerte que hay en nuestra vida, es decir, con el instinto sexual. Y ahora rompen todos los diques: El joven de 15 años busca una amiga que le liberte de su soledad. El esposo, que vive al lado de su esposa, pero se siente totalmente solitario, busca la liberación de su soledad con su secretaria. El estudiante, uno entre diez o veinte mil estudiantes en una universidad, que se siente, a pesar de ello, muy solitario, se une con una estudiante que siente lo mismo. El anhelo de liberación de la soledad se une con el instinto más poderoso en la vida, el instinto sexual, y de esta manera hoy vivimos en un mundo totalmente sexualizado. Y una industria entera vive de ello: productores cinematográficos y autores de literatura pornográfica, por ejemplo. Y ahora vale la divisa: ¡Ninguna película sin al menos una escena de cama! ¡Y ningún libro sin al menos un adulterio!

Y cuando observamos todo ello, como coquetean,

flirtean, se besan, entonces uno tiene la impresión que todo ello es un juego. Una muchacha me dijo: - Señor pastor, nosotros tenemos un concepto completamente diferente de lo que pensaban nuestros abuelos. ¡Tenemos una nueva moral, una nueva ética! Me parece que ella ha recargado algo las tintas. Pues si uno ha trabajado tantos años como pastor en una gran ciudad, entonces ya no cree esas fanfarronerías. La experiencia me enseña que todas estas afirmaciones no son sino una fachada. Y detrás de esa fachada hay una miseria inmensa: Muchachos y muchachas, que viven en relaciones dudosas y no ven ninguna salida de ellas. Matrimonios que no son sino hipocresía, o que fracasan. ¡Una miseria sin fin! ¡Y todos nosotros conocemos algo de esa miseria! ¡No estoy hablando de cualquier persona, sino de nosotros mismos!

Hace años tuve que dar una conferencia sobre un tema semejante en un pueblecito, y especialmente para jóvenes. Cuando entré en la sala, pensé: -¡Esto es el infierno! ¡Chicos y chicas, la sala llena de humo de los cigarrillos! Un par de muchachos sacaron botellas de aguardiente, algunas de las chicas estaban sentadas sobre las rodillas de los muchachos. -¡Y aquí he de hablar! Y luego comencé con esta frase: -¡En el terreno de la sexualidad existe una miseria que clama al cielo! En aquel momento me parecía como si se abriesen todas las persianas. Todavía veo a aquel muchacho, como empujó a su amiga a un lado. Pues la palabra había dado en el blanco. De repente un silencio sepulcral. Y yo pensé: -A primera vista todo parecía júbilo y gozo. Pero es verdad: ¡En el terreno de la sexualidad existe una miseria que clama al cielo!

2. ¿En qué consiste la miseria?

Mira: En el fondo la miseria consiste en el hecho que ya no sabemos lo que es malo en el sentido propio de la palabra. Decimos: -¿En nuestro tiempo moderno pensamos de manera diferente! Pero: ¡el pecado es una realidad! Y cuando pecco, entonces mi conciencia es cargada. Esta es una realidad. Y de esta manera crece la miseria hasta que finalmente ya no sabemos lo que es bueno y lo que es malo. Bueno, permíteme la pregunta brutal: las relaciones sexuales prematrimoniales ¿están bien - o son malas? El adulterio en un matrimonio problemático ¿es una necesidad - o es malo? El amor lesbiano de muchachas con muchachas, ¿es pecado - o no? La homosexualidad - hombre con hombre o chico con chico- ¿es mala - o no? La masturbación, el divorcio, ¿es malo - o no? ¿Qué, pues, es malo y qué es bueno? ¡He aquí la miseria! Miles y miles de novelas hacen como si ese terreno se encontrase más allá de lo bueno y lo malo, como si esta cuestión fuese dejado a un lado. La falta de compañerismo es mala. Pero este terreno de la sexualidad no tiene que ver nada con lo bueno y lo malo ¿verdad? Por ejemplo las películas modernas: En primer plano un beso, el velo cae, y luego siluetas detrás del velo. Parece que es natural; que se encuentra más allá de bien y mal. ¿Es correcto? ¿Qué es bueno, y qué es malo? Me acuerdo muy bien que, cuando era joven y se despertó la conciencia de mí mismo, esta cuestión era para mí algo atormentador: -¿Qué es lícito, y qué prohibido?

Para poder dar una contestación correcta a esta pregunta, es necesario preguntarse primero: -¿Quién es el que decide lo que es bueno y malo? ¿Quién es, en el fondo, el que manda? Me acuerdo de una pareja, ella pintada como un bote de pintura, él los

dedos quemados del humo de cigarrillo. No tuve pe-
los en la lengua, y dije: -¿Y vosotros? ¡Se ve de
lejos como estáis viviendo. A lo que me desclara la
mujer: -Pero pastor, ¿qué hay de malo en ello?
Repliqué: -Momento. ¿Quién es, en el fondo, el que
decide lo que es malo o no? ¿Acaso la iglesia? ¡No!
A ella tampoco me sometería. Cuando era jóven, de
ninguna manera aceptaba el dominio de los pastores
sobre mi vida, y ahora yo mismo soy uno. ¿Quién
decide entre bien y mal? ¿Acaso la tía Amalia? ¿O
mi propia conciencia? -¡Yo sigo a mi voz interior!
¡Hum! ¿Quién, pues, decide lo que es bueno y lo
que es malo?

Y mira: Ahora hemos llegado a un punto muy
importante. Pues si es que existe un Dios viviente,
el que es Señor del mundo, ¡entonces es El el que
decide lo que es bueno y lo que es malo! Yo tam-
poco veo por qué debo portarme como es debido
¡sólo para complacer a otras personas! En este punto
todos nosotros nos vemos confrontados con la cues-
tión: ¿Existe un Dios, o no existe? Conozco a perso-
nas que viven en una suciedad tremenda, pero a
pesar de ello afirman -Yo creo también en un buen
Dios. ¡Tonterías! Pues si es que Dios existe, entonces
vale su voluntad, también en el terreno de la sexua-
lidad. Debes tomar una decisión: Puedes destronar a
Dios en tu vida, pero ¡entonces con todas las conse-
cuencias! Puedes vivir así, ¡pero entonces también
debes morir así! No podemos vivir hasta la edad de
45 años sin Dios - y después nos volvemos piadosos.
¡Es imposible! La Biblia dice: *»Buscad al Señor
mientras puede ser hallado«* - y no *»cuando os
convenga«*. Repito: Si no hay Dios, entonces puedes
hacer todo lo que te da la gana. Pero si es que Dios
vive, entonces El decide sobre el bien y mal. Esto se
puede comprender ¿verdad?

Y ahora os digo: ¡Dios vive realmente! El es una

realidad. ¿De dónde lo sé con certeza? Os diré: ¡Porque se manifestó en Jesús! Quisiera grabarlo en tu memoria: Desde que vino Jesús, toda indiferencia frente a Dios y todo ateísmo es ignorancia o mala intención. ¡Dios vive! Y como Dios vive, El decide sobre lo que es bueno y lo que es malo. Puedes destronar a Dios en tu vida, puedes decir: -¡Tenemos otros principios de moralidad! Pero te garantizo que debes rendir cuentas de tu vida ante Dios.

Es una liberación inmensa cuando uno comprende que Dios decide sobre el bien y mal. Y en su palabra, la Biblia, nos lo ha dicho claramente. Un hombre me preguntó una vez, muy asombrado: -¿Acaso la Biblia trata también de tales cosas? A lo que le respondí: -Sí, en la Biblia hay instrucciones muy claras ¡también sobre la sexualidad!

¿Me habéis comprendido? Debemos, pues, preguntar: -¿Qué dice Dios sobre el tema? Voy a sacar la conclusión de la Biblia.

3. ¿Qué dice Dios?

a) *Dios está en pro de la sexualidad*

Hay una poesía de Tucholsky, en la cual declara algo así: De mi cinturón hacia arriba soy cristiano - y de mi cinturón hacia abajo soy pagano. Es una tontería. La Biblia dice: »*Dios creó al hombre - varón y hembra los creó*«. ¡Y Dios nos creó también con nuestra sexualidad! Por eso estoy hablando francamente sobre ella. No es tabú. Dios me ha creado como varón - y a vosotros los varones también. Seamos, pues, varones - ¡y no fantoches! Y a las mujeres Dios os ha creado como mujeres. ¡Pues, que seáis mujeres! ¡Todo lo miden por la misma medida! Mujeres que quieren ser como los hombres, y al

revés. Es morboso. ¡Que seáis mujeres verdaderas! ¡Que seáis hombres verdaderos! »Dios creó al hombre, varón y hembra los creó« ... y no un tercer sexo. Dios está en pro de nuestra sexualidad. Esto lo sé. Aquí no hace falta reprimir algo. Toda la tensión debido al hecho de ser varón o mujer, forma parte de la creación.

Pero pertenecemos a una creación caída. El mundo ya no está tal como era cuando salió de la mano de Dios. Y por eso el peligro es inminente para toda esa esfera importante y tierna de la sexualidad. Por lo tanto Dios ha protegido esta esfera:

b) Dios protege la sexualidad por el matrimonio

El está en pro de la sexualidad, y la protege con el matrimonio. El matrimonio no es un contrato social, sino una institución de Dios.

Un psiquiatra americano no creyente, que escribió un gran libro sobre ese tema, dice: -Nunca ha sido escrita una frase mayor sobre toda la cuestión, que lo que dice la Biblia: »Dios creó al hombre, varón y hembra los creó«. Y luego prosigue: -No soy cristiano, pero como psiquiatra digo que lo mejor es: el matrimonio. Compréndeme bien: el matrimonio en fidelidad - ¡no el »matrimonio« número siete, ocho, nueve o diez de una estrella de la pantalla! El que tales »matrimonios« hoy se presentan como ideal, es una de las tonterías de nuestra época e ilustra todo la confusión en que vivimos. Dios creó el matrimonio como una institución: el matrimonio en amor y fidelidad.

Y ahora me gustaría decir algo sobre el matrimonio: Mujeres, para ser buenas esposas, no es suficiente preparar buenas comidas para vuestros maridos, y mantener su ropa en buen estado. Varones, no es suficiente dar a vuestras esposas suficiente

dinero y nada más. ¡Conforme a la voluntad de Dios, el matrimonio ha de ser liberación de la soledad! Vosotros los que sois casados, ¿es vuestro matrimonio lo que Dios quiere? Tal vez es necesario hablar francamente sobre ello y admitir: -¡A qué punto hemos llegado! ¡Nuestro matrimonio debería ser liberación de la soledad! Dios dijo al principio: *»No es bueno que el hombre esté solo; le haré ayuda indónea para él«*. ¿Me entiendes? ¡Liberación de la soledad!

En este punto me gustaría contar una anécdota que lo explica todo: Cuando era niño, fuimos mi hermana y yo a una boda en el sur de Alemania. Era la primera boda en la que participé, y todo fue muy interesante. Fuimos en coches a la iglesia, y después hubo un banquete en un hotel. Al final del menú se leía en la carta *»Helado en Molde«*. Y mi hermana y yo esperábamos impacientemente que trajeran el helado en molde. Pero eso tardó mucho, porque siempre había una persona más que quería decir un largo discurso. ¡Qué lata! Pero a pesar de todo, uno de esos discursos me quedó grabado en la mente. Se levantó un tío mío y, para dar especial gracia a su discurso, dijo: -Queridos convidados: Se cuenta que en el cielo hay dos sillas destinadas al matrimonio que no se arrepintieron ni un segundo de haberse casado uno con el otro. Y luego prosiguió: -Pero las sillas están vacías hasta el momento. En aquel momento fue interrumpido. Mi padre gritó a mi mamá, que estaba en el otro extremo de la sala: -¡Madre, esas sillas son para nosotros! Yo era un niño pequeño y no me dí cuenta del verdadero sentido de lo que decía. Pero sentí un gozo inmenso, ya que tuve el privilegio de ser criado en tal familia. ¿Es vuestro matrimonio así? ¿Es eso lo que Dios quiso!

Cuando me casé, tuve un anciano colega que dijo un bonito discurso sobre la palabra bíblica: *»Le haré*

ayuda idónea para él». Dijo: -No una señora que reina sobre él, ni una esclava debajo de sus pies, tampoco al lado de él - como cosa de poca importancia. No; sino una ayuda idónea para él, que le rodea. ¡Ojalá pudiese hacer ahora grandes elogios del matrimonio! Pero me falta el tiempo para hacerlo!

Me impresionó mucho cuando mi padre, en el día de su boda de plata, miró a su esposa, y le dijo: -Te diré que durante los 25 años de nuestro matrimonio cada día te iba amando más. Y entonces pensé en el sinnúmero de matrimonios que se iban entibiando más y más durante los 25 años. ¡Horrible! Hay muchas parejas que deberían decir al otro: -Escucha, ¡nos hace falta empezar de nuevo! ¡Y es posible!

Y lo tercero: Muchos jóvenes dicen: -Todavía no pienso en casarme. ¿Qué de nosotros? ¿Podemos hacer lo que nos da la gana? A ellos tengo que decir:

c) Dios quiere una juventud limpia

Yo sé, eso suena ridículo en nuestro tiempo. ¿Pero crees que Dios depende de la moda? No es lo que digo yo, sino lo que dice la Palabra de Dios.

Tal vez puedo justificarlo un poco. Mira, la Biblia tiene un pensamiento excelente. Nos relata de un muchacho llamado Isaac. Su padre envía a buscar una esposa para su hijo. Un buen día Isaac sale al campo y ora, porque está convencido que es Dios que le mandará su esposa. Y guarda fidelidad a esa esposa, que ni aún conoce. Muchachos, los que aún no pensáis en casaros, estad convencidos de que Dios os mandará, en el momento oportuno, la muchacha que ha provisto para vosotros. Y guardad fidelidad a esa muchacha ¡ya ahora! O al revés, muchachas, guardad fidelidad a aquel que ni aún conocéis. Este es el pensamiento de la Biblia. Dios quiere una juventud limpia.

Un médico, psiquiatra, me declaró una vez: -En el fondo creo que una muchacha puede amar una sola vez. El corazón se abre una sola vez. Si tal muchacha antes ya ha tenido siete amigos, entonces -dijo- está estropeada para el matrimonio. Se casa con el séptimo, pero siempre se imagina al primero, el único que ha amado de verdad. Contesté: -¡Muy interesante! ¡Parece que psiquiatría llega a las mismas conclusiones que la Palabra de Dios!

Tengo que decir con toda claridad: Relaciones prematrimoniales, amor lesbiano, homosexualidad, adulterio, divorcio - son pecados por los cuales debes responder ante el rostro del Dios santo.

Ahora podría terminar. Yo sé que para mí, cuando era joven, fue una ayuda tremenda cuando me dí cuenta de lo que es la voluntad de Dios, y que es El mismo el que manda. Pero sería inhumano si acabase ahora, sin añadir algo muy importante.

4. Cómo se sale de la miseria

En la Biblia hay una historia maravillosa, conmovedora. Vemos a Jesús, el Hijo del Dios viviente, rodeado por una cantidad de personas. De repente un tumulto. Todos abren paso. El populacho -y entre ellos también algunos sacerdotes- traen a una mujer. La tengo presente con sus vestidos rotos. La arrastran violentamente ante Jesús, y dicen: -¡Señor Jesús! Sorprendimos esta mujer con otro varón en el acto mismo de adulterio. El mandamiento de Dios sentencia al adúltero a muerte. Tú eres siempre muy misericordioso, Señor Jesús, pero ciertamente no dirás nada en contra de la voluntad de Dios. Pues queremos oír de tu boca que ella debe ser apedreada. Jesús mira a la joven y contesta: -Sí, Dios toma esto muy seriamente, y ella ha merecido,

conforme a la voluntad de Dios, la muerte. Rostros contentos por todas partes, y algunos ya cogen piedras, pues en aquel tiempo los adúlteros eran muertos apedreados. Pero Jesús prosigue: *-¡Un momento! «El que de vosotros esté sin pecado, en sus pensamientos, palabras y hechos, sea el primero en arrojar la piedra contra ella»*. Y luego Jesús se inclina hacia el suelo y escribe algo en la arena. Me gustaría saber lo que escribió, pero la Biblia no lo dice. Al cabo de largo rato se levanta, y todos han desaparecido. Sólo la mujer está allí. La Biblia dice: *«Acusados por su conciencia, salían uno a uno»*.

Y ahora os pregunto a todos vosotros: ¿Hubiésteis podido arrojar la primera piedra contra ella, ya que sois totalmente limpios e inocentes en este terreno, tanto en vuestros pensamientos como en palabras y obras? ¿Hubiésteis podido arrojar la primera piedra? Ninguno, ¿verdad? Pero entonces seríamos aquí una reunión de pecadores y, de hecho, lo somos.

Mira, esa gente cometió un error grave. *«Acusados por su conciencia, salían uno a uno»*. Mejor hubiera sido actuar de manera contraria, diciendo: *«Señor Jesús, tenemos que colocarnos al lado de esa mujer. No la condenaste a ella, ¡ayúdanos también a nosotros!»* En la miseria sexual de nuestro tiempo no conozco a ningún otro ayudador que Jesús. Y cuando lo digo de esta manera, entonces lo digo siendo uno que también vive de la ayuda de Jesús. Cuando hablo de Jesús, entonces no hablo de teorías. El ha sido y sigue siendo el contenido de mi vida, y lo es hasta el momento presente. Pues un pastor no es neutral, también es un varón. Necesita al Salvador al igual que tú. Y he experimentado como Jesús salva en dos aspectos:

a) *Jesús perdona la deuda*

Ningún pastor, ni sacerdote, tampoco los ángeles pueden perdonar tus pecados. Desde el primer pensamiento sucio hasta el final todo es culpa para siempre. Y tú vas con tu culpa a la eternidad, al juicio de Dios - si no encuentras antes a Jesús y le confieses tus pecados y El los perdona. Jesús es el único que puede perdonar nuestros pecados.

Ponte ahora, en espíritu, ante la cruz de Jesús, y díle: -Señor, ahora deposito todos los pecados de mi juventud ante ti, te confieso todas mis sucias ataduras, no te oculto nada. Y luego mira a su cruz y díle:

*Salvación y paz buscando
vengo a tu cruz;
en tu muerte esperando
¡sálvame, Jesús!*

Escucha: *»La sangre de Jesucristo, su Hijo, nos limpia de todo pecado«*. ¡Una palabra que libera!

A la edad de 17 años entré en el servicio militar, y allí fui confrontado con un montón de suciedad. De repente me desperté, y me pregunté: -¿Quién me libraré de mi vida estropeada? Y entonces entendí: -¡Jesús limpia todo mi pasado. Jesús perdona mi culpa! Me convertí a El, y ahora ya no quisiera vivir sin El.

En la ciudad de Düsseldorf hablé una vez en una gran reunión, y dije que Jesús acaba con nuestro pasado por el perdón de nuestra culpa. Al final de la reunión, cuando todos iban saliendo, un hombre muy alto, aparentemente noble, se abre paso hasta donde yo estaba. Luego, muy agitado, me pregunta: -¿Es verdad lo que dijo usted, que hay perdón de la culpa? -Sí, -contesté- ¡gracias a Dios, vivo del per-

dón! Entonces dice: -Soy psiquiatra. Muchos vienen a mí con enfermedades psíquicas. Están llenos de complejos. Pero no saben dónde está la causa. En la mayoría de los casos la causa son culpas del pasado, cosas de las cuales ellos no quieren o pueden acordarse. Me cuesta mucho levantar estas viejas cosas de la subconciencia a la conciencia. Pero entonces he llegado al límite de mis posibilidades. Yo puedo sacar la vieja culpa a la luz del día: la mentira, las querellas, la impureza. Pero cuántas veces he pensado: '¡Ojalá pudiese quitar la culpa!' Y por eso le pregunto, pastor: ¿Existe realmente uno que puede quitar la culpa? ¿Es verdad o no? Yo pude confirmárselo alegremente: -¡Gracias a Dios, sí! Yo mismo entendí una vez más lo grande que es el mensaje del Nuevo Testamento: ¡Jesús perdona la culpa! Y luego:

b) Jesús libra de ligaduras

Cuando dije una vez a una joven secretaria: -Señorita, ¡usted va directamente al infierno! ¡Su relación amorosa con su jefe es algo terrible! ¡No arruine a su jefe ni a su familia!, ella me respondió desesperadamente: -¿Pero qué hacer? ¡No puedo librarme de ello, pues nos amamos! -Pero -dije- el hombre tiene una esposa e hijos. Usted es cruel. Y otra vez dijo: -¡No sé cómo librarme del problema! Y me doy cuenta que ella misma siente el peso de esa esclavitud, que no sabe como salir de aquel callejón sin salida. Felizmente pude decirle: -Mire usted, es verdad que no podemos romper las cadenas del pecado. Pero la Biblia dice: *»Si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres«*. ¡Invoque a Jesús! ¡El puede romper también esas sucias ligaduras!« Hay un canto que me agrada mucho:

*¿Quieres ser libre de orgullo y pasión?
Tan sólo hay poder en mi Jesús.
¿Quieres vencer toda cruel tentación?
Tan sólo hay poder en la cruz.*

Y como pastor en una gran ciudad he visto muchas veces como Jesús rompió las cadenas del pecado:

*Hay poder, sí, sin igual poder
en Jesús que murió;
hay poder, sí, sin igual poder
por la sangre que vertió.*

En este punto se ve claramente que todos -sean jóvenes o ancianos- necesitan al Salvador. Y cada uno puede experimentar que Jesús regala una redención maravillosa y real. Tú necesitas al Salvador, sin El tu vida es toda una miseria.

5. El mundo está hambriento de »agape«

Tengo que añadir otra cosa más. Hay muchas muchachas que dicen. -Ya tenemos 40 años, y nadie nos ama. ¿Qué de nosotras?

Mira, yo soy pacifista, cien por cien, lo admito. Y en el fondo he llegado a ser pacifista por la miseria de tales muchachas. Durante la Segunda Guerra Mundial murieron cinco millones de jóvenes. Esto significa que cinco millones de muchachas tuvieron que renunciar al anhelo más grande de su vida, el deseo de hacer feliz a un hombre, que cinco millones de muchachas deben quedar solas. ¿Acaso necesito más argumentos contra la guerra? ¿Has pensado alguna vez en la miseria callada de cinco millones de muchachas en nuestra nación? Los hombres, a los

cuales amaban, yacen en los campos de batalla. A las tales muchachas diré: -¡Por amor de Dios, no robéis lo que perdisteis! ¡No penetréis en matrimonios ajenos! ¡No os dejéis arrastrar por la corriente peligrosa de tentación! -Pero ¿qué de nosotras? Contesto: -Cuando habéis sido guiadas de esta manera, entonces aceptadlo. Uno no debe ser infeliz por el mero hecho de no haberse casado.

La Biblia nos cuenta de una mujer soltera llamada Tabita. Vivía en la ciudad de Jope, hoy Jaffa. Cuando iba a morir, el apóstol Pedro estaba cerca, y le llamaron. Cuando Pedro entró en la cámara mortuoria, se quedó con la boca abierta. Había pensado: -Ciertamente esta buena mujer estará sola en su lecho de muerte. ¡Pero la habitación está llena de gente! Una viuda dijo: -Mira la falda que Tabita me ha hecho. Un ciego testifica: -Siempre estaba solo, pero cada domingo a las tres de la tarde vino Tabita para leerme algo. ¡Era la hora más clara de mi vida! Y además hay algunos niños desamparados, que dicen: -Nadie se preocupaba de nosotros, pero entonces vino Tabita para cuidar de nosotros. Y de repente Pedro se da cuenta: Tabita tuvo una vida más rica que muchas esposas, que iban vegetando al lado de un marido aburrido. En nuestro idioma alemán tenemos una sola palabra para el amor. En el griego hay dos palabras. Y el Nuevo Testamento está escrito en griego. El amor, del cual hemos hablado primero, es, en el griego, »eros«. De ahí la palabra »erotismo«. Y luego hay otra palabra para el amor, que es »agape«. Es el amor de Dios, que tengo el privilegio de anunciar.

Voy a resumir: Dios manda lo que es bueno y lo que es malo. Dios dice: Una juventud limpia, un fiel matrimonio. Y si el matrimonio no te es destinado, entonces acepta también este camino.

6. Amor, al cual no tenemos derecho

Antes de terminar voy a hablar otra vez de Jesús. Mi tema era »Nuestro derecho al amor«. Hay un amor, al cual no tenemos derecho alguno, un amor, que se nos da libremente. ¡Y es el amor de Jesucristo! Somos pecadores. Necesitamos a un Salvador. Permíteme decirlo como testimonio personal:

En el Tercer Reich fui llevado a la cárcel - por causa de mi fe. El pastor de la prisión vino a verme, y me dijo: -Sus perspectivas son mínimas. Y luego se marchó. Quedé a solas en mi estrecha celda. Muy arriba había una pequeña ventana. Tuve frío, pues era un día de invierno. Toda la atmosfera estaba fría y cruel. Me sentí nostálgico, por mi esposa, mis hijos, mi trabajo, mis muchachos, pues era pastor de jóvenes. Y allí estaba sentado - sin esperanza, en un callejón sin salida. Cuando cayó la noche, me sobrevino una desesperación tremenda. No sé si te has sentido, en algún punto de tu vida, realmente desesperado. Pero era precisamente el momento cuando -lo digo como testimonio- ¡cuando Jesús entró en mi celda! ¡El vive! ¡El puede entrar, aun estando cerradas las puertas! Lo hizo y me recordó su muerte en la cruz, donde El murió por mí, el pecador. Y escuché su Palabra: *»Yo soy el buen Pastor; el buen Pastor su vida da por las ovejas«*. En aquella hora salió una corriente de amor de las manos de Jesús, y me colmó, que casi ya no pude aguantarlo, de manera que casi era demasiado para mí. Y entendí: Hay un amor, que no hemos merecido, al cual no tenemos derecho, un amor que se nos da - gratuitamente.

¡Y este amor se te ofrece también a ti! ¿Por qué dejas pasar esta corriente sin aceptarla? ¡El amor de Dios quiere entrar en tu corazón!

¿ES POSIBLE HABLAR CON DIOS?

En Suabia (en el sur de Alemania) se suele contar una hermosa anécdota. A un pueblecito suabio habían venido algunos malabaristas, que querían presentarse por la noche del mismo día. Habían construido su andamiaje metálico con la larga cuerda floja. Abajo pasa una madre con su niña, la cual pregunta: -Mamá, ¿se puede andar sobre tal cuerda? A lo que responde la madre: -Claro que se puede, si se puede. ¡Pero yo no puedo!

Es lo primero que quiero deciros sobre el tema:

1. Se puede si se puede

Naturalmente se puede -¡pues Dios existe!- si se puede. Pero muchos de vosotros deben decir: -¡Yo no puedo! Naturalmente que se puede hablar con Dios. Puedes hablar con el cualquier persona, ¿verdad? ¡Entonces también puedes hablar con el Dios viviente! Dios existe. ¿Pero puedes tú hablar con Dios?

Cuando era niño, pensaba: Dios está muy lejos, en el cielo, y es inútil orar a El, pues no me oye, por mucho que grite. Y los rusos se burlan: Hemos mandado satélites al universo. Si Dios existiese, le habríamos tenido que encontrar.

Mira: Muchos tienen sus problemas, y preguntan: -¿Dónde está Dios? ¿Arriba en el cielo? ¿A cientos o a miles de kilómetros de nosotros? Voy a decirte desde el principio que nada de eso hay en la Biblia. Dios no está lejos de nosotros, sino que la Biblia dice algo muy distinto. Habla acerca del Dios viviente: *»Dios no está lejos de cada uno de nosotros«*. Y en otro sitio dice así: *»Detrás y delante me rodeaste«*. Esto se comprende sólo si se entiende que

nuestros sentidos pueden percibir sólo el mundo tridimensional. Pero el mundo es más grande. Y Dios se encuentra en otra dimensión, aunque al mismo tiempo directamente a tu lado. Cuando pecaste, Dios estaba al lado tuyo - y calló. Hay gente que tienen 40 o 50 años de edad, que siguieron pecando durante 40 o 50 años, y Dios siempre ha estado al lado de ellos - y calló.

Claro que es posible hablar con Dios. Pero ocurre lo mismo que con el alambrista: Se puede, si se puede. Pero la mayoría de la gente de nuestros días deben admitir: -¡Yo no puedo! ¡Sé sincero contigo mismo! No puedes orar. Si lo hicieses, podrías hacerlo. Pero no puedes.

Esta es la inquietante característica de nuestra época, que hemos perdido la capacidad para orar y creer. El famoso autor Franz Werfel dice en su novela titulada «El Cielo Defraudado» una frase que me persigue continuamente: »La característica del tiempo moderno es el entontecimiento metafísico del hombre«. »Metafísico« quiere decir: »las cosas eternas que son reales, pero que se encuentran en otra dimensión«. El »entontecimiento metafísico« es: que el hombre ha sido entontecido tanto por la radio, la televisión, por palabrerías, propaganda, ideologías, política, vecinos, terrorismo, hasta que no tuvo la capacidad de contar con la omnipresencia de Dios, con quien puede hablar. ¿Es posible hablar con Dios? Se podría, si no se estuviese entontecido por las filosofías de los últimos cien años.

Un muchacho de 16 años me contó un hecho estremecedor que tuvo cuando fue llamado a filas durante la guerra. Sobre su batería se abatió un bombardeo. Cuando salió del refugio antiaéreo, encontró a un compañero que tenía el vientre desgarrado. Quiere ayudarlo, pero el hombre le dice: -Tengo que morir. Es inútil que me ayudes. Lo que

necesito es uno que pueda orar conmigo. ¡Ora, chico! El muchacho tuvo que responder: -Lo que he aprendido en nuestra organización juvenil nazi es maldecir, pero no orar.

Luego fue corriendo al capitán, y le dijo: -¡Capitán, venga de prisa! El capitán se arrodilla junto al herido de muerte, al cual salen los intestinos: -¿Qué quieres, camarada? -Capitán, voy a morir. ¡Ore conmigo! -¡Cielos! -exclama el capitán-, ¿orar? ¡No sé orar! Y luego llama al teniente. Y ahí están aquellos hombres hechos y derechos y seguros de sí mismos, los que saben contar cualquier chiste sucio, los que saben maldecir, ¡y no hay ni uno que sepa orar! ¡Ni aún un »Padre Nuestro«! El muchacho me dijo: -Yo estuve allí, perplejo, desesperado, y pensé: 'Si salgo alguna vez de esta sucia guerra, es lo primero que haré, que voy a algún sitio donde puedo aprender orar. ¡No quiero estirar la pata como aquel hombre!

Mirad: Esta es la situación de nuestro tiempo. Si se trata de un director general o de un obrero: el uno es demasiado inteligente para orar, el otro se encuentra bajo el terror del librepensamiento. Ya no podemos orar. De verdad es una enorme catástrofe lo que Franz Werfel llama el »entontecimiento metafísico«. Estuve, en la ciudad de Essen, juntamente con otras personas en el refugio antiaéreo. Algunos de ellos ponían al »Führer« por las nubes, hablando de la »victoria final«, pero cuando caían las bombas, entonces se ponían a gimotear. Y nosotros los cristianos hemos orado, les hemos cantado cantos de Jesús, para que ellos lo soportaran. Ellos ya no podían orar. Realmente, cuando el hombre no puede orar, es una catástrofe.

El otro día un hombre inteligente y culto me dijo con una sonrisa: -¡Pastor, orar tampoco ayuda! Le dije: -¡Tonterías! Quedó perplejo, y yo proseguí: -

Usted actúa como uno a quien le han amputado las piernas, y declara: '¡Esquiar no sirve de nada!' ¡Pues no lo puede hacer!

Sobre el deporte del esquí se puede discutir, pero no con un imposibilitado, ¿verdad? Pues así somos. No sabemos orar, pero a pesar de ello declaramos orgullosamente: -¡Orar es inútil! De mis palabras podéis daros cuenta, que he perdido en este punto el respeto a los alemanes. Y con razón, créedme. ¡Cuanto más pobres somos, tanto más fanfarroneamos! Si lograrse ésto en esta noche, que tú buscaras el silencio, diciendo. -De verdad, un cristiano al menos debería saber orar. ¡Y yo no sé orar!

En efecto, me da rabia el entontecimiento de nuestro pobre pueblo. Pero por otra parte me siento emocionado. Mira: Me da pena cuando veo como la iglesia hace como si la gente pudiese orar. ¡Para la Navidad, asiste a la iglesia gente, que durante todo el año nunca la ha visto por dentro! En tal fiesta todo está repleto de gente. Y cuando el pastor dice: -Vamos a orar, ¡todos juntan las manos e inclinan la cabeza! Entonces me gustaría gritar: -¡No simuléis tanto! ¡Ni aún el diez por cien entre vosotros saben orar! ¡Sois hipócritas! ¿Acaso no tengo razón? En las bendiciones nupciales: -¡Vamos a orar! Y en las ceremonias fúnebres: -¡Vamos a orar! Y allí están en postura devota y creen que, cuando cierran los ojos, esto es orar. ¡Y después se emborrachan! Cuando era soldado, antes del año 1915, dieron orden de ir a misa. Antes de hacerlo el sargento mayor dió instrucciones exactas: -Debéis entrar tranquilamente. Cuando estéis en el banco, quitaos el casco, contanto lentamente hasta 12, después podéis sentaros. La gente miraba a los soldados y pensaba: -¡Mirad cómo oran! Aunque sólo habían contado hasta 12, y después tomaron asiento. Creo que, en las

bendiciones nupciales y los entierros la gente ni aun cuenta hasta 12, cuando el pastor dice: -¡Vamos a orar! Luego me siento muchas veces emocionado, cuando me doy cuenta que hubo un tiempo cuando la gente podía orar, y que no simulaban tanto.

El gran explorador del interior de Africa, David Livingstone, uno de los hombres más grandes, que ha conocido el mundo, valiente, científico y sabio, pasó de la manera siguiente a la eternidad o, como diría un hombre del mundo: murió. Livingstone estaba de camino, en el interior de Africa, solo con sus mozos indígenas. Una mañana los mozos preparan todo para marcharse. Solamente la tienda de Livingstone aún no está desarmada. No le perturban, porque saben: Por la mañana suele orar. Habla con su »Tuan« celestial, su Dios. Pero esta vez tarda mucho. Por fin uno de los mozos mira adentro y ve que Livingstone se encuentra todavía de rodillas. Esperaban hasta mediodía, y finalmente se atreven a entrar en la tienda. Estaba todavía de rodillas, pero su corazón se había detenido.

Este gran hombre murió de rodillas, orando, y así pasó a la presencia de su Señor. Y el burgués de mente estrecha dice: -¡Orar es inútil! ¿No nos da vergüenza? En vez de decir -con lágrimas-: ¡No puedo orar! Aquel hombre sabía orar. Murió orando, sobre sus rodillas. Nosotros fallecemos en el hospital, con una inyección. Pues sin una inyección calmante ya no podemos aguantarlo. Aquel hombre no necesitaba inyecciones. Habló con su Dios. Y hablando con El, pasó a la eternidad.

¿Cómo es la oración en nuestras casas? Cuando era niño -éramos ocho hermanos- nos reuníamos todos por la mañana antes del desayuno. Cantábamos un cántico, luego se leía una porción de la Biblia. Y finalmente mi padre solía orar. Esto me ha acompañado siempre, aun cuando más tarde me volví

impío y, como joven oficial, andaba por mal camino. La oración de mis padres era como una cuerda que me detenía. ¿Tenéis un culto familiar por la mañana? Padres: Dios pedirá algún día cuentas de vosotros en cuanto a vuestras mujeres y niños. ¿Cómo comienza el día en vuestra casa? ¿Se canta un cántico? ¿Se lee la Biblia? ¿No podéis orar? ¿Qué pasa, si vuestros niños pequeños os ruegan: -¡Papá, orá tú esta mañana con nosotros!?

En la ciudad de Essen un señor distinguido me rogó: -Visítame alguna vez. Luego, sentado frente de mí con su esposa, él me cuenta: -Nos ha pasado algo increíble. Nuestro hijo de 16 años viene de su reunión de jóvenes y pregunta: '¿Por qué no oramos en casa?' Cuando le declaro: '¡Ah! Son formas, nada más. No vale gran cosa', entonces me hijo insiste: 'Papá, ¿qué te parece el Espíritu Santo?' Yo: '¡Nada!' A lo que nuestro hijo me declara: 'Pues este es el desastre de nuestra familia. ¡Lo que necesitamos es un padre, que puede orar por el Espíritu Santo!' Esto es lo que me contó aquel hombre. Le pregunté: -Y ¿que quiere que haga? ¿Acaso he de enfadarme con su hijo por lo que ha dicho a su padre? Pero el caballero me replica. -¡No, no! Lo que quiero decir no es eso. ¡Si mi hijo tiene razón, entonces estoy equivocado! Y le respondí en seguida: -Usted está equivocado. ¡El muchacho tiene razón! -Sí, -respon- de- me temo también que tiene razón ¿Qué haré?

Comprenderás: Aquel hombre de repente se dio cuenta de ello: -¡Como padre de familia he perdido mi responsabilidad más importante! No es suficiente comprar a sus hijos ropa y darles de comer. Padres, ¡tenéis una responsabilidad mucho más alta! ¿Podéis orar?

Mirad: Los hombres de nuestro tiempo -tengo que usar un ejemplo- son semejantes a un barco que, según una leyenda, erra como un fantasma so-

bre los siete océanos del mundo, un barco totalmente abandonado que, a pesar de ello, no se hunde. Y luego puede pasar que, según la leyenda, un buque cruza el océano y ve aquel barco. Trata de comunicar con él y lo llama por radio, pero nadie contesta. Nosotros parecemos a tales buques fantasma. Dios trata de comunicar con nosotros, usando acontecimientos y catástrofes, pero ante todo por su Palabra. No podemos contestar. ¡Buques fantasma!

He oído que, cuando hablé sobre estas cosas, un niño pequeño preguntó a su mamá: -Mamá, ¿por qué grita tanto aquel hombre en el púlpito? Espero que me comprendáis: No es por regañar a la gente, sino porque me parte el alma, el ver a qué punto ha llegado nuestro pobre pueblo, personas de gran cultura y obreros, hombres y mujeres, viejos y jóvenes, que ya no pueden invocar al Dios, que se encuentra al lado de ellos.

Muchas personas son »religiosas« o »en pro de la iglesia«, - pero no pueden orar. Cuando hago mis visitas por las casas, hay muchas veces quienes me dicen: -Pastor, nosotros también somos religiosos. Mi madre conoció al pastor Fulano, ¿No le ha conocido? ¿No? ¡Mi madre lo conoció muy bien! Entonces suelo contestar: -Si usted no conoce a Jesús, entonces va directamente al infierno, conjuntamente con su pastor Fulano! ¡La cuestión es si usted puede invocar el nombre de Jesús, si puede orar! Por favor, pregúntate a ti mismo: -¿Puedo orar? ¿Y oro de verdad? - y date la respuesta a ti mismo.

Tal vez dirás: -¡Basta ya, pastor! Díganos más bien: ¿Cómo aprendo orar? Es lo que quisiera decirnos ahora.

2. ¿Cómo puedo aprender orar?

a) *El primer grito*

¿Cómo se aprende hablar? ¿Te acuerdas cómo aprendiste hablar? Claro que no. Yo tampoco. Pero si quieres aprender orar, entonces es necesario que aprendas primero el primer grito de vida, de la vida de Dios. Quiero explicarte lo que es:

El Señor Jesús contó una vez una historia. Dos hombres asistían a la iglesia. El primero, un hombre muy distinguido, que desempeñaba un buen papel. En seguida fue al púlpito y se puso a decir: -Buen Dios, te doy las gracias que soy un hombre tan perfecto. Dios ya había cerrado los oídos. Por mucho que hablase aquel hombre - Dios ya no escuchaba. ¡Esto es posible! El otro era un mal sujeto. Nosotros diríamos: »¡un traficante criminal! Era contrabandista o cosa así. La Biblia lo llama: »publicano«. Y cuando aquel entra en la iglesia, toda la solemnidad le asusta, queda de pie junto a la puerta y piensa: »Me parece que no encajo bien con este sitio. Más bien me convendría entrar en una taberna, ¿pero aquí? Ya quiere dar la vuelta, cuando le viene a la mente por qué ha venido. Pues tiene nostalgia de Dios. ¡Todos nosotros tenemos nostalgia de Dios! ¡Quiere volver al Padre! Y se da cuenta: No puedo dar la vuelta. Pero tampoco puede entrar: Se le presenta toda su vida - y entonces junta las manos y dice una sola frase muy corta: »*Dios, sé propicio a mí, pecador*«. La Biblia dice que los ejércitos celestiales se pusieron a cantar. ¡Un hombre recibe la vida!

El primer grito de vida es éste: »*He pecado*«. Suelo ilustrarlo así: Cuando nació mi primer hijo, acompañé a mi esposa en el parto, que era muy difícil. Me acordé de la palabra de Jesús: »*La mujer*

cuando da a luz, tiene dolor«. Y pensé que mi amada esposa, cuya cabeza tenía entre mis manos, casi ya no podía soportarlo. De repente oigo una vocecita, una voz que chillaba. ¡El niño ha llegado! ¡Una nueva vida! No era un canto hermoso, pero he llorado cuando lo oí. ¿Puedes comprenderlo? Realmente me ha emocionado, este primer grito de una nueva vida.

Y mira: El primer grito de una vida de Dios es, cuando un hombre por fin se expone a la luz de Dios y dice: -¡He pecado! ¡Dios, sé propicio a mí, pecador! Todas sus oraciones son inútiles, si no se encuentra al principio este primer grito de vida. Hasta la fecha no he visto ningún niño que haya empezado con un gran discurso, sino al principio viene el primer grito de vida. No hay ningún otro camino que lleve al reino de Dios.

¡El primer grito de vida! ¿Ya lo has dado en tu vida? ¿No? Entonces busca, por amor de Dios, un lugar silencioso. No soy propagandista para la iglesia, amigos, sino que es mi deseo, que algunos de entre vosotros no lleguen al infierno. Y debe ser inevitablemente éste: *»He pecado. ¡Dios, sé propicio a mí, pecador!«*

Cuando el hijo pródigo vino de los cerdos a casa, lo primero que dijo, fue: *»Padre, he pecado contra el cielo y contra ti*«. En el momento cuando lo pronuncies, encontrarás a Jesús, el Hijo de Dios, al lado tuyo, que te dice: -¡Hijo, hija, morí por tus pecados! ¡He pagado por ti!

b) Sólo hijos de Dios pueden orar de verdad

El otro día encontré a un amigo que tiene tres niños pequeños, un varón y dos nenas. A medida que se acercaban, ví como los tres, todos a la vez, hablaban en alta voz con su papá, bombardeándolo con

preguntas. El padre casi no sabía cómo contestar a todos al mismo tiempo. Cuando me encontré con ellos, les saludé: -¡Buenos días, señor fulano de tal! ¡Buenos días, niños! Bueno, lo usual. En seguida los niños enmudecen. Frente a un extraño enmudecen. O sea: De verdad es así que niños pueden hablar francamente sólo con su papá o con su mamá. Cuando viene un extraño, se ponen tímidos.

También nosotros podemos realmente orar sólo si hemos llegado a ser hijos de Dios. El que no es hijo de Dios, tampoco puede orar.

¡Ah sí!, somos »religiosos«, hemos sido confirmados, somos »devotos«, para la Navidad asistimos a la iglesia, saludamos al pastor con respeto. Claro, sabemos lo que exige el buen comportamiento. Un predicador dijo una vez: -¡Vosotros sois conejos bautizados! A lo que alguien le preguntó: -¿Qué significa eso? Respuesta: -Si cogieses un conejo y lo bautizases, después en seguida escaparía al campo. Otro tanto ocurre contigo: Una vez bautizado, un salto, ¡y ya has vuelto al mundo! Amigos, es natural que de esta manera no se puede orar. Sólo los hijos de Dios pueden orar de verdad. ¡Y por eso sólo los hijos de Dios pueden ser verdaderamente felices!

Mirad: Os es necesario haceros hijos de Dios. Por naturaleza no lo sois. Tal vez tenéis una fachada cristiana, pero no sois hijos de Dios. Uno se hace hijo por el nacimiento, y un hijo de Dios por el nuevo nacimiento. Debes hacerte hijo de Dios, ¡entonces puedes orar! Sí, sin la oración los hijos de Dios no pueden vivir. Mis hijos a veces hacen bromas, diciendo el uno al otro: -No olvides de respirar. ¡Tú olvidas la respiración del alma! Pues para los hijos de Dios la oración es como la respiración. Debes hacerte hijo de Dios.

Voy a explicarte brevemente como uno se hace hijo de Dios: ¡Sólo por Jesús! El dice: »Yo soy la

puerta, el que por mí entrare, será salvo». A través de la niebla de este mundo viene Jesús a ti, el varón con las señales de los clavos en sus manos y pies. Hasta la fecha no te importaba. Te parecía tontería, lo de Jesús. No obstante, se acerca a ti. Y entonces es posible que, de repente, te darás cuenta de ello: »Tú Hijo del Dios viviente, tú varón que viniste de otra dimensión, ¡tú eres mi Salvador!« Pues el primer paso para hacerse hijo de Dios es llegar a conocer a Jesús. Y el segundo paso es, que ponga mi confianza en El: ¡El puede arreglar todo mi interior, mi falta de paz, mi culpa secreta, los pecados de mi juventud! De repente puedo alcanzar confianza en Jesús. Y confío en El de tal manera que me atrevo a dejar toda mi vida anterior y entregársela a El. Lo llamamos conversión. Lo mismo sucedió en mi vida cuando, a la edad de 18 años, dí el salto de mi vida anterior a los brazos de Jesús. Ningún hombre me ayudó. Y yo tampoco puedo ayudarte. Es una cosa que debes arreglar personalmente. Pero: ¡arriésgalo y entrégale tu vida! Y en el mismo momento, cuando lo hagas, llegarás a ser un hijo de Dios. A veces vienen personas a mí y me declaran que uno puede salvarse también de otra manera. Pues bien, ¡trátalo! Te diré: Hay una sola puerta al reino de Dios. ¡Y esta puerta se llama Jesús! Jesús, muerto por nosotros y resucitado por nosotros.

Y mira: Cuando llegues a ser un hijo de Dios, entonces puedes orar, la miseria de tu vida termina, y puedes derramar tu corazón ante El - como un hijo al padre.

Yo soy ahora un viejo pastor y he conocido muchísimas personas. Y hoy estoy convencido de que todo hombre -¡todo hombre!- tiene sus secretos oscuros. Los encerramos dentro de nosotros. Pero cuando llego a ser hijo de Dios, entonces puedo derramar mi corazón ante Jesús. Puedo confiarle mis

secretos oscuros, mi desesperación, mis lazos sucios. Puedo decirle todo lo que no diría a ningún hombre.

Al final de un campamento de jóvenes algunos de los muchachos contaron su vida. Un chico de 18 años dijo: -Yo era religioso, pero estaba a punto de arrojarlo todo por la borda. Un buen día, antes de asistir al estudio bíblico, dije: 'Señor Jesús, si no tienes en esta noche un encuentro personal conmigo, entonces lo arrojaré todo por la borda. No puedo seguir vegetando sin tener claridad sobre mí y mi vida en una gran ciudad'. Y luego prosiguió: -Cuando regresé a casa después del estudio bíblico, todo se había clarificado. El escuchó mi oración y me habló personalmente. ¿No es tremendo lo que contó el muchacho? De su desesperación e incredulidad clama a Jesús - ¡y recibe respuesta! Y ¡cuánto más clara será la respuesta si clamamos siendo hijos de Dios!

Mi madre vivía en el sur de Alemania. Durante la guerra en cierta ocasión me escribió: »Esta noche me desperté a las tres de la madrugada. Me acordé de mis hijos en la guerra y de vosotros en la zona de bombardeos, y de Elisabeth en Canadá, de la cual no tengo noticias. Me sobrevino una inquietud increíble. Casi no pude aguantarlo. Entonces oré: - Señor Jesús, dame una palabra, ¡ya no lo aguanto! Encendí la luz, abrí la Biblia -¡feliz es el que tiene una Biblia sobre su mesita de noche!-. Y la primera palabra que encontré fue ésta: *»Echad toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros«*. La carta de mi madre cerró con las palabras maravillosas: »Entonces lo eché en seguida todo sobre mi Salvador, apagué la luz y me dormí sin inquietarme más«. Cuando uno ha llegado a ser un hijo de Dios, puede vivir así.

Me acuerdo que mi madre me dijo en cierta ocasión: -Anoche estaba tan cansada que ya no pude

orar. No dije nada más que eso: 'Buenas noches, querido Salvador'. Yo pensé: -Así pueden hablar los hijos de Dios con su Salvador, tan naturalmente. Y El vigila de verdad. El está presente, cada hora, sea de día o de noche. Yo le pertenezco a El y puedo contar firmemente con El.

¿Habéis comprendido? Si uno no puede orar, esta es una catástrofe enorme. Os deseo el primer grito de vida: *»He pecado. ¡Dios, sé propicio a mí, pecador!«* Y te deseo que no descanses hasta que pertenezcas a Jesús, hasta que hayas llegado a ser un hijo de Dios. Entonces ya no hace falta que me preocupe por ti.

¿COMO ENCARAR LA VIDA SI YA NO PODEMOS CREER?

1. Sin fe es imposible

Voy a deciros desde el principio lo más importante: Quien no puede creer, tampoco puede enfrentar la vida. En tal caso ya no sé qué hacer. Voy a explicaros el por qué.

Vivimos en la ilusión de que Dios no es sino un término teológico, o una idea, o una fuerza natural o cosa semejante. Amigos, Dios es una persona y vive realmente. Dios es lo más importante. Y si no tengo paz para con Dios, si no estoy en regla con Dios, si no soy hijo de Dios, entonces pierdo la realidad - ¡una cosa peligrosa!

Me acuerdo de la gran hora en mi vida cuando, siendo un joven oficial en la Primera Guerra Mundial, entendí: *»¡Dios existe!«* Me sentí como uno que

chocó con su coche contra un muro. Antes también había dicho: »Creo en un buen Dios« o cosas semejantes, pero nunca había comprendido que Dios es una realidad. De repente choqué con la realidad de Dios.

En la Biblia hay un salmo emocionante que habla de la realidad de Dios, tal que uno no puede escaparse de El. Dice: *»Si subiere a los cielos, allí estás tú«*. El astronauta americano Glenn dijo una vez, que ésto había sido para él lo más impresionante cuando estaba en la cápsula espacial: ¡Dios está también aquí! *»Si subiere al cielo«,* o si pasase a gran velocidad por el espacio, *»allí estás tú«*. Y si descendiese a la mina más profunda, a más de mil metros: ¡chocaría con Dios! El salmista dice: *»Si en el Seol hiciere mi estrado, he aquí, tú estás«*. Hace algún tiempo cuando viajé por avión a California, mi esposa me había puesto en mi maleta un versículo bíblico. Y cuando en San Francisco abrí la maleta, leí: *»Si tomare las alas del alba y habitare en el extremno del mar, aun allí me guiará tu mano«*. ¡Dios es la gran realidad!

Y como Dios es la gran realidad, no es posible que vivamos nuestras vidas sin hacer caso de El. Si vivo como si Dios no existiese, despreciando sus mandamientos, no santificando el domingo, adulterando, no respetando a los padres, no honrando a Dios, entonces pierdo la realidad. Y no puedo enfrentar la vida. Echa un vistazo al mundo: La gente no sabe arreglarse con la vida, ni aun los que ganan mucho dinero. En el interior falta la paz, nada va bien en la vida personal, tampoco en la familia.

¿Cómo podemos enfrentar la vida, si no podemos creer? Es evidente: Sin la fe no podemos enfrentar la vida. ¡Y mucho menos al morir! Dentro de cien años ninguno de nosotros estará aquí. Todos nosotros habremos pasado por la muerte.

Cuando alguien dice: -Después de la muerte no habrá nada más. ¡Simplemente muertos, y nada más!, deberías pensarlo muy bien, si quieres confiar más en tu propio corazón que en la Palabra de Dios. ¡Cómo encarar la muerte, cuando uno de repente se da cuenta: -De todo lo que haya acumulado no puedo llevar nada conmigo! Alguien se ha edificado una casa, yo no, pero quizás tú. En mi caso es una biblioteca hermosa. ¡Y de todo lo que había querido, incluso mis seres queridos, no puedo llevar nada o nadie conmigo! Lo único que llevaremos con nosotros a la eternidad, a la presencia de Dios: ¡la culpa! Imagínate: A la hora de la muerte entenderás: -Tengo que dejar todo - sólo todos mis pecados, desde mi juventud, me acompañarán a la presencia del Dios santo y justo. ¿Cómo vamos a enfrentar el juicio de Dios - sin creer en Aquel que justifica al impío? ¡Tendremos que comparecer ante El!

El Señor Jesús dijo una vez: *»No temáis a los que matan el cuerpo«* - de tal gente yo tendría miedo, pero El dice: ¡esto no es nada! *»No los temáis, temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno«* - y, como si sintiese escalofríos, Jesús añadió: *»Sí, os digo, a éste temed«*.

Hace algunos años, conocí en Noruega un profesor muy famoso llamado Hallesby. Un hombre extraordinario. Un noruego típico, serio, equilibrado. Durante una semana entera estuvo predicando cada día en la radio. Puedo imaginármelo, cuando estaba ante el micrófono, diciendo: -Es posible que Uds. se acuesten esta noche en paz, y mañana van a despertar en el infierno. ¡Les advierto! El resultado era una tempestad de indignación, pues los noruegos también pertenecen a los hombres modernos y desempeñan hoy en día un papel importante. Un periodista de un gran periódico de Oslo escribió un editorial, diciendo: *»¡No vivimos en la Edad Media!*

¡No puede ser que una institución moderna como la radio sea usada para propagar tales tonterías!« Y claro, cuando un gran periódico publica tales cosas, ¡entonces todos los pequeños chillan lo mismo! Y todos los periódicos cantaban la eterna canción: »¡No estamos en la Edad Media. ¡Cómo puede hablar un profesor de cielo e infierno!« A lo que la sociedad de radiodifusión rogó al profesor de volver a considerar lo que había dicho. El profesor, de nuevo ante el micrófono, dice: -Me rogaron clarificar este asunto. Pues bien: Es posible que Uds. se acuesten esta noche en paz, y mañana van a despertar en el infierno. ¡Les advierto! ¡Pero ahora! Preguntaban a todos los obispos de Noruega: ¿Hay un infierno o no? Hasta una revista alemana muy renombrada se hizo eco del asunto y publicó un gran artículo sobre la »Controversia de infierno en Noruega«. En menos de un año el profesor tuvo que dar unas conferencias para estudiantes en Oslo, y por las noches algunos discursos generales. La campaña empezó con una conferencia de prensa. En el hotel se habían reunido los representantes de todos los periódicos. Aconteció que a mi derecha estaba sentado el periodista que había comenzado la disputa, y a la izquierda el profesor Hallesby, como representante de la prensa evangélica. Y la disputa empezó de nuevo. El periodista me asedió: -Pastor Busch, tengo un conflicto con el profesor Hallesby. Usted es un hombre moderno. ¿Qué le parece a usted? ¿Hay un infierno? -Sí -contesto- ¡claro que hay un infierno, por supuesto! -No puedo comprender como usted dice tal cosa -replicó. -Voy a explicárselo gustosamente: Yo creo que hay un infierno porque Jesús mismo lo ha dicho. Y tengo plena confianza en la palabra de Jesús, ¡pues El sabía más que toda gente sagaz!

Y la Palabra de Dios dice: »*Dios quiere que todos*

los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad«. Por eso hablamos de la fe, ya que Dios ha dado un camino para vivir y morir feliz.

¿Cómo vamos a enfrentar la vida si no podemos creer? ¿Cómo arreglarme con la vida si ya no puedo creer? De verdad, ¿no puedo enfrentar la vida!

Voy a ilustrarlo con un pequeño ejemplo. Imagínate, que tienes un bonito pez dorado. Un buen día piensas: -Pobrecito, siempre debe estar en el agua fría. Te pondré en un sitio bien caliente. Lo sacas del agua, lo secas con una toalla, y lo pones en una jaula de oro. Le das la mejor comida - no sé lo que comen los peces dorados: huevos de hormiga o cosa semejante. Le das los mejores huevos de hormiga, y le dices: -Ahora estás mejor. Una jaula de oro tan bonita, los maravillosos huevos de hormiga, el buen aire! ¡Tienes todo! ¿Qué hará el pez dorado? ¿Acaso mueve agradecido las aletas, y clama: -¡Gracias, mil gracias! No, no lo hará, sino que va a jadear y agitarse. Y si pudiese hablar, gritaría: -¡No quiero tu jaula de oro, ni tus huevos de hormiga, quiero volver a mi elemento, quiero volver al agua! Y mira: nuestro elemento es el Dios viviente, que hizo los cielos y la tierra, y también a nosotros. »Toda vida brota de ti«, así empieza el himno nacional suizo. ¡Dios es nuestro elemento! Y mientras no tengo paz para con Dios, puedo dar a mi alma una jaula de oro - me comprenderás: diversiones, viajes, la mejor comida, buen vino, en fin: todo - pero nuestro alma se agita y grita: -En el fondo no quiero estas cosas. Quiero volver a mi elemento, ¡quiero la paz para con Dios! No seas tan duro contigo mismo. Dentro de nosotros grita nuestro corazón hasta que encuentra la paz en el Dios viviente. Tal como el pez quiere estar en su elemento, así nuestro alma quiere tener comunión con Dios, nuestro elemento.

¿Cómo vamos a enfrentar la vida si no podemos

creer? Puedo decir sólo eso: ¡No llegamos al fin, ni en la vida, ni al morir, ni por toda la eternidad! Y si objetas: -¡Pues todos se arreglan bien!, entonces diré: -¡Tiene cara de eso! ¿Sí? Un hombre como Goethe el poeta, bien parecido, rico, ministro, inteligente, un hombre que tenía todo que le daba la gana, dijo al final de su vida que, si sumase todas las horas de su vida, en las cuales se sentía completamente feliz, ¡el resultado serían menos de tres días! ¡Sin paz! No, no podemos encarar la vida si no tenemos fe.

Este era el primer punto que quería decirnos. Vamos a pasar al segundo:

2. Lo que importa es la fe correcta

En efecto, la cuestión es si tenemos la fe correcta que salva. Todo hombre tiene su fe. Cuando era estudiante, pasé mis vacaciones en casa con mi madre. Un buen día viene una señora a ver a mi madre, la cual de momento no estaba en casa. Digo: -Señora, mi madre no está en casa. Usted tiene que contentarse conmigo. Tome asiento, por favor. Charlamos un poco, y la anciana me preguntó: -¿Usted es estudiante? ¿Y qué es lo que está estudiando? -Estoy estudiando teología. -¡Cómo! -exclama, ¿teología? ¿Quién cree hoy en día en la religión? ¡Es imposible! Y luego hace desfilar a Goethe, pues vivíamos en Francfort, la ciudad de Goethe, y declara orgullosamente: -¡Nosotros tenemos la fe de Goethe! ¡El cristianismo ha pasado de moda! Como la conversación me sabía muy mal, y no quería enfadarme con ella, traté de cambiar de tema: -Señora, ¿cómo está usted? En seguida contesta - dando golpes con la mesa: -¡Suerte! Tal cosa no se pregunta. Pregunto: -Permíteme la pregunta: ¿qué

significa eso? -¡De lo contrario trae mala suerte! -
¿Es posible? Usted ha arrojado su fe en el Dios
viviente por la borda, pero cree en la '¡suerte!' con
golpes sobre madera. ¡Qué cambio maravilloso!

Entonces entendí: Todo hombre tiene una creen-
cia, una fe. Pero la cuestión es si tengo la fe
correcta, salvadora. La gente de nuestro tiempo dice:
-Lo que más importa es que tengo una fe - y
entonces se puede oír: »¡Creo en el buen Dios!« -
»¡Creo en la Naturaleza!« - »¡Creo en el Destino!« -
»¡Creo en la Providencia!« No, amigos, lo que más
importa es que tengo la fe correcta, una fe que da
paz, paz para con Dios y paz en el corazón. Lo que
necesito es una fe que salva del infierno, una fe que
puedo sentir aquí, porque me da vida nueva. ¡De lo
contrario la fe no vale nada! Muchos creían en
Alemania en la victoria final, en el »Führer«. Y
¿qué es el resultado de todo eso? ¿No te das cuenta
que existe también una fe falsa? ¡Necesito la fe
correcta, salvadora!

La fe correcta, salvadora es la fe en Jesús, el
Hijo del Dios viviente. ¡Fe en Jesucristo! No en un
fundador de religión, pues éstos existen a montones,
sino en Jesucristo, el Hijo del Dios viviente.

Y ahora debo explicaros lo de Jesús. La Biblia
nos cuenta una historia maravillosa que nos demues-
tra aquella fe salvadora en Jesús.

Vamos juntos 2000 años atrás a un lugar fuera de
la ciudad de Jerusalén llamado Gólgota, o »Cala-
vera«. No hagas caso de la multitud que grita, ni
tampoco de los soldados romanos que vigilan y
echan suertes sobre los vestidos de los ejecutados.
Fíjate en la cruz en el centro: Allí está colgado el
Hijo de Dios, ¡clavado! El rostro lleno de sangre de
la corona de espinas, que le pusieron sobre la
cabeza. ¡Allí está colgado Dios mismo! A la derecha
de él un asesino. A él le ejecutaron también. Y a la

izquierda igualmente. Se acerca la muerte. De repente uno de esos asesinos se pone a gritar: -Tú, que estás en medio, escúchame. ¡Tú has dicho que eres el Hijo de Dios! Si lo eres de verdad, entonces baja de la cruz, y ayúdame también a mí. Comprensible, ¿verdad? Pues en su angustia mortal el hombre dice cosas que no habría dicho nunca bajo otras circunstancias. Y luego responde también el otro. No habla a Jesús, sino a su compañero, y le dice: »¿Ni aun tú temes a Dios?« Pues este es el primer paso: comprender que Dios es santo y terrible.

Cuando nuestras ciudades fueron bombardeadas, la gente estaba desconsolada. Quizás es culpa de la iglesia, el no haberles dicho que Dios puede ser terrible, que Dios puede retirar su mano. »¿Ni aun tú temes a Dios?« Me gustaría gritarlo sobre nuestras grandes ciudades: -¡Ni aun vosotros teméis a Dios! Me gustaría gritarlo a las oficinas, donde hay quienes no tienen escrúpulos para ganar dinero: -¿Ni aún vosotros teméis a Dios? Me gustaría gritarlo a los jóvenes, que viven en fornicación: -¿Ni aun vosotros teméis a Dios? ¡Pensadlo bien! ¿Sois ciegos? Pues éste es el primer paso, el darse cuenta de la santidad y justicia de Dios.

Y luego aquel criminal sigue diciendo: »Nosotros recibimos lo que merecieron nuestros hechos«. Este es el segundo paso que lleva a la fe salvadora: confiesa su propia culpa.

He encontrado a muchas personas que me dijeron: -¡No puedo creer! Les pregunté: ¿Ha comprendido alguna vez que usted es culpable ante Dios? -¡No, pues yo hago el bien y no temo a nadie! A lo que repliqué: -¡Mientras que usted se engaña tanto a sí mismo, nunca llegará a la luz! El otro día encontré a uno que me declaró: -¡Yo hago el bien y no temo a nadie! Le contesté: -¡Enhorabuena! Yo no

podría decirlo de mí mismo, pues en mi vida hay muchas cosas incorrectas. A lo que él me respondió: -¡Bueno, si lo tomamos al pie de la letra! -¡Pero Dios lo toma al pie de la letra! ¡No se engañe a sí mismo! Mira: ¡No puedes llegar a la fe correcta y salvadora si no llamas antes el pecado »pecado«, si no llamas tus sucias relaciones sexuales »fornicación«, si no llamas el adulterio »adulterio«, si no llamas tu mentira »prudencia«, sino »mentira«, si no reconoces antes que tu egoísmo no es sino idolatría! Este es el segundo paso que me lleva a la fe salvadora: que califico mi pecado de pecado, que me presento ante Dios, y le digo. -¡Señor, he merecido tu juicio! Es horroroso como nuestro tiempo se mete ese »¡Todo va bien!« en la cabeza. ¡Algún día Dios nos quitará la máscara!

Y entonces aquel criminal ya no se anda por las ramas, sino que habla directamente a Jesús: »Tú no hiciste ningún mal. ¿Por qué estás colgado aquí?« Y al mismo instante entiende: »¡El está allí por mí! ¡El quita mi culpa!« Y entonces le queda sólo exclamar: »¡Acuérdate de mí, oh Rey, cuando vengas en tu reino!« Este es el tercer paso: El cree que Jesús puede salvar para siempre, ya que El murió en lugar de nosotros. Y Jesús le dice: »¡Hoy estarás conmigo en el paraíso!«

Mira, ésta es la fe salvadora: que entiendo la santidad de Dios, que reconozco mi perdición, que me doy cuenta que Jesús, el que murió por mí, es mi única oportunidad. ¡Sin esta fe no vas a enfrentar la vida! Pero con esta fe, estoy seguro, sí la enfrentarás; no puedo decirte otra cosa.

Hubo quienes me reprocharon: ¡Usted es totalmente estrecho de miras! A lo que contesté: - ¡Perdone! Pero hay un único camino para enfrentar la vida, la muerte, el juicio: que yo, pecador, acuda a Jesús, que me arrepienta, le confiese mi pecado, y

que crea: »El murió por mí«. Mi deseo es que ninguno de vosotros olvide jamás esta frase: »¡Jesús murió por mí!« Cuando te levantas por la mañana: »¡Jesús murió por mí!« Y durante el trabajo, en medio del trajín: »¡Jesús murió por mí!« Y luego, por la gracia de Dios, vendrá el momento cuando puedes adorarle, diciendo: »¡Por mí! ¡Pues ahora puedo creer!« ¡Y al mismo instante, cuando comprendes esto, eres un hijo de Dios! Jesús dice: »*Yo soy la puerta; el que por mí entrare, será salvo*«.

Ahora debo decir una tercera cosa: Muchos dicen: -El pastor Busch, sí, sí, ¡pero yo no puedo creer lo que dice! Cuando le escucho, todo suena bien, pero yo no puedo creer. Voy a contestar. Voy a clasificar a las personas que hablan así en cuatro grupos:

3. Los que no pueden creer...

a) ... porque no son religiosos

Al primer grupo pertenecen los que declaran: -No puedo creer, porque no soy religioso. Usted es religioso, pastor, ¡pero yo no! A lo que suelo contestar: -¡Yo tampoco soy religioso! El toque de las campanas, el incienso y cosas semejantes no me entusiasman en absoluto. Estoy contento que, durante los años pasados, he predicado en Essen siempre en una sala sin tales cosas. No había órgano, ni campanas - y no he echado nada de menos. No tengo nada que objetar, pero tampoco lo necesito. ¡Tan poco religioso soy!

Cuando Jesús, el Hijo de Dios, vivía en la tierra, había gente muy religiosa. Eran escribas, sacerdotes, fariseos - todas personas muy religiosas. Los saduceos eran también religiosos, pero más liberales. Son los que, hoy en día, dirían: -Yo busco a Dios en la

Naturaleza. Durante la época de los nazis, solían decir: -¡Dios arde en nuestras banderas! ¡Siempre religiosos! ¡Y aquella gente religiosa ha crucificado al Hijo de Dios! El no encajaba en sus planes. Y luego había otros, que no eran religiosos en absoluto: prostitutas, deshonestos cobradores de impuestos -la Biblia los llama publicanos- artesanos que no conocían nada que más su trabajo, porque tenían que luchar por ganar la vida, un hombre de alto rango llamado Zaqueo que nadaba en oro. Todos ellos eran personas nada religiosas. ¡Y todos ellos encontraron a Jesús! ¿Cómo es posible? Ellos sabían: -Somos culpables ante Dios. Toda nuestra vida es un error. ¡Y ahora viene un Salvador que nos hace hijos de Dios! Creyeron en El.

¡El Señor Jesús no ha venido para hacer más religiosos a los religiosos, sino que vino para salvar a los pecadores de la muerte y del infierno, y para hacerlos hijos de Dios! Y si hay alguien aquí que dice: -No puedo creer, porque no soy religioso, entonces te digo: -¡Tú tienes las mejores posibilidades para ser un hijo de Dios! Sabemos muy bien que somos pecadores, pero »¡Jesús murió por mí!« Repito: ¡Jesús no ha venido para hacer más religiosos a los religiosos, sino para hacer de pecadores perdidos hijos del Dios viviente!

b) ... porque no quieren creer

El segundo grupo son los que sólo dicen: -¡No *puedo* creer! Pero si fuesen sinceros, tendrían que admitir: -¡No *quiero* creer! Pues si llegasen a creer, toda su vida tendría que cambiar. Y eso no lo quieren. Ellos saben que toda su vida no está clara. Y si se hicieran hijos de Dios, entonces tendrían que sacarla a la luz. No, no lo quieren. ¡Qué dirían entonces sus compañeros de trabajo! Y ¡qué pensaría la familia, si

se volviesen piadosos! ¡No, no, mejor que no! Y cuando encuentras a gente diciendo: -No puedo creer, entonces mira bien, si ellos no tendrían que decir más bien: -¡No *quiero* creer!

La Biblia nos cuenta una historia conmovedora. El Hijo de Dios, el Señor Jesús, estaba sentado en el Monte de los Olivos. A la luz del sol brillante, podía ver la ciudad Jerusalén. Y el maravilloso Templo, del cual hasta los gentiles decían que era un edificio que debía ser contado entre las maravillas del mundo. Todo ese panorama se presentaba ante su mirada. Pero de repente sus discípulos ven, con espanto, como las lágrimas corren sobre el rostro de Jesús. Sorprendidos, le miran sin comprender. Y luego el Señor Jesús prorrumpe en las palabras: *»Jerusalén, Jerusalén, ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina a sus polluelos debajo de sus alas, y no quisiste! Ahora estáis bajo el juicio de Dios. Vuestra ciudad os es dejada desierta«*. Es una de las palabras más estremecedoras de la Biblia: *»¡No quisiste!«* Los habitantes de Jerusalén también decían: -¡No podemos creer!, ¡pero en realidad no querían creer!

Mira: El que no quiere creer, no hace falta que crea. ¿Me permites decírtelo? Pues en la iglesia hay todavía mucha presión. En el reino de Dios hay sólo espontaneidad. El que quiere vivir sin Dios: ¡que lo haga! Dios se nos ofrece. Podemos rechazarle. ¿Quieres vivir sin Dios? ¡Por favor! ¿Quieres vivir sin paz para con Dios? ¡Por favor! ¿Quieres vivir sin oración? ¡Por favor! ¿Quieres vivir sin la Biblia? ¡Por favor! ¿Quieres violar los mandamientos de Dios? ¡Por favor! ¿Quieres profanar el domingo, fornicar, emborracharte, mentir, robar? ¡Por favor! El que quiere, puede rechazar al Salvador enviado por Dios para salvar a los pecadores. Y el que quiere ir al infierno, lo puede. Dios no obliga a nadie. Pero

ten en cuenta, que también tendrás que llevar las consecuencias. Dios te ofrece, en Jesús, el perdón de los pecados y la paz. Puedes decir: -¡No lo necesito, ni lo quiero! ¡Y puedes vivir así! ¡Pero no creas que, en los últimos cinco minutos de tu vida, puedas aceptar todavía lo que Dios te ha ofrecido durante toda una vida! Tú puedes rechazar la oferta de la gracia de Dios en Jesús, ¡pero entonces tendrás que vivir eternamente sin paz con Dios! ¡Y ese es el infierno!

El infierno es el lugar donde uno se ha librado definitivamente de Dios. Allí nadie te molestará con una invitación. Nadie te llamará. Quizás quieres orar, pero ya no puedes. Quieres invocar el nombre de Jesús, pero ya no podrás hacerlo. Otra vez: No hace falta que aceptes el mensaje que te digo. Puedes dejar de convertirte a Jesús. ¡Pero sabe que con eso escoges el infierno! ¡Tienes plena libertad!

»¡No quisísteis!« dijo Jesús a los habitantes de Jerusalén. No les obligó. Pero lo que ellos escogieron, ¡fue horrible!

c) ... porque han atravesado tantas cosas

El tercer grupo de los que dicen: -No puedo creer, se defiende de esa manera extraña. Nunca lo he oído decir por mujeres. Son los hombres que lo dicen. Es la frase siguiente: -Pastor, he atravesado tantas cosas. ¡No puedo creer! Suelo preguntar: -Y ¿qué es lo que has atravesado? ¡Mi vida tampoco ha sido aburrida! -Sí ... he atravesado tantas cosas, que ya no puedo creer. Es una frase que circula entre los hombres como un fantasma. En tal caso suelo burlarme de los caballeros, diciendo: -Pero ¿cree usted lo que dice el horario de trenes, y el informe que le da el guarda? -¡Claro! -Entonces nunca diga: -¡Ya no creo nada!, sino que diga: -Ya no creo nada -

¡excepto lo que dice el horario de trenes o lo que dice el guardia! Y de esta manera podría seguir. Y luego digo: -Mire usted, Jesús vino a mi vida tan sucia, pecaminosa, oscura y equivocada. Y yo me dí cuenta de ello: ¡El es el Hijo de Dios, enviado por Dios! Le entregué mi vida a Aquel que hizo tanto por mí: a Jesús. Y si ya no puede creer en nada y nadie - hay uno en quien puede confiar, y es El que dio su vida por usted. Usted cree tantas cosas, excepto a Aquel que es digno de toda confianza. A El le dice usted: -¡No, gracias! Es realmente curioso. ¡Y entonces usted dice que ha atravesado demasiadas cosas! ¡Es evidente que aún no ha atravesado bastante!

d) ... porque se escandalizan por alguna cosa

La cuarta clase de los que no pueden creer son personas un poco complicadas. Pues esa gente pretende no poder creer, porque se escandalizan, por ejemplo, de la iglesia, quizás de las doctrinas de la iglesia.

Estoy sentado frente a frente con una estudiante, que me declara: -Estoy estudiando las ciencias naturales. -Bueno, señorita, ¿y qué le sucede? Ella contesta: -He escuchado un sermón suyo. Siento que usted tiene algo que me gustaría tener también, pero no puedo creer. Sabe usted: No puedo tragar todos esos dogmas y disposiciones de la iglesia. ¡Tengo la sensación de tener que tragar un manojito de heno seco! A lo que yo me reí, y respondí: -¡Señorita, no hace falta tragar un manojito de heno seco! ¿Ya ha oído hablar alguna vez de Jesús? -Sí, dice. -¿Qué diría usted si le dijese: ¡Jesús es un mentiroso!? -No -contesta- eso no lo creo. -¿Y cree usted que Jesús ha hablado la verdad? -Sí, lo creo, responde. Proximo: -¿Señorita, hay algún hombre, al cual usted

diría: -Creo que no pronunciaste nunca una mentira? -¡Jamás! -responde- ¡no lo diría a ningún hombre! -Mire usted, señorita, ¡usted ya cree! Usted tiene confianza en Jesús. ¡Es fabuloso! Pues este es el principio. El habla la verdad. La Biblia dice: '*Y esta es la vida eterna: que conozcan a Jesucristo, a quien has enviado*'. No hace falta discutir sobre dogmas e instituciones de la iglesia. Pero de la niebla de este mundo El se acerca a usted. Y cada vez más claramente usted verá las señales de los clavos y de la corona de espinas, que dan testimonio de que El cargó con la culpa de usted, que El le amó antes que ningún otro le amara. En Jesús usted comprenderá: Creer no significa: tragar dogmas como heno seco, porque el pastor lo ha dicho, sino: llegar a conocer a Jesucristo.

-¡Ah! -dice alguien- yo no puedo creer, porque los pastores, los pastores... Y luego viene la historia de siempre: historias sobre pastores. El uno era muy aficionado a las faldas. El otro se ha escapado con la caja. Por todas partes pasó algo con pastores. -¡En vista de tales cosas ya no puedo creer! Y entonces me sonrojo, porque me conozco a mí mismo. Es verdad que hasta la fecha no me he escapado con la caja, pero si la gente me conociese, tampoco a mí me tomarían en serio. ¿Qué, pues, contestar en tal caso? Escucha: En ninguna parte dice la Biblia: »Cree en tu pastor, y serás salvo«, sino que está escrito: »*Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo*«. Un pastor no es nada más que -yo sé que hay también otros-, pero si más o menos funciona, ¡entonces es un indicador a Jesús! No importa si un indicador está un poco deformado o torcido. Lo que importa es que se pueda ver la dirección que indica. Yo no escucharía a ningún pastor que no sea indicador a Jesús, el Hijo de Dios, crucificado y resucitado. Pero no me enfado por el indicador, que

me indica el camino y el destino, sino que prosigo mi camino hacia la meta. Y la meta se llama: ¡Jesucristo! ¿Acaso quieres comparecer, en el juicio de Dios, ante el Dios viviente, y decirle: -¡Señor, no acepté tu salvación, no acepté el perdón de los pecados, porque el pastor era inútil!? ¿Quieres presentarte así ante Dios? Tal postura me parece como aquel muchacho, que dijo: -Bien merecido lo tiene mi papá, que se me congelan las manos. ¡Por qué no me compra guantes!

No, amigos, no es verdad lo que dicen: -¡No puedo creer! Hay una palabra fenomenal de Jesús: *»El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios, o si yo hablo por mi propia cuenta«*. La cuestión es: si quiero empezar a obedecer la voluntad de Dios. Luego progresaré.

4. ¿Qué hacer si uno no puede creer?

Para terminar, te lo diré en pocas palabras:

a) *¡Pide a Dios que te ilumine!*

El se encuentra al lado de ti. Díle: -Señor, dame la fe. ¡Hazme ver la luz! El te escuchará.

b) *¡Cuenta con la presencia de Dios!*

Jesús está aquí. Busca un lugar tranquilo, y díle: Señor Jesús, quiero entregarte mi vida. Así lo hice yo, cuando me sobrevino la angustia de Dios en toda mi impiedad, y cuando oí hablar de Jesús.

c) *¡Lee la Biblia!*

¡Cada día quince minutos a solas con Jesús! Lee la

Biblia y escucha lo que Dios quiere decirte. Y luego junta las manos y díle: -Señor, tendría que decirte tantas cosas. Te entrego los problemas de mi vida, ayúdame.

d) *¡Busca la comunión!*

Busca la comunión con personas que también quieren ser cristianos de verdad. ¡No te quedes solo! En el camino hacia el cielo no hay caminantes aislados. Busca la comunión con cristianos, que están en el mismo camino.

¿COMO VIVIR SI NUESTRA CULPA NOS ACOMPAÑA CONSTANTEMENTE?

¡Ahora la cosa se pone seria! ¿Cómo enfrentar la vida si nuestra culpa nos acompaña constantemente? En primer lugar debo decir que »sí nuestra culpa nos acompaña constantemente« no es correcto, pues es un hecho *que* nos acompaña. Nuestra culpa, nuestras faltas nos acompañan constantemente. Y por eso soy tan feliz que puedo hablar de una cosa grandísima y maravillosa, de un regalo que nos hace felices e inmensamente ricos. Es una cosa que no puede comprarse en ninguna parte, en ningún país del mundo. Y si fueses multimillonario, si estuvieses dispuesto de gastar todo tu dinero - no podrías comprarla, ni aun con muy buenas relaciones. Pues en nuestros días muchas veces se puede obtener por buenas relaciones lo que no se puede comprar. No hay ninguna posibilidad de procurarse esta cosa. No se vende, sino sólo se regala. Y esta cosa grandísima y maravillosa, de la cual estoy hablando, es: el perdón de pecados.

Yo sé que muchos ahora están decepcionados, y que piensan: »¿Perdón de pecados?« Y en seguida surge la pregunta:

1. ¿Lo necesito yo?

Estoy convencido que la mitad de vosotros ahora dicen: -¿Perdón de pecados? ¡Ni hablar! Un jóven me lo dijo el otro día de esta manera: -Vivimos en un tiempo en que se despierta la necesidad por medio de la propaganda. Nuestros bisabuelos no sabían nada de chicles o de cigarrillos. Pero por medio de la propaganda incesante en la televisión, la radio y en las columnas anunciadoras, poco a poco hemos llegado a un punto que creemos que, por ejemplo, el hombre no puede vivir sin cigarrillos. Se despierta una necesidad - y entonces se puede vender. El muchacho prosiguió: -Otro tanto ocurre con la iglesia. La iglesia declara a la gente: 'Necesitáis el perdón de vuestros pecados' - ¡y luego lo vende! ¿Me entiende? ¡No tenemos necesidad, pero Uds. despiertan la necesidad, para vender después su mercancía! ¿Es cierto? Si tú ahora abordas en la calle a alguien, diciendo: -¡Buenos días! ¿Cómo se llama usted? -Fulano. -Señor Fulano, ¿necesita usted el perdón de pecados? -¡Tonterías! ¡Lo que necesito son dos mil marcos, pero no el perdón de pecados! ¿Es verdad? ¿Se despierta una necesidad que no existe, para contestar después con la Biblia en la mano?

Te diré: Es un error tremendo, un error terrible. ¡No hay nada más necesario para nosotros que el perdón de pecados! El que cree que no necesita el perdón de pecados, no conoce al Dios santo y terrible. Se ha hablado tanto acerca del amor de Dios, que ya no sabemos que Dios es un Dios

terrible - así lo dice la Biblia. Estoy hablando de mi propia vida: Desperté de una vida pecaminosa, cuando me dí cuenta: ¡Hay que tener temor de Dios! Y quien dice: -No necesito el perdón de pecados, no tiene la menor idea del Dios viviente, el cual puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno. Ciertamente: ¡el hombre puede perderse eternamente! Es Jesús el que lo dice, y El lo sabe. Y si todo el mundo grita: -¡No lo creemos!, ¡entonces todo el mundo va a la perdición! Jesús sabe lo que hay detrás del velo. El nos advierte en serio. Y nosotros estamos en pie con nuestros pecados y nos atrevemos a decir: -¿Perdón de pecados? ¡No, gracias! La iglesia sólo despierta una necesidad que no existe. ¡Tonterías! ¡No hay nada más necesario para nosotros que el perdón de pecados!

En este punto os voy a contar una experiencia. Tuve una vez una conferencia en la hermosa ciudad de Zurich, en el Palacio de Conferencias, una reunión gigantesca. Muchos tuvieron que quedarse en pie. Entre ellos dos señores llamaron mi atención, porque estaban charlando animadamente. Era evidente que habían venido sólo por curiosidad. Uno de ellos tenía una barba de Menjou, y pensé: -Lástima que tal barba no me viene bien a mí. Cuando empecé con mi conferencia, me propuse a hablar de tal manera que también aquellos dos señores pudieran escuchar. Y realmente, escucharon interesadamente. Pero entonces dije por primera vez »perdón de pecados«. En el momento cuando hablé de »perdón de pecados«, ví una sonrisa burlona en el rostro del caballero con la barba, y como dijo algo al oído del otro. Bueno, era una sala enorme, y los dos estaban muy lejos de mí. No pude oír lo que dijo, pero su cara me lo descubrió. Era algo así: -¡Perdón de pecados! ¡Palabrería de pastores! ¡Cielos! Y quizás pensó: -Pues no soy un criminal, ¡no necesito perdón

de pecados! En seguida me puse furioso. Yo sé que el enojo no es correcto ante Dios. Pero a pesar de eso, me puse furioso. -¡Un momento! -dijé- ahora haré una pausa de medio minuto, y les ruego que se contesten a sí mismos la pregunta que les voy a hacer. Con un no o sí. ¿Quieren Uds. renunciar eternamente al perdón de sus pecados, porque no lo necesitan? ¿No o sí? Silencio... Y de repente veo como el caballero con la barba perdió el color, y hasta se apoya en la pared. ¡De tal manera se asustó aquel hombre! Estoy seguro que ahora comprendió: -Ahora digo: 'No soy un criminal', pero cuando se trata de vida y muerte, entonces sí quisiera tener el perdón de mis pecados. No quisiera renunciar para siempre al perdón. Tú tampoco, ¿verdad?

Estoy harto de oír la frase siguiente: -¡Yo hago el bien y no temo a nadie! Pero imagínate: Nunca lo oí decir por personas de menos de 40 años. Un joven sabe muy bien que hay mucha culpa en su vida. Solamente cuando hayamos matado brutalmente nuestra conciencia, logramos decir tal engaño. Y cuando alguien me declara: -Yo hago el bien y no temo a nadie, entonces puedo contestarle con una sonrisa: -Tienes más de 40 años. Se debe a la arteriosclerosis, que estás hablando así. ¡Es una conciencia matada brutalmente! ¡Pues mientras nuestra conciencia no esté muerta, sabemos muy bien que no hay nada más necesario para nosotros que el perdón de pecados!

Hace algunos años se presentó, en Essen, Bill Haley, uno de aquellos músicos »modernos«. Miles de jóvenes se reunieron en la »Gruga«, un edificio inmenso, para escuchar a él y su banda. Pero ya durante la primera pieza de música se pusieron a demoler toda la sala. Los daños ascendieron a aprox. 60.000 marcos. Un joven guardia me dijo después: - Yo estaba sentado en la primera fila, y tuve que

aferrarme a la silla, de lo contrario habría sido de la partida. Al día siguiente estuve andando por el centro de la ciudad. Allí ví a tres jóvenes que me parecían que habían participado del evento. Fui a a ellos, y les dije: -¡Apuesto que ayer estuvisteis también con Bill Haley! -¡Claro, pastor! -¡Ah! ¿Nos conocemos? ¡Me alegro! Lo que me interesa saber de vosotros: ¿Por qué habéis demolido tanto la sala? Ellos responden: -¡Oh! ¡Todo eso no es sino desesperación! -¡Cómo! -digo- desesperación ¿por qué? A lo que me contestan: -¡Nosotros tampoco lo sabemos!

Había un gran teólogo y filósofo danés llamado Soeren Kierkegard. El cuenta de su propia vida que, cuando era niño, muchas veces daba paseos con su padre. Y a veces el padre se detuvo, y dijo: -Hijo, me parece que estás sufriendo de una desesperación silenciosa. Cuando lo leí, pensé: Durante 40 años he sido pastor en una gran ciudad, por lo tanto sé que, en el fondo, esto puede aplicarse a toda persona.

Y ahora te pregunto: ¿Conoces tú también esa desesperación interior? Te diré a qué se debe. Vamos a emprender un viaje de exploración a nuestro propio corazón. Voy a usar una ilustración. Como pastor en la Cuenca del Ruhr (una zona minera), muchas veces he bajado a las minas. Es una cosa bonita. Te dan un mono, te pones un casco protector, y luego bajas a toda prisa con la jaula de extracción a la profundidad, por ejemplo, hasta la solera octava. ¿Se puede bajar aún más abajo? Sí, se puede, pero más abajo hay sólo el albraque, y es un lugar poco atractivo. Allí se reúne el agua de la mina, y los mineros lo llaman »albraque«. Durante los años que estuve en Essen pasó una sola vez que se rompió el cable de extracción. La jaula siguió bajando a toda velocidad a la profundidad - hasta el abraque - ¡horrible!

Y ese albraque en la mina llegó a ser, para mí,

un símil para el hombre. Todos vosotros sabéis que hay varias »soleras« en nuestras vidas. Por fuera, por ejemplo, podemos aparecer muy alegres, ¡pero por dentro! Uno puede reírse - ¡y estar destrozado! Uno puede hacer como si la vida fuese para él un juego, pero muy debajo en el alma, en el fondo del corazón, reina la desesperación. Así lo dicen los médicos, los filósofos, los psicólogos, los psiquiatras. De eso cuentan las películas, las novelas. Es tremendo como de vez en cuando surge la desesperación y el temor. Un psiquiatra me dijo: -¡Usted no se imaginará como mi sala de consulta está siempre llena de jóvenes! Sin embargo, la mayoría de la gente ni aun pregunta a qué se deben la desesperación y la angustia, sino que tratan de deshacerse de ellas - ¡por alcohol y drogas! Pero más prudente es él que afronta los hechos.

Aparentemente es la desesperación del corazón humano un descubrimiento de nuestra época. Pero lo interesante es que la Biblia lo ha dicho ya hace 3000 años. Dice: *»Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso«*. Y mira: La Biblia nos explica también el por qué. Menciona varias razones: que estamos, desde la caída en el pecado, lejos de Dios; que vivimos desde aquel momento fuera de nuestro propio elemento - sabes: ¡Dios es nuestro elemento!; que en el fondo tenemos miedo del juicio del Dios viviente sobre nuestra vida. Pero el motivo más importante para la desesperación tan grave de nuestro corazón es nuestra culpa, ¡nuestra culpa ante Dios! He aquí el gran problema de nuestra vida, que no sabemos solucionar nosotros mismos. Nos damos cuenta de ello, ¿verdad? Es por eso que tenemos tanta desesperación en nuestro corazón.

¿Necesitamos el perdón de pecados? ¡Claro que lo necesitamos! ¡No hay nada más necesario para nosotros que el perdón de nuestros pecados! Y ¿qué es

pecado? Pecado es separación de Dios. Hemos nacido siendo pecadores. Permíteme usar un ejemplo:

Un niño nacido durante la guerra en Inglaterra seguramente no tenía nada en contra de los alemanes. Sin embargo, pertenecía a una nación enemiga. De la misma manera nosotros: Hemos nacido dentro de un mundo enemigo contra Dios. Somos separados de Dios por nuestra naturaleza. Y ahora seguimos apartándonos más y más de Dios, levantando un muro de culpa. Cada transgresión de un mandamiento de Dios es como una piedra más sobre este muro. Así es el pecado, una realidad terrible.

En este punto debo contaros como comprendí por vez primera que el pecado es una realidad terrible, y que no es posible reparar el pecado. Tuve un padre maravilloso, con el cual me vinculaba una relación hermosa. Un buen día yo estaba ocupado con la preparación de un examen, cuando me llamó: -¡Wilhelm! Pues es mi nombre. Yo abro la puerta y pregunto a mi padre: -¿Qué hay? ¿Hay mucha prisa? El me dice: -Tengo que ir a la ciudad. ¿No quieres acompañarme? Pues dos juntos es más agradable. -Papá, -contesto- estoy justamente ocupado con un asunto muy importante para mi examen. Ahora no me va bien. -Entonces voy solo, dice. Quince días después murió. En nuestra región era costumbre que el cadáver fue amortajado en casa, y que los hijos vigilaban por turno ante el ataúd abierto. Es de noche. Todos están durmiendo. Estoy sentado solo al lado del ataúd abierto. De repente me ocurre como mi padre, quince días atrás, me había rogado a acompañarle a la ciudad. ¡Sin embargo, yo había dicho que no! Le miro a la cara, diciendo: -¡Padre, ruégame otra vez, por favor! Y si quieres que vaya cien kilómetros contigo, lo haré. Pero la boca quedaba callada. ¡Esta pequeña insensibilidad es una realidad enorme, que no puedo anular ni por

toda la eternidad!

¿Qué opinas, cuánta culpa hay en nuestra vida, cuántas faltas? ¿Cómo enfrentar la vida, si la culpa y las faltas nos acompañan constantemente? ¡Sin el perdón de nuestros pecados en el fondo no podemos enfrentar la vida!

¿Y al morir? ¿Cómo será entonces? ¿Quieres llevar toda tu culpa contigo a la eternidad? Muchas veces me he imaginado cómo será esto. Pues me voy acercando más y más a la muerte. Quizás estarás siendo todavía una mano querida. Y luego viene el momento cuando tendrás que dejarla. Y luego el barco de mi vida va al gran silencio ante Dios, ante su rostro. Créeme: ¡Tendrás que comparecer ante El! ¡Con toda tu culpa, con todas tus faltas comparecerás ante el Dios santo! Será espantoso cuando descubras: -¡He llevado toda mi culpa y mis faltas conmigo!

¿Necesitamos el perdón de pecados? ¡No hay nada más necesario para nosotros que el perdón de nuestros pecados! ¡Es más necesario que el pan cotidiano!

2. ¡Imposible!

¿Acaso es posible, que se borre el pasado? Y en caso afirmativo ¿dónde? Acabo de contar la historia de mi padre. Ya no pude reparar la culpa. ¿Me comprendes? ¡En el fondo no podemos reparar nada de nuestra culpa! Los efectos ante Dios permanecen. ¡El pagaré será presentado! Pienso en un hombre llamado Judas, que había traicionado a su Salvador por treinta piezas de plata. Y luego se da cuenta: -¡Era todo un error! El va a las personas, a las cuales le había traicionado, y dice. -¡He obrado mal! Os devuelvo el dinero, quiero reparar el daño. Pero

ellos se encogen de hombros, y dicen: *»¿Qué nos importa a nosotros? ¡Allá tú!«* Puedes recurrir a quién quieras, todos contestán: *»¡Allá tú!«*

Pero ¿es a pesar de eso posible, que la culpa y las faltas sean borradas? ¿Es posible? ¿Dónde hay perdón de pecados?

Amigos, aquí contestan los hombres de la Biblia al unisono, en un coro, un coro jubiloso. Desde el principio hasta su fin, desde el Antiguo hasta el Nuevo Testamento es ésta la melodía de la Biblia: ¡Hay perdón de pecados!

¿Dónde? ¡Acompáñame fuera de las puertas de Jerusalén, a la Calavera. No hacemos caso de las multitudes, ni de los dos criminales a la derecha y a la izquierda, ni de los soldados romanos, sino que nos fijamos en aquel varón en medio, que está colgado en la cruz. ¿Quién es el varón en medio? No es uno como nosotros. En cierta ocasión se presentó a las multitudes, y les dijo: *»¿Quién de vosotros me redarguye de pecado?«* Y entre toda la multitud no había ni uno que podía acusarle de un solo pecado. Estoy cierto que ninguno de nosotros preguntaría así. Luego le enredaron en un proceso, y fue interrogado por jueces romanos y por el concilio judío. No encontraban nada contra El. El no es como nosotros. No necesita el perdón de pecados. ¿Y Aquél está colgado en la cruz? ¿Quién es el hombre? No es uno que ascendió de entre los hombres, sino que descendió de la otra dimensión, del mundo de Dios, a nosotros. Estoy hablando de Jesús, el Hijo de Dios. ¿Y El está colgado en la cruz? ¿Por qué? ¿Para qué? Amigos, Dios es justo: El debe castigar el pecado. ¡Echó nuestro pecado sobre el Hijo, sobre Su Hijo, y lo juzgó en Jesús! *»¡El castigo de nuestra paz fue sobre él!«* Este es el gran mensaje de la Biblia: ¡Jesús cargó con el juicio de Dios, para que nosotros tuviésemos la paz! ¡Aquí

hay el perdón de pecados!

¿Dónde puedo librarme de mi pecado? ¿Dónde encuentro la paz para con Dios? ¡Bajo la cruz! *»La sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado«*. ¡Ojalá lo comprendamos!

El americano William L. Hull escribió un libro interesante. Hull fue el pastor que fue a visitar al asesino en masa Adolf Eichmann trece veces en la cárcel, que tuvo largas conversaciones con él, que escuchó sus últimas palabras, que le acompañó hasta el patíbulo, que estuvo presente cuando su ceniza fue echada en el Mediterráneo. El publicó el contenido de sus conversaciones con Eichmann bajo el título *»Lucha por un alma«*. Al principio dice: *»Mi propósito era el de salvar a aquel pecador enorme, para que no fuera al infierno: Y es estremecedor como aquel hombre, que desde su mesa de despacho asesinó a millones de personas y llevó sufrimientos increíbles sobre el mundo, declara hasta el último momento: -No necesito que alguien muera por mí. No necesito el perdón de pecados, ¡ni lo quiero!«*

¿Acaso quieres seguir las pisadas de Eichmann y morir así? ¿No? Si no lo quieres, conviértete con todo tu corazón a Jesús, el Hijo de Dios, que es el único en este mundo que puede perdonar nuestros pecados, porque ha muerto y pagado por ellos.

Cuando el pastor Hull habló con Eichmann, casi no se atrevió a ofrecer a tal hombre el perdón de sus pecados por la sangre de Jesús. ¿Fue realmente posible que tal fiera recibiera el perdón de sus pecados? ¡Sí, mil veces sí! *»La sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado«*. Pero es necesario confesarlos ante él, y luego levantar la mirada a la cruz y aceptar aquella obra como consumada personalmente por mí.

La Biblia se vale siempre de nuevas ilustraciones para mostrar, cómo es posible que el Señor Jesús, el

crucificado y resucitado -pues Jesús no se quedó en la muerte, sino que resucitó el tercer día, confío que lo sepas: El vive- cómo es posible que El perdone los pecados.

La Biblia usa el ejemplo del fiador. Un fiador se compromete a intervenir por mí si no puedo pagar. ¡Uno debe pagar! Es un principio en la vida: ¡Uno debe pagar! Y cada pecado que cometemos durante nuestra vida causa un compromiso ante Dios. La Biblia dice: *»La paga del pecado es muerte«*. Dios pide nuestra muerte por nuestro pecado. Y ahora viene Jesús y va a la muerte por nosotros, para que nosotros tuviésemos la vida. El se hace nuestro fiador ante Dios. Ahora vale: Tú pagas por tus pecados en el infierno, o vas a Jesús, diciendo: -¡Señor Jesús, quiero aceptar que tú pagaste por mí! No hay otra alternativa.

La Biblia se vale también del ejemplo del rescate. Hay un hombre que ha caído en manos de traficantes de esclavos. No tiene con qué rescatarse a sí mismo. Ahora pasa un caballero humanitario por el mercado de esclavos, y vé al esclavo. Se le enciende el corazón, y pregunta: -¿Cuánto vale? ¡Voy a rescatarle! ¿Desde qué momento está el esclavo libre? Desde el momento cuando el último marco ha sido pagado. ¡El Señor Jesús pagó, en la Calavera, la deuda tuya! Y ahora puedes aceptarlo, diciendo: - Señor Jesús, te entrego todos mis pecados, y creo que los has borrado. ¡Jesús rescata! ¡Jesús libra los esclavos del pecado!

La Biblia trae siempre nuevos ejemplos. Se vale de la imagen de la reconciliación. El pagano más lejano sabe que necesita reconciliación. Por eso todas las religiones cuentan con una multitud de sacerdotes que ofrecen sus ofrendas expiatorias. Pero Dios reconoce una sola ofrenda expiatoria: *»He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo«*.

Innumerables sacerdotes ofrecieron un sinnúmero de ofrendas. Sin embargo, Jesús mismo es el sacerdote que reconcilia con Dios. ¡Y El mismo es la ofrenda que reconcilia con Dios! Solo El puede reconciliarnos con Dios.

Otra figura es usada en la Biblia, la del lavamiento. Un cristiano escribe a otro: *«El nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre»*. ¿Conoces la historia del Hijo Pródigo, que finalmente acabó cuidando cerdos? ¡Cuántos no han acabado con los cerdos! ¡Lástima! Pero entonces el Hijo Pródigo vuelve en sí - y corre, tal como está, a casa, ¡directamente a los brazos del padre! No esperaba hasta haberse limpiado, comprado un traje y zapatos nuevos. Vino tal como estaba. Y luego el padre le limpió y vistió. Muchas personas creen que antes de hacerse cristianos deberían mejorarse. ¡Es un error catastrófico! ¡Podemos venir a Jesús en toda nuestra suciedad! Y ¡cuán sucia no está nuestra vida! ¡Ven a Jesús, tal como estás! ¡El te lavará, te limpiará! ¡El hará nuevas todas las cosas! *«La sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado»*. Así lo testimonia el apóstol Juan. ¡Y lo mismo podemos testificar también nosotros!

No puedo enumerar todas las figuras que usa la Biblia. Pero pienso que tú mismo te pondrás a leer los ejemplos de la Biblia, para que conozcas más y más aquel glorioso mensaje del perdón de los pecados.

¿Cómo enfrentar la vida si la culpa y las faltas nos acompañan constantemente? ¡Con la culpa nunca! Pero puedo enfrentar la vida cuando haya hallado a Jesús, y el perdón de mis pecados por El. Entonces se acaba mi temor y desesperación. ¡El entregarse a Jesús no es una cosa oscura y pesada! No, sino que serás llevado de la tumba del temor a la luz brillante del sol de la gracia de Dios. Y te lo deseo

de todo corazón.

Otra vez: ¿Necesitamos el perdón de pecados? ¡Sí! ¿Dónde lo encontramos? ¡En Jesús, el Salvador crucificado y resucitado!

3. ¿Cómo obtenerlo?

Quizás ahora alguien piensa -ojalá lo haga!-: -Es una maravilla. Debe ser una cosa maravillosa, el tener el perdón de los pecados. Pero ¿cómo obtenerlo? Ningún diario escribe sobre ello, tampoco me lo dicen las novelas modernas, ninguna película. ¿Cómo lo conseguiré? Es la cuestión vital: ¿Cómo lo conseguiré?

Nadie puede procurártelo. Creo que lo mejor es que vayas a un lugar tranquilo para invocar a Jesús. ¡Y que lo hagas hoy mismo! Pues El ha resucitado. ¡El vive! En la Biblia se llaman los que llegaron a la fe: *»todos los que invocan el nombre de Jesús«*. Te aconsejo que sencillamente te acerques a El y le invoques.

¿Conoces el término *»invocar«*, *»llamar«*? Oye: ¡Tú tienes una línea directa a Jesús! ¡Y hace mucho tiempo ya que está sin corriente! Tienes una línea directa a Jesús - ¡y quizás nunca hablaste con El! Es una verdadera calamidad. ¡Invócale! No hace falta marcar, dí simplemente: -¡Señor Jesús! - y ya está listo para escucharte. Pues ésto es: orar.

¿Y que dirás después? ¡Todo lo que hay en tu corazón! Díle: -Señor Jesús, en mi vida hay una relación sucia con otra persona. No sé cómo librarme. Sin embargo, sé que es pecado. Señor Jesús, ¡ayúdame!. - -Señor Jesús, tengo problemas financieros. Hace años ya que mis declaraciones de impuestos son falsas. No sé cómo salir de ello, porque de lo contrario tendría que declararme en

quiebra. Señor Jesús, ¡ayúdame! - -Señor Jesús, soy infiel a mi esposa. No encuentro ninguna salida. Señor Jesús, ¡ayúdame! Me comprenderás: Lo que no dirías a ningún hombre, lo puedes confiar al Señor Jesús, usando esta línea directa. El escucha. ¡Desembucha una vez! ¡Esta es liberación! Díle toda tu culpa.

Pregúntale: Señor Jesús, el pastor Busch dijo que por tu sangre todo se arreglará. ¿Es verdad? ¡Díselo! ¡Invócale hoy mismo! Comienza hablando por la línea descuidada durante tanto tiempo. ¡Haz calentarse la línea! Puedes hablar con El. Acércate a los que »invocan el nombre de Jesús«.

Dirás: -Le he dicho todas las cosas, ¡pero no me contesta! -¡Claro que sí, fíjate! Ahora te diré la línea por la cual te contesta. Consigue un Nuevo Testamento. Más tarde puedes leer también el Antiguo Testamento. Pero para empezar es demasiado difícil. Comienza leyendo con el Evangelio según Juan, después el de Lucas. Al principio léelo como un reportaje de una revista. Y pronto te darás cuenta: -¡Aquí habla El! Es lo que distingue la Biblia de todos los otros libros: a través de esta línea habla el Señor viviente conmigo.

Alguien me dijo: -Si quiero excuchar a Dios, voy al bosque. Le contesté: -¡Tonterías! Si voy al bosque, oigo el susurro de los árboles, los cantos de los pájaros, el murmullo del arroyo. Es muy bonito. Pero el bosque no me dice si mis pecados son perdonados, cómo obtendré un corazón nuevo, si Dios me da gracia. ¡Esto me lo dice Dios sólo en la Biblia!

Reserva cada día un cuarto de hora para Jesús. Entonces invoca al Señor Jesús y díle todo: -Señor Jesús, tengo hoy tanto trabajo. ¡Yo solo no puedo! Me comprendes: Díle todo. Y luego abre el Nuevo Testamento y lee medio capítulo. -Señor Jesús, ¡aho-

ra habla tú! Y de repente una palabra te llama la atención. Te das cuenta: -Esto me dice a mí. Subráyalo, y conviene anotar la fecha al lado de la porción.

Cuando era joven, fui una vez a una casa. Sobre el piano ví una Biblia. Cuando la abrí, ví que muchos versículos habían sido marcados en rojo y en verde con fechas al lado. Pregunté -era una familia numerosa-: -¿De quién es esta Biblia? -Pertenece a nuestra Emmi. Miré a Emmi - ¡y me casé con ella! Pues me pareció que una muchacha como ella sería la compañera ideal para mí, una muchacha que había comprendido que Jesús nos habla por esta línea, y no por cualquier otra.

Cuando la gente disputa sobre la Biblia, eso me da náuseas. Dicen: -La Biblia también ha sido escrita por hombres ... y semejantes tonterías. ¡Eso me aburre!

Durante la Primera Guerra Mundial fui, por algún tiempo, telefonista. En aquel tiempo aún no se conocía la radiotelegrafía. Teníamos aparatos pequeños, a los cuales tenían que ser conectados los hilos. Un buen día recibí orden de ir a un puesto de observación situado en una colina. Todavía no había ninguna instalación, y me metí entre la hierba alta, tratando de instalar la línea a la batería. Y entonces viene un infante levemente herido, como si estuviésemos en plena paz. Grito: -¡Hombre, échate al suelo! ¡El enemigo puede vernos! ¡En seguida tendremos fuego enemigo! Se echa al suelo, se acerca a mí, y dice: -Tuve un buen 'tiro de casa', y ahora podré regresar a casa. - Escucha, ¡qué aparato más viejo tienes! -Sí -murmuro- es un modelo viejo. -Y los bornes están totalmente flojos! -Sí, -confirmo- los bornes están flojos. -¡Y allí falta un trozo entero!, sigue. Ahora se me acaba la paciencia. - ¡Cierra el pico! ¡No tengo tiempo para escuchar tus

críticas prolijas! ¡Tengo que aguzar el oído para oír la comunicación! Otro tanto me ocurre con la Biblia. Quiero escuchar la voz de Jesús - y luego vienen los que dicen: -La Biblia ha sido escrita por hombres. Sólo puedo contestar: -¡Callaos! ¡Aquí escucho la voz de Jesús!

Me comprendes: No te dejes tomar por tonto. ¡El habla por esta línea! Y busca la comunión con otros que quieren tomar el mismo camino. Mira, cuando digo tales cosas en mis conversaciones, a veces hay quienes dicen: -¡Oh! Eso es sólo para las abuelas. Pues en la iglesia no hay sino ancianos. Y por lo tanto estoy contento que he trabajado durante más de 30 años entre la juventud, y que conozco a muchos jóvenes que pueden confirmaros lo que dije: que hay perdón de pecados, que podemos hablar con Jesús, que El contesta.

Busca la comunión con otros que cuentan con experiencias semejantes con Jesús. Sí, es posible hallar a personas que también quieren tomar el camino hacia el cielo, ¡con Jesús!

Y ahora Jesús os dice: *»Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, porque vuestra culpa y vuestras faltas os acompañan, y yo os haré descansar. Yo puedo regalaros el perdón de pecados«.*

¿COMO ENFRENTAR LA VIDA, SI LOS OTROS NOS HACEN PERDER LA CALMA?

El tema no está bien formulado: *»...si los otros nos hacen perder la calma«* - ¡pues es evidente *que* lo hacen! Hay quienes te dan la lata, ¿verdad? Creo que puedo decir con toda la razón: -¡Todos nosotros tenemos alguien que nos saca de quicio! El que otros nos saquen de quicio no es *»...si«*, sino que es el ca-

so normal. ¿Tengo razón? De verdad, la mayoría de nosotros nos crispamos los nervios unos a otros. No todos. Mi esposa, por ejemplo, no me crisa los nervios. ¡Pero hay otros, que lo hacen sobremanera! ¿A ti también? ¡Cierto que sí! Así buscamos riña con la familia, en la vecindad, con los compañeros de trabajo - y hasta dentro de los círculos cristianos hay quienes crispamos los nervios de otros. El mundo está lleno de ello, y hay muchos que podrían decir: -¡Viviría mucho mejor sin éste o aquél! El otro no nos es sólo un aguijón en nuestra carne, sino en nuestra vida. Y es necesario hablar una vez sobre este asunto. ¿Cómo enfrentar la vida si los otros nos hacen poner los nervios de punta?

Amigos, tengo que ampliar un poco todo el asunto. Mirad: Es posible que alguien emita una tosecilla, pero en realidad tiene tuberculosis. Y en tal caso pastillas contra la tos no ayudan. Se necesita un diagnóstico más exacto y una terapia eficiente. Entiendes el ejemplo, ¿verdad? Y el crispar los nervios de otros no es sino un síntoma de que todo el cuerpo está enfermo. El crispar los nervios de otros tiene causas más profundas que, por ejemplo, el vecino que no nos cae bien. Y es por eso que tengo que colocar el asunto sobre un fondo más amplio. Voy a mostraros que el crispar los nervios de otros es un símbolo de la enfermedad del ser humano.

1. El mundo en que vivimos

Mira: He sacado mi concepto del mundo de la Biblia. Y encuentro que es el único concepto posible. Pues todos los otros darán volteretas al cabo de veinte años. Y la Biblia dice: Cuando Dios creó el mundo, era perfecto. Adán no daba la lata a Eva, ni Eva a Adán. Había armonía perfecta. Y sobre todo,

el Dios viviente no alteró los nervios a los hombres, tampoco los hombres a Dios. Me comprendes: Todo iba junto: Dios y los hombres, y los hombres entre sí. Las heridas aún no existían.

Y ahora relata la Biblia que, al principio de la historia humana, sucedió una catástrofe. La Biblia lo llama: la caída en el pecado. Se cuenta que el hombre fue sometido a una tentación. No debía comer de cierto árbol. Dios lo había prohibido. Pero el árbol le atrae -pues puede elegir- y escoge el mal, la desobediencia. Toma del fruto prohibido. Y en este mismo momento, cuando se produce, al principio de la historia humana, la caída en el pecado, todo se rompe.

Rompe la comunión entre Dios y los hombres. Dios expulsa al hombre del paraíso y pone querubines ante la puerta. Desde entonces hay una separación entre Dios y nosotros. Desde entonces nos hemos enemistado con Dios - ¡y Dios con nosotros! Trata de hablar con la gente sobre Dios, y verás: ellos se ponen nerviosos: -¡Basta ya! ¡Pues ni aún se sabe si Dios existe de verdad! Existe entre Dios y nosotros un abismo terrible.

Y en aquel momento se produce también la separación entre los hombres. Esto ya se ve en los hijos de Adán y Eva. Los hombres crispan los nervios de otros.

Hay dos hermanos. Pues es posible, que hay desacuerdos, aun entre hermanos. El carácter de Caín y Abel era muy distinto. Y en el fondo ni aún se sabía por qué. Un buen día Caín, labrador de la tierra, estaba trabajando en el campo. Y luego viene Abel. Puedo imaginarme lo que piensa y siente: -¡Espero que no venga a molestarme! ¡Me da asco verle! Abel se detiene y le dirige algunas palabras. Caín se pone furioso y pega a Abel con su azada - no volviendo en sí hasta que su hermano está echado muerto a sus

pies. Amigos, somos personas civilizadas, por eso no nos matamos con azadas. Pero lee el diario, y verás que también eso es posible. Y cuando me acuerdo de los grandes procesos del Tercer Reich: En el fondo es lo mismo como en caso de Caín: -¡Aborrezco a los hombres! ¡Y así centenares de miles de personas son asesinadas! Caín vuelve en sí cuando ve a su hermano muerto. Se inquieta un poco. Pero luego cava un foso no muy hondo, echa el cadáver dentro y lo cubre con tierra. Mira alrededor y piensa: -No hay nadie. ¡Nadie lo ha visto! Esta es nuestra opinión errónea: Lo que nadie ha visto, no ha pasado. Es la política de avestruz. ¡Piensa en los oscuros secretos que la gente arrastra consigo! Caín se marcha. Se siente inquieto. De repente oye: -¡Caín! -¡Caramba! ¿Quién llama? Y luego siente escalofríos. Sabe muy bien quién ha llamado: ¡el Dios viviente! ¡El estaba presente! ¡El lo ha visto! »¡Caín! ¿Dónde está Abel tu hermano?« Caín trata de defenderse: »¡No soy niño de mi hermano! ¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?« »Caín« -dice Dios- »la voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra«.

Mira, la historia lo hace patente: Desde la caída en el pecado todo está roto. Dios crispa los nervios a Caín - al igual que se crispan los nervios entre nosotros. No podemos librarnos de nuestro prójimo, ¡ni mucho menos de Dios! Tal es el mundo en que vivimos.

2. Palabras no sirven

No, palabras no sirven. Por ejemplo, es inútil hablar del »buen Dios«. Pues entre Dios y nosotros hay un muro, un barranco. En la guerra, mientras mi casa y la mitad de nuestra ciudad de Essen estaba ardiendo, una mujer me gritó: -¡¿Cómo puede permitir su

Dios tal cosa?! Yo contesté: -Mi Dios lo puede. ¡Quizás Dios es su enemigo! Desde la caída todo está roto: ¡Dios y el hombre! Hay una separación entre Dios y nosotros y también entre nosotros los hombres. Y esa es la razón verdadera, porque los hombres nos hacen perder la calma. Si tienes una vecina que te crispa los nervios, entonces eso se debe a la caída en el pecado - y que somos hombres caídos y separados de Dios. Realmente, palabras no sirven en tal caso.

El otro día crucé la frontera suiza. En la estación fronteriza ví un bonito cartel, que decía: »¡Juntos es mejor!« Pensé: -¡Claro! ¡Pero el cartel no me ayuda, cuando alguien me saca de quicio! O hace poco ví otro cartel, que decía: »¡Sed amables los unos a los otros!« Los americanos suelen colgar por todas partes carteles con las palabras: »¡Keep smiling!« - »¡Siempre con una sonrisa!« Pero en el fondo esto no sirve. ¿Acaso no tengo razón? ¡Palabras no sirven!

Me acuerdo que, cuando era un jóven teólogo, frecuentaba una casa, en la cual toda la familia estaba enemistada entre sí. Toda la parentela vivía en el mismo pueblo y estaba totalmente enemistada. En mi entusiasmo una tarde logré reunirlos a todos y traté de reconciliarlos. Gasté saliva ... hasta que, a las once de la noche, todos estuvieron dispuestos a poner fin al asunto, y se estrecharon la mano. Me sentí muy feliz, y pensé dentro de mí: -Serás más tarde un pastor excelente, pues ya has comenzado muy bien. Muy alegre, regresé a casa y tuve un buen descanso. A la mañana siguiente encontré a una jóven mujer de los reconciliados y le dije. -¿No fue una maravilla anoche? -¿Maravilla? -replica- ¿acaso no sabe lo que pasó después? -¿Qué? -pregunté, perdiendo el color. Pues en el camino a casa empezaron de nuevo con el escándalo. ¡Y después

fue peor que antes! ¿Te ríes? Yo no me reí. De repente me dí cuenta lo terrible que es eso de la caída en el pecado, que nos hemos separado de Dios y del prójimo, y que palabras no sirven para nada.

Hay quienes me escriben: -Querido pastor, tengo familiares en tal y tal sitio que están enemistados entre sí. ¿No podría usted hacerles una visita? Suelo declinar, porque sé que el tratar de convencerlos no sirve para nada. Piensa ahora en la gente que te altera los nervios. Podría gastar mucho tiempo para convencerte - sería inútil. ¡Es de miedo! Naturalmente es ridículo de ver cómo van tales cosas. Voy a explicártelo un poco. Estoy en una familia. Y luego entra el hijo, un joven de 17 años: desgarrado, con pelo largo como los Beatles. Me doy cuenta que el padre se pone furioso. -Mírele, -díceme! El padre es un funcionario concienzudo y correcto. Puedes imaginarte la reacción del padre cuando ve a su hijo tan desaliñado. O una buena madre cristiana, pero un poco legalista. La hija se pinta los labios. La madre: -¡Cómo ella me crisa los nervios! La hija: -¡Cómo ella me crisa los nervios! ¿Acaso no es así por todas partes? Un hombre que ha pedido el divorcio, y al cual dije: -¡Lo que hace usted es pecado!, me responde: -¡Basta ya, pastor! ¡Me crisa los nervios mi mujer cuando hace ruido al tomar su sopa!

¿Lo encuentras ridículo? ¡Yo lo encuentro terrible! Dirás: -¡Son tonterías! ¿Tonterías? Son indicios de que el mundo ha caído de la mano de Dios, y que estamos viviendo en un mundo caído - ¡hombres sin Dios!

El »crisar los nervios« puede ser inaguantable. Conozco en Essen a una muchacha que sufre de esclerosis múltiple, estando totalmente paralizada por esta enfermedad terrible. Vive en una casa pequeña. Al lado vive un hombre desconsiderado que suele

ver la televisión desde las siete y media hasta las once de la noche, y que pone su aparato siempre a máximo volumen. La pobrecita enferma debe escucharlo día tras día, hora por hora, quiera o no. Un día suplicó al hombre: -¡Por favor, baje un poco su televisor! ¿Cuál fue la reacción del hombre? ¡Aumentó el ruido aún más! Imagínate: Año tras año, día tras día, hora por hora ... siempre lo mismo. ¡Miserables que somos! ¿Puedes imaginarte como aquel hombre crispera los nervios a la pobrecita? Y naturalmente también al revés. Una lucha silenciosa a través del muro.

Cuando yo era un joven pastor, tuve unos 150 jóvenes. Me puse a visitarlos uno por uno. Vivían en casas de vecindad. Cuando vine al primero - escándalo en la casa, al segundo - escándalo en la casa, al tercero - escándalo en la casa. En una reunión con mis jóvenes pedí que se levantaran todos los que no tenían escándalo en casa. Se levantaron tres o cuatro. -¡Vaya! -digo- ¿y todos los demás tienen escándalo en casa? -Sí. Luego pregunté a los que decían que no hubo escándalo en casa: -¿Y por qué no hay escándalo en vuestras casas? A lo que me respondieron: -¡Vivimos solos! Tal es la situación. ¡Y entonces hemos de ser alegres, hemos de trabajar, guardar la sangre fría! Pues si los otros constantemente nos sacan de quicio, es inaguantable.

3. Dios interviene

Si no pudiese decir otra cosa que lo que acabo de decir, entonces no me habría atrevido de hablar. Sin embargo, tengo un mensaje extraordinario, un mensaje fabuloso: En su misericordia incomprensible, el Dios viviente interviene en todo ese lío de crispase los nervios y de sacar de quicio. Todo este mundo

miserable queda al descubierto a los ojos de Dios -
¡y Dios interviene!

E interviene de una manera maravillosa. Este es el mensaje palpitante de la Biblia. El derriba el muro que hay entre El y nosotros y llega a nosotros en su Hijo Jesucristo. Y si nuestro tiempo aparta el Evangelio de Jesús a un lado como cosa sin importancia, entonces ésto no habla en contra del Evangelio de Jesús, sino que es un testimonio de la ignorancia de nuestro tiempo, porque Jesús es la única perspectiva para nosotros. ¿Qué cosa más grande ha de hacer Dios, habiendo ya destruído la pared entre El y nosotros, habiéndonos dado a su Hijo para ayudarnos en toda nuestra situación miserable, en nuestras riñas? Y cuando aparece el Hijo de Dios, el Señor Jesús, entonces cambiará toda la situación.

a) Jesús da paz para con Dios

Ahora voy a mostraros que en Jesús se reúne todo. Jesús no estaba separado de Dios. Jesús es el Hijo de Dios. El otro día me dijo alguien: -Jesús era un hombre como nosotros, a lo sumo el fundador de una religión. A lo que respondí: -Entonces usted evidentemente habla de otra persona. Estoy hablando de aquel, que dijo: *»Yo soy de arriba, vosotros sois de abajo«*. Sí, estoy hablando del Hijo de Dios, del que es muy distinto, del que es un milagro, que es la irrupción de Dios en este mundo perdido y maldito. El no está separado de Dios. Y ningún hombre le ha hecho perder la calma. Ni aun Judas, que le traicionó. Cuando alguien me traiciona a mí, entonces me crisa los nervios. Jesús amó a Judas hasta el último momento. Lee la historia de Jesús alguna vez bajo este aspecto: ¡El hombre al que nadie crisa los nervios!

Pienso en la historia maravillosa de Jesús, cuando cena con sus discípulos la noche antes de morir. Sabes: En el oriente, no es costumbre sentarse sobre sillas, sino que la mesa está rodeada de cojines. No puedo imaginarme cómo la gente podía comer en esta posición; nosotros al menos no podríamos comer acostados, usando cuchillo y tenedor. Pero ellos sí comían así. Antes se quitaban las sandalias. Era costumbre que antes de comer, los pies fueron limpiados del polvo de la calle. En aquel día los discípulos habían caminado mucho con Jesús. Ahora estaban cansados, se quitaban las sandalias y se echaron sobre los cojines. Y puedo imaginarme como Pedro mira a Juan y le da una señal discreta: -Uno debe ir a buscar agua y una esponja y lavar a los demás los pies. Hazlo tú, porque eres el más joven. ¡Me crispas los nervios, Juan, porque siempre tratas de salirte por la tangente! Pero Juan se encoge de hombros, pensando: -Pedro realmente me molesta. ¡Siempre insiste en que soy el más joven! ¿Por qué Jacobo no va a buscar agua y esponja? Y Jacobo piensa: -¿Por qué yo? Soy uno de los discípulos favoritos. ¡Que Mateo lo haga! En aquel momento todos crisan los nervios de los otros, porque todos tratan de salirse por la tangente. No quieren hacer lo que debe ser hecho. Y luego se levanta Jesús. Los discípulos quedan asustados: -¿Sería posible que El...? ¡Sí, lo hace! Entra vestido con el delantal de un esclavo, con la jofaina y la esponja - y lava los pies de todos. ¡También los de Judas! ¡También los de Pedro! ¡También los de Juan! ¡También los de Mateo! Casi hubiera dicho: ¡También los míos! He aquí Jesús, en el cual se reúne todo: Dios está en El, y El ama a los demás.

Ahora debo mostraros a Jesús -¡y cómo me gusta verle así!-, estando colgado en la cruz. Ven conmigo a la colina fuera de la puerta de Jerusalén, donde

gritan las multitudes, donde están los soldados romanos con sus lanzas, donde se elevan tres cruces. Quisiera mostrarte a Aquel que está en medio, el que lleva una corona de espinas. Amigos, allí está muriendo por vosotros, para sacaros de esta situación miserable, en la cual uno crispera los nervios de otro, para reconciliaros con Dios.

Si quieres que todo lo que hay entre Dios y ti sea eliminado, entonces ven a la cruz de Jesús. Este Jesús, que murió por ti, que resucitó por ti, es el ofrecimiento de paz de Dios. ¡Arroja todas tus dudas innumerables por la borda! ¡Y échate en los brazos de Jesús! ¡Echale todas tus relaciones antiguas y tu culpa a sus pies! Lo puedes, si mirás a la cruz de Jesús. Estréchale la mano, y dile: -¡Quiero ser tuyo! Al mismo instante habrás dado el paso hacia la paz para con Dios. Pablo dice en la epístola a los Romanos: *»Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo«*. Jesús es el ofrecimiento de paz de Dios. ¡Acéptalo! Lo más terrible es que hay personas que conocieron la oferta de la gracia de Dios, pero nunca hicieron caso de ella. ¡Es horrible! Quisiera luchar por vuestros corazones. Quisiera luchar por vuestras almas, para que aceptéis el ofrecimiento de paz de Dios.

Esta mañana tuve una conversación con algunos periodistas. Hablamos de lo que hoy en día se puede tomar todavía en serio. Les dije: -Les confieso francamente: Después de haber experimentado dos guerras y la época de los nazis ya no sé lo que debo tomar en serio. Pues todas las fantasías de los ideólogos y políticos - ¡ellos mismos no las toman en serio, y yo tampoco! Realmente no sé lo que hay entre el cielo y la tierra que se podría tomar en serio, ¡sino solamente el ofrecimiento de paz de Dios en Jesús! ¡Es lo único que puedo tomar en serio!

Pero merece la pena. Y si hay aquí jóvenes o ancianos que dicen: -Ya no podemos tomar nada en serio, entonces es el Evangelio *el* mensaje para vosotros: Pues en Jesús Dios te tomó en serio. ¡Y ahora toma tú su ofrecimiento de paz en Jesús en serio!

Mira: Jesús nos devuelve la comunión con Dios. Tu problema es que, quizás, eres »cristiano«, que pagas tu impuesto eclesástico, pero que no tienes paz para con Dios. Te diré: Jesús murió por ti y cargó con toda tu culpa, para que tú puedas venir, postrarte ante él y decir: -Señor, he aquí un pecador perdido. Ahora creo en ti. Te acepto. Y al instante tendrás la vida, la paz para con Dios.

b) Jesús da paz para con el prójimo

Donde Jesús aparece, habrá paz - no solamente con Dios, sino también con el prójimo. Entonces ya no se crispan los nervios del otro.

Ahora escuchadme bien: Entre vosotros hay gente enormemente cristiana, pero en tanto que otros todavía te molesten, algo no está bien contigo. ¿Entendido? Tal vez dirás: -¡Si conocieses a mi vecina, esa persona tan ruin! Y te contesto: -En tanto que no la ames, algo no está bien en tu vida. ¡Pues cuando Jesús entra en nuestra vida, entonces se acabó eso de los nervios débiles!

Mira: Donde Jesús aparece, El da la paz para con Dios y paz con el que te saca de quicio. Y si alguien te crispa los nervios, ¡entonces tú eres el que necesita a Jesús! Fuera de El no hay remedio. Con esas cosas tus nervios se van a destrozar. Jesús debe darte la paz para con Dios, debe ocupar tu interior - luego tampoco habrá problemas con los demás.

Tengo un íntimo amigo mío. El tiene un piso bonito, pero el dueño de la casa es una persona muy difícil y codiciosa. El otro día el dueño le escribió

una carta muy fea: ¡Usted tiene que hacer eso y aquello! ¡Y usted debe pagar eso! Mi amigo me contó: -¡Esto ya pasó de la raya! Me senté a mi escritorio para pagar en la misma moneda. Pero de repente ví, delante de mí, el rostro de Jesús, el que murió por mí - ¡y también por el dueño de la casa! Ya no pude más. Fui a verle, y le dije: -Escúcheme, ¿cree usted que es conveniente hablar de esta manera uno con otro? ¡Pues ambos somos personas inteligentes! ¿No sería mejor hablar una vez cara a cara? De verdad, le aprecio a usted. No hace falta que usted hable de esta manera conmigo. El otro fue convencido, de modo que el problema fue arreglado y el escándalo evitado. Ahora son buenos amigos, el dueño problemático y el discípulo de Jesús.

¿Me permites contar otra historia? Escucha: Conozco a un hombre llamado Dapozzo. Es un evangelista francés. Lo que le ha quedado del campo de concentración es un brazo roto. El me contó en cierta ocasión un acontecimiento que no he olvidado nunca. Dijo: -En el campo de concentración un mediodía me llamaron, para que fuera a ver al jefe de campamento. Me llevaron a una habitación, en la cual la mesa estaba puesta. Pero había un solo cubierto sobre la mesa. Yo tenía un hambre terrible. Luego el jefe del campamento tomó asiento, y le sirvieron una comida fantástica, un plato tras otro. Yo tuve que quedar en pie y ser espectador. Disfrutó de la comida, mientras yo estaba muriendo de hambre. Y eso era lo de menos. Al final le trajeron café. El puso un paquete sobre la mesa, y me dijo: '¡Mire usted, esto le ha mandado su esposa de París: pasteles!' Yo sabía la miseria que reinaba en Francia, y que mi esposa había ahorrado todo lo posible para poder hacer los pasteles. Y luego el jefe se pone a comerlos. Le suplico. 'Por favor, déme al menos uno, no quiero comerlo, sino guardarlo como

recuerdo de mi esposa'. Pero riéndose, se come el último. Era un momento cuando el crisar los nervios alcanzó el punto culminante, ¡cuando uno aborrece! Y Dapozzo prosiguió literalmente: -En aquel momento me dí cuenta lo que significa: *'El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones'*. Pude amar a aquel hombre. Pensé: '¡Pobrecito! No tienes a ninguno que te ame. ¡Te rodea sólo el odio! ¡Qué suerte tengo yo! ¡Soy un hijo de Dios!'. Me comprendes: Lo que sintió por él era compasión, misericordia. Ya no le crisa los nervios. De pronto el hombre se pone de pie y sale corriendo de la habitación. Después de la guerra, Dapozzo fue a verle. El hombre se puso pálido: -¡Usted quiere vengarse! -Sí -dijo Dapozzo- vengo a vengarme. Quiero tomar una taza de café con usted. Y en el coche he traído pasteles. ¡Ahora comemos y bebemos juntos! El hombre se estremece y comprende, que un hombre que se ha sometido a Jesús, ya no debe aborrecer, que ha sido librado del crisar los nervios, porque el amor de Dios ha sido derramado en su corazón.

Yo soy un viejo pastor en una gran ciudad. Muchas veces he escuchado los lamentos: -Me siento tan solitario. Nadie me quiere. Me aburre oírlo. Me gustaría decir: -¿Y tú? ¿Dónde está el hombre que se levante, diciendo: ¡El me ha querido!? Sabes: Lo encuentro terriblemente estúpido -perdóname este término, pero vengo de la Cuenca del Ruhr, donde no tenemos pelo en la lengua- cuando algunos lamentan constantemente: -¡No hay amor en el mundo! ¿y ellos mismos?

Cuando comprendí eso, pensé: -Yo también quisiera amar. Pero entonces me dí cuenta: ¡No podemos! Nuestro corazón es indeciblemente egoísta. Claro, hay personas que nos son simpáticas, y por lo tanto no nos cuesta mucho amarlas. ¿pero los otros,

que nos crisan los nervios?

Me acuerdo de una conversación con un obrero comunista, que me dijo: -¡Nos hemos manifestado a favor de los culis de Shanghai! A lo que le respondí: -¿Y su vecino? Su reacción: -¡Ah! ¡Cuando le encuentre a él, iré a medirle las costillas! Me entiendes: »Ama a tu lejano« - eso no es tan difícil, pero »*ama a tu prójimo*« ¡es muy complicado!

Yo creo que el mundo no cambiará sino cuando puedo amar a mi prójimo, también al testarudo, al intrigante, al peligroso que quiere dañarme. Pero nosotros no podemos. Es un regalo de Dios. Amigos, no es sencillo. Yo mismo tuve que experimentarlo: Cuando Jesús entra en nuestra vida y nos da la paz para con Dios, y luego quiere darnos también la paz con nuestro prójimo, entonces eso nos duele, porque nos muestra que nosotros crispamos mucho más los nervios de los otros que ellos los nuestros, y que para los otros es mucho más difícil aguantarnos. Desde que conozco a Jesús, me muestra que yo soy culpable para con el otro. Y entonces una cosa gana importancia: que el Salvador murió en la cruz, y que El da el perdón de los pecados.

Me comprendes: Jesús causa la revolución más grande en el mundo, ¡pero es necesario aceptarle! Y es eso que quisiera suplicarte, que no solo me escuches, sino que comiences en serio con Jesús. Es mi deseo que puedas decir: -¡He hallado a Jesús, y El me halló a mí!

TODO DEBE CAMBIAR, ¿PERO COMO?

En los días de mi juventud, se leía con entusiasmo las novelas de un autor llamado Max Eyth, que en nuestros días ha sido olvidado. En realidad era inge-

niero, y tomó su materia principalmente de los principios de la era técnica. Una novela se titulaba »Lo trágico de la profesión«. En ella describe a un joven ingeniero que cierto día obtuvo un encargo importante. Ha de construir un puente sobre un río, que más bien es un brazo de mar. Es un trabajo muy difícil, ya que el puente estaría expuesto a la influencia del flujo y reflujó del mar. Y al principio de la era técnica aún no contaban con los medios de nuestro tiempo. El joven, pues, construye el gigantesco puente. Cuando el trabajo estuvo terminado, celebraron una gran fiesta de inauguración con música, banderas y periodistas. Personajes de la alta sociedad cruzaron el puente en un tren. El joven ingeniero es el centro del interés. Todos los periódicos traen su nombre. El es un hombre de fortuna. Abre una oficina de arquitectura grande en Londres. Se casa con una muchacha rica. Tiene todo lo que le da la gana. Sin embargo, en su vida hay un secreto oscuro. Sólo su esposa lo conoce. Cada año en otoño desaparece. Viaja a su puente. Y cuando brama la tormenta, está allí, tiene miedo. Siente como la tormenta embravecida sacude los pilares de su puente. Calcula de nuevo si ha hecho los pilares con la estabilidad suficiente, si ha calculado correctamente la presión de viento sobre los pilares. Cuando las tormentas han terminado, está otra vez en Londres, es el personaje famoso que desempeña un papel importante en la vida social de la ciudad. Nadie nota que, en el fondo, tiene constantemente un temor secreto: »¿Está construido bien el puente? ¿Es suficientemente fuerte?« Estas preguntas atormentadoras son el secreto oscuro de su vida. Max Eyth describe de manera emocionante como el ingeniero otra vez observa su puente en una terrible noche de tormenta, lleno de temor. Ve como un tren cruza el puente. Ve todavía los faroles de cola. Pero de

repente han desaparecido en la tormenta desencadenada. Y ahora sabe: ¡El tren ha caído en las aguas embravecidas! El puente se ha derrumbado.

Cuando leí la historia por primera vez, siendo joven, me pasó por la mente: »¿No es ésta la historia de todo hombre?« Todos nosotros estamos construyendo el puente de nuestra vida. Y de vez en cuando, durante una noche en vela, o cuando algo nos conmueve, surge el temor: »¿He construído bien el puente de mi vida? ¿Va a resistir a las tormentas de la vida?« Y entonces nos damos cuenta: ¡No está correcto del todo! ¡El puente de nuestra vida no está completamente en orden! Este es el primer punto que os quiero enseñar:

1. Hay algo que no está claro

Como pastor en una gran ciudad he preguntado a muchos: -Dígame, ¿su vida está totalmente en regla? Y nunca he encontrado a uno que no haya llegado, por fin, a la confesión: -¿Totalmente en regla? ¡No! ¡Hay muchas cosas que deberían cambiar! Naturalmente no puedo decir dónde está el punto débil de tu vida. No obstante, todos vosotros sabéis muy bien: -¡Hay muchas cosas que deberían cambiar!

De vez en cuando nos proponemos: -¡Quiero cambiar! ¡Quiero mejorarme en ese o aquel punto! Díme: ¿Acaso crees de verdad que un hombre puede cambiar? ¡No, en el fondo el hombre no puede cambiar! La Biblia lo dice brutalmente: »¿Mudará el etíope su piel, y el leopardo sus manchas? Así también, ¿podréis vosotros hacer bien, estando habituados a hacer mal?«

El mundo está lleno de palabras y propósitos morales - pero ningún hombre puede cambiar por sí mismo. Es una palabra dura. Muchas veces me en-

cuentro, emocionado, en medio de la gente, y me doy cuenta: -¡Vosotros sabéis muy bien que el puente de vuestra vida no está en regla del todo! Luego me preguntan: -Es verdad, pero ¿qué haremos? ¡Pues no podemos cambiar! Y es así. En un impuro no puede darse un corazón puro. Los mentirosos no pueden amar la verdad. El egoísta no puede convertirse en un desinteresado; puede fingir un poco de amor, pero es y permanece siendo el egoísta de antes. Y el que no es sincero no puede transformarse en un sincero. ¡Ojalá te conocieses y supieses dónde está el punto débil de tu vida! Pero Dios puede mostrártelo.

La Biblia nos muestra una verdad estremecedora. Lo que os digo no son ideas mías, sino que lo dice la Palabra de Dios. Y mira: Ahora la Biblia trae un mensaje increíble y palpitante. Dice: El Dios viviente envió a uno al mundo que puede cambiarnos a nosotros y nuestra vida. ¡Es su propio Hijo, el Señor Jesús!

2. Todo puede cambiar

Amigos, no sé si es culpa de la iglesia que la gente opine que el cristianismo es una cosa aburrida. ¡Yo encuentro que es el mensaje más palpitante que hay: el que Dios envió a su Hijo, Jesús, al mundo para ser la única oportunidad para nosotros! Y este Jesús dice la palabra increíble: *»¡He aquí, yo hago nuevas todas las cosas!«* El, y sólo El puede cambiar a los hombres. He visto borrachos que fueron libertados. Mujeres ancianas egoístas, que atormentaban a todo el mundo con su egoísmo, fueron cambiadas y vieron también al otro. Hombres esclavizados por su impureza, fueron redimidos. ¡Jesús cambia! Jesús viene - y he aquí, ¡todas las cosas son hechas

nuevas! No es un cuento chino. Podría contaros muchísimos ejemplos.

Por eso nosotros, los que sabemos muy bien que el puente de nuestra vida no está totalmente en orden, necesitamos al Salvador. Necesitamos al Señor Jesús - no un *cristianismo*, ¡sino a *Cristo!* Me entiendes: Lo que nos hace falta no es una religión, un dogma, una religiosidad, sino el Salvador viviente. ¡Y El está ahí! Puedes invocarle todavía hoy, y decirle toda la miseria de tu vida. Este es el mensaje grandioso que tengo.

Permíteme ilustrar con un ejemplo lo que acabo de decir. Hace poco estuve durante una semana entera en Munich. Entre las curiosidades de Munich encontramos un parque gigantesco en el corazón de la ciudad, el Jardín Inglés. Como mi hotel estaba muy cerca, cada mañana dí un paseo por el parque. A mano izquierda de un puente de madera se precipita el agua sobre una presa. Y un buen día ví allí un gran trozo de madera bailando sobre el agua. Como tenía tiempo, observé la madera, que estaba siempre girando en círculo. De vez en cuando parecía como si la corriente lo arrastrase consigo. Pero entonces el remolino la cogía de nuevo. Cuando vine al día siguiente, la madera estaba todavía allí. Siempre parecía como si la madera tratase de pasar a la corriente. Pero el remolino siempre se lo impedía. ¿Puedes imaginártelo? Había una corriente viva, pero el trozo de madera seguía girando...

Tal es la vida de la mayoría de los hombres. Sigue girando siempre en el viejo círculo: los mismos pecados, las mismas miserias, la misma impiedad, la misma desesperación en el corazón. ¡Siempre la misma rutina, el mismo círculo! Pero hay una corriente, una corriente viva, que sale del Hijo de Dios, de Jesús. Este Jesús murió por nosotros en la

cruz. Crees que, si Dios hace morir a su Hijo de manera tan cruel, que ésto ha de significar algo, aun cuando no lo entiendas. ¡Mírale en espíritu! -¡Me salva también a mí! ¡Debe ser algo extraordinario! ¡No puedes pasar sin hacer caso! ¡Trata de comprenderlo! ¡Y entonces, al tercer día, Dios le levantó de la tumba! ¡De ese Jesús emana una corriente de redención! Pero nosotros somos como el trozo de madera en el Jardín Inglés, seguimos girando en torno de nosotros mismos. Yo pensé en el Jardín Inglés: -Falta muy poco, un pequeño empujón, y la madera pasa a la corriente, pero no pude alcanzarla, porque no quería caer en el agua. No somos un trozo de madera. Nosotros mismos debemos dar este paso para salir del círculo antiguo, aquel paso a la corriente de la redención que emana del Hijo de Dios. ¡Y por fin vemos que Dios nos ha dado el empujón! Debo decirte ésto: Tú mismo debes dar el paso hacia la corriente de la redención. Hay personas que se dan cuenta que Dios está atrayendo sus corazones, para que den aquel paso fuera del círculo eterno hacia la corriente de la redención que emana de Jesús.

3. De todos modos

Quisiera explicártelo por medio de algunas historias bíblicas: el apóstol Pablo había sido encarcelado en Cesarea, donde el gobernador romano tenía su residencia. Había llegado un nuevo gobernador romano llamado Festo. Un buen día ese Festo fue visitado por el rey judío Agripa y Berenice su mujer. Los dos dicen: -Escucha, Festo. Tienes aquí a un preso muy interesante llamado Pablo; nos gustaría escucharle alguna vez. Y un buen día hicieron un gran proceso espectacular contra aquel preso interesante lla-

mado Pablo. Se reunieron los prominentes militares, políticos y funcionarios. Festo, Agripa y Berenice aparecen y toman asiento en los sitios. Legionarios romanos, mucha pompa. Y luego traen al acusado, Pablo. Pero al cabo de pocos minutos la escena ha cambiado totalmente. Pablo ya no es el acusado, sino toda la sociedad alrededor de él. Y luego Pablo suelta un discurso evangelístico poderoso, en el cual explica a sus oyentes lo de Jesús. Esta vez no ha hablado tanto de pecado, sino que les presentó al Hijo de Dios ante sus ojos, que dijo: *»Si alguno tiene sed, venga a mí y beba«*. Vosotros con vuestra sed y vuestra hambre, con vuestra conciencia cargada, con vuestro anhelo de Dios y vuestra angustia mortal, escuchad: Jesús abre los brazos, y dice: *»¡Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados!«* Así lo habrá dicho Pablo. De esta manera les engrandeció al Señor Jesús. Y cuando termina, Festo declara: -Tienes realmente talento para hablar, Pablo. Pero creo que lo que dices suena un poco loco. ¡Te dejas arrastrar por tu temperamento! Festo no había entendido nada. La Biblia dice de algunos hombres: *»Se engrosó su corazón como sebo«*. Es posible: corazones untados con grasa. Entonces no absorben nada, lo rechazan todo. Quizás hay entre vosotros también quienes tienen un corazón como sebo. Así fue el Sr. Festo. Pero el rey Agripa se mostró emocionado. Y luego dice una palabra que me asusta: *»Pablo, -dice- por poco me persuades a ser cristiano«*, un discípulo de Jesús. *»Por poco«*, dice, y luego se marcha. Y todo sigue como antes. ¡Al igual que aquel trozo de madera en el Jardín Inglés! Siempre el mismo remolino, la misma rutina cotidiana, la misma vida ¡hasta llegar al infierno! Siempre la eterna canción de pecado y fariseísmo. ¿Permanece también en tu vida todo igual? ¡Entonces Jesús murió por ti en vano!

¡Entonces la resurrección de Jesús es inútil para ti! Entonces no tienes perdón, ni libertad, ni paz para con Dios. Falta un solo paso: *»Por poco me persuades a ser cristiano«*. Es de miedo: gente religiosa - sin ser hijos de Dios. Gente religiosa - ¡que va a la perdición! Gente religiosa - pero sin paz.

Y ahora quisiera mostrarte el contraste. Un buen día vino el apóstol Pablo a la ciudad europea de Filipos. Allí había de todo: un barrio de diversiones, un teatro y todo lo que pertenece a una ciudad importante. Y como tal también necesita una cárcel, Filipos contaba con una cárcel. El administrador era un ex-oficial romano, que había conseguido el tranquilo puesto quizás por causa de una antigua herida de guerra. Un día entregan a ese carcelero, así le llama la Biblia, dos presos como nunca los había tenido hasta ahora: Pablo y Silas, su compañero. Ellos habían predicado poderosamente en la ciudad. Como después de la predicación había tumultos en la ciudad, los oficiales sencillamente les hicieron azotar y encarcelar. Pablo y Silas, pues, fueron entregados al carcelero: -¡Guárdalos bien hasta mañana! Y el carcelero, un soldado bien disciplinado, dijo: -¿Guardarlos? ¡Ciertamente, lo haré! Y como contaba con una celda especial, más abajo que las otras, en la cual el agua corría por los muros, los lleva allí, y aun los asegura con cadenas. Y si me preguntáis por la religión de él, entonces contestaría: ¡Como la de la mayoría de vosotros! Creía en un buen Dios, quizás en varios buenos dioses. Sabes: En Roma tenían religiones que ni aun ellos mismos tomaban en serio. ¡Al igual que aquí! ¿Puedes imaginarte al carcelero? Y luego pasa algo muy curioso, inexplicable. Lo primero es que Pablo, a medianoche, se pone a cantar una alabanza de Jesús. Me imagino que Pablo necesitó todas aquellas horas hasta la

medianoche para aceptar el hecho de que le habían tratado injustamente, que fue cruelmente encarcelado y golpeado. Pues para un hombre es muy difícil aceptarlo. Y luego le ocurre: »¡He sido rescatado por la sangre del Señor Jesús, del Hijo de Dios! ¡Tengo paz para con Dios! ¡Estoy en su mano, también aquí!« Y de repente se pone a cantar. Y Silas le acompaña, cantando el contralto o el bajo. ¡Maravilloso! Los presos escuchan. Eran sonidos nunca oídos hasta aquel momento en esa cárcel. Amigos, estuve como preso en las cárceles de la policía secreta. Lo que se oía allí eran maldiciones, gritos, desesperación, el griterío de los guardas. Cuando una vez quise cantar un cántico, me lo prohibieron en seguida. Parece que ya habían comprendido lo peligroso que puede ser cuando un hombre canta la alabanza de Dios. En aquel tiempo aún no habían progresado tanto. Pues: Pablo y Silas cantaron. El carcelero quedó extrañado. -¡Hombre! ¿Qué cantan ellos? Guardó silencio para escuchar. -¡Cantos espirituales! ¿Es posible, que un hombre puede tomarlo en serio? ¿Aquí en la cárcel? ¡En la celda allí abajo uno debe perder todo ánimo! ¡Y ellos cantan de su Dios! ¡De repente, cuando el carcelero ya se ha acostado, un terremoto! Es de Dios. Se abren las puertas de la cárcel, las cadenas de los presos se sueltan. El carcelero salta de la cama, y luego vé: ¡Las puertas están abiertas! -¡Cielos! ¡Los presos han escapado! ¡Me van a degradar! Quiere suicidarse. Pero en aquel momento Pablo clama Pablo desde abajo: -¡No te pongas nervioso, todos estamos aquí! La Biblia no nos cuenta nada de lo que pasó dentro del carcelero, pero en aquel momento se da cuenta: -¡Hay un Dios viviente, que se identifica con sus siervos! ¡Existe un Dios viviente, contra quien he blasfemado con todo mi ser! ¡Hay un Dios viviente que debe juzgarme! ¡Hay un Dios viviente que conoce mi

pecado, todos mis secretos sucios! ¡Hay un Dios viviente - y yo estoy perdido! Se precipita a la celda de Pablo, clamando: »Señores, ¿qué debo hacer para ser salvo?« De repente se da cuenta de que su vida es como la madera en el Jardín Inglés de Munich. ¡Siempre sigue girando! En todo sigue como antes. Sin embargo, ahora le surge la cuestión vital: -¿Qué haré para pasar a la corriente de la salvación? Nosotros quizás le habríamos echado un sermón impresionante, una predicación moral. Tal vez habríamos dicho: -¡En primer lugar sácanos de aquí! Pero Pablo dice una sola frase: »Necesitas a Jesús. Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa«. El carcelero no sabe mucho. Desde lejos ha oído mencionar que ese Jesús salva de la ira de Dios, del juicio, del infierno, de la vida vieja. Me comprendes: ¡En aquel momento recibe el empujón y salta de la vida vieja - a la corriente de la redención! Ahora pertenece a Jesús. Luego la Biblia cuenta de manera maravillosa como saca a Pablo de la cárcel, como escucha lo que Pablo le cuenta de Jesús, como es bautizado en aquella misma noche. »Se regocijó con toda su casa de haber creído a Dios«. ¡Ahora había pasado a la corriente de vida! ¡Ahora había recibido la paz para con Dios!

El uno: »Por poco...« Pero el otro recibió el empujón para pasar a la corriente de la redención. ¿Y tú?

4. ¡Comienza en serio con Jesús!

»Todo debe cambiar, ¿pero cómo?« Lo más importante es: ¡Debes conocer a Jesús!

Fue poco tiempo después de la guerra. Me llamó un catedrático de un instituto: -Pastor, tengo aquí a 15 jóvenes, que sacaron el bachillerato en las

fuerzas armadas. Pero no es reconocido. Ahora han de ir otra vez a la escuela durante medio año. Son ex-subtenientes de las fuerzas aéreas, de la artillería y otros cuerpos semejantes. Naturalmente se enfadan mucho porque deben ir otra vez al colegio. ¿Sería posible que usted les dé la enseñanza religiosa? Bueno, acepté y fui - con miedo. Allí estaban sentados con sus uniformes, guerreros experimentados. -¡Buenos días!, les saludo. -Me dijeron que he de dar aquí la enseñanza religiosa. Apenas acabada mi introducción, uno se levanta y comienza a hablar: -¿Cómo puede Dios permitir tal guerra tan terrible?! Y otro: -¿Dónde está el amor de Dios? ¡El calla cuando millones de judíos son ejecutados en las cámaras de gas! Y así siguen. ¡Preguntas y preguntas se abatieron sobre mí! Por fin levanté mi mano y dije: -Uds. actúan como un ciego con la vara que camina en la niebla. ¡Es completamente inútil hablar de esta manera sobre Dios! Dios es completamente desconocido y escondido. Se ha manifestado en un solo sitio: en Jesús. Antes de seguir, debemos saber: ¿Quién es Jesús? Señores, antes de ir discutiendo es necesario que conozcan la manifestación de Dios. Y con eso nos vamos a ocupar. Por favor, traigan la próxima vez sus Biblias. Y luego leímos: *»En el principio creó Dios los cielos y la tierra«*. Leímos acerca de la caída en el pecado, del juicio de Dios sobre la humanidad apóstata. Y les impresionó a todos lo que dice la Biblia: *»Sabe, pues, y ve cuán malo y amargo es el haber dejado tú al Señor tu Dios«*. Esta palabra es verdad para las naciones, pero también para el individuo. ¡Y luego nos pusimos a leer de Jesús! Leímos en un tirón de su muerte y resurrección. Fue una hora inolvidable para mí, se produjo un silencio respetuoso, mientras uno estaba leyendo en alta voz, y los otros escuchaban. Se nos cortó la respiración cuando percibi-

mos los grandes hechos de Dios en Jesús. Entre ellos había tal emoción, que perdieron el hilo de sus discusiones tontas. Se llamaban cristianos - ¡y no tenían la más remota idea del Dios viviente, que vino a nosotros en Jesús, y que lo hizo todo por nosotros!

Y entonces: ¡Comienza en serio con ese Jesús y con su invitación!

Jesús contó una vez una parábola: Un rey hizo una fiesta de boda a su hijo. Envió a sus siervos con la invitación: *»Venid, pues todo está dispuesto«*. Pero todos comenzaron a excusarse. Uno dice: -Me gustaría venir, pero acabo de efectuar un gran negocio, y por lo tanto tengo que ocuparme de este asunto. - Me comprendes, ellos declaran: -Usted es pastor; para usted es otra cosa. Pero para un hombre de negocios es difícil ver las cosas así. - Otro se excusa: -Muchas gracias. Pero acabo de casarme. Durante la luna de miel no conviene ocuparse de tales asuntos. - No vino nadie. He tratado de imaginarme esa gente, como seguían viviendo: -En verdad hubiera tenido que ir al príncipe, pero por un inconveniente...

Otro tanto ocurre con la mayoría de vosotros: En el fondo sé que tendría que ser un hijo de Dios, pero no tengo tiempo. ¡Sí, sí, en el fondo...! Te suplico: ¡Acepta a Jesús por la fe!

Muchos dicen: -Yo tengo también una fe. ¡Es increíble lo que la gente creía durante el Tercer Reich en que la gente creía: en el *»Führer«*, en la victoria final, en las armas milagrosas etc. ¡Ya hemos creído en toda clase de cosas! Pero no basta el tener alguna fe. Lo que necesito es la paz para con Dios. Y esta paz la puedo conseguir sólo por medio de Jesús. Ahora voy a explicaros lo que significa creer:

Cuando era un joven pastor, iba en un barrio

terrible de casa en casa para hacer visitas. Por todas partes la gente cerraba las puertas de golpe, diciendo: -¡No compramos nada! Pero yo tenía el pie entre la puerta, y dije: -No quiero vender nada. Quiero regalarle algo. Soy pastor. -¡Los religiosos no nos hacen falta! Un buen día llegué a una casa. Apenas entré, me encontré en la cocina comedor. En la habitación había un joven, evidentemente muy furioso, corriendo de un lado al otro. -¡Buenos días!, digo. -¿Qué quiere? -¡Soy el pastor evangélico! -¡Vaya! ¿un cura? ¡No faltaba más! ¡Fuera de aquí! Ya no creo en nada, he perdido la confianza en la humanidad. Evidentemente estaba en una situación difícil. Le respondí: -Amigo, ¡venga a mis brazos! Pues yo también he perdido la confianza en la humanidad. Creo que vamos a entendernos muy bien. -¡Cómo!, dice, un poco perplejo. -¡Pero un pastor debe mantener la confianza en la humanidad! -¿Realmente? devuelvo la pregunta. -Lo siento mucho, pero yo he perdido la confianza en la humanidad. Estuve en la guerra. Y cuando me acuerdo de las obscenidades y la suciedad, y cómo uno mira con envidia al otro, entonces ¡no, gracias! ¡La confianza en el ser humano ha sido destruida! -¡Entonces no entiendo por qué usted es pastor! -¡Oh! -digo- recibí una nueva fe, una que no se hace trizas. -¡Entonces me gustaría saber qué clase de fe es! Y luego pude compartir el evangelio: -Es la confianza inmensa en Jesucristo, que vino al mundo como la única oportunidad. -¿Jesús? -se maravilla- ¡pero es el cristianismo! Pienso que ha pasado de moda. -¡Tonterías! ¡No ha pasado, sino que vendrá cuando toda otra clase de confianza se ha destruido!

Mi deseo es que arrojes todas tus creencias equivocadas por la borda, y que pongas tu confianza en Jesús.

Inmediatamente después de la guerra conseguí un

viejo coche del tipo Opel P4, porque quería viajar mucho. ¡Era un modelo formidable! Cuando llegué por primera vez con ese viejo coche a la casa de un amigo, exclamó: -¡Dios mío! ¡Ahora tenemos que acolchar los árboles! ¡El pastor con un coche! Disgustado, respondí: -¿Acaso crees que no sé conducir? -¡Claro que sí, pues tienes el carnet de conducir! -¡Entonces ven, sube! -No, no, mejor que no, ¡aun no he hecho testamento! contestó. En aquel momento vino mi esposa. Me dirigí a ella: -Ven, sube. Y ella subió, sin vacilar. Aun hoy está con vida. En el momento cuando dejó la tierra firme y subió a mi coche, me confió su vida. ¡Hazlo así con Jesús! ¡Confíale tu vida, incondicionalmente!

El otro día leí un reportaje estremecedor de la Segunda Guerra Mundial, como el último avión alemán aterrizó en la zona cercada por los ejércitos rusos de Stalingrado. Llenaron el avión completamente de heridos. Luego vinieron más soldados: levemente heridos, otros afectados por el frío. Todos querían subir. Pero el avión estaba completo. Y entonces se cuelgan de fuera en el aparato, por donde haya una posibilidad. El avión despega. Cuando aterrizó, todos habían desaparecido. Congelados, llevados por el viento. Sólo los que estaban dentro se salvaron.

Pensé: El Evangelio del Hijo de Dios, Jesús, que murió y resucitó por nosotros, parece al avión salvador. Con él se puede salir de la zona cercada de la perdición. Tiene abundancia de sitio. Pero hay tantos que no han entrado de verdad, sino que se colgaron por fuera. En la fiesta de Navidad asisten a la iglesia. Claro, son bautizados, también creen todo lo demás. Y cuando mueren, el pastor debe confirmar que eran buena gente. Comprendes: Se cuelgan sólo por fuera. ¡Te aseguro, que serás llevado por el viento! Sólo el que está dentro. será salvo. ¿Estás

dentro de verdad?

El infierno estará algún día lleno de personas que sabían de Jesús, pero que nunca »subieron« a él. Me entiendes: Creer en Jesús significa: subir a El. ¡Hazlo! El es el único a quien puedes confiar tu vida sin reservas.

Para terminar voy a presentaros claramente la cruz de Jesús. Acompáñame, en espíritu, a la Calavera, fuera de las puertas de Jerusalén. Allí el Hijo de Dios está colgado en la cruz. Y aquí, al pie de esta cruz, es el único lugar de este mundo donde el hombre puede hallar el perdón de sus pecados.

En la ciudad de Lübeck hay una maravillosa catedral, en la cual se encuentra un cuadro famoso de la crucifixión. Lo pintó Hans Memling en el siglo quince. Y cuando, en el año 1942, la catedral ardía en llamas después de un bombardeo, entró en la catedral ardiendo un soldado desconocido con algunos camaradas, para salvar el retablo con riesgo de su vida. Poco después de la guerra tuve que dar algunas conferencias en Lübeck. Un buen día me dice el director del museo de artes: -Tengo en mi sótano el famoso Memling. Si quiere verlo, se lo enseñaré gustosamente. Naturalmente aproveché la oportunidad. Bajamos con el director del museo y otro amigo al sótano. Un cuadro maravilloso. Soldados con lanzas sobre caballos, soldados echando los dados, una multitud abigarrada, mujeres que lloran, fariseos que se burlan. Y sobre todo ello tres cruces. Y entonces descubrí algo curioso: En medio de toda esa aglomeración de gente debajo de la cruz hay un espacio vacío. -Es curioso, -observé- que en toda esa aglomeración de gente haya un sitio vacío, directamente al pie de la cruz de Jesús. ¿En qué habrá pensado el pintor, cuando lo pintó de esta manera? Pues esos pintores de la Edad Media querían dar un mensaje con sus cuadros, de cierto modo eran

expresionistas. Y luego me explica mi amigo: -Creo que quería decir eso: Aquí, al pie de la cruz de Jesús, hay un sitio libre. ¡Para ti! Tengo que acordarme muchas veces de ese cuadro:

*En la vergonzosa cruz padeció por mí Jesús;
por la sangre que vertió mis pecados El expió;
lavará de todo mal ese puro manantial,
el que abrió por mí, Jesús en la vergonzosa cruz.*

¡NO CUENTES CONMIGO!

Cada tiempo tiene sus propias frases hechas, que se oyen siempre de nuevo, sea oportuno o inoportuno. Una de las frases más conocidas de nuestro tiempo es esta: »¡No cuentes conmigo!« Con esta palabra matamos a otros y a nosotros mismos. Verás: »¡No cuentes conmigo!« es un dicho peligrosísimo. Pero esa frase puede obtener también un significado muy positivo. Bueno, vamos a examinarla.

1. No la decimos cuando sería conveniente decirla

Hay una historia muy antigua en la Biblia que, a pesar de ello, es de suma actualidad, especialmente para nuestro tema. Voy a contársela.

Ciertamente todos vosotros ya habéis oído hablar de Abraham, aquel varón de Dios, del cual la Biblia relata ya al principio. »*Creyó Abraham a Dios, y le fue contado por justicia*«. Abraham era un hombre que sabía muy bien que hubo culpa en su vida, pero que vivió tanto bajo los ojos de Dios, que reconoció su pecado, lo confesó ante Dios y recibió, por la fe, la reconciliación con Dios. Abraham llegó un día,

con su sobrino Lot, a una situación muy crítica. La Biblia relata: *»Y Abram era riquísimo en ganado«* y también Lot, que andaba con Abram, tenía ovejas, vacas y tiendas«. Y luego: *»Y hubo contienda entre los pastores del ganado de Abram y los pastores del ganado de Lot«*. Amenaza un conflicto serio entre las dos familias. Las disputas van haciéndose más y más graves. Continuamente los pastores corren a sus amos y les relatan de las disputas, riñas y enfrentamientos verbales. La situación va agravándose. Bueno, amigos, si vosotros hubiésteis sido Abraham, el tío mucho más anciano de Lot, ¿qué habríais hecho en esa situación? Si yo hubiese sido el tío de ese Lot, le habría dicho: -¡Eso no es modo de comportarse, la manera que tus pastores tratan a los míos! ¡Lárgate! Y Lot habría contestado: -¡Jamás! ¡Tengo mis derechos! ¡Lárgate tú! Y de esta manera la contienda se habría agravado más y más. Mira: ¡Fue el momento en que el escándalo podía haberse agravado! Y en aquel momento el anciano Abraham se encuentra bajo los ojos de Dios, mira a su sobrino Lot, y piensa: -¿Contienda? ¿Escándalo? ¡No cuentes conmigo! Y luego le pone su mano sobre el hombro de Lot, y le dice: *»Querido sobrino, no haya ahora altercado entre nosotros dos, porque somos hermanos«*. Y luego le sugiere una solución al asunto, aun cuando fuese en perjuicio suyo. -¿Contienda? ¡No cuentes conmigo!

¡Hombres y mujeres presentes! os pregunto: De cierto conocéis también tales momentos, cuando alguien arremetió contra vosotros, ¿verdad? ¿Habéis también pensado: -¿Contienda? ¡No cuentes conmigo!? ¿Reaccionaste así? No, ciertamente pagaste con la misma moneda, y todavía hoy estás en discordia con aquella señora o con el vecino. Mira, la palabra *»¡no cuentes conmigo!«* habría sido conveniente. El Señor Jesús dice: *»Bienaventurados*

los pacificadores«. Todo nuestro cristianismo vale tan poco, porque en el momento crucial no decimos: -¿Contienda? ¡No cuentas conmigo!, sino que fracasamos lamentablemente.

Hay otra historia, que me agrada. ¿Conoces la historia bíblica de un joven llamado José que, cuando era niño, fue vendido por sus hermanos? Viene como esclavo a Egipto, el país más importante y poderoso de su tiempo, y con su alta cultura. Allí le compra un hombre rico llamado Potifar. Potifar tenía muchos esclavos y propiedades. José había hecho un pacto con su Dios, cuando era joven. ¡Eso sucede muchas veces! Dice al Dios viviente: -¡Quiero ser tuyo! Ahora se encuentra solo en Egipto. Ve como los otros esclavos roban y engañan. Pero él no hace como los demás. Se burlan de él. Su amo tiene confianza en él y le confía algo. Sabes: Los cristianos son personas ridículas, pero se puede tener confianza en ellos, porque no roban ni engañan. Y poco a poco Potifar le va confiando más y más hasta que, por fin, administra todos los bienes de su amo. La Biblia lo dice de una manera maravillosa, y me gusta pensar en ello: *»Potifar no se preocupaba de cosa alguna sino del pan que comía«*. Fue la única cosa que tuvo que hacer él mismo. Bueno, José era un muchacho de buena presencia. Se vestía de manera elegante. Y entonces le descubre la joven esposa de su amo. Era una mujer pagana. No le hacía falta trabajar. Sabes: La esposa de Potifar tenía esclavos para todo, y *»la ociosidad es madre de todos los vicios«*. Es realmente así. Un buen día pone sus ojos en José. Empieza a coquetar con él. José hace como si no lo viese. Y luego viene aquella escena tremenda, cuando la esposa de Potifar y José están a solas en la casa. De repente ella se deja llevar por la pasión, se acerca a José, y aferrándose a su ropa, le ruega: -¡José, duerme conmigo! Es maravilloso como

la Biblia relata que José, habiendo reflexionado un momento, dice: -¡No cuentes conmigo! ¿Adulterio? ¡No cuentes conmigo! ¡Ah! - es nuestra manera de hablar. Las personas de la Biblia hablaban de manera mucho más hermosa. José dijo: *»¿Como haría yo este gran mal, y pecaría contra Dios?«* En otras palabras: -¡No cuentes conmigo!

Estoy convencido de que todos los mayores presentes ya han pasado por tales situaciones cruciales, cuando fueron confrontados con la tentación del pecado -hoy en día ya no llamado pecado- del pecado de la impudicia. ¿También dijiste: -¡Dios me ve, no cuentes conmigo!? ¿Qué es lo que sentimos cuando vemos a José? ¡Ay! Creo que no nos hemos dado cuenta que hubiésemos tenido que decir: -¡No cuentes conmigo! ¡No!, porque existe un mandamiento de Dios que hemos de vivir puros en nuestras palabras y obras. Son pocas las veces que nos ocurrió el *»¡no cuentes conmigo!«* ¡Pero te digo, que a Dios sí ocurre! Dios no olvida ninguno de nuestros pecados. Es horrible que, en el momento decisivo, no nos ocurre la palabra *»¡no cuentes conmigo!«* ¡Y sería una palabra tan buena - cada vez que seamos tentados a quebrantar los mandamientos de Dios! Es la característica de nuestro tiempo, que los mandamientos de Dios ya no valen.

En cierta ocasión tuve que dar una conferencia en presencia de todos los pastores de Hannover en ocasión de la presentación del actual obispo. Me rogó que hablara sobre el tema siguiente: *»¿Qué es lo que hace falta a nosotros los pastores y a nuestras iglesias?«* Dije en esa conferencia: -En el fondo es una sola cosa que tengo que decir: Lo que nos falta es el temor de que podamos ir al infierno, de que Dios realmente lo toma en serio, y que Dios insiste en que sus mandamientos se obedezcan.

Es una buena palabra: -¡No cuentes conmigo! Cuando el espíritu de la época nos impulse a que pisemos los mandamientos de Dios, entonces deberíamos decir: -¡No cuentes conmigo!

Hay una historia conmovedora en la Biblia. Allí está el Hijo de Dios sobre un monte. Y el diablo -¿acaso no crees en la existencia del diablo? ¡El diablo existe, puedes estar seguro!- el diablo le muestra todos los reinos del mundo y su gloria, y dice: *»Todo esto te daré, si postrado me adorares ¡por un solo momento!«* Pero el Hijo de Dios responde: -¡No cuentes conmigo! Que lo haga todo el mundo, ¡yo nunca! El Señor Jesús lo ha dicho de una manera mucho más hermosa: *»Al Señor tu Dios adorarás«*.

¡Ojalá nos ocurra siempre con tiempo esta palabra: *»¡No cuentes conmigo!«* ¿verdad? Por desgracia no la decimos cuando deberíamos decirla.

2. La decimos cuando no conviene decirla

¡Ay! amigos, la mayoría dicen: -¡No cuentes conmigo! cuando no conviene decirlo.

Delante de mí está un muchacho, un joven estupendo, por decirlo así. Le digo: -¡Qué podrías ser si decidieses entregar tu vida al Dios viviente! -¡Ni hablar! -contesta- ¡no cuente usted conmigo!

Tratamos a Dios como... Lo voy a explicar con un ejemplo: El doctor me ha prescrito caminar cada día una hora. El otro día, pues, estuve paseándome en Essen en un camino que cruza un parque y lleva a la estación del Sur. De repente un obstáculo: en medio del camino había un viejo sofá. Evidentemente alguien ya no lo necesitaba y lo puso sin más ni más clandestinamente en el parque municipal: *»¡Que el ayuntamiento se preocupe del asunto!«*

Puedo imaginarme bien la historia de este viejo sofá: Tal vez lo habían heredado de la abuela que acababa de morir. Sin embargo, los jóvenes tienen un piso moderno con muebles modernos. -¡Oh! - clama el marido- ¿qué haremos con este sofá tan viejo? ¡Pues no cuadra con nuestro estilo de vida! Y además, ¡quién sabe qué insectos lleva consigo! Lo más sencillo es: ¡vamos a echarlo afuera! Dicho y hecho. Durante la próxima noche lo llevan al parque municipal. De la misma manera el hombre de nuestros días trata al Dios viviente. ¡Dios no cuadra con nuestro estilo de vida! ¡No cuadra con nuestra sociedad pluralista! ¡No cuadra con nuestro modo de pensar! ¿Qué haremos, pues, con Dios? ¡Vamos a depositar el mueble anticuado en la iglesia! ¡Pues ella desde luego queda cerrada durante toda la semana!

¡Amigos! - el Dios viviente no es un sofá anticuado. ¿Entendido? El Dios viviente no es un mueble viejo que podemos echar fuera de nuestra vida, porque ha pasado de moda. ¡Ojalá supieses quién es el Dios viviente! Quizás es culpa de la iglesia que Dios ha llegado a ser un problema. ¡Normalmente tendríamos que sentir escalofríos al pronunciar el nombre de »Dios«! ¡Ay! esa actitud ante El: »¡No cuentes conmigo!«

Ahora tengo que ir un poco más lejos. Mira: Poco a poco corre la voz que todo el Occidente está enfermo, no sólo físicamente de cáncer u otras enfermedades, sino psíquicamente enfermo. Sabes, lo malo es que estamos psíquicamente enfermos. ¿Sabes que la cantidad de los que sufren de melancolía aumenta cada vez más? Hay hombres de ciencia que se esfuerzan por encontrar la causa. Un médico suizo dijo algo muy inteligente: -¡Nuestro tiempo sufre gravemente de Dios! Mira: En la Edad Media la gente todavía contaba con Dios. Las grandes

catedrales dan testimonio de ello. Pero más tarde trataban de librarse de Dios. ¡Todo el marxismo no es sino un intento gigantesco de deshacerse de Dios! Hicieron un dios de la técnica, para deshacerse del Dios verdadero. Científicos escribieron bibliotecas enteras para probar que: ¡No hay Dios! Las multitudes gritaron: -¡La religión es opio para la nación! El niño más pequeño preguntó: -¿Dónde podría encontrarse Dios? - y siguió chupando su dedo. -¡Aun no le he visto, por lo tanto no existe! Realmente, se han hecho grandes esfuerzos por deshacerse de Dios.

¿Y sabes cómo está la situación hoy? ¡No lograron deshacerse de Dios! Todavía sigo buscando al ateísta que tiene realmente la valentía de declarar seriamente: -¡Dios no vive! ¡Pues tal ateísta no existe! ¡Y si pretende existir, entonces es un tonto que no merece ser tenido en cuenta! El gran fundador de la física nuclear, el profesor Max Planck, publicó poco antes de morir un folleto titulado »La religión y las ciencias naturales«. Y en ese folleto dice: »Para nosotros los científicos hoy en día es lógico que el Creador viviente se encuentra al final de todo conocimiento«. Mira: ¡No hemos logrado deshacernos de Dios!

Hace poco tuve que dar algunas conferencias en un pueblo. Cuando salí de la iglesia, ví a unos cuantos jóvenes de 20 años malgastando el tiempo. -¿Por qué no entráis? -pregunto. -¡Hum! - es la respuesta. Digo: -¡Hum! ¡Qué respuesta más rara! Te pregunto -dirijo la palabra a uno de ellos- ¿Dios vive o no? A lo que él contesta: -¡No lo sé! -¿No lo sabes? ¡Eso es terrible! O El vive, y entonces tienes que pertenecerle, o no vive, entonces retírate de la iglesia. ¿Ya has salido? -¡No! Me dirijo a otro: -¿Vive Dios? -¡Creo que sí! -Díme, ¿guardas sus mandamientos? -¡Ni hablar! Y así sigo preguntando. Ni uno de ellos se atreve a negar la existencia de Dios.

Pero tampoco había entre ellos uno que hubiera querido pertenecer totalmente a Dios. Y así es por todas partes.

Cuando voy de visita, los hombres dicen: -Yo también creo en un buen Dios, pero el asistir a la iglesia lo dejo a los otros. Me entiendes: No niegan a Dios, ¡pero tampoco quieren pertenecerle!

La cuestión por Dios queda sin solución. Y problemas no solucionados producen un complejo, una enfermedad psíquica que destruye al hombre. Nos estamos arruinando, porque no tenemos la valentía de clarificar el caso de Dios. En la iglesia están sentados diez mujeres y un hombre. ¿Dónde están los varones? Os garantizo que se están arruinando psíquicamente antes de ir al infierno, porque no tienen la valentía de pertenecer a Dios, pero tampoco pueden deshacerse de El.

En esta situación nosotros los cristianos tenemos un mensaje de interés palpitante: ¡Que Dios, al cual tratamos con tanto desprecio, ha destruido la pared que nos separa de El, y que vino a nosotros en Jesús! ¡Un Salvador divino está en el mundo! Y no sólo eso, sino que muere por nosotros en la cruz. ¿Qué debe Dios hacer más por ti, que morir en tu lugar? ¡Y luego se levanta poderosamente de entre los muertos, vence a la muerte y abre un camino a la vida. Y nosotros decimos: -Bueno, suena muy bien, lo escucho, sí, pero ¡no cuentas conmigo! ¡Tanta inconsecuencia es algo que da náuseas, náuseas psíquicas!

Cuando era un joven pastor, tuve en mi barrio un obrero que, siempre que quería hablarle de Jesús, me daba calabazas. Cuando le pregunté: -¿Cómo quiere usted morir algún día?, respondió: -¡Vaya! vosotros los curas siempre tratáis de asustarnos con la muerte! ¡No cuente conmigo! Así se opuso. Y luego el hombre muere, ¡con menos de 40 años! Una

noche me llamó su esposa. Voy corriendo, y le digo: -¡Esta es la hora cuando Jesús te llama por última vez! ¡Pero fue horrible! El quiso orar ¡y ya no pudo! Le dije palabras de la Biblia, palabras de la gracia, pero ya no le entraron. El había dicho: -¡No cuente conmigo!, y ahora Dios ya no quiso. Murió en gran desesperación - sin paz para con Dios.

Os suplico: Tomad este mensaje tan palpitante en serio: *»De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna«*. Y ese Jesús hace aún más: Dice algo muy inquietante: *»¡He aquí, yo estoy a la puerta y llamo!«* Amigos, hay varios tipos de cristianos. Hay cristianos que no son más que pagadores del impuesto eclesiástico, buena gente, pero aburridos. Hay cristianos que asisten sólo para Navidad a la iglesia. ¡Cristianos de Navidad! Hay cristianos que mandan asistir a sus esposas a la iglesia, pero ellos mismos, ¡nunca! ¡Es muy gratuito! Luego hay cristianos que dicen: -¡He sido bautizado! ¡Maravilloso! ¿pero acaso es todo? Y hay cristianos que escucharon la voz del Señor viviente: *»Estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él«* - y dicen: - ¡No cuentes conmigo! ¡Terrible! -Señor Jesús, un poco de cristianismo me parece muy bonito, ¡pero el que tú quieres conquistarme por entero es demasiado para mí! ¡No cuentes conmigo! De esta manera decimos -¡No cuentes conmigo! en el lugar equivocado.

No estarías aquí si no tuviéses cierta inclinación al cristianismo. Escucha: La gloria de Jesús no la verás sino cuando hagas caso de su llamada, cuando le abras la puerta y le recibas en tu vida.

3. Hay uno que tendría fundadas razones para decir: -¡No cuentes conmigo! - y no lo dice.

Es el mismo Señor Jesús. El de verdad tendría toda la razón para decir: -¡No cuentes conmigo! - pero no lo dice. ¡Gracias a Dios que no lo dice!

Permíteme contarte una historia. Hay un autor danés llamado Jacobson. El ha escrito una novela emocionante: »La peste en Bergamo«. Bergamo era un pueblecito italiano cerca de Ravenna, situado en una ladera, y sólo un camino rocoso llevaba hacia arriba. En aquel pueblecito, así escribe Jacobson, se declaró, en la Edad Media, la peste. ¡Horrible! De día y de noche se oye el toque a muerto. La gente ora a Dios. A gritos piden socorro. Pero todo es inútil. La peste causa aun mayores estragos. Y ya no saben lo que hacen. Gritan: -¡Dios está muerto! Sacan barriles de las tabernas, y empiezan una borrachera terrible. Los borrachos se abrazan y se juntan carnalmente, sin miramiento alguno. Comienza una orgía desesperada. Días y días. ¡Es igual! Todos los instintos se han desencadenado. Muchas veces pasa que, durante los bailes, uno se cae, negro el rostro. No hacen caso de él. La orgía sigue. »¡Comamos y bebamos, porque mañana moriremos!« Un día quedan perplejos. Oyen un cántico, un himno. Van a la puerta de la ciudad, y ven y oyen: Se acerca un grupo de penitentes por el camino rocoso y que cantan: »¡Señor, ten misericordia!« A la cabeza un joven monje, llevando una cruz de madera muy pesada. La procesión entra por la puerta de la ciudad. Los habitantes les observan y se ríen: -¡Idiotas! ¡Aquí Dios está muerto! ¡Basta ya con vuestras tontas ilusiones! ¡Dios está muerto! ¡Venid, »comamos y bebamos, porque mañana moriremos!« A la cabeza el monje con su grande cruz de madera. Las puertas de la iglesia están abiertas. Desde luego

nadie entra. Así la procesión puede entrar. El monje coloca la cruz contra una columna. Y luego sigue la multitud desenfrenada de los señalados por la muerte, gritando, burlándose. Un carnicero furioso, con su delantal sangriento, sube al altar, agita una copa de oro de la liturgia de la iglesia, y grita: - ¡Bebed! ¡Aquí Dios está muerto! De repente el pálido monje desde el púlpito dice: -Voy a contaros una cosa. Cuando le habían clavado al Hijo de Dios a la cruz, el pueblo también se puso a reírse, burlarse y de escarnecerse. ¡Y aun los dos ladrones a la derecha y a la izquierda se juntaron a ellos! Entonces dijo el Hijo de Dios: '¿Acaso he de morir por tales hombres, que son tan indiferentes ante mi muerte? ¿Acaso he de dar mi vida por ese ser humano tan sucio, que no puede ser ganado por nada?' Entonces pensó el Hijo de Dios: -¡Sin mí, no contéis conmigo! ...y arrancó los clavos en su poder divino de la madera, saltó de la cruz, les arrebató a los soldados sus vestidos, de modo que los dados se precipitaron por la cuesta del monte de Gólgota hacia abajo, se puso su vestido, subió al cielo, y dijo: '¡No contéis conmigo!' Y la cruz quedó vacía. Ahora no hay redención, ni salvación. ¡Ahora queda sólo la muerte y el infierno! Así predica el monje. Reina un silencio de muerte. El carnicero ha bajado ya del altar. Está de pie debajo del altar. La copa se le ha caído de la mano. -¡Ya no hay redención, ni salvación!... Y de repente el carnicero furioso avanza por tres pasos, y grita: -Tú, ¡vuelve a colgar al Salvador a la cruz! ¡Vuelve a colgar al Salvador a la cruz!

Amigos, el monje no ha contado los hechos como realmente sucedieron. Y es lo más emocionante, que el Hijo de Dios no dijo: -¡No cuentes conmigo!, por decirlo así, sino que está sufriendo hasta este momento en la cruz, aunque la gente dice: -El trabajo, y todas las cosas de este mundo nos

importan muchísimo más que nuestra salvación.

Y este Salvador, que sigue a todos nosotros hasta este momento, podría decir con toda la razón: -¡No contéis conmigo! ¡Haced todo lo que os da la gana! Si yo fuese Jesús, por mí todo el mundo podría ir a la ruina. Pero Jesús, el Hijo de Dios, el Salvador, no dice: -¡No cuentes conmigo!, sino que nos sigue. ¿Cuánto tiempo ha de seguirte todavía? ¿Cuándo verás, por fin, que Jesús quiere salvarte? ¿Cuándo se te abrirán los ojos, de modo que dirás: -¡Salvador mío, Redentor mío!?

El último punto lo diré brevemente:

4. Separados de mí nada podéis hacer

Sabes: Nosotros decimos: -¡Sin mí! - con signo de admiración. Jesús dijo una vez: -Sin mí - pero sin signo de admiración. La frase sigue. »*Sin mí (separados de mí) nada podéis hacer*«. Y puedes fiarte de ello, que es verdad, y que todo lo que hagas sin El, es sin valor alguno a la luz de la eternidad.

En cierta ocasión observé a algunos muchachos peleándose en la calle. Evidentemente por un descuido, un niño pequeño recibió una paliza. Todavía estoy pensando si no hubiera sido necesario intervenir de mi parte, cuando fui testigo de aquella escena. El chico escapó del tumulto. La nariz le sangraba y le corrían las lágrimas. Y cuando se hubo puesto a salvo, a una distancia de pocos metros, dio otra vez la vuelta y gritó: -¡Esperaos, lo diré a mi hermano mayor! Y yo me dí cuenta de que todo estaba en regla. El tenía un hermano mayor, al cual pudo decirlo todo, y que le ayudaría. Pensé dentro de mí: -¡Qué afortunado, tienes un hermano mayor! Y yo mismo sentí una gran alegría, porque yo

también tengo a Jesús, que me ayuda. Es maravilloso saber que El se pone de parte de los Suyos, y que dice: *»Separados de mí nada podéis hacer«*.

¡Ojalá digas a tu Salvador, que hizo tanto por ti: -¡Señor Jesús, ya no quiero hacer nada más sin ti!

¿HAY CERTEZA EN LAS COSAS RELIGIOSAS?

Una cosa es cierta: En las cosas *»religiosas«* no hay certeza. *»Religión«* quiere decir: buscar constantemente a Dios. Es una inquietud e incertidumbre incesante. Sin embargo, el *»Evangelio«* es otra cosa: ¡Dios nos busca a nosotros! Por eso conviene preguntar más bien: -¿Hay certeza en el cristianismo?

1. En cuanto a Dios nos permitimos una incertidumbre increíble

Ante todo debo decir que nosotros los hombres de hoy en día somos personas raras. El hombre más fuerte, cuando tiene una pequeña herida, corre al doctor y pregunta: -Doctor, me duele aquí. ¿Qué es? Quiere saber a qué atenerse. Otro caso: Una familia busca una criada. Y cuando se presenta una dice la señora: -Bueno, usted tendrá su propia habitación con agua fría y caliente, televisor, mueble radio. Una vez por semana usted tendrá un día libre. -Todo eso está muy bien -responde la muchacha-, ¡pero ante todo me interesa saber cuánto ganaré - en efectivo! -Paciencia, -dice la señora- sobre este punto nos pondríamos más tarde de acuerdo. -¡Ni hablar! ¡Así no acepto el puesto! ¡Antes quiero saber cuánto ganaré! ¿La muchacha tiene razón? ¡Claro

que sí! Cuando aceptamos un trabajo, entonces lo más importante es saber: -¿Cuál será mi sueldo? ¡Pues queremos saber a qué atenernos! En asuntos de dinero no permitimos ninguna incertidumbre. Sí, queremos saber a qué atenernos en todos los sectores. Sólo en el sector más importante - es decir, frente a Dios, nos contentamos con una confusión curiosa.

Hace algunos años tuve que dar algunas conferencias en Augsburg, una ciudad al sur de Alemania, en una carpa grande que habían levantado en una gran plaza cerca del barrio de diversiones. A los organizadores de la campaña se les ocurrió una idea brillante: Como en los días sábados hubo mucho desorden en las salas de fiesta alrededor de la carpa, decidieron: -¡Vamos a tener una reunión el sábado a medianoche! No lo anunciaron antes, porque de lo contrario hubieran venido todos los cristianos curiosos, que más bien habrían quedado en casa en esa reunión. Bueno, a las once y media mis amigos salieron con sus coches para recoger a los trasnochadores, que salieron de las salas de fiesta: camareros que iban a casa, camareras de bar que terminaban la jornada. Continuamente llegaron nuevos coches, descargando su carga a la entrada de la carpa. Y cuando a medianoche subí al púlpito, tuve una reunión de personas como muy pocas veces las había tenido antes. ¡Maravilloso! Algunos un poco achispados. Uno estaba directamente bajo el púlpito, gordo, con un cigarro apagado entre los labios. Sobre la cabeza tenía un sombrero, un »hongo«, como suelen decir mis hijos. -¡Bueno! -pensé- ¡espero que todo salga bien! Luego me puse a hablar. Cuando dije por primera vez la palabra »Dios«, el gordo grita: -¡Dios no existe! Todos se ríen. Y luego me incliné sobre el púlpito, y le pregunté: -¿Sabe usted con toda seguridad que no hay Dios? ¿Lo sabe cien por

ciento? Se rasca la cabeza, el hongo cambia de posición, aparta la colilla al otro lado y dice, por fin: - ¡Vaya! ¡nadie sabe algo exacto sobre ello! A lo que me reí del gordo, y le dije: -¡Claro que sí! ¡Yo lo sé exactamente! -¡Caramba! ¿Cómo puede usted saber algo exacto sobre Dios? Luego le expliqué que por Jesús conozco todo sobre Dios. De repente hubo un gran silencio en la reunión.

¿Tienes certidumbre sobre Dios? Pregunto a los cristianos: ¿Puedes decir con toda seguridad?:

*¡Qué maravilla! perdón recibí,
Cristo por gracia salvóme a mí;
mis culpas todas El las lavó,
y sólo por gracia salvo soy.*

¿Y la respuesta? -¡Espero que sí! Me entiendes: Es algo raro, que frente a Dios los incrédulos y los cristianos se contentan con una gran incertidumbre. Si en mi camino por la ciudad preguntase a los hombres: -Dígame, por favor, ¿cree usted que vive un Dios?, me contestarían: -Sí, es posible que hay uno. Pero si siguiese preguntando: -¿Y usted pertenece a Dios?, entonces me dirían: -¡No lo sé! ¡Qué incertidumbre increíble se permiten los hombres en ese campo!

Esta experiencia la hizo el otro día uno de mis jóvenes amigos. El es estudiante y se gana, durante las vacaciones semestrales, su vida como peón en la construcción. Un buen día sus colegas descubren que colabora en el trabajo entre la juventud evangélica. -¡Hombre! ¿Acaso estás con el pastor Busch? - ¡Sí! Y luego comienzan a burlarse: -¿Y los domingos asistes a la iglesia? -¡Claro que sí! -¿Todos los domingos? -¡Todos los domingos! -¿¡Todos los domingos?! ¿Estás loco? -¡Ni hablar! -dice- ¡además de ello asisto entre la semana al estudio bíblico! Debes

estar loco! Y luego viene lo usual: -¡Los curas toman a la gente por tonto! -¡El cristianismo ha fallado, aunque tuviera tiempo de sobra, casi 2.000 años! -¡Toda la Biblia no es sino un absurdo! Bueno, todos cantaban la misma canción. Pero nuestro muchacho tiene buenas espaldas y espera. Cuando todos hubieron quemado su pólvora, dice: -Dado que esa es vuestra opinión sobre el cristianismo, ¡supongo que todos os habéis retirado de la iglesia! Silencio. Y luego dice un hombre mayor: -¿Qué quieres decir con eso? ¡Hombre! yo creo también en un buen Dios. ¡Haces como si fueses el único cristiano! ¡Soy también cristiano! ¡Creo también en un buen Dios! Y los otros: -Y después de todo - ¡parece que te sientes mejor que nosotros! ¡Somos también cristianos! ¡Creemos también en un buen Dios! De repente todos gritaron al unísono: -¡Creemos también en el buen Dios! ¡Somos también cristianos! Cuando terminaron, mi amigo dijo: -Y ¿por qué entonces os estáis burlando de mí? Respuesta: -¡Ah! ¡quieres sacarnos el quicio! ¡No es posible hablar contigo!

Me entiendes: Hombres de pelo en pecho, que sin problema alguno pueden vaciar varias botellas de cerveza, al principio se burlan a voz en cuello del cristianismo, pero al poco rato dicen: -Un momento, por favor: ¡Somos también cristianos! ¡Cómo! ¿No es estremecedor? Ante Dios se permiten la más extrema incertidumbre. A veces paganos, y veces cristianos. ¿Acaso no tengo razón? Me temo que la mayoría de vosotros viven con esta incertidumbre y confusión.

2. La Biblia habla de una seguridad radiante

Quizás ahora vas a preguntar, asombrado: -Pero

pastor Busch, ¿acaso la fe cristiana tiene realmente que ver con la certidumbre? ¿No es ése el quid en el cristianismo, que uno no sabe nada y debe creerlo todo? El otro día un señor me dijo otra vez esa frase, que me aburre escuchar: -Sabe usted: Yo sé que dos por dos son cuatro, pero del cristianismo nadie sabe nada de cierto, sino que hay que creerlo todo. He aquí el concepto erróneo, de que frente a la fe cristiana uno debe meter su inteligencia en una maleta o entregarla a la encargada de guardarropas y creer todo a ciegas. La mayoría lo cree así. Uno, por ejemplo, me declara: -Pastor, ni aun vosotros mismos los cristianos estáis de acuerdo. Hay Católicos y Evangélicos, y muchos otros más. Y entre los Evangélicos hay Luteranos y Reformados, y muchos otros más. ¿Quién tiene razón? Yo creo que aun la cristiandad está, en el fondo, convencida de que el cristianismo es la cosa más vaga e incierta que existe. Pero es un error tremendo.

Mira: Sólo el Nuevo Testamento me dice lo que es el cristianismo. Y en él cada línea está llena de una seguridad radiante. ¡Créemelo! Es ridículo que la cristiandad vive en tal confusión. Pero no es culpa del cristianismo. ¡Jamás! Os lo diré en pocas palabras: Hay una seguridad enorme: ¡que Dios vive! No un Ser Supremo, ni una Providencia, ni un Destino, ni un Buen Dios, sino Dios, el Padre de Jesucristo, vive. ¿De dónde lo sé? ¡Se ha manifestado en Jesús! Ahora lo sabemos cien por cien. Abre la Biblia al azar, en ninguna parte da vueltas al problema, sino que testifica: ¡Dios vive! ¡Y se ha manifestado en Jesús! ¡El hombre que vive sin él va por mal camino!

Tengo la seguridad de que ese Dios, que puede destruir naciones, que juzgará al mundo, me ama fervientemente. Esto no lo supongo, sino que la Biblia dice, en Romanos 8: *»Estoy seguro -¡seguro! de*

que ni la muerte, ni la vida me podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro«. ¡En Jesús vino el amor de Dios a nosotros! No lo suponemos, sino que lo sabemos. ¿Dónde está el amor de Dios? Nos amó en Jesús. Los discípulos de Jesús cantan: »¡Oh, qué amor tan grande y puro ya nos reveló Jesús!« ¿Conoces tal amor?

Las personas en la Biblia recibieron la seguridad de pertenecer a Dios. David dice, en el Salmo 49: *»Dios redimirá mi vida del poder de la sepultura, porque me tomará él consigo*«. No dijo: *»Espero que me salve algún día*«, sino: *»sé que me tomará consigo*«. En otra porción leemos: *»Dios nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo*«. Los discípulos de Jesús han sido cambiados por Jesús - ¡y lo saben! *»Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida*«. *»¡Sabemos!*« ¿Puedes decirlo? *»Su Espíritu da testimonio a mi espíritu, de que soy hijo de Dios*«. *»Soy*«, dice la Biblia.

La Biblia abunda en certidumbre. Realmente es una tontería, aquella frase: *»Sé que dos por dos son cuatro, pero del cristianismo no se sabe nada exacto, sino que hay que creerlo todo*«. Pues yo sé que dos por dos son cuatro, ¡pero con mucho más seguridad sé que Dios vive! Yo sé que dos por dos son cuatro, ¡pero con mucho más seguridad sé que Dios nos ama en Jesús! Y los que se convirtieron a Jesús pueden decir: -Sabemos que dos por dos son cuatro, ¡pero con mucho más seguridad sabemos que somos hijos de Dios!

Y ahora os pregunto: ¿Dónde hay, en la cristianidad, tal seguridad radiante? ¿Dónde? ¡Ya verás que nos hemos apartado demasiado de la Biblia, y que debemos volver a ella! ¡Acaba de una vez con tal cristianismo reducido! No merece la pena tener un trozo de cristianismo. Lo que verdaderamente mere-

ce la pena es esto: ser cristiano verdadero, bíblico, entero. Esto vale la pena. Tener la seguridad de que Dios vive, que me ama fervientemente, que le pertenezco. Realmente, esto vale la pena. Todo lo demás no tiene valor.

El ser cristiano no es una caminata en la niebla fría y densa, sino que es una certidumbre radiante y firme. Voy a decirlo en otras palabras: La seguridad de un cristiano consiste en que sabe objetivamente que Dios vive, y que su manifestación en Cristo es verdad, aun cuando todo el mundo la rechace, que Jesús murió por nuestra reconciliación y resucitó para salvación de los pecadores, aun cuando nadie haga caso de ello. Pero la seguridad de un cristiano consiste también en que sabe subjetivamente que Dios vive, que se ha manifestado en Jesús, que murió y resucitó, porque yo lo he aceptado personalmente en mi vida.

Y si diez mil catedráticos declarasen a un joven cristiano que Jesús no ha resucitado, entonces puede testificar: -Estimados diez mil señores catedráticos: *¡Yo sé que mi Redentor vive!* Y si todo el mundo se opusiera, la fe dice: *»¡Yo sé en quién he creído!*« Y si me colmasen de un sinnúmero de refutaciones científicas, contestaría: -¡Yo lo sé mejor! Si todo el mundo dudase, diría: -¡Yo tengo la seguridad! Amigos, tan cierta es la fe cristiana que se nos presenta en la Biblia.

3. ¿Tienes la certidumbre?

Ahora tengo que preguntarte: Tienes tal certidumbre? ¿O acaso te falta todavía? Si dijeras: -Creí que era cristiano, pero no lo soy. Me siento todavía confundido, entonces no habría hablado en vano. Me acuerdo que tuvimos, en Holanda, un campamento

juvenil. A los dos de la madrugada llaman a la puerta de mi habitación. Abro la puerta. Todos los jóvenes, en sus pijamas, están allí. Pregunto: -¿Qué queréis? A lo que uno dice: -Pensábamos que somos cristianos, ¡pero ahora nos hemos dado cuenta de que no lo somos! Y este hecho les había causado tal inquietud, que quisieron clarificar el asunto a las dos de la mañana. Eso ya es mucho, cuando nos damos cuenta de que todo nuestro cristianismo está muy lejos de la seguridad tan radiante que la Biblia nos muestra.

Spurgeon, el poderoso evangelista inglés, lo dijo en cierta ocasión: -La fe es un sexto sentido. Tenemos cinco sentidos para reconocer el mundo: ver, oír, palpar, saborear, olfatear. Son los cinco sentidos que nos hacen reconocer el mundo tridimensional. Uno que vive sólo con estos cinco sentidos, pregunta: -¿Dónde está Dios? No lo veo. Y tampoco veo a Jesús. ¡Por eso no lo creo! Pero cuando Dios nos ilumina por su Espíritu Santo, entonces recibimos el sexto sentido. No podemos solamente ver, oír, palpar, saborear y olfatear, sino que podemos reconocer también el otro mundo. La Biblia dice: *»Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado«*. ¡Este es el sexto sentido!

Hace poco fui a ver, en Essen, a un gran industrial. Tenía su oficina en un edificio muy alto, con vista maravillosa sobre toda la ciudad. Después de haber pasado por algunas antesalas, por fin estuve sentado frente a él. Lo que quise hablar con él se terminó pronto. Y luego entablé una conversación con él. Dijo: -¡Es muy interesante tener una vez la visita de un pastor! -Muy interesante, respondí. Luego siguió: -Dígame, pastor, después de la guerra he participado varias veces en congresos académicos, pero tengo la impresión de ... de. -¡Adelante, dígame,

tengo nervios como acero! -Tengo la impresión de que el cristianismo es una cosa muy incierta y vaga. Mire usted: Nos dieron discursos sobre los más variados temas, tales como 'El cristiano y la economía', 'El cristiano y el rearme', 'El cristiano y el desarme', 'El cristiano y el dinero', 'El cristiano y su iglesia'. Pero una cosa no nos dijeron nunca: ¡lo que es un cristiano, en el fondo! ¡Parece que ni aun ellos mismos lo saben! Allí estaba en aquella oficina de lujo, y me confronta con esas palabras: -¡Parece que ni aun ellos mismos lo saben! -¡Ah! -contesto- ¡usted está equivocado! -¡Cómo! ¿Acaso usted puede decirme lo que es un cristiano? -¡Claro que sí, -replico- se lo diré sin tapujos! Pues no hay nada de vago en el cristianismo. -¡Ah! -responde burlonamente- los unos dicen que el que no entra en conflicto con la policía, es un cristiano; los otros afirman que el que ha sido bautizado y por fin enterrado por un pastor, es un cristiano. Prosigo: - Señor director general, le diré lo que es un cristiano. ¡Escuche con atención! Un cristiano es una persona que puede decir de todo corazón: 'Yo creo que Jesucristo, Dios verdadero, engendrado por el Padre eterno, y hombre verdadero, nacido de una vírgen, es mi Señor, que me redimió a mí, hombre perdido y digno de ser condenado'. Señor director, ¡a usted, el 'hombre perdido y digno de ser condenado!' Inclino la cabeza, pues lo admitió. ¡Así somos nosotros! -Bien, -digo- que me redimió a mí, pecador perdido y digno de ser condenado, me rescató y me libró de todos los pecados, de la muerte y de la potestad del diablo. Inclino la cabeza, pues conoce la realidad. Y luego prosigo: -No con oro ni plata, sino con su sangre preciosa, con su pasión y su muerte, para adquirirme para sí. Mire usted, el que puede decir: 'Pertenezco a Jesús, El me rescató con su sangre del pecado, de la muerte y del

infierno; lo sé - aquél es un cristiano, señor director. Silencio... Y luego pregunta: -¿Cómo puedo obtenerlo? ¿Cómo puedo obtenerlo? A lo que le respondí: -Me he enterado por su secretaria que usted está a punto de salir de vacaciones. Esta tarde le mandaré un Nuevo Testamento. Llévelo consigo, lea cada día un trozo del evangelio según Juan, y ore sobre lo que haya leído. ¡Entonces lo obtendrá!

Me entiendes: El cristianismo descrito en el Nuevo Testamento es la seguridad de que las verdades objetivas son verdaderas, y que lo puedo aceptar subjetivamente por la fe y ser salvo. ¿Tienes tal certidumbre? Yo no podría vivir si no tuviese la seguridad que El me ha aceptado. El otro día pregunté a un muchacho: -Díme, ¿amas a Jesús? -Sí. -¿Sabes que El te ha aceptado, perteneces a El? -Pues en el fondo... no - ¡hay todavía tantas luchas! -¡Hombre! -digo- ¡así yo no podría vivir! ¡Pues es necesario saber si El me ha aceptado! ¡Oh! cristianos confundidos, los que ni aun sabéis si Dios existe o no, los que bien estáis enterados de vuestros asuntos de dinero, pero no sabéis nada de Dios, ¡en el fondo no sois cristianos! Según el Nuevo Testamento, cristianos son los que pueden decir: -Yo sé que Jesucristo ha llegado a ser mi Señor.

Voy a contar una hermosa anécdota, que tal vez conoces. El general von Viebahn contó, como durante una maniobra, pasaba a caballo por un bosque, y quedó enganchado en un árbol, rompiéndose su uniforme. Para un general eso no conviene. Cuando por la tarde entra en la aldea donde se encontraban, ve a algunos soldados sentados en un muro. Detiene su caballo y pregunta: -¿Hay entre vosotros un sastre? En seguida uno se presenta, se pone firme, y dice: -¡Ciertamente, señor general, soy Sastre! A lo que el general von Viebahn manda: -Entonces acompáñeme a mi hotel y repare mi uniforme! Pero

el soldado contesta: -¡No lo sé hacer, señor general!
-¡Cómo! ¡Usted me dijo que es sastre! Dispense usted, señor general, si bien me llamo Sastre, ¡pero no soy sastre! Dijo el general von Viebahn, un cristiano verdadero, cuando lo contó: -Otro tanto ocurre con la mayoría de los cristianos! En el cuestionario contestan, bajo el título de religión: 'cristiano, evangélico'. Pero en realidad deberían decir: 'Me llamo Cristiano, pero no lo soy'.

¡Oh, qué estado más miserable! Y es un estado muy peligroso, ¡porque en tal caso no son salvos! Ahora tengo que dar otro paso más:

4. ¿Cómo se puede conseguir la certidumbre?

Me preguntarás: ¿Cómo puedo obtener tal certidumbre? Podría darte muchas respuestas: Ora a Dios que te la dé. Comienza a leer la Biblia con regularidad, cada día un cuarto de hora en un lugar tranquilo. Y algo muy importante quisiera decirte: La certidumbre de fe no se obtiene por medio de la inteligencia, sino por medio de la conciencia.

Mira, cuando hoy en día se entabla una conversación sobre la Biblia, entonces se comienza a decir: -Pastor, no puedo creer, porque en la Biblia hay tantas contradicciones. -¿Contradicciones? -pregunto. -Sí, por ejemplo cuenta la Biblia: Adán y Eva tuvieron dos hijos, Caín y Abel. Caín mató a Abel, que quedó solo. Y luego fue a una tierra apartada y se buscó allí una esposa. Como ellos eran los únicos hombres sobre la tierra, ¿cómo es posible que fue a buscarse esposa? ¡No, pastor, no lo entiendo! ¡Estoy seguro que ya has oído la misma historia en cierta ocasión! ¡Con esta historia los varones alemanes tratan de escapar de Dios! En tal caso suelo decir: ¡Muy interesante! He aquí una Biblia. Dígame, por

favor, ¿dónde está escrito que Caín fue a una tierra apartada para buscar una esposa? Y luego enrojecen, avergonzados. -Escuche usted, prosigo- si usted rechaza toda la Biblia, por la cual miles de los que tienen cabeza han llegado a la fe, pues si usted quiere ser aun más inteligente, entonces supongo que habrá estudiado la Biblia a fondo. ¿Dónde está escrito? Y luego resulta que no lo saben. Suelo entonces abrirles la Biblia. Pues no está escrito tal como ellos decían, sino que dice la Biblia: *»Salió Caín de delante del Señor, y conoció a su mujer«*. Había llevado a su mujer consigo. ¿Y quién era esa mujer? Antes dice la Biblia, que Adán y Eva tuvieron muchos hijos e hijas. Fue una hermana suya. La Biblia dice explícitamente que era la voluntad de Dios que toda familia humana procediera de una sola familia. Al principio, pues, los hermanos y hermanas se casaban entre sí. Más tarde Dios prohibió el matrimonio entre hermanos. ¿Claro? ¡Claro! Declaro: -Toda su palabrería tonta se derrumba. ¿Acaso aquel hombre por eso fue convencido? ¡Ni hablar! En seguida tiene otra pregunta: -Dígame, pastor... Y luego canta la misma canción. Ya ves: Podría contestar a tal hombre cien mil preguntas -al final estaría en la misma oscuridad como antes. La fe no viene por la inteligencia, sino por la conciencia.

Uno de mis predecesores en Essen era el pastor y predicador Julius Dammann. A él vino en cierta ocasión un jóven con la misma cuestión de la mujer de Caín y otras cosas más. Dammann le dijo: -¡Amigo, Jesucristo no ha venido para contestar preguntas sútiles, sino para salvar a los pecadores! Cuando haya llegado algún día al punto de ser un pobre pecador, entonces venga otra vez. Personas con una conciencia inquieta, que saben: -Voy por mal camino, y no tengo salida, tales personas pueden llegar a creer

en el Salvador. La inteligencia sigue en tal caso por sí.

En cierta ocasión me aconteció una anécdota que voy a contaros. Hago visitas en un hospital. En una sala habían seis hombres. Me reciben amablemente: -Nos alegra mucho, pastor, que usted venga a vernos. Tenemos un problema. -¡Ah, un problema! ¿cuál es? Me doy cuenta que han preparado una trampa para mí. Y luego pregunta uno de ellos: -Supongo que usted cree que Dios es todopoderoso ¿no es así? -¡Ya lo creo! -Nuestra pregunta es la siguiente: ¿Su Dios puede crear una piedra que sea tan pesada que ni aun él mismo puede levantarla? ¿Ya véis la trampa? En caso de sí, Dios no es todopoderoso, en caso de no, tampoco. -¿Su Dios puede crear una piedra que sea tan pesada que ni aun él mismo puede levantarla? Reflexioné por un momento: ¿Se lo explicaré o no? Y luego se me acabó la paciencia, y dije: -Mi amigo, ¡dígame primero si usted ha pasado noches en vela por causa de esa cuestión! -¿Noches en vela? -pregunta, estupefacto- ¡Ni hablar! Y entonces le declaro: -Mire usted, yo tengo que hacer uso moderado de mis fuerzas. ¡Y por eso puedo contestar sólo preguntas, por las cuales la gente ha pasado noches en vela! Amigo, -prosigo- ¡hágame el favor de decirme lo que le quite el sueño! A lo que sigue la pronta respuesta: -Es el asunto con mi amiga. ¡Ella está en estado, y aún nos es imposible casarnos! -Bien, -digo- éste es el asunto que le hace pasar las noches en vela. ¡Vamos a hablar sobre ello! -Pero, -él se asombra- ¿eso acaso tiene que ver con el cristianismo? -¡Claro que sí! La cuestión de la piedra no tiene nada que ver con el cristianismo, pero el asunto de su amiga sí. Mire: ¡usted es culpable! ¡Usted ha pecado contra un mandamiento de Dios! ¡Usted ha seducido a esa muchacha! ¡Y ahora busca salir del apuro con otro

pecado aun más grande. Me entiende: ¡Usted está encadenado por el pecado, por la culpa! Y el único remedio es el de volver al Dios viviente, de arrepentirse y de decir: '¡He pecado!' Y luego hay un Salvador que puede ayudarle. El joven escucha. De repente entiende: »¡Jesús se interesa por mi conciencia cargada! ¡Jesús puede ayudarme! ¡El es el único remedio para mi vida fracasada!«

Me entenderás: El quería llegar a una solución por la inteligencia. Pero son tonterías. Cuando fue tocada su conciencia, todo se aclaró. ¿Entiendes eso? La certidumbre de nuestra salvación no la obtendremos mediante la contestación de preguntas sùtiles, sino dando razón a nuestra conciencia, y confesando: ¡He pecado! Entonces veremos al Salvador, colgado en la cruz. Y luego viene la experiencia: -¡Me ha perdonado, me ha aceptado! El camino no va por la razón, sino por la conciencia. Mira: quien quiere conseguir la certidumbre de la salvación debe, por decirlo así, arriesgar algo. En las iglesias muchas veces hay ventanas de vidrio en colores. Mirándolas de día y desde fuera, se ven negras y no se ven casi nada los colores. Pero cuando estás adentro, entonces de repente brillan los colores. Otro tanto ocurre con la fe cristiana. Mientras trato de verla desde fuera, no entiendo nada. Todo está oscuro. ¡Hay que entrar! ¡Tengo que arriesgarlo con Jesús! ¡Tengo que entregarme, confiarme a este Salvador! ¡Entonces todo se soluciona! Es un solo paso desde la muerte a la vida, y luego uno entiende de golpe todo el cristianismo.

En cierta ocasión el Señor Jesús predicó. Miles de personas vinieron a escucharle. De repente les dijo una palabra terrible: *»El que no naciere de nuevo, no puede entrar en el reino de Dios«*. ¡Vuestra naturaleza, aun la mejor, es inútil para el reino de Dios! En seguida se levantan, por detrás, algunos varones,

diciendo: -¡Vamos a marcharnos! ¡Es escandaloso lo que dice! Y luego los tres varones se marchan. Seis mujeres lo ven, y dicen: -Los hombres se marchan; ¡vámonos también! Algunos jóvenes les ven como se marchan, y dicen: -Se marchan los hombres - se marchan las mujeres; ¡venid, marchémonos también! Y poco a poco van saliendo más. ¡Debe ser terrible! Imaginen que, durante mi predicación, los oyentes se levantasen y se marchasen. Y por fin yo quedaría solo con unos pocos fieles. ¡Fue así con Jesús! Miles se marcharon mientras hablaba. Ya no querían escucharle. Se queda sólo con los doce discípulos. Si yo hubiese sido el Señor Jesús, habría suplicado: -¡Oh! ¡quedáos al menos vosotros! ¡No me desamparéis, por favor! Sin embargo, Jesús actúa de otra forma. ¿Sabes lo que dice? Dice: -Si queréis, podéis marcharos también. En el reino de Dios no hay presión. ¡El reino de Dios es el único reino sin policía! ¡El reino de Dios es lo más voluntario que existe! -Nadie os impide de marcharos, dice Jesús a sus discípulos. Cuando se marchan 6.000 personas, entonces es muy fácil correr con los demás. Y a los discípulos les hubiera gustado marcharse, y más que el Señor Jesús dijo: -¡Por favor, estáis libres de marcharos! Les abre la puerta: -¡Claro que podéis perderos! ¡Podéis ser impíos! ¡Podéis ir al infierno! ¡Lo dejo a vuestra discreción! Pero entonces Pedro queda por un momento reflexionando: -¿Y adónde iré? ¿Adónde? ¿Una vida de trabajo y fatigas, como un caballo de labor? ¿O una vida en la suciedad del pecado? ¡Y al final la muerte y el infierno! ¡Esto no vale! Pero entonces ve a Jesús, y de un instante al otro sabe: ¡Solamente una vida con Jesús merece la pena! Y así dice: *»Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos (escucha: ¡es seguridad!) que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente. ¡Nos quedamos contigo!«*

Amigos, de esta manera uno consigue la certidumbre. Considerando las alternativas de la vida, nos damos cuenta: ¡Jesús es nuestra única posibilidad! Te deseo que recibas también esta seguridad radiante: *»Nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente«*.

Para terminar voy a decir algunas palabras especiales para los que han comenzado con la fe, que han entregado sus corazones a Jesús y, a pesar de ello, dicen: -No tengo certidumbre de salvación. ¿Cómo consigo la seguridad de ser salvo? ¿Todavía veo tanto pecado en mi vida! Os diré: ¿Creéis que la seguridad de la salvación se consigue sólo cuando uno está sin pecado? ¡Entonces tendréis que esperar hasta el cielo! ¡Hasta el último aliento, hasta el último día de mi vida necesito la sangre de Jesús para el perdón de los pecados!

¿Conoces la historia del hijo pródigo? El regresó a casa, diciendo: *»¡He pecado!»* El padre le recibe, y celebran una gran fiesta. Y ahora me imagino lo siguiente: A la mañana siguiente por un descuido se le cae al hijo una taza de café al suelo. Pues después de tanto tiempo con los cerdos ya no estaba acostumbrado comer en una mesa. Se le cae, pues, la taza al suelo y se hace pedazos. Se le escapa un *»¡demonio!»* ¿Acaso el padre ahora le echa otra vez a la calle?: -¡Fuera! ¡Vuélvete a los cerdos! ¿Crees tal cosa? ¡Jamás! El padre dice: -¡Mi palabra vale! ¡Aceptado es aceptado! Naturalmente le explica: -Escucha, hijo, tal cosa no la hacemos en nuestra casa. Voy a ayudarte a acostumbrarte a las costumbres de la casa, a no maldecir más, a no tirar las tazas al suelo - ¡pero no le hace volver a los cerdos! Y mira: Cuando un hombre se entrega a Jesús, entonces descubre algo terrible: ¡La vieja naturaleza sigue existiendo! ¡Y hay todavía derrotas! Pero si sufres, después de tu conversión, una derrota, entonces no

eches la soga tras el caldero, sino arrodíllate y ora. Primero: -¡Señor, te doy las gracias que a pesar de todo te pertenezco!. Segundo: -¡Perdóname a base de tu sangre vertida! Y tercero: -¡Líbrame de mi vieja naturaleza! Pero en primer lugar: -¡Señor, te doy las gracias que sigo siendo tuyo!

Me entiendes: La seguridad de la salvación consiste en que sé: -He vuelto a casa, y ahora estoy luchando por mi santificación como uno que ha vuelto a casa, no como uno que continuamente vuelve y es echado de nuevo a la calle. Algunos predicán: -¡Es necesario escoger la salvación cada día de nuevo! Tal mensaje es algo horroroso. No hace falta que mis hijos comparezcan cada mañana ante mí para preguntar: -Papá, ¿podemos ser tus hijos también hoy? ¡Ellos *son* mis hijos! ¡Y quien ha llegado a ser un hijo de Dios, es un hijo de Dios y lucha ahora como hijo de Dios por la santificación!

Y ahora os deseo a todos esta seguridad tan radiante de los hijos de Dios.

EL CRISTIANISMO ¿ES UN ASUNTO PARTICULAR?

Muchas veces oímos la eterna canción: ¡La religión es un asunto personal! ¿Es correcto? Creo que sería mejor preguntar: El cristianismo ¿es un asunto personal? o mejor aún: El ser cristiano ¿es un asunto personal?

Antes de contestar, voy a hacer una pregunta: Imagínate una moneda de cinco marcos. ¿Qué es lo que está representado en ella? ¿Cinco o águila? ¡Los dos! Pues la moneda de cinco marcos tiene dos caras. Y otro tanto ocurre con la pregunta: El ser

cristiano ¿es un asunto personal? Respuesta: ¡Sí y no! Realmente, el ser cristiano tiene dos caras. Y donde falta una de ellas, hay algo que no está claro.

Voy a mostraros las dos caras del ser verdadero cristiano, un estado obrado por el Espíritu Santo.

1. El ser cristiano tiene una cara muy personal

Para explicarlo, voy a contaros una anécdota. Alguien me dijo una vez que soy un narrador de cuentos. A lo que respondí: -No hay nada vergonzoso en ello. Siempre temo que la gente se quede dormida en la iglesia. ¡Pero si cuento de vez en cuando una anécdota, nadie duerme! Y además toda la vida consiste de historias - y no de teorías.

En el siglo pasado vivía, cerca de la ciudad Bielefeld, un gran predicador del evangelio: Johann Heinrich Volkening. Aquella región realmente fue cambiada por las predicaciones poderosas de Volkening. Bueno, dicho Volkening fue llamado, una tarde, a la casa de un rico agricultor. Este poseía una granja grande y era un hombre trabajador y honesto. Pero a los predicadores del Evangelio les aborrecía de todo corazón. Sabéis: ¡No quería ser un pecador! ¡No le hacía falta un Salvador de los pecadores! Dijo: -¡Yo hago el bien y no temo a nadie! - Un buen día llaman a Volkening para que fuera a verle, porque el agricultor estaba enfermo de muerte. Quiere recibir la Santa Cena. Y Volkening va, un hombre alto con ojos radiantes. Se acerca a la cama del agricultor, y durante mucho rato le mira sin decir nada. Después dice: -Hinrich, temo por ti. ¡Pues tal como estás no vas al cielo, sino directamente al infierno! Lo dice, da media vuelta, y se marcha. El rico agricultor se pone furioso y se da a todos los diablos: -¡Y ése dice ser un

pastor! ¿Acaso es el amor cristiano? Cae la noche. El agricultor gravemente enfermo no puede dormir. Su conciencia le acusa: -¡Tal como estás no vas al cielo, sino directamente al infierno! ¡Y si fuese verdad! Luego vienen a su mente pecados. No había honrado a Dios. Y de vez en cuando también había dado »gato por liebre«. Su inquietud aumenta, y durante las noches siguientes se muere de miedo. ¡Qué inquietud! De repente se da cuenta que hay mucha culpa en su vida, y que de ninguna manera es un hijo de Dios. Ahora sí quiere volver. Al cabo de tres días manda otra vez a su esposa a buscar a Volkening. Ya es casi de noche. Volkening viene en seguida. El agricultor, muy inquieto dice: -Pastor, creo que tengo que cambiar mi vida. -Sí, -declara Volkening- ¡siempre despacito, en caso de apuro sí que claman, pero arrepentimiento de urgencia es arrepentimiento muerto! ¡aún no has llegado al punto! Lo dice, da media vuelta, y se marcha. El agricultor se enoja. - De cierto a vosotros os pasaría igual, ¿verdad? ¡De cierto, el pastor podría vivir desahogadamente si hablase un poco más amablemente a un un agricultor tan rico! Pues parece que el hombre va a morir pronto. Pero Volkening era un hombre que vivió en la presencia de Dios, y sabía lo que decía. Pasaron otros tres días, hasta que el agricultor se dio cuenta de toda su miseria: -¡Tengo que morir! ¿Y dónde están en mi vida amor, gozo, paz, paciencia, amabilidad, bondad, fe, mansedumbre, continencia? Durante toda una vida había despreciado al Salvador, que murió por él. Le había rechazado al que estaba, en su amor, delante de él. ¡Se veía al borde del infierno, un hombre desesperado! -Mujer, -suplica- ¡manda buscar al pastor! Ella responde: -Ya no quiero, ¡sabes que él no te ayuda! -Mujer, ¡manda buscarle! ¡Voy al infierno! La mujer va. Cuando Volkening vino, encontró a un

hombre que había comprendido: *»No os engaños; Dios no puede ser burlado; pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará«*. Volkening arrima una silla a la cama, y pregunta: -Estás en el camino al infierno, ¿verdad? -¡Sí, directamente al infierno! Y luego dice Volkening: -Hinrich, ¡vamos al Calvario! ¡Jesús murió también por ti! Y ahora le cuenta de manera amorosa cómo Jesús salva a los pecadores. Pero para eso es necesario que lleguemos primero al punto de considerarnos pecadores. Primero debemos dejar de decir: -Yo hago el bien y no temo a nadie. ¡Antes debemos ser sinceros! ¡Sólo de esta manera Jesús puede salvar! Y de repente el agricultor se da cuenta: -¡Jesús murió por mí en la cruz! ¡El pagó por mis pecados! ¡El puede darme la justicia de Dios! Y por primera vez el agricultor ora, ora de verdad: -*¡Dios, sé propicio a mí, pecador!* ¡Señor Jesús, sálvame del borde del infierno! Volkening se marcha silenciosamente. Está lleno de confianza, porque la Biblia dice por tres veces: *»Y todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo«*. Y cuando vuelve al día siguiente, encuentra a un hombre que ha hallado la paz para con Dios. -¿Cómo estás, Hinrich? E Hinrich contesta: -El me ha aceptado ¡por gracia! ¡Aconteció un milagro!

De esta manera experimentó un agricultor orgulloso su nuevo nacimiento. Y ahora fíjate: En cierta ocasión vino un hombre letrado de noche al Señor Jesús, y dijo: -Señor Jesús, me gustaría discutir contigo sobre asuntos religiosos. A lo que replicó el Señor Jesús: -¡Nada de discusiones! *¡El que no naciere de nuevo, no puede entrar en el reino de Dios!* -¿Cómo! -dice el hombre- ¡pero no puedo volver a ser un niño y entrar por segunda vez en el vientre de mi madre, y nacer! Sin embargo, Jesús insiste: *»El que naciere de agua y del Espíritu, no*

puede entrar en el reino de Dios«. Este es el aspecto personal del ser cristiano: que un hombre entra por la puerta estrecha a la vida, que nace de nuevo por aquella obra milagrosa de Dios.

Lo que digo no son cosas teológicas sin importancia, sino que se trata de tu salvación eterna. ¡Crémelo! ¡Podría ser que, cuando tú tengas que morir, no habrá un Volkening! Escucha: Para recibir el nuevo nacimiento es necesario dar la razón a Dios, admitir que eres un un pecador perdido. Para nacer de nuevo es necesario que tengamos anhelo de Jesús, único Salvador del mundo. Para nacer de nuevo es preciso que confesemos ante el Salvador: *»He pecado contra el cielo y contra ti*«. Para recibir el nuevo nacimiento es necesario que creamos: *»Su sangre me limpia de todo pecado. El paga por mí y me da la justicia de Dios*«. Para nacer de nuevo es necesario que nos entreguemos totalmente a Jesús. Y para nacer de nuevo es necesario que el Espíritu Santo te diga: *»Tú has sido aceptado*«. La Biblia lo llama *»sellado*«. ¡Sin el nuevo nacimiento no entrarás en el reino de Dios! Pero amigos, el que ha llegado a ser un hijo de Dios, lo sabe con toda seguridad. Cuando me estoy ahogando y viene uno que me saca del agua, cuando pongo pie en tierra, cuando vuelvo a respirar, ¡entonces sé que estoy salvado!

Mirad - este es el aspecto personal del cristianismo. Es una cosa que cada uno debe experimentar personalmente, para pasar de la muerte a la vida. ¡Ah! es un milagro cuando vuelvo la vista atrás para recordar lo que hizo el Señor Jesús para rescatarme. Yo vivía lejos de Dios en todos los pecados. Pero entonces Jesús entró en mi vida. Ahora le pertenezco a El, y no me importa gastar mi vida advirtiendo a la gente de la perdición y llamándolos a Jesús. Te ruego: No descanses hasta que no hayas nacido de nuevo y puedas exclamar de verdad:

*¡Qué maravilla! perdón recibí,
Cristo por gracia salvóme a mí;
Mis culpas todas El las lavó,
Y sólo por gracia salvo soy.*

Pero el nuevo nacimiento no es el fin, sino el comienzo del cristianismo personal. Desde ahora en adelante hay que practicar el cristianismo personal.

Os confieso, que a partir del día de mi conversión supe: -¡Ahora es preciso escuchar cada día la voz de mi amigo! Y de esta manera me puse a leer la Biblia. Hoy día la gente cree que sólo los pastores leen la Biblia. En Essen, donde vivo, hay cerca de mi casa un parque. Por la mañana me gusta entrar y pasearme un poco, leyendo mi Biblia. La gente que vive al lado del parque puede observarme. El otro día me dijo uno: -Muchas veces le observo cuando usted está leyendo su breviario. Son los sacerdotes católicos que suelen leer el breviario. Aquel hombre no pudo imaginarse que uno lee un libro que todo lego puede leer igualmente. ¡Pero todo el mundo puede leer la Biblia!

Cuando tengo un campamento con mis jóvenes de Essen, entonces nos reunimos antes del desayuno durante unos ratos tranquilos. Primero cantamos una canción, luego escuchamos una breve meditación. Después indico un texto bíblico, y cada uno se busca un rincón tranquilo y lee el texto para sí. Y los que aceptaron a Jesús, los que comenzaron una vida de fe, lo hacen también en casa, porque no pueden vivir sin escuchar la voz del Buen Pastor y sin hablar con El. Y ahora os invito a estimular el aspecto personal de vuestro cristianismo, empezando a leer el Nuevo Testamento. ¡Un cuarto de hora tranquilo por la mañana o por la tarde! Y cuando hayas cerrado tu Nuevo Testamento, entonces junta las manos, diciendo: -Señor Jesús, ahora debo hablar

contigo. Me he propuesto para hoy muchas cosas. ¡Ayúdame! ¡Guárdame de mis pecados favoritos! ¡Dame también amor para con los demás! ¡Dame el Espíritu Santo! ¡Habla con Jesús! ¡El está presente, te escucha! También esto pertenece al aspecto personal de un cristianismo vivo, que un cristiano habla con su Señor.

El otro día dije a un señor, que había alcanzado la fe: -¡Usted necesita cada día un cuarto de hora tranquilo con Jesús! A lo que él respondió: -Pastor Busch, no soy pastor. Los pastores tienen tiempo para ello. ¿Pero yo? ¡Estoy sobrecargado de trabajo! Le dije: -Escúcheme: ¿No es así que usted no da abasto al día? -Usted tiene razón, -admitió-. -¡Fíjese! ¡La razón es que usted no se permite el rato tranquilo por la mañana! Acostúmbrese a hablar por la mañana con Jesús, a leer algunos versículos del Evangelio y a orar otra vez sobre ellos, entonces usted verá como el trabajo le sale como pan comido. ¡Cuánto más trabajo usted tenga, tanto más necesario le es aquel rato tranquilo por la mañana! Más tarde usted quizás necesita media hora, durante la cual usted puede presentarle a su Salvador todas las cosas que le inquieten. Y de repente todo va mejor. Estoy hablando por experiencia. Pues a veces también a mí me ocurre así. Me levanto de la cama, y ya suena el teléfono. Luego el periódico. Otra vez el teléfono. El primer visitante. Durante todo el día me siento nervioso. Nada me sale bien. De repente me ocurre: '¡Ah, aún no he hablado con Jesús! ¡Y tampoco le dejé hablar a mí! ¡Claro que no puede salir bien!

Entiendes: La comunión íntima con Jesús forma parte del cristianismo personal. Otra cosa que pertenece al cristianismo personal es que tenemos que crucificar nuestra carne y sangre cada día. Durante mi vida he hablado con un sinnúmero de personas. Y en

el fondo todos tenían quejas. Las mujeres se quejan de sus maridos. Los maridos se quejan de sus mujeres. Los padres se quejan de sus hijos. Los hijos se quejan de sus padres. Haz alguna vez este experimento: Cuando señalo con mi dedo índice a otra persona: -¡El tiene la culpa de que no soy feliz!, ¡entonces al mismo instante siempre señalan tres a mí mismo! Creeme: Una vez que tengas este rato tranquilo, Jesús te mostrará que toda tu miseria se debe a ti mismo. Tu matrimonio no es feliz, porque no vives bajo las miradas de Dios. Tu negocio no sale bien, porque trabajas sin Dios. Los cristianos deben aprender cada día a crucificar su naturaleza.

Voy a hablar de manera muy personal. Mira: Acabo de tener un retiro de ocho días con 50 colaboradores de mi trabajo entre la juventud de Essen. Fue una experiencia maravillosa. Nos sentimos tan felices que no es posible describirlo. Tuvimos tanta bendición. Y sin embargo, de vez en cuando surgieron problemas. Pero antes de celebrar el último día la Santa Cena, aconteció que uno se acercó al otro, y le dijo: -¡Perdóname! Yo mismo tuve que ir a tres otros, y decir: -¡Perdóname que te increpé el otro día tanto! Uno me respondió: -¡Pero usted tenía razón! -A pesar de ello: ¡perdóname! -le supliqué. Me entenderás. A mí me cuesta cuando tengo que humillarme frente a jóvenes de 20 años. Pero no hallé descanso hasta que no lo hube hecho.

Cuando tengas un tiempo tranquilo con Jesús, entonces aprenderás a crucificar tu naturaleza cada día de nuevo. ¡Y luego la vida se vuelve feliz! Esto es uno de los aspectos más personales del cristianismo. Y si no sabes nada de ello, ¡entonces te suplico que dejes de llamarte cristiano!

Mira: Cuando voy por la calle, entonces muchas veces pienso lo siguiente: Toda la gente que se encuentra conmigo, piensa que es cristiana. Si ahora

abordase a alguien, y preguntase: -Me permite, ¿es usted cristiano?, entonces me contestaría: -¡Claro que sí! ¡No soy mahometano! Pero si insistiese preguntando: -Escúcheme, ¿le ha acontecido alguna vez que usted no pudo dormir por el gozo de ser un cristiano?, entonces diría: -¿Acaso usted es un loco? ¿No es así? Cristianos sin tener el gozo de ser cristiano. Al momento de experimentar el nuevo nacimiento, sabrás lo que significa: *»Regocijaos en el Señor siempre. Otra vez digo: ¡Regocijaos!«*

Amigos, el otro día dije a mis jóvenes una palabra maravillosa de la Biblia: *»Mas a vosotros los que teméis mi nombre, nacerá el Sol de justicia -o sea Jesús-, y en sus alas traerá salvación«*. ¡Qué cosa más hermosa! ¿Y sabéis como sigue? Así: *»y saldréis, y saltaréis como becerros de la manada«*. ¡Maravilloso! Pero muy pocas veces encuentro cristianos que no caben en sí de gozo de su Salvador, que *»saltan como becerros de la manada«*. ¿Cuál es la razón? ¡La razón es que no somos cristianos verdaderos! Me acuerdo de mi querida madre. Ella siempre mostraba algo de este gozo incontenible del Señor. Y pienso en muchos otros más que conocí como cristianos alegres. Cuanto más sigo envejeciendo, tanto más me gustaría conocer este gozo en el Señor. ¡Pero para ello es necesario vivir como cristiano y no ser tan sólo un poco religioso!

Este es un aspecto del cristianismo. *»Ser cristiano ¿es un asunto personal?«* Sí, ¡muy personal! Pero ahora viene la otra cara de la moneda. Un cristianismo verdadero y vivo tiene también una cara muy pública que todos pueden ver.

2. El cristianismo es un asunto público

El aspecto público del cristianismo en primer lugar

significa que uno se identifica con la comunidad de los cristianos. Lo que digo ahora es muy importante: Los cristianos verdaderos se unen con otros que quieren salvarse también.

Todos los domingos se realizan reuniones. ¿Por qué no estás presente? Acaso dices: -Suelo escuchar el culto en la radio. En este punto no quiero hablar de los enfermos, que gozan de las emisiones cristianas de la radio. Pero si tu prefieres la radio, en lugar de las reuniones de los cristianos, ¡entonces todo tu cristianismo es una cosa miserable!

Alrededor del año 300 después de J.C. -hace mucho tiempo, pues- un hombre extraordinario ocupaba el trono de los Césares Romanos: Diocleciano. Había sido esclavo, más tarde fue puesto en libertad e hizo carrera a fuerza de trabajo hasta ser César del Imperio Romano. En aquel tiempo el cristianismo ya era muy popular. El Emperador Diocleciano sabía bien que sus predecesores habían perseguido a los cristianos. Pero dijo dentro de sí: -No soy tan necio de perseguir a la mejor gente. ¡Que crean lo que quieren! Cada uno puede tener la religión que le guste. Era un punto de vista extraordinario para un César y, de cierto modo, un punto de vista muy bueno, pues se sabe que a los príncipes generalmente les gusta dominar también las conciencias de sus súbditos. El Emperador Diocleciano tuvo un co-regente más joven llamado Galerio. Algún día sería su sucesor en el trono. Y ese Galerio dijo un buen día a Diocleciano: -Escucha, Diocleciano. Habrá una gran confusión cuando los cristianos aumenten sobremanera. Pues siempre están hablando de su rey: Jesús. ¡Tenemos que hacer algo contra ellos! -¡Ay! -respondió Diocleciano- ¡déjame en paz con eso! Hace 250 años que mis predecesores van persiguiendo a los cristianos, y no se arreglan con ellos. Por eso yo prefiero no meterme con ellos -

¡una decisión prudente! Pero Galerio volvió a la carga: -De acuerdo, pero los cristianos son personas especiales. Pretenden que son los únicos que tienen el Espíritu Santo. Son tipos arrogantes. ¡Debes tomar medidas contra ellos! Diocleciano se negó de nuevo a perseguir a los cristianos. Pero aquel Galerio siguió importundándole con incesantes ruegos. Y por fin Diocleciano recogió velas, diciendo: -Bueno, de acuerdo, vamos a prohibir solamente las reuniones cristianas. Entonces decretaron: -Cada uno que quiera, puede ser cristiano. Pero bajo pena de muerte se prohíbe a los cristianos reunirse. En privado cada uno podía ser cristiano, pero no se les permitía reunirse. Los ancianos de los cristianos se reunieron para consultarse en cuanto a la nueva situación: -¿Qué haremos? ¿No convendría ser flexibles y ceder? Pues en casa cada uno puede hacer lo que quiera. ¡Nadie se lo va a impedir! Y ahora es muy interesante ver lo que decían los cristianos de aquel tiempo de persecución: -Las reuniones para orar, cantar, predicar, escuchar y ofrendar son parte integrante del cristianismo. ¡Seguiremos! Y siguieron reuniéndose en la iglesia. Galerio triunfó: -¡Fíjate, Diocleciano! ¡Ellos son enemigos públicos! ¡No pueden obedecer! Y luego estalló una de las persecuciones más crueles que hubo jamás. Muchos cedían, diciendo: -¡Uno puede ser cristiano también en casa! ¡Ya no asistimos a las reuniones!, salvando así su vida. Pero la iglesia de los cristianos decía: -Son apóstatas. Quien no asiste a la reunión cristiana, ha renegado.

Sería necesario decirlo alguna vez a los cristianos de nuestros días. Hay muchos tales apóstatas en la cristiandad de hoy en día. Los cristianos de aquel tiempo tuvieron razón cuando se opusieron al decreto del Emperador. La Biblia dice claramente: *«...¡no dejando de reunirnos, como algunos tienen por cos-*

tumbre!« Hoy tendríamos que decir: »...¡como casi todos tienen por costumbre!« Y por eso ruego a todos los que quieren salvarse entre nosotros: ¡Juntáos con los que quieren ser verdaderamente cristianos!

Hay tantas posibilidades. Existen iglesias, hay círculos familiares para estudiar la Biblia, hay grupos de jóvenes cristianos. Os ruego encarecidamente: ¡Buscad comunión! El otro día me dijo un francés: -Al uno le gusta una buena comida, el otro prefiere asistir a la iglesia. ¡Así no puede ser! Es mucho más serio: El uno va al infierno, el otro se identifica con los cristianos. ¡Este es el caso! Y si quieres seguir realmente a Jesús, entonces pregunta a tu pastor: -¿Dónde puedo tener comunión? ¿Dónde puedo oír más acerca de Jesús? ¡Y asiste donde se predica realmente el Salvador! Nadie puede decir: -¡No pasa nada entre nosotros! Por todas partes hay personas que aman al Señor Jesús. Quizás son pocos, tal vez también gente extraña. ¡Pero tu cristianismo es una cosa muerta si no tienes comunión con los cristianos!

Las reuniones de los cristianos normalmente abarcan cuatro elementos: Primero cantar, segundo escuchar, tercero orar, cuarto ofrendar. Todo ello forma parte de una reunión cristiana. Así lo hacían ya los primeros cristianos. Así se manifiesta la vida de Dios.

Los cristianos se reúnen. Y la Biblia dice: *«Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos»*. Esto quiere decir: ¡El que no anhela tener comunión con otros cristianos, está espiritualmente muerto!

No puedo olvidar nunca el maravilloso comienzo que tuve cuando empecé mi servicio, en la ciudad de Bielefeld, siendo un joven candidato. Para el culto se habían reunido solamente unas pocas personas en la iglesia. Pero entonces Dios me dio la oportuni-

dad de tener, un sábado por la tarde, una discusión con los socialistas, librepensadores, hasta la una de la noche. A la una el tabernero nos echó a la calle. Estaba lloviendo. Por vez primera tuve unos cien hombres, obreros de fábrica, reunidos alrededor de mí. Nos encontramos bajo un farol. Los varones preguntaron, yo contesté. Ya habíamos llegado al grano: hablamos de Jesús, el que vino del otro mundo hacia nosotros. Hablamos del hecho de que ellos eran infelices, que no es verdad que no tienen pecado, que creen, en el fondo, que existe una eternidad y un juicio de Dios. A las dos dije: -Ahora me voy a casa. Mañana a las nueve y media tendré culto. Yo sé que vendrías si no tuviésteis miedo uno de otro. Eran westfalianos, hombres de pelo en pecho. Delante de mí el obrero B., casi 35 años de edad, un westfaliano auténtico. -¿Yo miedo? -dijo- ¡ni hablar! Pero yo le respondí: -¡Hombre, cállate la boca! ¡Qué dirían tus compañeros en la fábrica el lunes por la mañana si tú fueses el domingo a la iglesia! ¡Tienes miedo! Otra vez declaró: -¡No tengo miedo! Y otra vez dije: -¡Creo que te gustaría venir, pero...! -Está bien -dijo- ¡mañana vendré, con el libro de cánticos bajo el brazo! Y el domingo por la mañana, o sea unas pocas horas después, aquel westfaliano marcha, con el libro de cánticos bajo el brazo, por la ciudad y asiste al culto. En aquel barrio todo el mundo se conocía. El lunes por la tarde viene a mí, y me dice: -Usted tiene razón. En la fábrica se produjo un alboroto, porque fui a la iglesia. Y entonces me dí cuenta de que todo ello no es sino miedo. Gritamos por libertad y somos esclavos miserables de los hombres. Los he abandonado, y les he tirado hasta mi carnet de socio a sus pies. ¡Dígame más acerca de Jesús! El fue el primero que se convirtió.

Sabéis: Todo ello comenzó en el momento cuando él se puso a asistir a una iglesia pequeña y pobre. Y

cuando uno se mantuvo firme, otros siguieron. Se había abierto una brecha. Dios dio mucha vida en aquel tiempo. Pero lo interesante es que para aquellos obreros llegó el momento decisivo cuando vinieron a nosotros - a la comunidad de los cristianos.

Te suplico por causa de la salvación de tu alma. No soy propagandista de la iglesia o de los pastores, ni de otros grupos de cristianos y sus directores, sino que se trata en primer lugar de la salvación de tu alma-: Busca la comunión con otros cristianos. Y lo segundo, que forma parte del aspecto público del cristianismo, es ésto: confesar con la boca lo que tenemos en Jesús.

En Alemania estamos en una situación absurda. La gente piensa: -Yo pago mi impuesto religioso, y con eso se encomienda la difusión del evangelio al pastor. ¡A mí ya no me importa! A veces desearía acabar con todo eso de pagar impuestos religiosos, para que los cristianos, los discípulos de Jesús, sepan: No es solamente el trabajo del pastor, sino que nos toca a nosotros, que el nombre de Jesús sea conocido donde estemos: en la fábrica, en la oficina, en el colegio. ¿Ya has proclamado alguna vez: -¡Es verdad que Jesús vive! ¡Es pecado el vocabulario sucio! ¡Es una vergüenza delante de Dios que aquí se cuentan chistes verdes!? ¿Ya testificaste alguna vez: -¡Yo soy discípulo de Jesús!? ¡La gente será todo oídos! Os diré una cosa: ¡Hasta que no tengamos el valor de confesar a nuestro Salvador, no somos cristianos verdaderos!

Jesús dice -escúchame bien-: *»A cualquiera, pues, que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos. Y a cualquiera que me niegue delante de los hombres, yo también le negaré delante de mi Padre que está en los cielos«.* Será horrible cuando, en un día futuro, gente llamándose cristiana se presente,

diciendo: -Señor Jesús, ¡yo he creído en ti también! ... y Jesús dirá al Padre: -¡No los conozco! -Pero Señor Jesús, estuve... -¡No te conozco! ¡Tu vecino no sabía que estaba corriendo directamente al infierno! ¡Nunca le advertiste, aunque conocías el camino hacia la vida! ¡Cuando se trataba de abrir la boca y confesar a tu Salvador, entonces callaste en todos los idiomas del mundo! Entonces quizás responderás: -Pero yo me sentí tan débil en la fe. Y el Señor Jesús te dirá: -¡Entonces hubieras tenido que confesar la debilidad de tu fe! Pues también la fe más débil tiene un Salvador poderoso. Por lo demás no era necesario confesar tu fe, sino confesarme a mí. ¡No te conozco! *»Cualquiera que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos. Y cualquiera que me niegue delante de los hombres, yo también le negaré delante de mi Padre que está en los cielos«.* Es lo que dice Jesús. Y El no miente nunca. ¿Cuándo nos atreveremos a abrir la boca?

Tengo que contar una anécdota. Hace pocas semanas tuve que dar una conferencia en una ciudad de la Cuenca del Ruhr. La campaña fue organizada por un joven mecánico, mi amigo Gustavo. Este Gustavo se convirtió en un testigo alegre y poderoso de Jesús, porque aprendió a confesar a Jesús en el momento decisivo. Estaba, un lunes por la mañana, en su taller. Y luego todos rivalizaban en contar las cosas vergonzosas que habían hecho durante el domingo. Uno dice: -¡Hemos bebido hasta que la cerveza nos salió por los ojos! Otro se jacta de sus aventuras con las muchachas. -Y tú, Gustavo, ¿dónde estuviste? -Por la mañana estuve en la iglesia -respondió- y por la tarde asistí al círculo de jóvenes con el pastor Busch. Sus compañeros soltaron una risa burlona, el pobre aprendiz no sabía qué hacer. Pero de repente se le acaba la paciencia,

mientras todos, el maestro y los oficiales, le atacan, y piensa: -¿Por qué es tan fácil en la cristiandad lanzar sus desvergüenzas a los cuatro vientos, mientras que parece imposible confesar al Salvador? Y en aquel mismo momento se decide a conquistar el taller para Jesús. Empezó con los otros aprendices, y dijo a uno de ellos: -¡Tú estás en el camino hacia el infierno! Ven conmigo al círculo de jóvenes. ¡Allí vas a escuchar acerca de Jesús! Cuando, después de haber pasado el examen de maestría, abandonó el taller, todo había cambiado. Yo mismo me he cerciorado de ello. Todos los aprendices pertenecían a nuestro círculo de jóvenes. Tres de los oficiales eran miembros de la Asociación Cristiana de Jóvenes. En el taller nadie se atreve a contar chistes verdes. Y cuando entró uno nuevo y trató de decir obscenidades, le advirtieron: -¡Cállate, hombre! ¡Gustavo viene! Tuvieron respeto a Gustavo. Hoy tiene un trabajo maravilloso y dirige un gran taller de automóviles. Dios le ha bendecido, también exteriormente.

Otra vez pregunto: ¿Dónde están los cristianos que tienen la valentía a abrir la boca para confesar a su Señor? Pues a medida que lo hagamos, vamos a crecer interiormente. El cristianismo ¿es un asunto particular? ¡Jamás! ¡Debemos al mundo el testimonio de Jesús! ¡Rompe tu silencio miserable! ¡Pues de lo contrario Jesús no te conocerá en el día del juicio!

Cuando, en el Tercer Reich, mis muchachos de 16 o 17 años fueron llamados en masa a filas, yo solía regalar a cada uno de ellos una pequeña Biblia y decirles: -¡Cuidado cuando entréis en el servicio de cuartel! Poned la Biblia la primera tarde sobre la mesa, abridla publicamente y leed en ella. La consecuencia será un ruido infernal. Pero al día siguiente todo se habrá arreglado. Si no lo hacéis el primer día, habréis perdido. ¡Y los chicos lo hicieron! El

primer día pusieron la Biblia sobre la mesa. -¿Qué estás leyendo? -¡La Biblia! Cada vez fue como una granada de mano, pues en la cristiandad alemana es posible leer todas las porquerías, ¡salvo la Biblia! Y luego le acontece a mi amigo Paul -desgraciadamente cayó más tarde- que descubre a la mañana siguiente, cuando abre su armario, que su Biblia ha desaparecido. Mira alrededor. Uno se ríe irónicamente, los otros también. -¿Habéis quitado mi Biblia? -¡Hum...! -¿Dónde tenéis mi Biblia? -¡La tiene el Sargento Primero! Ahora sabe: -¡Ahora me toca luchar a brazo partido! Después del servicio, se busca un rincón tranquilo y ora: -¡Señor Jesús, me encuentro muy solo! Tengo sólo 17 años. Te ruego que ahora no me abandones. ¡Ayúdame a confesarte! Luego va al Sargento Primero y llama a la puerta. -¡Adelante! El Sargento está sentado a la mesa de despacho. Sobre la mesa la Biblia de Paul. -¿Qué quieres? -Ruego al Sr. Sargento Primero que me devuelva mi Biblia. Es mi propiedad. -¡Ah! Toma la Biblia y hojea en ella: -¿Es realmente tuya? ¿No sabes que es un libro muy peligroso? -Sí, Sr. Sargento Primero, lo sé. La Biblia es peligrosa, aun cuando esté encerrada en el armario. Pues aun en ese caso crea confusión. ¡Pum! El Sargento Primero se pone derecho: -¡Siéntate! Y luego confiesa: -Yo también quería estudiar teología. -¿Y entonces el Sr. Sargento Primero ha renegado la fe?, pregunta Paul. Y luego se desarrolla una conversación maravillosa, y aquel hombre, que tenía unos 40 años, dijo a un muchacho de 17: -En el fondo estoy destrozado, infeliz. Pero no puedo volver. Tendría que dejar demasiado. Y el muchacho contesta: -¡Pobre Sargento Primero! ¡Pero merece la pena sacrificarlo todo para ganar a Jesús! El Sargento Primero despide al muchacho con las palabras: -¡Eres un hombre feliz! -¡Por cierto, Sr. Sargento Primero! confirma Paul, y

se marcha con su Biblia. ¡Y a partir de ese momento ya no se burla ni uno en el campamento!

Otra vez: ¿Dónde están los cristianos que tienen carácter? El ser cristiano ¿es un asunto personal? ¡Claro que sí! El nuevo nacimiento y la vida de fe se desarrollan en el más íntimo del corazón. El ser cristiano ¿es un asunto personal? ¡No! Pues los cristianos se juntan a comunidades, a los cultos, en círculos bíblicos familiares, círculos de jóvenes, de señoras, de varones. Los cristianos abren la boca y confiesan a su Señor. ¡El mundo debe enterarse de que Jesús ha encendido un fuego!

¿CUANDO SERA EL FIN DEL MUNDO?

El otro día tuve una conversación con un gran industrial. Me dio una palmadita en el hombro, y dijo: -Pastor, lo encuentro muy bien que usted anime a los jóvenes a hacer el bien. A lo que le respondí: -Hablando francamente, no espero mucho de ello. La Biblia dice, que el corazón del hombre es maligno desde los días de su juventud. Creo que en tal caso las exhortaciones no sirven para nada. -Y ¿qué es lo que quiere? -Quiero eso: que los jóvenes pertenezcan al Señor Jesús y sean hijos de Dios ahora y para siempre. -¡Vaya! -replicó- ¡qué palabra! ¡tenga los pies en la tierra! Una buena palabra ¿verdad? Yo solté una carcajada, y dije: -¿Y sobre qué tierra quiere poner sus pies, Sr. director? ¿Acaso usted no se da cuenta de que la tierra bajo nuestros pies hace tiempo que tiembla?

Creo que no es preciso ser director de una industria para poder apreciar que el suelo debajo de nuestros pies ha llegado a ser algo muy inestable. He aquí la angustia del ser humano de nuestros días:

Todos anhelan la seguridad, pero todos se dan cuenta que no la encuentran por ninguna parte. El uno abre una cuenta bancaria en Suiza, el otro se construye un refugio en Bolivia. ¡Pues debe haber algún lugar donde hay seguridad! No obstante, todos nosotros sentimos: ¡En el fondo no hay seguridad! Y es muy natural que en nuestro tiempo surge más y más la pregunta: ¿Adónde va el mundo? Sí, es verdaderamente un presagio de nuestro tiempo, que preguntamos de nuevo: ¿Cuándo será el fin del mundo?

Hace pocos años apareció el drama »Der Physiker« (el físico) del conocido autor suizo Duerrenmatt. La pieza termina con el pronóstico muy oscuro dado por uno de los físicos: ¡Es inevitable que el género humano algún día lance bombas atómicas, exterminándose de esta manera a sí mismo. Y luego dice literalmente: »Y en cualquier sitio entonces circulará sin cesar e inutilmente la tierra radiactiva«. Ya se ve, por así decirlo, como la tierra desierta y destruída circulará sin sentido a través del universo. Realmente, es digno de nuestra atención lo que dice un autor moderno tan brutalmente sobre el fin del mundo. Pero yo no creo que este será el fin, que la tierra despoblada y radiactiva circulará por el espacio. Y si lo dijese al autor Duerrenmatt, y él contestase: -¿Por qué usted no lo cree? ¡Pues es evidente que será así!, entonces le explicaría: -¡Porque la Biblia lo dice de otra manera! El Señor Jesús ha dicho: 'El género humano no cesará hasta el fin'. Por lo tanto no será como usted opina, aun cuando parezca muy lógico.

Naturalmente la cuestión es a quién queremos creer en cuanto a los pronósticos del futuro.

Hay dos métodos ilegales para cerciorarse del futuro. El primero es el método que Joseph Goebbels (ministro de propaganda en el Tercer Reich) dominaba de modo genial. Consiste en que ingenio algo

en cuanto al futuro. Todavía le oigo decir: -Dentro de cinco años las ciudades alemanas se presentarán más hermosas que nunca antes. El método es muy simple: proyecto mis deseos sobre la niebla que oculta el futuro. Los llamados »Testigos de Jehová« son maestros de este método. Los que ya son mayores entre nosotros se acordarán: En el año 1925 se veían por todas partes carteles, diciendo: »Millones de personas que viven ahora no morirán«. Ese eslogan procede de los »Biblistas«, como se llamaban en aquel tiempo. ¡Y luego se murió como nunca antes en la historia universal! Se habían imaginado sencillamente algo hermoso sobre el futuro. Más tarde cambiaron su nombre en »Testigos de Jehová«. Y ahora probablemente están inventando otra cosa más...

El otro método es que recurren a los adivinos. De ello no entiendo nada. Y realmente no quiero entender nada de la adivinación, del espiritismo, del magnetismo, de la cartomancia, de los horóscopos y no sé qué más. Os diré por qué no quiero saber nada de esas cosas. La Biblia dice varias veces más o menos así: *»El que consulte a los adivinos, magos, astrólogos, será exterminado de mi pueblo«*. Y como doy mucha importancia al pertenecer al pueblo de Dios y a salvarme, me guardaré de meterme en esas cosas.

Y si tú acaso te hayas metido en tales cosas, te suplico por la salvación de tu alma: ¡Busca un lugar tranquilo, invoca a Jesús, confíésale ese pecado y pídele perdón!

Yo me he decidido a confiar en la Palabra de Dios. En primer lugar es lógico, porque la Palabra lleva el sello de la verdad en su frente. Y además los varones de la Biblia dijeron: *»¡Así dice el Señor!«* Hay, pues, un camino legal para llegar a saber algo correcto sobre el futuro: La Biblia nos habla del

futuro.

Cuando la última guerra llegó a su punto culminante, la Policía Secreta me prohibió predicar. Ya no pude viajar para dar conferencias. Sólo en Essen me lo permitieron. Y aunque tuve cada noche un estudio bíblico en algún refugio de la ciudad que se iba destruyendo por los bombardeos, me quedó mucho tiempo libre. Aproveché el tiempo para estudiar a fondo el libro del Apocalipsis, el último libro de la Biblia. Y durante esos estudios comprendí: -¡Este libro tiene una actualidad inmensa! Y me propuse a pasar a otros un poco de lo que había aprendido.

Y ahora voy a deciros lo que dice la Biblia con toda precisión sobre el futuro.

1. Jesús volverá

La Biblia lo dice con toda claridad: El centro de las esperanzas de los cristianos en cuanto al futuro es el gran acontecimiento de que el despreciado Jesucristo volverá en gloria. Cuando subió al cielo, sus discípulos estaban presentes, viendo como El desapareció en otra dimensión. *«Una nube le ocultó de sus ojos»*, dice la Biblia. Y luego se les aparecen dos mensajeros de Dios, y dicen a los discípulos: *«Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo»*. ¡Jesús volverá! ¡En un día futuro el Señor Jesús irrumpirá en gloria de la dimensión de Dios en nuestro mundo tridimensional! Esta es la esperanza de los cristianos.*

En este punto me siento constreñido a contaros como comprendí este mensaje un poco extraño por primera vez. Hace unos 35 años que vine, siendo un joven pastor, a un distrito minero de la ciudad de Essen. Yo, un muchacho de 27 años entre unos

12.000 mineros. Nadie quería saber algo de mi mensaje. En medio del barrio había una plaza grande y triste, rodeada por bloques de viviendas. En un rincón de la plaza había una casita pequeña. Y justamente en esa casita me preparé un pequeño saloncito para mis estudios bíblicos. Poco a poco la gente iba asistiendo: unos cuantos mineros, comunistas y librepensadores, que querían saber lo que había de decir el »clerizonte«, algunas ancianas, unos pocos niños, dos o tres jóvenes. Pero es curioso: Esta pequeña iglesia que se iba formando aquí, finalmente excitó a toda la población del distrito. Por fin nos molestaron cada vez que nos reunimos. Una vez nos rompieron las ventanas a pedradas. A lo que montamos postigos. En otra ocasión echaron piedras contra los postigos. Y otra vez jugaron fútbol con latas, directamente delante de la puerta del salón, de modo que uno no podía entender su propia palabra. Y en otra ocasión hicieron una manifestación con trompetas a la puerta. Fuera gritaron canciones blasfemas, ¡dentro cantamos del amor de Dios! La situación iba de mal en peor. Un día pareció que todo el infierno se había desenfrenado. Y de repente aconteció algo raro: Algo estalló contra la puerta. Una cosa muy pesada cayó con estrépito al suelo. Pensé: -¡Ahora han lanzado una bomba! Y luego oigo como la gente fuera se marcha a toda prisa. Nos cayó el alma a los pies. Afuera había un silencio siniestro. Abrí

* Nota del traductor: Otros intérpretes de la Biblia concluyen que la venida del Señor Jesús se realizará en dos etapas. Antes de aparecer visiblemente con los Suyos en la tierra, el Señor vendrá para recoger a los Suyos (Juan 14:3). Entonces no pondrá sus pies en la tierra, sino los Suyos serán arrebatados a su encuentro en el aire, para estar siempre con el Señor (1 Tesalonicenses 4:17). Esta venida del Señor Jesús para recibir a los Suyos se realizará antes de la llamada Gran Tribulación, que vendrá sobre toda la tierra (Apocalipsis 3:10)

bruscamente la puerta, y ví: Allí en un charco de barro había un gran crucifijo de hierro. Lo conocía. Lo habían arrancado de una residencia de varones católica, que estaba cerca, y nos lo arrojaron contra la puerta: -¡He aquí vuestro Cristo! ¡Al barro con él! Fue una noche oscura de noviembre. Estaba lloviendo. Y allí en el barro la imagen del crucificado. Me quedé como paralizado en aquella plaza tan triste, rodeada de bloques de viviendas y torres de minas. Detrás de mí el pequeño grupito, temblando de miedo. ¡Y allí la imagen del Salvador crucificado en el charco! Pensé: -Dios tendría mil motivos para abandonar este mundo. ¡Pero no lo hace! ¡Envía a su Hijo! Y este Hijo de Dios hace algo increíble: ¡Carga con nuestra culpa y permite que le claven en la cruz! Pero el hombre, en lugar de postrarse ante este Salvador y adorarle, tira su imagen en un charco sucio. ¡De esta manera el hombre le escupe a Dios en la mano extendida! Pero sabes: ¡ellos al menos aborrecían a Jesús! Los ciudadanos de nuestros días ni aun le aborrecen. En su indiferencia total tiran, por decirlo así, su cruz en el charco. Monté en cólera, y pensé: -¿Qué va a hacer Dios ahora? ¡Ahora debería caer fuego del cielo! Pero no cayó fuego del cielo. Sólo el murmullo de la lluvia. Y la imagen del Salvador crucificado en el charco. De lejos se oyeron risas burlonas. Se burlaban de mí. Pero de repente se me ocurrió: -Esto no quedará así, que el Hijo de Dios, que murió por el mundo, sea tan despreciado. No quedará así. Es verdad: aquí oculta su poder y su majestad. Pero vendrá el momento cuando este mundo -y ésto es muy lógico- se dará cuenta de que El era la única perspectiva para nosotros los hombres, y que El es el Rey del mundo. ¡El volverá en gloria! Y cuando en aquella noche lluviosa estuve en medio de mi pequeña iglesia en aquella plaza triste frente al crucifijo en la charca y me puse a volver

al salón, me alegré por vez primera realmente por el mensaje: ¡Jesús volverá! Subí al púlpito, abrí la Biblia en Mateo 24 y leí: *»Y verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria«*. Desde aquel momento espero la venida de Jesús con ilusión. Entenderás: Cuando veo lo despreciado que está mi Salvador, que salva de la muerte y perdona los pecados, que hace feliz, entonces me alegro de que vendrá el día cuando todo desprecio terminará y El volverá en gloria.

En el gran centro para jóvenes en Essen, la «Casa Weigle», encontré, cuando entré por primera vez, un solo cuadro en la pared. En la sala grande, donde suelen reunirse cientos de jóvenes, se veía un cuadro del Señor Jesús volviendo. Abajo se ve una ciudad, encima nubes, y en las nubes del cielo un caballo blanco. Y sobre ese caballo El está sentado, el Rey, levantando la mano traspasada en la cruz. Cuando lo ví, dije a mi predecesor, el pastor Weigle: -Colgaste solamente este cuadro. ¿No te parece un poco raro para un centro de jóvenes? ¡Yo hubiera colgado otro cuadro! A lo que él me declaró: -Querido hermano Busch, toda la semana los muchachos están en las oficinas, los colegios, las fábricas y minas. Y cuando allí confiesan al Señor Jesús, entonces cosechan solamente burlas. Si no quieren pecar con los demás, éstos se ríen de ellos y les atacan. Entonces muchas veces acontece que pierden el ánimo. Cuando están sentados aquí, el cuadro quiere animarlos: *»¡Jesús es el Vencedor!«*

He experimentado la grandeza de esta maravillosa esperanza. Durante el Tercer Reich fui detenido en Darmstadt, después de haber hablado en algunas grandes reuniones acerca de Jesús. Estaba sentado en el coche al lado del comisario de SS. Alrededor cientos de personas. El comisario gritó al conductor: -¡Adelante! Pero el motor no arrancó. Era un buen

coche, pero el motor no arrancaba. El comisario se puso nervioso: -¡Adelante! Yo, el preso, estaba a su lado. El motor no funcionaba. Y luego acontece que un joven grita en alta voz desde la escalera de la iglesia:

»¡Jesús es Vencedor! De todo el mundo será Señor. Después de sufrir en la cruz subió a la celestial luz, al Trono subió el Redentor. ¡Sí, Jesús es Vencedor!«

Lo dice y desaparece en la multitud. Finalmente el motor arrancó. Digo al comisario: -¡Usted es un pobre hombre! A pesar de todo: ¡Me encuentro del lado del Vencedor! El baja la cabeza: -En mi juventud también era miembro de la Asociación Cristiana de Jóvenes. -¿¡Y ahora usted detiene a los cristianos?! ¡Pobrecito! No quisiera estar en su lugar. Así fuimos a la cárcel. Pero a mí se me había dado una visión del retorno de Jesús.

Cuánto más oscuro está, tanto más importante es la esperanza del regreso de Jesús.

Mira: Este regreso de Jesús en gloria a la tierra será la tercera venida de Jesús. La primera vez vino cuando se hizo hombre. Le vemos, nacido de María, en un pesebre en Belén. Es lo que celebramos en la Navidad, si es que sabemos todavía de qué se trata: que el Hijo de Dios se hizo hombre para hacernos hijos de Dios.

La segunda venida de Jesús se realiza en espíritu - ahora, hoy. El ha dicho: *»He aquí que estoy a la puerta de vuestro corazón y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él«*. ¿Sabéis por qué se hacen evangelizaciones? Queremos ayudar al Señor Jesús para que El pueda venir ahora a vosotros. La Biblia dice: *»Mas a todos los que le recibieron, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios«*.

Y por tercera vez vendrá en gloria a la tierra. Mira: es muy lógico. Entonces habremos conocido todos los sistemas de gobierno: La monarquía consti-

tucional, la monarquía absoluta, la democracia presidencial, la democracia popular, y no sé qué más. Y habremos visto que todos esos sistemas no valen nada. ¡Es claro que entonces Jesús, mi Rey, debe venir y demostrar que El sabe gobernar!

2. Lo que precede al retorno de Jesús

La Biblia dice que la historia universal seguirá normal por algunos siglos. Pero entonces comienza, casi imperceptiblemente, una época en la cual la historia universal, por decirlo así, va acabando. Voy a llamarlo el *postrer tiempo*.

La Biblia dice: Vendrá un tiempo de desorientación global, un tiempo, en el cual desbordarán los problemas de los hombres. En aquel postrer tiempo la confusión y el desamparo del ser humano saldrán a la luz. El mismo Señor Jesús nombró cuatro características de ese postrer tiempo.

Dice: Ese tiempo es caracterizado por un caos político. Jesús lo expresa así: *»Se levantará nación contra nación, y reino contra reino«*. No ha habido nunca antes un tiempo cuando tantos diplomáticos bien pagados celebraron tantas conferencias costosas como en nuestro tiempo. Y no ha habido nunca antes un tiempo en que las naciones se rearmaron tanto con el dinero del pueblo. Con el dinero gastado por el rearme grandes ciudades podrían ser construídas, eliminándose así la escasez de viviendas. Pero en vez de ello dicen: Tenemos que rearmarnos. ¡La nación más pequeña necesita bombas atómicas! No obstante, el anhelo de paz de las naciones nunca antes fue tan grande como ahora. Queremos la paz. Ningún hombre quiere la guerra. Pero todos se arman como locos. Así se manifiesta el caos político del postrer tiempo.

La segunda característica que Jesús nombra es la confusión económica. Jesús dice: *»Habrá hambres«*. La tierra produce más que suficiente para saciar a todos los hombres. Sin embargo, nunca antes hubo tantos economistas estudiosos como hoy en día. Nunca hubo una economía universal tan complicada como hoy. Pero a pesar de eso sabemos de informes de la ONU que dicen que más que la mitad de la humanidad pasan hambre. ¿Acaso no debería ser posible, en una sociedad altamente civilizada que cuenta con abundancia de bienes, saciar a los hombres? Pero no nos sale bien. ¡La confusión económica va aumentando!

La tercera característica que nombra Jesús para el postrer tiempo es el caos religioso. Jesús lo expresa así: *»Mirad, aquí está el Cristo, o mirad, allí está«*.

Hace poco se acercó a mí un joven, diciendo: - Dígame usted: ¿Qué es lo que debo creer? Hay Católicos Romanos, Católicos Griegos, Reformados, Luteranos, Unitarios, Metodistas, Bautistas, Ejército de Salvación, Pentecostales, Pietistas, Testigos de Jehová, Apostólicos, Islam, Budismo etc. ¿Qué debo creer? Me puse a reír, y le dije: ¡Amigo, la cosa va a empeorar aun! La Biblia lo dice.

Es una característica del postrer tiempo. Como los hombres ya no se orientan por la Palabra de Dios, el diablo los confunde. Y Dios lo permite. *»Aquí está el Cristo, allí está«*. La confusión religiosa es terrible. Me entra miedo cuando veo como la gente en las grandes ciudades va de una sensación religiosa a la otra. Y de paso te diré que ningún predicador del Evangelio puede salvarte. Si no encuentres al mismo Salvador, ¡ningún otro puede ayudarte!

Por fin hay una cuarta característica del postrer tiempo: Israel, esparcido por todo el mundo, ha de ser reunido de nuevo en la tierra de Palestina. Para

mí es la existencia del estado de Israel una de las señales más vertiginosas del tiempo. Algunos dicen que aún no es una señal. Pero cuando el otro día tuve que detenerme en la frontera suiza, había delante de mí un coche con la matrícula del estado de Israel, y pensé: -Es verdad que las promesas bíblicas se cumplen. ¡Hasta las matrículas de los coches lo proclaman!

Mi padre me contó que, en el año 1899, ofrecieron a los judíos la isla de Madagascar como domicilio. Pero ellos respondieron: -¡No! Tenemos una sola promesa: ¡a la tierra de nuestros padres! Aunque todo el mundo dijera: -¡Esto es imposible!, Israel ahora tiene su propio estado - en Palestina.

El postrer tiempo, pues, se caracteriza por el hecho de que la humanidad, a pesar de todos los progresos, se confunde más y más y ya no puede superar sus problemas. La impotencia del hombre es desenmascarada. No puedo deciros cuánto tiempo permanecerá este estado. La Biblia no nos indica la fecha. Pero nos exhorta: »¡*Velad!*« Pablo dice acerca de los discípulos de Jesús: »*Sois hijos de la luz e hijos del día. Por tanto no durmamos como los demás, sino velemos y seamos sobrios*«.

Pero cuando ese tiempo de confusión haya llegado a su punto culminante, entonces vendrá, aun antes del retorno visible de Cristo, la época del anticristo. Quisiera llamar esa época el *tiempo del fin*. Ya vemos la confusión del último tiempo hoy. Y esa confusión está pidiendo a voces al »hombre fuerte«. ¡El mundo grita ya ahora por el hombre fuerte! Y cuando la confusión haya llegado a su colmo, entonces vendrá aquel gran hombre fuerte, que se llamará el redentor universal. Pero no será el Cristo, sino el anticristo. La Biblia dice que subirá un dictador del mar de las naciones, que se apoderará del dominio del mundo. Le llamamos al

anticristo. Bajo él el mundo será unificado. Esta época de la historia es caracterizada por la obstinación del hombre. Será la última tentativa del mundo a redimirse a sí mismo por medio de la política y programas económicos. La Biblia describe esa última gran dictadura de manera fascinante. Se sirve del lenguaje metafórico. Para entenderlo, es necesario que el Espíritu Santo nos ilumine. Os diré cómo la Biblia habla del anticristo, del último tirano. Dice Juan el apóstol proféticamente: *»Me paré sobre la arena del mar«*. De repente sube una bestia del mar, una fiera enorme con muchas cabezas y diademas y una boca colosal que hablaba blasfemias. ¿Cómo hemos de entender esta imagen grandiosa?

El mar es una figura de las naciones. Quien haya estado alguna vez a orillas del mar, sabe lo inquieto que es. Siempre bramando. El último redentor universal subirá de las naciones. Todos los grandes políticos de las últimas décadas se presentaron como redentores. Subieron del mar de las naciones: el pequeño corso Napoleón, el pequeño cabo de la Guerra Mundial Adolfo Hitler, el zapatero Stalin. Todos ellos son precursores del anticristo. Vienen de abajo. Y el pueblo grita, feliz: -¡Es uno de los nuestros! Sin embargo, mi Redentor Jesucristo no viene del mar de las naciones, sino de la esfera de Dios. ¡El es el Hijo del Dios viviente!

El anticristo es llamado una bestia. ¿Qué significa eso? Acerca del hombre dice la Biblia: *»Y creó Dios al hombre a su imagen«*. Cuanto más cerca estoy de Dios, tanto más humano soy. Y cuanto más se aleja el hombre de Dios, tanto más bestialmente se manifiesta. El gran enemigo del cristianismo, Nietzsche, dice: -El hombre más noble es la bestia rubia. El lo ha comprendido. El anticristo será un hombre que ha roto totalmente con Dios. Ha vuelto las espaldas

a Dios y es, por lo tanto, la bestia - la fiera sin corazón. Es una bestia »con muchas cabezas«. ¿Qué quiere decir eso? Significa: ¡Es inteligente! La gente dirá: -¡Tiene dos dedos de frente! Tiene »boca de león«. Esto significa: Llenará el mundo con su propaganda. Ya hemos escuchado un poco de tal »boquecilla de león« sonando de todos los altoparlantes. Puedo imaginarme bien como será cuando venga el anticristo, cuando todo será aplastado por una propaganda absurda. Y se ganará todas las simpatías por aquella última tentativa del hombre a redimir el mundo sin su Redentor, el Señor Jesús. Trata de redimir el mundo sin arrepentimiento ni conversión. Todos los problemas serán solucionados, todos los problemas políticos, porque el anticristo plantará un imperio universal. Se solucionarán los problemas económicos. Todos recibirán sus cupones alimenticios. Se solucionarán todos los problemas religiosos. -Yo soy el redentor del mundo, -dice el anticristo- adoradme a mí.

Es tremendo observar como nuestra época va rumbo a esa época final. Y luego todo el mundo ovacionará al anticristo, y sólo los cristianos dirán: - ¡No te adoramos! Cada uno debe llevar una señal en su frente. Sin embargo, los cristianos dirán: -¡No! Tenemos un Salvador ¡y es Jesús! Entonces estallará una persecución tremenda. Hay una palabra en la Biblia que dice: *»...y que ninguno pudiese comprar ni vender, sino el que tuviese la marca...«* Hace 150 años escribió un intérprete de la Biblia, Auberlen: - No lo entendemos bien, pero el tiempo nos lo hará entender. Y ya lo entendemos. Ya conocemos estados totalitarios. Ya sabemos lo que significa: Tal persona no obtiene permiso de residencia, ni cupón alimenticio, ni permiso de trabajo, crea lo que quiera. Pero es sin patria y privado de derechos. Y tal cosa pasa entre nosotros.

Cuando lo leí, estuve muy emocionado, y pensé: -En efecto, hay quienes opinan que la Biblia ha pasado de moda. No es la Biblia que ha pasado de moda. Son nuestras ideologías que han pasado de moda. La Biblia nos lleva al futuro.

El anticristo lo tolerará todo, salvo una confesión al Redentor verdadero, el Señor Jesucristo. Y por eso habrá otra vez una gran persecución de los cristianos.

Conté en alguna ocasión a mis hijos estas cosas. Mi pequeña hija se puso a llorar. -Hija -pregunté- ¿por qué estás llorando? A lo que ella sollozó: -¡Porque puede comenzar en cualquier hora. -Sí -dije- lo puede. -Y si entonces no pueda ser fiel al Salvador, ¿entonces qué de mí? -Sería terrible. Pero una sola cosa te hace falta: ¡Debes acogerte ahora a El!

Este tiempo puede caer mañana sobre nosotros. Entonces ya no habrá ninguna posibilidad de encontrar a Jesús. Ya no habrá cultos. Las campanas serán fundidas y hechas monumentos para el anticristo. Las iglesias serán hechas museos, en los cuales se exponen fotos de la juventud del anticristo. Los hombres gritarán eternamente por consolación. Pero como han rechazado al único consolador, Jesús, ya no habrá consolador para ellos. Leí una vez en el libro del profeta Jeremías: *«Como me habéis rechazado a mí, dice el Señor, ya no hay consolador para vosotros»*. Entonces el hombre en su gran desolación estará a la merced de los hombres. Yo creo que los cristianos pueden considerarse dichosos, aun cuando hayan de morir. Tienen un consolador en ese tiempo tan terrible.

Me conmovió lo que Jesús dijo: *«defalleciendo los hombres por el temor y la expectación de las cosas que sobrevendrán en la tierra»*. Y el libro del Apocalipsis dice: El anticristo llenará el mundo de fanfarras y banderas. Pensé: -¿Cómo es eso posible?

Por una parte se habla de temor y expectación, y por otra de grandes éxitos. Sin embargo, desde que viví el año 1933 (cuando Hitler tomó el poder), sé que el mundo puede ser llenado de ¡hurra! y fanfarras y banderas, ¡y al mismo tiempo de una expectación temerosa de las cosas que han de venir.

Sin embargo, cuando el anticristo esté en el colmo de su poder, cuando triunfe y cree que Jesús está rendido, entonces interviene Dios: ¡Jesús volverá en gloria! Acerca del anticristo ya no se dice mucho a partir de aquel momento. »*¡Jesús le matará con el espíritu de su boca!*«

Cuanto más oscuros se hacen los tiempos, cuanto más claramente se destacan esas líneas tan siniestras de la confusión del ser humano y del reino anticristiano, tanto más los que leen la Biblia levantan su cabeza. ¡Ellos esperan el retorno de Jesús!

3. Lo que sucede después del retorno de Jesús

La Biblia dibuja todavía algunas líneas grandes. En primer lugar dice que Jesús reinará mil años sobre la tierra como rey. Será un tiempo muy largo. Yo encuentro todo eso muy lógico: En primer lugar se realiza la desenmascaración de la confusión humana. Luego la última tentativa de la obstinación humana para redimir el mundo. ¡Y luego mi Rey debe reinar! ¡Y El sabe reinar! Mira las casas donde Jesús reina. Sí, ya ahora hay casas donde Jesús reina. Ya al entrar te darás cuenta: -¡Aquí hay otra atmósfera!

Conocí una vez una joven pareja. Un día él estuvo sentado frente a mí, diciendo: -Quiero rendirme. Hasta ahora fui ateo. Hablé públicamente contra Dios. ¡Ya no puedo! Y luego todo salió a la luz. Había fracasado en su matrimonio. Declaró: -Yo quise demostrar al mundo que es posible vivir en feliz

matrimonio sin Dios. Y ahora todo había salido mal. Delante del cadáver de su primer hijo se habían golpeado. Y ahora confesó: -Dios está contra nosotros. Izo la bandera blanca. El entierro del niño que tuve que celebrar fue algo estremecedor. Aquí el ataúd del niño. Allá el hombre con su partido. En frente la joven mujer, amargada, con sus partidarios. Dos mundos, dos partidos - y entre ellos el niño muerto. Pasó más de un año hasta que también la mujer llegó a creer en el Señor Jesús. No olvidaré nunca como ella me escribió en una Pascua de Resurrección: -¡El ha resucitado también en mi corazón! Entonces los dos se casaron, pues ni aún habían estado casados, y comenzaron una nueva vida. Eran personas muy inteligentes e independientes. Pero ahora fue una vida maravillosa. El me lo describió una vez así: -Mire usted, antes todo nos salió mal. -¿Y por qué ahora sale bien? -pregunté. A lo que me respondió, radiante de felicidad: -¡Porque ahora Jesús reina! Mi esposa ya no dice: ¡Yo reino! Tampoco digo yo: ¡Yo reino! Al contrario, ahora preguntamos: ¿Qué quiere Jesús? ¡Y entonces todo sale bien! En aquel momento entendí: Si Jesús reina aquí de esta manera en las casas, de manera tan hermosa, buena, maravillosa, ¡qué será cuando El será Rey de toda la tierra! Este Milenio será algo maravilloso. Sabes: ¡Jesús, el Rey!

Después de haber reinado Jesús, esta humanidad feliz otra vez será sometida a prueba, para comprobar si sus corazones han sido transformados de verdad. Entonces el diablo literalmente andará suelto, y será patente que el corazón humano, en el fondo, no ha cambiado, y que la humanidad ha quedado igual. La Biblia da a entender: Habrá una última rebelión contra Dios. Y luego vendrá el fin del mundo. Los sistemas solares reventarán. Los cielos y la tierra se destruirán. Y luego dice la Biblia: »Y vi un gran tro-

no blanco y al que estaba sentado en él. Y vi a los muertos, grandes y pequeños, en pie ante Dios; y los libros fueron abiertos. Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego».

Alguien me preguntó en cierta ocasión: ¿Dónde estará el trono, cuando todo se habrá deshecho? A lo que respondí: -¡No te preocupes por ello! ¡Preocúpate más bien por ti mismo, cómo estarás tú ante aquel trono! ¡El hombre puede perderse! A mí me gustaría que esta verdad tan terrible no estuviese escrita en la Biblia. Pero existe esta posibilidad terrible en nuestra vida: ¡Es posible perderse eternamente!

En este respecto voy a contaros una anécdota. En un castillo escocés había una reunión. La conversación trataba sobre el cristianismo. En la chimenea ardía un fuego. Un caballero ya mayor y elegante dijo a la dueña de la casa: -De sus palabras concluyo que usted es cristiana. ¿Cree usted de veras lo que está escrito en la Biblia? -¡Sí! -¿Que los muertos resucitarán? -¡Sí! -¿Que todos nosotros seremos juzgados? -¡Sí! -¿Y que el que no se halla inscrito en el libro de la vida, va al infierno? -¡Lo creo de verdad! El caballero se dirige a un rincón del salón donde está colgada una jaula con un periquito. Sacó el periquito de la jaula, fue a la chimenea e intentó a echarlo en el fuego. Asustada, la señora lo detuvo, diciendo. -¿Qué está usted haciendo? ¡El pobre pajarito! El caballero se ríe. -Escúcheme. Usted se compadece de este pobre animalito. ¡Y su llamado Dios de amor echa millones de personas en el infierno! ¡Me parece extraño tal Dios de amor! Se hizo el silencio, y luego dice la señora: -Usted está equivocado. Dios no echa a nadie en el infierno. ¡Somos nosotros los que entramos voluntariamente! »¡Dios quiere que todos los hombres sean salvos!«

La Biblia nos pinta una imagen estremecedora del

juicio del mundo. Vemos el tribunal de Dios: *»Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios«*. ¡Cómo protesta el hombre contra este mensaje del juicio: -¡No es verdad! A uno de mis jóvenes amigos le preguntaron una vez en la fábrica: -¿Crees realmente en un último juicio? -¡Ya lo creo! Se burló el otro: -Mira: ¿Cuántos hombres están ahora en vida? ¿Y cuántos ya han vivido antes? ¡Imagínate, cada uno ha de ser juzgado individualmente! ¡Cuánto tiempo tardará! Pero el muchacho respondió: -Cuando haya llegado la hora, tendremos tiempo en abundancia. ¡Será la única cosa que queda por hacer!

Sí, entonces Dios tendrá tiempo de sobra. Será la última vez que Dios nos muestra que El nos tomará en serio, juzgándonos uno por uno. Dios mostró que nos toma en serio cuando su Hijo murió por nosotros. Aun cuando tú no tomes tu vida en serio, desperdiciéndola en pecado y frivolidad - ¡Dios te toma en serio! ¡Esto se manifestará en el día del juicio!

La profecía de la Biblia en cuanto al futuro termina así: *»Vi un cielo nuevo y una tierra nueva, en los cuales mora la justicia«*. Y ahora la Biblia pinta ese nuevo mundo en colores surrealistas, que anuncian: Dios ha conseguido su propósito. Y los que están inscritos en el libro de la vida morarán en el nuevo mundo y serán semejantes al Hijo de Dios. ¡Un mundo sin policía, sin cárceles, sin tribunales, sin diablo, sin guerra, sin dolor, sin pecado, sin muerte! Leelo tú mismo en Apocalipsis 21 y 22, aquellos capítulos tan maravillosos. Sin imágenes surrealistas, que pasan de lo que podemos entender, porque conocemos solamente el mundo del pecado y del sufrimiento. ¡Anhele estar en esa nueva esfera de Dios! ¿Acaso tú no?

4. ¡O una cosa u otra!

Voy a poner punto final a todo eso. Pues: Cuanto más considero esta imagen final de la Biblia, tanto más me impresiona el hecho de que al final habrá solamente dos clases de personas: los salvados y los perdidos. Y si piensas que son pocos los que hacen caso de Jesús, entonces te diré: -¡Es cierto que habrá muchos perdidos! Nuestros padres acostumbraban a orar: -¡Si no son muchos los que entran, entonces haz que yo sea uno de los pocos! ¡Al final habrá sólo salvados y perdidos! ¡No hay otra alternativa! Permíteme algunas observaciones más.

En primer lugar algo en cuanto a los perdidos. Mi amigo Paul Humburg contó en cierta ocasión: »Tuve un sueño. Fue en el día del juicio. Oí como Jesús rechazó a los perdidos: '*Apartaos de mí, malditos!*' Así está escrito en la Biblia. Y entonces les vi marcharse a hurtadillas, agachados, asustados, despreciados. Y luego me di cuenta como uno preguntó al otro: '¿Lo has visto también?' 'Sí' -dirá aquél, 'lo ví también: ¡La mano que nos rechazó, fue traspasada! Fue traspasada por nosotros en la cruz, pero nosotros no hicimos caso. ¡Y ahora estamos perdidos con justo título'.«

Escucha: ¡El murió también por ti! No importa lo que creas, o si eres ateo. Debes saber: ¡Jesús murió por ti! ¡Ven ahora a este Señor! Y si acaso dices: - ¡Yo soy un pecador!, entonces te diré: -¡Son justamente los pecadores que busca El! ¡Otros no hay! Y quien dice que es bueno, miente más que un sacamuelas. Los que pretenden que no necesitan un Salvador, son los más perdidos. Tan perdidos que ni aun se dan cuenta de su perdición.

Ahora una palabra en cuanto a los salvados. Mira: En su descripción sobre el nuevo mundo dice la Biblia que la nueva capital, Jerusalén, tendrá doce

enormes piedras preciosas como fundamentos. Y sobre estas doce piedras preciosas están grabados los nombres de los doce apóstoles, testigos del Evangelio. En cierta ocasión me lo he imaginado. Una de las piedras lleva el nombre »Pedro«, otro »Juan«, o »Jacobó« o »Mateo«. ¿Sabes de dónde vino aquel Mateo? Antes fue un estraperlista, un traficante clandestino, un pícaro. Un buen día, mientras estaba ocupado con sus sucios negocios, Jesús pasa, y le llama a seguirle. Y Leví, así se llamaba antes, lo dejó todo, y siguió a Jesús. Ve como Jesús muere por él. Ve como resucita. Ve como regresa a la esfera invisible. Ve como envía al Espíritu Santo.

Más tarde le dijeron sus amigos: -Tú has experimentado tantas cosas con Jesús, ¿no podrías ponerlo por escrito?. Y lo hizo. Así se originó el Evangelio según Mateo que tenemos en la Biblia. Millones de personas hallaron a Jesús por medio de él. Su nuevo nombre »Mateo« ocupa en el nuevo mundo un lugar prominente, el nombre de ese tipo tan sucio salvado por Jesús. ¡Tan poderosa es la gracia de Dios! Salva poderosamente. Y esta gracia ahora quiere comenzar su obra en ti. ¡No resistas! Se trata de tu salvación eterna.

¿QUE PROVECHO SACAMOS DE UNA VIDA CON DIOS?*

Nuestro tema es: »¿Qué provecho sacamos de una vida con Dios?« También podríamos preguntar: ¿Merece la pena ser cristiano? En esta relación voy

* Este es el último discurso del pastor Busch, dado el 19 de junio de 1966 en Sassnitz en la isla Ruegen. En su viaje de regreso de esta campaña evangelística Dios le llamó, el día 20 de junio de 1966, a su presencia.

a citaros una palabra de la epístola a los Efesios: *»Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo«*. Esta palabra habla de manera maravillosa de la rica bendición que tienen los cristianos por medio de Jesús. Pero antes de llegar al grano de nuestro tema, he de clarificar algunas condiciones. Lo primero que quisiera decir, es esto:

1. Una vida con Dios no es una ilusión.

No, una vida con Dios no es una cosa imaginada. Voy a explicárselo. Un pastor en una gran ciudad tiene una cantidad de encuentros interesantes. El otro día encontré a un muchacho, y le dije: -¡Hombre! ¡Qué podrías llegar a ser si tu vida perteneciese a Dios! -¡Ay! pastor, ¡menos cuento! ¿Conoces el dicho? Quería decir: -¡Tenga los pies sobre la tierra! ¡No hay Dios! Le respondí: -¡Hombre, no lo sabía! El me respondió: -Escúcheme: En tiempos antiguos los hombres se sentían a la merced de los poderes naturales, y por eso se imaginaban fuerzas poderosas que podrían ayudarles. Los unos lo llamaban Alá, los otros Dios, otros Jehová, otros Buda, otros ... no sé qué más. ¡Pero entretanto se ha descubierto que todo eso no era sino una ilusión, y que el cielo está vacío! Así el muchacho me soltó un bonito discurso. Cuando hubo terminado, le respondí: -¡Ay, amigo mío, pero tú no conoces a Jesús! -¿Jesús? -pregunta- -¡Jesús, es uno de los numerosos fundadores de religión! -¡Ni hablar! ¡Esto es un cortocircuito, un error de imprenta!, le dije. -Te diré quién es Jesús. Hasta que no conocí a Jesús, no sabía que Dios vive. Sin Jesús no conoceríamos nada de Dios. Y luego le expliqué quién es Jesús.

¿Quién es Jesús? Voy a explicártelo por medio de un ejemplo. Durante mi vida he sufrido mucho. Va-

rias veces estuve en la cárcel, no por haber robado cucharas de plata, sino por causa de mi fe. Durante el Tercer Reich a los nazis no les gustaban pastores de jóvenes como yo, y así me metieron en cárceles terribles. Una vez tuve que pasar cierto tiempo en una prisión horrible. Todo el edificio era de hormigón, las paredes eran tan delgadas que se oía cuando tosían los que estaban en la celda de abajo, o cuando en la tercera planta alguien cayó de su catre. A mí me habían encerrado en una celda miserable y estrecha, cuando oí que un nuevo preso fue ingresado en la celda contigua; un preso de la Policía Secreta. El hombre debe haber estado desesperado. Le oí llorar durante toda la noche. Oí como daba vueltas en su catre. Muchas veces oí sus sollozos contenidos. Es terrible cuando llora un hombre. De día no nos permitían quedar acostados. Entonces le oí caminar de un lado para otro, dos pasos y medio en una dirección, y dos pasos y medio en otra - como un animal en su jaula. A veces oía sus gemidos. ¡Y yo tuve la paz de Dios en mi celda! Sabes: ¡Jesús había venido a mi celda! Y cuando me dí cuenta de la desesperación de mi vecino, pensé: -¡Tengo que ir a verle! ¡Tengo que hablar con él! ¡En fin de cuentas soy pastor! Llamé al carcelero, y le dije: -Escúcheme: En la celda al lado hay un hombre desesperado que muere de desesperación. Yo soy pastor. Permítame verle para hablar con él. EL carcelero respondió: -Voy a preguntar al director. Al cabo de una hora volvió: -¡Rechazado! Y de esta manera seguí sin ver a aquel hombre. Sin embargo, estaba a una distancia de un palmo de mí. No sé qué aspecto tenía, si era joven o viejo. Lo que sí sabía era su desesperación terrible. ¿Podéis imaginaros tal cosa? A veces miraba la pared, pensando: -¡Ojalá pudiese derribar este muro para pasar a él! Pero no fue posible.

Ahora fíjate bien: El Dios viviente se encuentra en tal situación, lo mismo que me encontré yo. No-

sotros estamos encerrados en el mundo visible y tridimensional. Dios está muy cerca. La Biblia dice: *»Detrás y delante me rodeaste«*. Dios está a un palmo de distancia de nosotros. Pero entre El y nosotros se encuentra el muro de otra dimensión. Y ahora llega toda la miseria de este mundo al oído de Dios. El escucha las maldiciones de los amargados, el llanto de los corazones abandonados, el dolor de los que se encuentran confrontados con una tumba abierta, los gemidos de los que sufren injustamente. Todo ello llega al corazón de Dios, tal como me llegó la desesperación del hombre al lado de mi celda. Y ahora fíjate: Dios hizo lo que yo no pude: Un día Dios derribó el muro que hay entre El y nosotros, y vino a nuestra esfera visible ¡en su Hijo Jesús! Me entenderás: En Jesús, el Hijo de Dios, vino Dios a nosotros, a toda la suciedad y miseria de este mundo. Y desde que conozco a Jesús, sé que Dios vive. Suelo decir: Desde que vino Jesús, el negar a Dios no es sino ignorancia.

Ahora debo hablar acerca de Jesús. Me gustaría contar en mis discursos sólo las historias de Jesús, pero entonces el tiempo no sería suficiente para la materia tan grande y maravillosa. Pues: Jesús nació en Belén, se crió y se hizo varón. Por fuera no se veía nada de su gloria divina, y sin embargo: La gente fue atraída por El. Sentían que en El viene el amor y la gracia de Dios a nosotros.

La tierra de Canaán, en la cual vivía Jesús como miembro del pueblo de Israel, en aquel tiempo estaba ocupada por fuerzas extranjeras, los romanos. El comandante de la ciudad Capernaúm era un centurión romano. Por lo general los romanos tenían muchos dioses, pero no tenían su fe en uno en especial. Un siervo de ese centurión, al cual éste apreciaba mucho, cayó enfermo de muerte. Había consultado a muchos médicos, pero ninguno podía ayudar. El centurión se da cuenta de que él va a morir. Pero entonces piensa: -He oído hablar tanto acerca de ese

Jesús. ¿Acaso él puede ayudar? ¡Voy a verle! Y ese hombre, totalmente incrédulo y pagano, se pone en camino para ver a Jesús, y le ruega: *»Señor Jesús, mi siervo está muy enfermo. ¿No podrías sanarle?«* *»Sí, -dice Jesús- te acompañaré«*. A lo que responde el centurión: *»Esto no hace falta. Cuando doy una orden, es efectuada de inmediato. Dí una sola palabra, y mi siervo se sanará«*. En otras palabras dijo aquel centurión romano y pagano: -Tú puedes hacer factible lo imposible. ¡Tú eres Dios mismo! A lo que Jesús da media vuelta, diciendo: *»Ni aun en Israel he hallado tanta fe«*. Esto significa: -En toda la iglesia no he hallado tanta fe como en este ateaista. Me entiendes: Aquel centurión pagano comprendió: ¡En este Jesús vino Dios a nosotros!

¡Tú debes conocer las historias de Jesús! Te suplico: Cómprate un Nuevo Testamento. Lee primero el evangelio según Juan, después los otros evangelios etc. ¡Son historias maravillosas de Jesús! No conozco ninguna revista que publique historias tan maravillosas como las que trae el Nuevo Testamento.

Pero Jesús, el Hijo de Dios, no vino al mundo solamente para sanar a tal siervo, para documentar y manifestar que Dios existe. El quiso más. El vino para que los hombres tuviesen paz para con Dios. Mira: Entre Dios y los hombres no hay solamente el muro de otra dimensión. Entre Dios y ti, entre Dios y mí se levanta otro muro, ¡el muro de nuestra culpa! ¿Has mentido alguna vez? ¿Sí? ¡Entonces has colocado una piedra entre Dios y ti! ¿Viviste sin Dios, un día sin oración? ¿Sí? ¡Otra piedra más! Impureza, adulterio, robar, profanar el domingo, también las mil otras cosas menores, todas las infracciones de los mandamientos: Cada vez hemos añadido una piedra más. ¡Todos nosotros hemos edificado este muro que separa a los hombres de Dios! Pero Dios es un Dios santo. Me entenderás: Cuando digo *»Dios«*, entonces es inevitable que surja la cuestión de mi pecado y culpa. Esta cuestión requiere clarifi-

cación. Dios toma cada pecado muy en serio. Yo conozco a quienes opinan: -¡Cómo debe Dios estar contento de que creo todavía en él! ¡Dios mío! ¡Esto no es suficiente! ¡También el diablo »cree en Dios«! El diablo no es atea. El sabe muy bien que Dios vive. ¡Pero no tiene paz para con Dios! La paz para con Dios la recibo solo en el momento cuando se derribe el muro de mis pecados y de mi culpa que me separa de Dios. ¡Y para eso vino Jesús! ¡El echó abajo el muro de nuestra culpa! ¡Para eso fue clavado en la cruz! El sabía: Uno debe llevar el juicio del Dios santo sobre el pecado - o los hombres o yo. Me entenderás: ¡Wilhelm Busch o Jesús! ¡Y entonces el Hijo inocente del Dios viviente, Jesucristo, llevó el juicio mío! ¡Y también el juicio tuyo!

Ahora me gustaría pintarte al Señor Jesús ante tus ojos. Es lo que más me gusta. Allí está clavado Aquel, que derribó el muro y vino a la miseria de este mundo. Allí está colgado Aquel, del cual dice la Biblia: *»Dios cargó en él el pecado de todos nosotros«*. Allí está colgado Aquel que lleva todas las piedras de nuestra culpa sobre sus hombros. Allí está colgado Aquel que hace lo que hace ningún otro: quita las piedras de nuestra culpa. Léelo tú mismo en la Biblia. En la cruz se hace realidad: *»El castigo de nuestra paz fue sobre él«*.

Se lo voy a explicar de otra manera: Tengo, en Suiza, un buen amigo, con el cual he hechos viajes maravillosos. Cuando fuimos a comer en algún restaurante, vino al final la cuenta: -¡Uno debe pagar! ¿Quién tiene más dinero? Naturalmente pude decir a mi amigo: -Hans, paga tú. ¿me lo podrías adelantar? Pero me entenderás: ¡Uno debe pagar! Por nuestra culpa ante Dios, por todos nuestros pecados y transgresiones: ¡uno debe pagar! O que crees en Jesús, el que pagó por ti - o que debes pagar tú mismo. ¡Pero toda deuda debe ser pagada! Mira: Es por eso que Jesús es tan importante para mí. ¡Puedo asirme de él, porque él pagó por mí!

Pero aquel Jesús no permaneció en la tumba. ¡No! Es lo maravilloso: Tres días después de la muerte de Jesús vemos a un hombre, reflexionando, rompiéndose la cabeza: -Ahora, ¿qué es de Jesús? Ha muerto. He visto como lo pusieron en la tumba de roca e hicieron rodar una piedra a la entrada del sepulcro. ¿Fue el Hijo de Dios o no? El hombre era Tomás. Y mientras estaba meditando, vinieron sus amigos, llenos de gozo: -¡El vive! -¿Quién vive? -¡Jesús! -¡Imposible! -¡Sí, hemos visto la tumba vacía, podemos testificarlo y afirmarlo bajo juramento - y ¡le hemos visto! Tomás reflexiona: -¿Sería posible que uno se levante de los muertos? Si esto es verdad, sí, entonces es el Hijo de Dios, entonces Dios le ha reconocido. Pero Tomás es un escéptico: -Me engañaron tantas veces durante mi vida. ¡Ahora ya no creo nada que no haya visto! Durante mi viaje me dijo una inspectora en el tren, con la cual hablé acerca de Jesús: -¡Yo creo tan solo lo que he visto! Tomás pensaba lo mismo. Y luego declaró a los demás: *»Si no viere en sus manos la señal de los clavos, y metiere mi dedo en en lugar de los clavos, y metiere mi mano en su costado, no creeré«*. Los discípulos podían gastar saliva en balde -como yo en Sassnitz-, Tomás insistió: -¡No lo creo! Al cabo de ocho días él está junto con sus amigos. De repente Jesús está allí. *»¡Paz a vosotros!«* Y luego se dirige a Tomás, diciendo: *»Tomás, ven, pon aquí tu dedo, y mira mis manos; y acerca tu mano, y métela en mi herida mortal, y no seas incrédulo, sino creyente«*. Ahora ese escéptico cae de rodillas, y clama: *»Señor Jesús, ¡Señor mío, y Dios mío!«*

Ahora entenderéis lo que he dicho: Una vida con Dios no es una ilusión. Una vida con Dios no es mera imaginación. Dios no es tal cosa vaga: En cualquier sitio debe haber algún Dios, pero no se sabe cómo es. ¡No! El hecho de que existe una vida con Dios se basa en el hecho de que el Hijo de Dios vino y murió por mí, y que resucitó de entre los

muertos. Por eso ahora puedo conocer a Dios.

Esta fue la primera condición que tuve que clarificar en relación con nuestro tema »¿Qué provecho sacamos de una vida con Dios?«: Una vida con Dios no es imaginación, ni ilusión. Y ahora voy a contestar otra cuestión previa, o sea la pregunta:

2. ¿Cómo se obtiene una vida con Dios?

Cuántas veces me dijo la gente: -Pastor Busch, usted es un hombre feliz. Usted tiene algo que yo no tengo. A lo que suelo responder: -¡Usted puede tenerlo también! ¡Jesús está a su disposición! Y luego viene la pregunta: -¿Y cómo puedo obtener la vida con Dios? La Biblia da una respuesta muy clara y corta: *»Cree en el Señor Jesucristo«.*

¡Ojalá pudiese llevaros a creer! Pero para eso en primer lugar es necesario explicar lo que significa *»creer«.* Muchos tienen un concepto muy equivocado de lo que es *»creer«.* El uno mira a su reloj, y dice: -Son las siete y veinte. Lo sé con exactitud. Otro, que no tiene reloj, dice: -Creo que son las siete y veinte. Y muchos opinan que tal cosa vaga es creer, ¿verdad? ¿Qué significa *»creer«,* cuando la Biblia dice: *»Cree en el Señor Jesucristo«?* Voy a explicarlo con una experiencia que tuve.

En cierta ocasión tuve que dar algunas conferencias en Oslo, capital de Noruega. Para regresar, quería tomar el avión del domingo por la mañana, porque al día siguiente tenía que predicar otra vez, en Wuppertal, en una importante reunión. Desde el principio tuvimos problemas. El avión llegó con una hora de retraso por causa de niebla. Por fin despegamos rumbo a Copenhague, donde habíamos de trasbordar. Pero cuando ya estábamos dando vueltas sobre Copenhague, el piloto de repente cambió de rumbo y se dirigió a Suecia. Por el altoparlante nos informaron que el aeropuerto de Copenhague estaba

totalmente cubierto de niebla, y que era imposible aterrizar. Ahora iríamos a Malmö. Pero yo no quería ir a Malmö en Suecia. ¡Quería ir a Düsseldorf! Pues tendría que predicar en Wuppertal. Por fin tomamos tierra en Malmö. Todo el terminal del aeropuerto estaba repleto de viajeros. Y casi cada momento llegaba otro avión más. Resultó que Malmö era el único aeropuerto sin niebla en una amplia área. Y así todos los aviones tomaron rumbo a Malmö. Era un aeropuerto pequeño, y pronto no había ni una silla libre en el terminal. Yo había trabado amistad con un negociante de Austria. Nos preguntamos: -¿Cómo acabará esto? ¡Quizás quedaremos sentados aquí hasta mañana! Por todas partes había gente que se quejaban, preguntaban, murmuraban, como suele pasar en tales momentos. De repente el aviso: -¡Ahora saldrá un avión cuatrimotor rumbo al sur! No se sabe si aterrizará en Hamburgo, Düsseldorf o Francfort. Pero quien quiera, puede subir. Realmente, una cosa un poco incierta. Al lado de mí grita una mujer: -¡Yo no subiré, tengo miedo! Le dije: -Señora, no hace falta que suba. Quédese fuera, si quiere. Y mi amigo austríaco opina: -¡Caramba! ¡Un vuelo en la niebla! ¡Y aun no se sabe dónde aterrizar! En ese mismo momento, cuando la mujer grita y el austríaco me hace vacilar también a mí, pasa el capitán en su uniforme azul. Veo su cara, una cara muy concentrada, muy seria. Se nota: -¡El conoce su responsabilidad! No trata el asunto a la ligera. Y entonces digo a mi amigo austríaco: -¡En él podemos confiar! ¡Vamos a subir! El no es un irresponsable. Y así subimos. A partir del momento de dejar la tierra firme y subir al avión, cuando se cerraron las puertas, estuvimos a la merced del piloto. Pero tuvimos confianza. Le encomendé mi vida. Aterrizamos en Francfort, y tardé toda la noche hasta que llegué a casa. ¡Llegué al destino! Esto significa »creer«. Creer significa: encomendarse a alguien.

¿Cómo obtendré vida con Dios? »Cree en el Se-

ñor Jesucristo». En otras palabras: ¡Sube a Jesucristo! Me entiendes: Cuando subimos al avión tuve el sentimiento de que a mi amigo austríaco le hubiera gustado dejar un pie en el aeropuerto y subir con el otro al avión. Pero no fue posible. Hubo dos alternativas: o quedarse fuera - ¡o encomendarse completamente al piloto! Otro tanto ocurre con el Señor Jesús. No puedes vivir con un pie sin Jesús, y subir con el otro a él. Es sencillamente imposible. Creer en el Señor Jesucristo, tener una vida con Dios es sólo posible si me confío totalmente a El.

Y ahora os pregunto: ¿En quién podríamos tener más confianza que en el Hijo de Dios? ¡Ningún hombre en el mundo entero ha hecho tanto por mí que Jesús! Me amó tanto, que murió por mí. ¡También por ti! Ningún otro ha amado jamás como El. Y resucitó de entre los muertos. ¿acaso no puedo encomendar mi vida a aquel que resucitó? Seríamos tontos si no lo hiciésemos. Pero al instante que he entregado mi vida a Jesús, subí a la vida con Dios. Tengo que añadir algo todavía. Mira: Si has entregado tu vida a Jesús y quieres subir a El, si quieres encomendártele, ¡entonces díselo! ¡El está presente! ¡El está al lado de ti! ¡Te escucha! Díle: -Señor Jesús, te entrego mi vida. Cuando acepté a Jesús, siendo un joven tipo degradado e impío, oré: -Señor Jesús. Te entrego mi vida. No puedo prometerte que he de mejorar. Para eso es necesario que tú me des un nuevo corazón. Tengo un mal carácter, pero te doy todo lo que soy. ¡Cámbiame tú! Esta fue la hora de mi vida, cuando subí con mis dos pies a Jesús, cuando entregué el volante de mi vida al que me compró por su propia sangre. Pero para progresar en la vida con Dios - y no me canso de decirlo- es necesario tener en cuenta tres cosas de suma importancia: la Palabra de Dios, la oración y la comunión.

Mira: No puedes pertenecer a Jesús y no mostrar interés por El. Debes tener una Biblia o un Nuevo

Testamento y acostumbrarte a leer cada día un cuarto de hora en ella, tranquilo y seguidamente. Si no entiendes alguna cosa, déjala para más tarde. Pero cuanto más vas leyendo, tanto más maravillas verás. Muchas veces quedo perplejo del gozo de pertenecer a tal maravilloso Salvador y predicarle. La vida de Dios no es solamente para disfrutarla, sino también para pasarla a otros.

La Palabra de Dios es complementada por la oración. ¡Jesús te escucha! No hace falta que le digas palabras bonitas. Si eres ama de casa, es suficiente decir: -¡Señor Jesús! Hoy es un mal día. Mi marido está malhumorado, los niños no obedecen, tengo día de lavado, me falta dinero. ¡Señor Jesús! He aquí te presento toda mi mala suerte. Llena mi corazón de gozo, a pesar de todo, porque tengo vida de Dios. Y ayúdame. ¡Señor Jesús! Te doy las gracias que puedo encomendar mi vida a ti. Me entiendes: Puedo presentarle al Señor Jesús todo lo que tengo en mi corazón. Y también puedo rogar: -Señor Jesús, haz que te conozca mejor, y que mi vida te pertenezca más y más.

Por último: la comunión. Ella forma parte de la vida con Dios. Por lo tanto: Júntate con otros que quieren pertenecer también a Jesús. El otro día alguien me dijo: -Quiero creer, pero no hago progresos. A lo que le aconsejé: -¡Lo que necesita usted es comunión con otros cristianos! Respondió: -¡Pero no los encuentro simpáticos! -Bueno -le dije- entonces no hay remedio. Si quiere pasar la eternidad en el cielo junto con ellos, entonces es necesario aprenderlo ya aquí abajo. ¡Dios no puede fabricar cristianos especiales para usted!

Como joven conocí, en Francfort, a un banquero, un anciano que me contó muchas cosas de su vida. Luego que hubo sacado el bachillerato, su padre le dijo: -¡Aquí tienes dinero, ahora puedes hacer un viaje por todas las capitales europeas! Imagínate: ¡A un muchacho de 18 años le hacen tal oferta! El an-

ciano me contó: -Yo sabía muy bien que fácilmente caería en pecado en las grandes ciudades. Pero quería pertenecer a Jesús. Por eso llevé mi Nuevo Testamento conmigo. Y cada día, antes de salir del hotel, busqué oír la voz de Jesús y hablar con El. Y me propuse a buscar otros cristianos en cualquier sitio. Por todas partes encontré discípulos de Jesús: en Lisboa, en Madrid, en Londres, en... En París fue muy difícil. Mucho tiempo pasé preguntando por alguien que perteneciese a Jesús. Por fin me mandaron a un zapatero: 'El lee la Biblia'.« Y entonces el joven tan elegante bajó la escalera al taller del zapatero, y le preguntó: -¿Conoce usted a Jesús? Como respuesta brillaron los ojos del zapatero. Y el joven le dijo: -Pasaré cada mañana para orar con usted. ¿Me lo permite? ¡Tanta importancia tuvo para él la comunión con otros cristianos!

Bien, estas eran las cosas que tuve que clarificar antes: Desde que vino Jesús, la vida con Dios no es una ilusión. Y: ¿Cómo obtendré la vida con Dios? *»Cree en el Señor Jesucristo«*. Y ahora voy a llegar al grano de la cuestión.

3. ¿Qué provecho sacamos de una vida con Dios?

Amigos, si quisiera contaros todo lo que sacamos de una vida con Dios y de la comunión con Jesús, entonces seguiría contando hasta la Navidad, y aun entonces no habría terminado. ¡Tantas cosas son! No olvidaré nunca que mi padre me dijo moribundo, a la edad de 53 años -fue una de sus últimas palabras-: -Wilhelm, dí a todos mis amigos y conocidos lo feliz que me hizo Jesús, ¡en vida y muerte! Sabes, en la hora de muerte uno ya no tiene mucho que contar, entonces se le quitan las palabras sin valor. Y cuando uno está en agonía y dice: -...lo feliz que me hizo Jesús -¡en vida y muerte!, entonces esto nos estremece. ¿Cómo morirás tú?

Cuando era un joven pastor, aconteció, en la Cuenca de Ruhr, lo siguiente: En una gran reunión, un caballero letrado trató durante dos horas de probar que no hay Dios. Había presentado toda su sabiduría. La sala estaba repleta de personas, encima de ellos un humo espeso de tabaco. Aplausos: -¡Hurra! ¡No hay Dios! ¡Podemos hacer lo que nos da la gana! Cuando el orador hubo terminado, el presidente de la reunión se levantó, y dijo: -Ahora hay tiempo para discusión. Pidan la palabra, por favor. Es claro que nadie se atrevió. Todos pensaban: -A un hombre tan sabio no se puede contradecir. Aunque había bastantes de los presentes que no estaban de acuerdo con lo que había dicho, no había nadie que tuviera la valentía de subir al estrado en presencia de mil personas provocadas a una tempestad de aplausos. ¿Nadie? ¿Cómo no? Una voz responde. En el fondo hay una abuela que atrae la atención del auditorio, una abuela típica como las hay muchas en la Cuenca de Ruhr. El presidente le pregunta: -Abuela, ¿usted quiere decir algo? -Sí, -responde la abuela- quiero decir algo. -Bien, entonces usted debe venir acá. -Sí -dice la abuela- ¡no tengo miedo! ¡Una mujer valiente! Fue alrededor del año 1925. La abuela, pues, se pone en marcha al estrado, se acerca al pupitre y comienza: -Señor orador, usted ahora ha hablado durante dos horas de su incredulidad. Permítame hablar tan solo cinco minutos de mi fe. Voy a decirle lo que mi Señor, mi Padre celestial, ha hecho por mí. Mire usted, cuando era una joven mujer, mi marido tuvo un accidente mortal en la mina, y me lo trajeron muerto a casa. Allí estaba yo con mis tres niños pequeños. En aquel tiempo los servicios sociales eran más que modestos. Hubiera podido morir de desesperación cuando me ví confrontada con el cadáver de mi marido. Y mire usted: En aquel momento Dios me consoló tal como ningún hombre hubiera podido hacerlo. Lo que me dijeron los hombres entró por un oído y salió por el otro.

¡Pero el Dios viviente me ha consolado! Y luego el dije: -Señor, ahora tú debes ser el padre de mis hijos (fue algo emocionante, cómo la anciana lo contó). Por la noche a veces no sabía de dónde obtener el dinero para saciar el hambre de mis hijos al día siguiente. Y luego lo dije a mi Salvador: -Señor, tú conoces toda nuestra miseria; ¡ayúdanos! Ahora la anciana se dirigió al orador, y dice: -El no me ha desamparado nunca; ¡nunca! Tuve que pasar por oscuridades, pero nunca me ha desamparado. Y Dios hizo aun más: Envió a su Hijo, el Señor Jesucristo. El murió y resucitó por mí, me lavó con su sangre de todos mis pecados. Sí, -siguió- ahora soy una anciana, se acerca el momento de mi muerte. Y mire usted: El me ha dado también una esperanza segura de la vida eterna. Cuando cierre aquí los ojos, me despertaré en el cielo, porque pertenezco a Jesús. ¡Todo eso lo ha hecho por mí! Y ahora le pregunto, señor orador: ¿Qué ha hecho su incredulidad por usted? El orador se levanta, da a la abuelita una palmadita en el hombro, y dice: -¡Oh! No queremos quitar a una anciana su creencia. Es bastante bien para ancianos. Deberías haber visto a la anciana: - ¡Tonterías! ¡No me venga de esta manera! ¡Yo he hecho una pregunta, señor orador, y espero que usted me dé una contestación clara! Le he dicho lo que hizo mi Señor por mí. Y ahora dígame: ¿Qué ha hecho su incredulidad por usted? El orador no sabía qué contestar. La abuela era una mujer sabia.

Y cuando hoy en día atacan el Evangelio de todos los lados en el mundo, entonces pregunto: ¿Qué provecho sacáis, realmente, de vuestra incredulidad? Pues no me parece que la gente tenga paz en el corazón y sea feliz. ¡No, amigos!

¿Qué provecho sacamos de una vida con Dios? Os lo diré de manera muy personal: ¡No hubiera podido soportar mi vida, si no tuviese paz para con Dios por Jesucristo! Hubo momentos cuando casi se me rompió el corazón. Esta mañana me enteré que

en nuestra vecindad pasó un accidente terrible, enlutando a dos familias de manera espantosa. Si he oído bien, dos niños han sido arrollados. De repente nos puede sorprender una calamidad tan grave que todas las palabras ya no sirven, que sólo extendemos la mano hacia la oscuridad, y preguntamos: -¿No hay nadie que pueda ayudarme? Mirad: ¡En las horas difíciles de la vida es cuando se manifiesta lo que uno tiene en Jesús! Cuando nos casamos, dije a mi esposa: -Escucha: Me gustaría tener seis hijos, y que todos puedan tocar el trombón. Me lo había imaginado de manera tan bonita: nuestro propio coro de trombones en casa. Bueno, tuvimos seis hijos, cuatro hijas guapas y dos hijos. Pero mis dos hijos ya no están en vida. Dios me los quitó de manera terrible, primero el uno y después el otro. No lo entiendo. Durante una vida entera me he ocupado de jóvenes -¡pero mis propios hijos!... Me acuerdo como, después de llegar la noticia de la muerte de mi segundo hijo, me sentí como si tuviese un cuchillo en el corazón. La gente venía a consolarme. Pero las palabras no alcanzaban el corazón, no hacían efecto. Yo era pastor de jóvenes, y sabía: -¡Esta tarde tengo que ir al centro de jóvenes! ¡Tengo que anunciar alegremente la Palabra de Dios a 150 jóvenes! ¡Y se me partió el corazón! Entonces me encerré, caí de rodillas y oré: -Señor Jesús, tú vives, ¡ten misericordia de este pobre pastor! Y luego abrí mi Nuevo Testamento y leí: *»Jesús dice: Mi paz os doy«*. Sabía: El cumple lo que promete. De cierto. Y así le supliqué: -Señor Jesús, no quiero entender de momento por qué me has hecho esto, pero dame tu paz. ¡Llena mi corazón de tu paz! Y - ¡lo ha hecho! ¡Lo ha hecho! De esto doy testimonio.

Tú le necesitarás también cuando nadie pueda consolarte. Cuando ningún hombre puede ayudar, entonces conocer a Jesús, que nos compró por su sangre y que resucitó, y poder decirle: -¡Señor, dame tu paz!; es algo maravilloso. Como una corriente

poderosa entrará aquella paz en el corazón, paz que El da. Esto vale también para la hora más difícil de nuestra vida, cuando hay que morir. ¿Cómo morirás algún día? En aquel momento ningún hombre puede ayudarte. Aun la mano más querida debes soltar. ¿Cómo será? ¡E irás a la presencia de Dios! ¿Acaso quieres comparecer con todos tus pecados ante Dios? ¡Oh! Asiéndonos de la mano poderosa del Salvador, poder decir: -¡Tú me compraste por tu sangre preciosa, y perdonaste toda mi culpa! - y morir en paz. ¿Qué provecho sacamos de una vida con Dios? Os lo voy a detallar: paz para con Dios; alegría en el corazón; amor para con Dios y el prójimo, de modo que puedo amar hasta a mis enemigos y a todos los que me crispan los nervios; consolación en la desgracia, de modo que cada día me brilla el sol; una esperanza segura de la vida eterna; el Espíritu Santo; perdón de mis pecados; paciencia, ¡oh! podría seguir más y más. Voy a terminar con una estrofa que me gusta mucho:

*Soy libre de pena y culpa,
Su gozo El me hace sentir,
El llena de gracia mi alma,
Con El es tan dulce vivir.
Lo sé, lo sé, comprado con sangre yo soy;
Lo sé, lo sé, con Cristo al cielo yo voy.*

Realmente, con El es tan dulce vivir. Os deseo esta riqueza, esta felicidad.

Wilhelm Busch

JESUS NUESTRO DESTINO

Casi desconocido en los países de habla castellana, Wilhelm Busch fue uno de los evangelistas más conocidos en Alemania en los años antes y después de la Segunda Guerra Mundial. Su manera de hablar franca, directa y personal atraía a miles de personas cuando hablaba.

Con gran gozo servía como pastor y líder de jóvenes en la Cuenca del Ruhr, una zona minera de Alemania, y finalmente en la ciudad de Essen. Con gran entusiasmo predicaba el Evangelio, viajando incansablemente no solamente por Alemania, sino también por toda Europa y en ultramar.

Wilhelm Busch estaba convencido de que el Evangelio de Jesús es el mensaje más extraordinario de todos los tiempos. Grandes multitudes vinieron a escucharle. No obstante, como verdadero consejero espiritual siempre buscaba el diálogo personal. Por ello se destacaba su mensaje. Grabado en cassettes, ahora quiere seguir hablando al individuo - como mensajero de Jesucristo, el Crucificado y Resucitado.

»Jesús nuestro destino« - he aquí el tema general y el grano de su predicación. ¿Quieres escuchar este mensaje? ¡Te es posible! Siéntate, en espíritu, bajo su púlpito, y pronto sabrás: »Jesús nuestro destino« - es el tema general del mundo y de nuestras vidas.

105 06 22

A 09 750